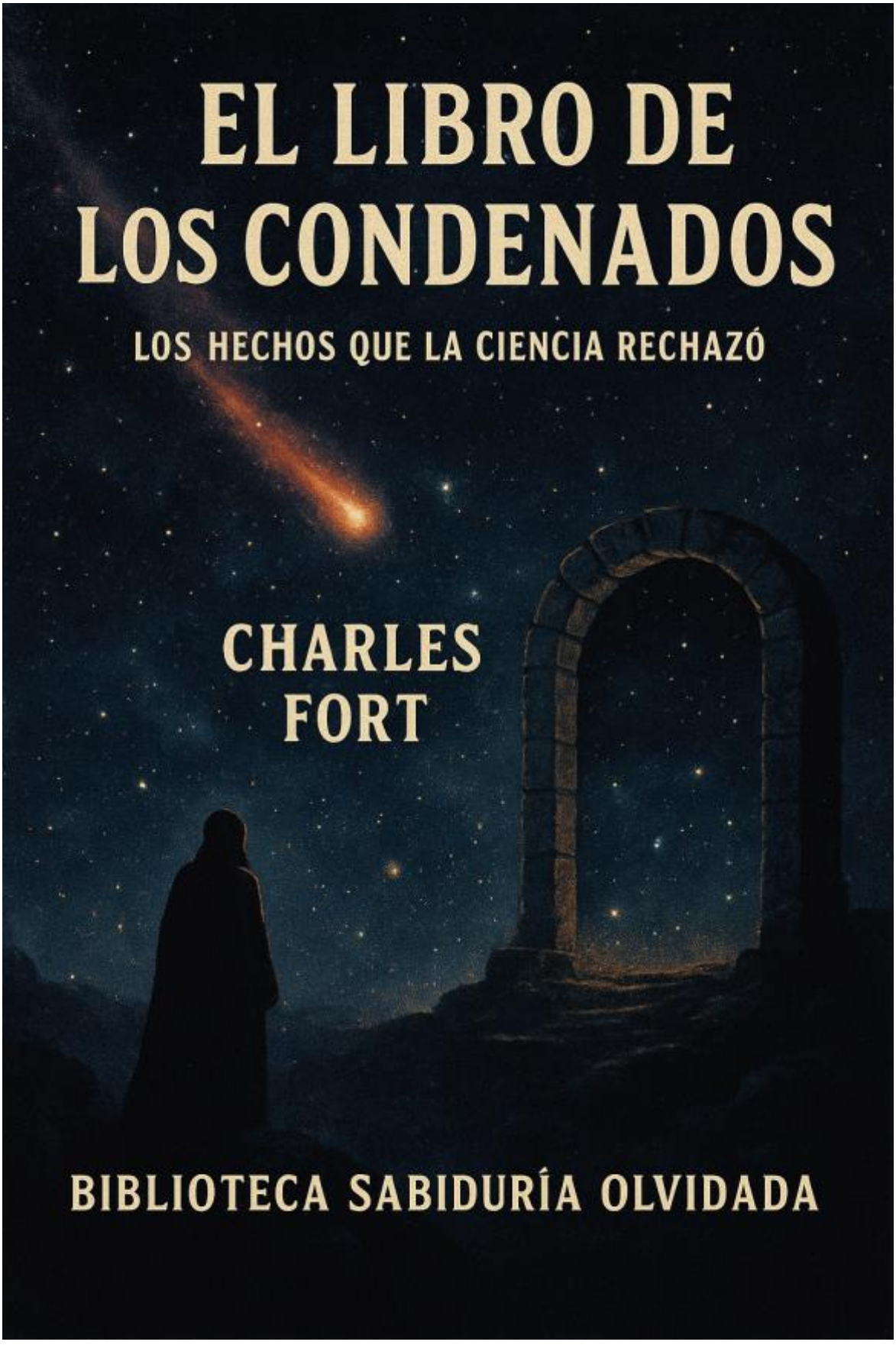

EL LIBRO DE LOS CONDENADOS
LOS HECHOS QUE LA CIENCIA RECHAZÓ
CHARLES FORT
BIBLIOTECA SABIDURÍA OLVIDADA

ÍNDICE

Introducción en la Biblioteca *SABIDURÍA OLVIDADA,* página 6

Algunas opiniones sobre el autor y su obra, página 7

Introducción, página 8

El libro de los condenados

1, página 13

Una procesión de condenados – El poder de la Ciencia Dogmática –Lo real o positivo y los pseudo standards - Todas las cosas intentan convertirse en universales excluyendo a otras - Las tres leyes de Newton son actos de fe - Cualquiera que busque la Verdad no la hallará jamás, pero hay una ínfima posibilidad de que se convierta él mismo en la Verdad - Nada es real, pero nada es tampoco irreal, y todos los fenómenos son aproximaciones a un lado o a otro entre la realidad y la irrealidad.

2, página 21

Lunas azules - El Krakatoa - La tortuga de Vicksburg - Piedras de granizo de dos a tres kilos - Caída de grandes piedras procedentes del cielo - Mantequilla y sangre. Carne de buey, y una piedra cubierta de inscripciones.

3, página 25

Sustancias amarillas que caen sobre la Tierra - Cristóbal Colón no probó jamás que la Tierra fuera redonda - Un olor a materia animal quemada - Lluvias y nieves negras - Desechos de desastres interplanetarios - Batallas aéreas - Una sustancia parecida a sangre coagulada.

4, página 34

Massachusetts, objeto misterioso recubierto de una pelusilla - Caída de peces muertos y disecados – El *nostoc*, un hongo gelatinoso - El fenómeno de Kentucky - Lluvia de pequeñas ranillas - Masa viscosa cayó con un meteorito luminoso.

5, página 40

“Maná” en Persia - Hallazgo en el monte Ararat de una sustancia no nativa - Copos tan grandes como el cobertor de una mesa – Sabíamos que la Ciencia y la imbecilidad eran un continuo – Se exhiben copos del papel de los pantanos - En Carolath cayeron sesenta metros cuadrados de fieltro - Chubasco de seda en Pernambuco - Fibras de seda azul cayeron en Naumberg - «Hilos de araña» caídos en octubre en Milwaukee, Wisconsin, y otros lugares - Chaparrones de *mantequilla* - «aceite celeste» - Granizada de trementina en el Mississippi – Caen cereales desconocidos en Raikit, India.

6, página 49

Caída de azufre incandescente en Polonia - Bolas de caliza caídas junto a granizo - Cristales de sal durante una granizada - Especie de salitre cristalizado, de sabor azucarado, caído en plena tormenta - Caen escorias de hierro del cielo – Cae sobre el Albemarle, de una materia «ardiente y bituminosa» - Cae en Francia componente orgánico combustible.

7, página 56

Seres vivos han caído sobre la Tierra – Tornado eleva a un granero y un caballo – Caen caracoles en Cornualles y en Bristol – Lluvia de mejillones en Alemania y de lagartos en Montreal – En Cambridge y en Nancy caen hormigas sin alas - Gusanos negros en Bramford Speke, Devonshire - Lluvia de larvas en la Alta Saboya.

8, página 63

«Bola de fuego verde» caída en plena tempestad – Objetos que se mueven a grandes velocidades – Aerolitos observados en plena tempestad – Un meteorito en una tromba en Suecia - Las «piedras del rayo» - Caída de tizones, gruesos como avellanas - Trozos de ladrillo cayeron en Padua.

9, página 75

«Aerolitos fósiles» caídos del cielo - Instrumento de hierro dentro de un bloque de carbón - Una jarra incrustada en la roca - Objeto geométrico esculpido, descubierto en un depósito de carbón terciario- Cuarzo con un clavo en su interior.

10, página 81

«La homogeneidad», «la integración» y «la exactitud» - La Ley de Gravitación - El descubrimiento de Neptuno fue un «feliz accidente» - El cometa de Halley - Toda vida humana sería aniquilada del planeta en 1909.

11, página 87

Cae una piedra llevando inscripciones humanas en México – El disco de Grave Creek – Doce sellos chinos descubiertos en Irlanda.

12, página 94

La astronomía - Somos bienes inmobiliarios, accesorios, ganado - Actualmente, alguien posee la Tierra, y ha alejado de ella a todos los colonos - Multitud de Universos aterrizaron en la Tierra – Las cruces de hadas - Los «Sílex Pigmeos» - Los ataúdes en miniatura de la Silla de Arturo - Azuria, de donde venían los hombres azules. Muros vitrificados en Escocia…

13, página 104

Los «Tiros de piedras» - Los poltergeistas, los espíritus perniciosos – Caída de guijarros - Bolas y fragmentos de meteoritos - Peces gato de treinta centímetros caen en Norfolk - Ranas dentro de grandes pedazos de hielo caídos del cielo – Masa de hielo del tamaño de una cabeza humana en Delphos - En Salina, Kansas, cae una masa de hielo de treinta y seis kilogramos de peso - En Candeish, se recogía un bloque de un metro cúbico.

14, página 115

Visitantes en Venus – Un cuerpo luminoso planeó cerca de Marte – Mancha luminosa través de Mercurio - Se observa un cuerpo de importancia planetaria atravesar el Sol - Otras luces próximas a la Luna - Puntos luminosos sobre la parte oscura de la Luna, en el curso de un eclipse - «Una inmensa mancha negra» en la parte inferior del Sol - Un objeto oscuro y redondo a través de la Luna.

15, página 127

El Positivo Absoluto desde el ángulo de la Realidad y no de la Universalidad – El fenómeno de las «marcas de ventosas» - Roca de la Bruja en Escocia.

16, página 131

Ángeles - Multitud de cuerpos luminosos - Cuerpos de forma irregular, los cuales evolucionaban en alineación cruzan el Sol.

17, página 137

Una cosa enorme, negra como un cuervo, posada sobre la Luna - «Una oscuridad más intensa que la de medianoche cuando no hay ni Luna ni estrellas. Fue seguida de una luz roja y siniestra, como no he visto en ninguna parte del mundo» - Una pequeña nube negra de progresión lenta, que estalló en forma de una bola de fuego del tamaño de la Luna - Nube luminosa moviéndose a gran velocidad y desapareciendo más allá del horizonte - Aparición luminosa en el cielo durante el terremoto de Manila.

18, página 148

La Nueva Dominante.

19, página 150

Lluvia roja en Francia - Caída prodigiosa de hojas muertas en Clairvaux.

20, página 154

La Nueva Dominante: el Inclusionismo es un pseudostandard - Una gran bola de fuego con tres cabezas sobrevuela Warmley - Objeto triangular atraviesa el cielo en Wicklow – Objeto celeste grande como un arco iris visto en Kiel – Dos sombras triangulares se observan en el borde inferior de la Luna - Algo permaneció suspendido por encima de Londres durante unas semanas.

21, página 161

Las ruedas luminosas avanzaron paralelamente al barco, como escoltándolo, alrededor de veinte minutos - Se vieron tres cuerpos luminosos salir del océano a cuarenta metros del buque y permanecer visibles durante diez minutos - Enormes «ondulaciones» luminosas aparecieron bruscamente en la superficie de las aguas - El capitán Cabe vio una rueda luminosa girar sobre su eje a ras del océano.

22, página 166
Extracto del diario de a bordo del buque Lady of the Lake, escrito de puño y letra del capitán F. W. Banner y comunicado por R. H. Scott, F.A.S.

23, página 167
En este capítulo, seré intermediarista y poco conciliador- Meteoritos de fundición - Estrecha relación entre el hierro meteórico y el acero de las acerías.

24, página 171
En Gales del Norte un disco del que proyectaba un cuerpo anaranjado «parecido a un pez plano alargado» - Noruega, una nube blanca que emitía cegadores rayos de luz atraviesa el cielo, «conservando a todo lo largo su forma inicial» - Ohio, una maravilla celeste en forma de torpedo.

25, página 174
Una forma que tenía el contorno de un dirigible - Un gran disco de luz verdosa se desplazó rápidamente en el cielo - Demasiado rápido para una nube, demasiado lento pare un meteoro. «Su superficie tenía un aspecto jaspeado».

26, página 177
Ocho luces se observaron en el país de Gales y que mantenían cada una su propia trayectoria, moviéndose juntas, perpendicularmente o en zigzag – Las falsas luces de Durham - Grupo de «meteoros» que atravesando el espacio «con una notable lentitud» - «Había probablemente treinta o treinta y dos cuerpos, y lo más extraño era la manera de moverse por grupos de cuatro, de tres o de dos, alineados en una fila. La alineación era tan perfecta que se hubiera creído una flota aérea en plena maniobra»

27, página 181
Cosa enorme y negra, que estaba posada, como un cuervo, sobre la Luna - Objetos completamente idénticos a bolas de cañón han caído en la Tierra en plena tormenta - Aguaceros de sangre - Caída de bloques de hielo dentados expandió un fuerte olor sulfuroso - Enormes cosas redondas que ascendieron del fondo del océano en torno al Victoria - Las ranas de Wigan cayeron de nuevo.

28, página 185
«Huellas de garras de forma inclasificable»- Se trataba de huellas de pezuñas pertenecientes a un animal bípedo.

POST SCRIPTUM, página 189
Los seguidores de Charles Fort

¿Sigue activa la Fortean Society original de Nueva York?, página 191

Epílogo: para esta edición, página 190
Las Regiones del Misterio

El Libro de los Condenados

Introducción en la Biblioteca *SABIDURÍA OLVIDADA*

Charles Fort (1874–1932)
Edición original: 1919

Entre los volúmenes que componen la historia invisible del pensamiento humano, pocos son tan inquietantes y provocadores como *El Libro de los Condenados*. En esta obra, Charles Fort —observador incansable de lo insólito— reunió miles de informes y testimonios que la ciencia oficial había descartado, ignorado o ridiculizado. A esos hechos rechazados los llamó “los condenados”: lluvias de animales, luces errantes en el cielo, objetos imposibles, anomalías geológicas, desapariciones y presencias que desafían toda clasificación.

Pero más allá del catálogo de prodigios, Fort nos propone una **crítica profunda de la autoridad del conocimiento**. Con ironía y lucidez, denuncia el dogmatismo de las instituciones científicas y nos recuerda que la realidad no siempre se ajusta a las teorías humanas. En su escritura late la sospecha de que el mundo es un tejido de enigmas y que los hechos excluidos quizá sean las claves de una comprensión más amplia de la existencia.

En este sentido, *El Libro de los Condenados* pertenece de lleno a la **Sabiduría Olvidada**: no como manual de lo oculto, sino como **manifiesto de la duda**, del pensamiento libre y de la curiosidad radical. Su lectura nos invita a mirar lo marginal no como superstición, sino como territorio de exploración, donde la razón y el misterio se enfrentan y se fecundan mutuamente.

Charles Fort, precursor de los estudios de lo “forteano”, abrió el camino para quienes sospechan que entre el orden y el caos existe un puente de sentido aún por descubrir. Su obra sigue siendo un desafío para el lector contemporáneo: ¿cuántos hechos seguimos condenando hoy porque no encajan en nuestras creencias?

Fort no ofrece explicaciones definitivas. Más bien **cuestiona el método científico y la autoridad del conocimiento institucionalizado**, sugiriendo que la realidad es mucho más extraña y flexible de lo que solemos admitir.

Su estilo es sarcástico, irónico y filosóficamente provocador. Es una mezcla entre periodismo de investigación, ensayo filosófico y literatura fantástica. Fort encarna el impulso de mirar más allá de lo aceptado, de recopilar las voces de los “hechos excluidos” que podrían contener otras formas de verdad.



ALGUNAS OPINIONES SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA

«Charles Fort ha llevado a cabo un terrible ataque contra la locura acumulada durante cincuenta siglos… Ha hecho unos enormes y feos agujeros en la base científica de los conocimientos modernos».

Ben Hecht.

«Charles Fort fue el Colón de lo desconocido, el arquitecto de los OVNIS y el padre fundador de todo lo que hay de fabuloso en los confines inexplorados del Universo. El leer su obra es algo necesario para toda mente inquisitiva».

Donald Wollheim.

«Sugiero que todo aquel que piense que el nuestro es el único mundo posible se pase un fin de semana leyendo la obra de Charles Fort».

Arch Oboler.

«Charles Fort es el apóstol de la excepción y el sacerdote engañador de lo improbable».

Ben Hetch

«Sus sarcasmos están en armonía con las críticas más admisibles de Einstein y de Surrell».

Martin Gardner

«Leer a Charles Fort es como cabalgar en un cometa».

Maynard Shipley

«Es la mayor figura literaria desde Edgar Allan Poe».

Theodore Dreisler

«Una de las monstruosidades de la literatura».

Edmund Pearson

«Un ramo de oro para los flagelados por la crítica».

John Winterich

«En el Libro de los condenados hay, como mínimo, el germen de seis nuevas ciencias».

John W. Campbell

INTRODUCCIÓN

Para presentar un libro hay que hablar primero de su autor. Pero ¿cómo hablar de Charles Fort? ¿Cómo presentar una personalidad como la suya? Por otra parte, no creo que a él le gustara tampoco. Diría: «escribir que soy un hombre de edad indefinible, bajo, regordete, con bigotes de morsa y gafas de montura metálica, rostro bonachón y mirada perdida en el infinito, no conduce, en nuestro estado intermediario, absolutamente a nada. Decir que nací en Albany, estado de Nueva York, el 9 de agosto de 1874, que mis padres poseían una pequeña tienda de ultramarinos en la que trabajé durante varios años, que ejercí simultáneamente el periodismo y la taxidermia, y que lo abandoné todo para dedicarme a coleccionar hechos extraños arrojados del seno de la ciencia por unas mentes encallecidas, es reunir una serie de datos positivistas que pueden ser aplicados a cualquiera; ya que cualquier persona es continua con todos sus semejantes, y todos los datos correspondientes a un ser determinado son hechos de una historia común a toda la humanidad, puesto que en nuestra cuasi-existencia cualquier persona puede ser baja, regordeta, con bigotes de morsa y gafas de montura metálica, tener rostro bonachón y mirada perdida en el infinito, cualquier persona puede haber nacido en Albany en 1874 y descender de los propietarios de una tienda de ultramarinos».

Porque este es el espíritu que animaba a Charles Hoy Fort, inconformista, iconoclasta, destructor de mitos y leyendas científicas, contemporáneo del futuro, y autor de uno de los libros más discutidos de nuestro siglo. *«El libro de los condenados»* aparecía por primera vez en Nueva York, en 1919, editado por *Boni and Liveright Inc;* y su aparición causaba un verdadero escándalo, siendo al mismo tiempo alabado como uno de los libros más lúcidos de los últimos tiempos e insultado como una de las aberraciones más monstruosas de toda la historia de las pseudociencias. Y así, en la polémica, el libro obtenía un éxito extraordinario: algunos lo comparaban a «*The Golden Bough*», la monumental y famosa obra de Frazer, otros lo equiparaban a un moderno *Apocalipsis*, los más calificaban a Charles Fort como «la mayor figura literaria después de Edgar Allan Poe».

Pero ¿qué es «El libro de los condenados», cómo nació, qué espíritu lo anima? Más que cualquier digresión que pueda hacer yo al respecto, creo que es el propio Charles Fort quien mejor puede definírnoslo.

«Comencé a escribir "El libro de los condenados" —dice Charles Fort— cuando era un niño. Estaba determinado a ser un naturalista. Leía con voracidad, cazaba pájaros y los disecaba, coleccionaba sellos, clasificaba minerales, clavaba insectos con agujas y les ponía etiquetas como las que veía en los museos. Luego me convertí en un periodista y, en su lugar, coleccioné cuerpos de idealistas en las morgues, escolares desfilando por Brooklyn y presos en las cárceles, arreglé mis experiencias y las examiné como había examinado los huevos de los pájaros, los minerales y los insectos.

»Me asombra cada vez que oigo a alguien decir que no puede comprender los sueños o, mejor, que no ve nada especialmente místico en ellos. Que cada cual contemple su vida. No hay fenómenos de los sueños que no sean característicos para todas las vidas: la desaparición, el disolverse de nuevo de algo que uno había supuesto que sería el final, era algo tan excitante como podían serlo los fragmentos de cadáveres en las morgues, el crimen y el altruismo. Así nació el monismo que aparece a todo lo largo de "El libro de los condenados"*: la fusión de todas las cosas en las demás, la imposibilidad de distinguir cualquier cosa de cualquier otra en un sentido positivo, o específicamente de discernir la vida de cada día de la existencia en los sueños.*

»Tomé la determinación de escribir un libro. Comencé escribiendo novelas: cada año hacía, más o menos, tres millones y medio de palabras, aunque esto sólo sea una estimación. Pensé que, excepto en la escritura de novelas, que probablemente parecían crías de canguro, no podía hallar ningún otro incentivo por el que seguir viviendo. Abogados, naturalistas, senadores de Estados Unidos… ¡vaya conjunto de aburridos! Pero no escribía lo que deseaba. Comencé de nuevo, y me convertí en un realista ultracientífico.

»Así que tomé una enorme cantidad de notas. Tenía una pared cubierta por pequeños departamentos destinados a ellas. Tenía veinticinco mil notas. Me preocupaba la posibilidad de un incendio. Pensé en tomar las notas en un material ignífugo. Pero no era lo que quería y, finalmente, las destruí. Esto es algo que Theodore Dreiser no me perdonará jamás.

»Mi primer interés había sido científico, pero el realismo me hizo retroceder. Entonces, durante ocho años, estudié todas las artes y ciencias de que había oído hablar, e inventé media docena más de otras artes y ciencias. Me maravillé que alguien pudiera contentarse con ser un novelista o el director de una compañía acerera, o un sastre, o gobernador, o barrendero. Entonces se me ocurrió un plan para coleccionar notas sobre todos los temas de la investigación humana acerca de todos los fenómenos conocidos, para entonces tratar de hallar la mayor diversidad posible de datos, de concordancias, que significaran algo de orden cósmico o ley o fórmula… algo que pudiera ser generalizado. Coleccioné notas sobre los principios y fenómenos de la astronomía, sociología, psicología, buceo a grandes profundidades, navegación, exploraciones, volcanes, religiones, sexos, gusanos… eso es, buscando siempre similitudes en las diferencias más aparentes, tal y como cuantivalencias astronómicas, químicas y sociológicas, o perturbaciones astronómicas, químicas y sociológicas, combinaciones químicas y musicales, fenómenos morfológicos de magnetismo, química y atracciones sexuales.

»Acabé por tener cuarenta mil notas, repartidas en mil trescientos temas tales como: "armonía", «equilibrio», «catalizadores», «saturación», «oferta» y «metabolismo». Eran mil trescientos demonios aullando con mil trescientas voces a mi intento de hallar una finalidad. Escribí un libro que expresaba muy poco de lo que estaba tratando de conseguir. Lo recorté, de quinientas o seiscientas páginas, a noventa. Entonces lo tiré: no era lo que quería.

»Pero la fuerza de las cuarenta mil notas había sido modificada por este libro. No obstante, el poder o la hipnosis de todas ellas, de las notas ortodoxas, del materialismo ortodoxo, del Tyndall dice esto o del Darwin dice aquello, la autoridad, la positividad, de los químicos y astrónomos y geólogos que habían probado eso o aquello, el monismo y la náusea, me estaban haciendo escribir sobre el hecho de que ni siquiera dos veces dos son cuatro, excepto en una forma arbitraria y convencional; o sea, que no existe nada positivo, que hasta el sujeto más profundamente hipnotizado tiene alguna débil consciencia de su estado, y que con una duda aquí y una insatisfacción allá, jamás ha sido totalmente fiel a la ortodoxia científica, como nunca lo fue un monje medieval o un miembro del Ejército de Salvación aunque ellos no se hicieran preguntas. La unicidad de la totalidad. Que en mi tentativa de hallar lo que se esconde tras los fenómenos me había equivocado en las dos clasificaciones con las que había terminado: que esos dos órdenes de lo aparente representan extremos ideales que no tienen existencia en nuestro estado de simulación, que nosotros y todas las demás apariencias o fantasmas de un supersueño somos expresiones de un flujo cósmico o una graduación entre ellos; uno llamado desorden, falta de realidad, inexistencia, equilibrio, fealdad, discordancia, inconsistencia; y el otro llamado orden, realidad, equilibrio, belleza,

armonía, justicia, verdad. Este es el tema que se esconde bajo "El libro de los condenados". *Es algo que muchas personas no han querido»*

Este es el espíritu que guio a Charles Hoy Fort a escribir *«El libro de los condenados».* Para algunos, una primera lectura parecerá tal vez tan solo un amasijo de datos más o menos extravagantes. Si su mérito fuera tan solo este, *«El libro de los condenados»* sería un libro que no valdría la pena de ser leído: cualquiera, con más o menos paciencia y tras consultar varios archivos y bibliotecas, puede llegar a completar una tarea así. El mérito de *«El libro de los condenados»* es mucho más profundo que la simple recopilación de unos hechos malditos: me atrevería a decir que es, incluso, el del planteamiento de una nueva filosofía. Charles Fort, a través de los veintiocho capítulos de su libro, nos presenta toda una nueva concepción de lo que nos rodea. Sus ideas a este respecto podrán parecernos a veces atrevidas, incongruentes, incluso absurdas… si las estudiamos bajo el manto del cartesianismo. Pero Charles Fort repudia el cartesianismo. Por otro lado, añadiría yo, muchos hechos ortodoxamente científicos, reconocidos por la «ciencia oficial» contemporánea —como pueda ser la bilateralidad de la materia por ejemplo—, pueden parecer al no iniciado nociones tan malditas como el propio esoterismo de Fort.

El intermediarismo de Charles Fort no es en el fondo, en cierto modo, más que una rabiosa reacción contra el conservadurismo de una ciencia oficial que solamente acepta los hechos que le convienen a ella, una reacción contra el exclusionismo que ejercen unas determinadas disciplinas científicas que, desde todos los tiempos, han practicado una severa segregación entre los hechos que le acomodan y los que no se le acomodan, aceptando sin más los primeros e ignorando completamente, rechazando y suprimiendo sin escrúpulos los que le molestan. Esta reacción está expresada en «El libro de los condenados», de un modo ferozmente irónico, destructivo, expresión fiel de la propia personalidad de Charles Fort. Fort, como dice en multitud de ocasiones a todo lo largo de su obra, busca la universalidad en todos los fenómenos, en contraposición a los intentos de localización que llevan a cabo las distintas ciencias. Pero el tema, reconoce, es demasiado amplio: *«Consúmanme el tronco de una sequoia, hojéenme las páginas de un acantilado de creta, multiplíquenlo por mil, y reemplacen mi fútil inmodestia por una megalomanía de titán: sólo entonces podré escribir con la amplitud que reclama mi tema».* Fort buscaba correlacionar entre sí todos los fenómenos: «todo es continuo con todo», y para ello intentaba saber también de todo. *«Estudié todas las artes y ciencias de las que había oído hablar, e inventé media docena más de ellas».* Porque no vivimos en un mundo compartimentado, elaborado a modo de celdillas por multitud de ciencias aisladas las unas de las otras. El matemático necesitará del astrónomo, el astrónomo del biólogo, el biólogo del físico. Sin embargo, la ciencia oficial no acepta esta interacción, está totalmente compartimentada, y esta compartimentación constituye su principal defecto. Fort luchaba contra todo esto, y luchaba con todas sus fuerzas. Sus ideas, ortodoxamente, podían parecer así acientíficas, alocadas, absurdas. A él no le importaba. Vivimos en una pseudoexistencia, decía, en la que sólo se pueden extraer pseudoconclusiones basándose en pseudoinformes. Fort no se preocupaba así de extraer conclusiones concretas: *«Mis conclusiones son intermediaristas; mañana otros las rebatirán, al igual que hoy rebato yo las conclusiones positivistas, y estaré contento por ello».*

Cada uno de nosotros vive inmerso en la Dominante de su época, y Fort escribía también según su Dominante, y lo admitía. Pero él sabía ver, pese a todo, con una visión superior a su alrededor, y veía que todo no es más que

convencionalismo: *«Siempre he encontrado interesante recorrer una calle, mirar lo que me rodea y preguntarme a qué se parecerían todas estas cosas si no se me hubiera enseñado a ver caballos, árboles y casas allí donde hay caballos, árboles y casas. Estoy persuadido de que, para una visión superior, los objetos no son más que constreñimientos locales fundiéndose instintivamente los unos con los otros en un gran todo global».*

La personalidad de Charles Fort es, para mí, una de las personalidades más intensas de su tiempo… y de nuestro tiempo también. La idea de esta personalidad se halla fielmente reflejada en un fragmento autobiográfico aparecido en su libro «*Wild talents*»: «*Hace tiempo* —escribe Fort—, *cuando yo era un bribón especialmente perverso, se me condenaba a trabajar los sábados en la tienda paterna, en donde debía rascar las etiquetas de las latas de conserva de la competencia para pegar en su lugar las de mis padres. Un día en el que disponía de una verdadera pirámide de conservas de frutas y legumbres, no me quedaban más que etiquetas de melocotones. Las pegué en los botes de melocotones hasta que llegué a los de albaricoques. Y pensé: ¿acaso los albaricoques no son melocotones? Y algunas de las ciruelas, ¿no son también albaricoques? En vista de lo cual me puse concienzudamente o científicamente a pegar mis etiquetas de melocotones en los botes de ciruelas, de cerezas, de judías, y de guisantes. Ignoro aún cuál era mi motivo, y no he llegado a decidir si era un sabio o un humorista».* Pero, algunas páginas más adelante, en el mismo libro, añadirá como colofón: «*El precio de los pijamas en Jersey City se ve afectado por el mal carácter de una suegra groenlandesa o por la demanda en China de cuernos de rinoceronte para la curación de los reumatismos; ya que todas las cosas son continuas, están unidas entre ellas con una homogeneidad subyacente. Y de ahí la lógica subyacente del chiquillo, culpable de muchas cosas, salvo de haber oído pronunciar un silogismo, y que pegaba una etiqueta de melocotones en un bote de guisantes. La relación de las cosas entre sí es tal, que la diferencia entre un fruto y lo que se ha convenido en llamar una legumbre permanece indefinible. ¿Qué es un tomate: un fruto o una legumbre?».*

Este era, precisamente, el sistema de búsqueda de Charles Fort: buscar una universalidad por encima del convencionalismo de las arbitrarias divisiones y subdivisiones. El que este sistema fuera más o menos ortodoxo no importa: daba los resultados apetecidos… y los sigue dando aún. Porque, si bien el libro fue publicado por primera vez en 1919, su vigencia sigue aun totalmente en pie hoy en día. En realidad, «El libro de los condenados» es un libro que no pertenece en absoluto a su tiempo, a la época en que fue escrito: está completamente por delante de él. Para la convencional y estratificada sociedad de principios del siglo XX, las ideas de Fort resultaban tan revolucionarias como pudieron serlo, en su tiempo, las de un Copérnico. Lo son aún hoy en día. Ciertamente, hay algunos conceptos que han sido superados, pero incluso en ellos bastaría con sustituir algunas palabras, cambiar por ejemplo tal vez aeronautas por astronautas, elevar un poco los límites de las fronteras señaladas por Fort, sencillamente, actualizarlo, para que recuperase toda su vigencia, ya que ninguna de las ideas, que es en el fondo lo que importa, ha envejecido. Sí, lo sé: algunos lectores aducirán, sin duda, que algunas de sus hipótesis son hoy insostenibles: el supermar de los Sargazos, por ejemplo, el cielo gelatinoso, los campos de hielo celestes… Por supuesto, la astronáutica se ha encargado de eliminar en cierto modo la barrera de nuestra atmósfera, mejor dicho, la ha levantado un poco, apenas algunos kilómetros. ¿Cuántos? Porque la astronáutica no nos ha resuelto aún, en absoluto, todos los misterios de allá arriba. Y el hecho de que el hipotético supermar de los Sargazos, o los forteanos superlagos, o las grandes extensiones gelatinosas y los bancos de hielo, estén a diez kilómetros de las superficie de la tierra, a cien o a diez mil, no varía demasiado el hecho en sí

de la posibilidad de su existencia. ¿Conocemos acaso todo lo que hay allá arriba? Quedan aún demasiados misterios por desentrañar en el cielo como para que nos apresuremos a anatemizar unas ideas que tal vez rechazamos tan sólo por el simple hecho de ser demasiado perturbadoras.

Por otro lado, creo que en el mismo decimonónico anacronismo que actualmente tienen algunos de los hechos científicos expresados por Fort se halla el mayor encanto del libro. «El libro de los condenados» fue escrito utilizando las ideas de su tiempo, y la necesidad de una puesta al día es más bien relativa, ya que, desgraciadamente, la base del «método científico» reconocido oficialmente ha cambiado muy poco desde aquellos días. Las ideas básicas de Fort, su cosmogonía, siguen siendo válidas: y no hay que olvidar que, entre otras muchas cosas, Charles Fort ha sido un precursor al hablar por primera vez, cuando aún nadie pensaba en ellos, de una serie de «temas malditos» que hoy ocupan las primeras páginas de muchas revistas y periódicos: platillos volantes, civilizaciones desaparecidas, visitantes extraterrestres.

Escrito en 1919, *«El libro de los condenados»* creó, sigue creando aún, toda una escuela de seguidores, entre los que hay que citar a personalidades de la talla de Theodore Dreiser, Booth Tartington, Harry Leo Wilson, Ben Hecht, Alexander Woollcott, Burton Rascoe… Influenció también a Lovecraft —que lo consideraba como su maestro—, en toda su labor literaria, y los propios Pauwels y Bergier confiesan haberse basado en su propio «proceso de búsqueda» para la gestación de su *«Retorno de los Brujos»* (*).

Creo que hoy, precisamente hoy, es cuando *«El libro de los condenados»* tiene una mayor vigencia que nunca… y que son los propios avances de la ciencia autodenominada oficial los que le confiere precisamente esta desusada actualidad. Como dice muy bien Robert Benayoun en el prólogo a la edición francesa del libro: «cuando dos asambleas de sabios deciden, la una en Oxford, la otra en Oak Ridge, que nada se ha hecho aún para el estudio sistemático de los fenómenos clásicos de ebullición y de congelación, cuando los observadores da Monte Palomar encuentran a menudo despreciable la curvatura del espacio y revelan la posibilidad de un universo plano e infinito, cuando Jean Rostand, en el film “En las fronteras del hombre” remeda a Prometeo (“Allá donde la Naturaleza no había previsto más que una sola célula, yo construyo dos, tres”), cuando Albert Ducrocq, confundiendo memoria e imaginación, se dedica con el autómata Calliope a la poesía-aprietabotones, cuando el gran matemático Eddigton encuentra claramente expuesto en el Jabrebocq de Lewis Carroll “el equívoco esencial de las entidades fundamentales de la física…”, es tiempo de leer a Charles Fort».

DOMINGO SANTOS,
Traductor de la edición digital Titivillus
Enero de 1970.

(*) Editado en esta colección Biblioteca SABIDURÍA OLVIDADA

1

Una procesión de condenados.

Por condenados, entiendo a los excluidos.

Tendremos una procesión de todos los datos que la Ciencia ha tenido a bien excluir.

Batallones de malditos, dirigidos por los descoloridos datos que yo he exhumado, se pondrán en marcha. Unos lívidos y otros inflamados y algunos podridos.

Algunos de entre ellos son cadáveres, momias o esqueletos chirriantes y vacilantes, animados por todos aquellos que fueron condenados vivos. Deambularán gigantes hundidos en su sueño. Guiñapos y teoremas andarán como Euclides bordeando el espíritu de la anarquía. Aquí y allá se deslizarán putillas. Algunos son payasos. Otros son muy respetables. Varios más son asesinos. Horribles pestilencias y supersticiones desencadenadas, sombras y burlas, caprichos y amabilidades. Lo necio, lo pedante, lo raro, lo grotesco y lo sincero, lo hipócrita, lo profundo y lo pueril arrostrarán la puñalada, la risa y las manos muy pacientemente juntas de la decencia.

La apariencia colectiva se situará entre la dignidad y la intemperancia, la voz de la tropa adquirirá el tono de la letanía desafiante, pero el espíritu del conjunto será procesional.

El poder que ha decretado que todas estas cosas sean condenadas es la Ciencia Dogmática.

Sin embargo, avanzarán.

Las putillas brincarán, los enanos y los jorobados distraerán la atención, y los payasos romperán con sus bufonadas el ritmo del conjunto. Sin embargo, el desfile tendrá la impresionante estabilidad de las cosas que pasan, siguen pasando y no dejan de pasar.

Por los condenados, yo entiendo, pues, a los excluidos.

Pero por los excluidos entiendo también a todos los que, algún día, excluirán a su vez. Ya que el estado común y absurdamente denominado existencia es un ritmo de infiernos y de paraísos: ya que los condenados no seguirán siendo condenados, puesto que la salvación precede a la perdición. Y nuestros andrajosos malditos serán, un día, ángeles melifluos que, mucho más tarde aún, volverán al mismo lugar de donde han venido.

Sostengo que nada puede intentar ser, excepto si prueba de excluir algo; y que esto que se denomina comúnmente «ser» es una diferencia entre lo que está incluido y lo que está excluido.

Estimo también que no hay diferencias positivas, que todas las cosas son como el insecto y el ratón en el interior de su queso. Insecto y ratón: nada más distinto que estos dos seres. Permanecen allá una semana o se quedan un mes y,

acto seguido, no son más que transmutaciones de queso. Creo que todos somos insectos y ratones y solamente diferentes expresiones de un gran queso universal.

O aún que el rojo no es positivamente distinto del amarillo, sino otro grado de esta vibración de la cual el propio amarillo es un grado… que el rojo y el amarillo son continuos o se funden en naranja. De manera que si la Ciencia, sobre la base de la cualidad de rojo o de blanco, debiera clasificar los fenómenos, incluyendo todas las cosas rojas como verdaderas y excluyendo todas las amarillas como ilusorias, la demarcación sería falsa y arbitraria, ya que los objetos naranja, constituyendo una continuidad, pertenecerían a los dos lados de la frontera propuesta.

Ahora bien, resultará que no se ha concebido jamás base más razonable de clasificación, de inclusión o de exclusión, que el rojo y el amarillo. La Ciencia, utilizando diferentes bases, ha incluido o excluido multitud de datos. Pues si el rojo es un continuo con el amarillo, si toda base de admisión y toda base de exclusión son un continuo, la Ciencia ha debido incluir hechos que prolongaban aquellos mismos que ella aceptaba. En el rojo y el amarillo, que se funden en naranja, querría tipificar todos los tests, todos los standards, todos los medios de formarse una opinión.

Toda opinión posible sobre un tema cualquiera es una ilusión basada sobre este sofisma de las diferencias positivas. La búsqueda de todo entendimiento tiene por objeto un hecho, una base, una generalización, una ley, una fórmula, una premisa mayor positiva… pero lo mejor que se ha hecho nunca ha sido desprenderse de las evidencias.

Esta es la cuestión, aunque no obtuvo resultado. Y, sin embargo, la Ciencia ha actuado, ordenado, condenado, como si esta cuestión hubiera obtenido un resultado.

Si no hay diferencias positivas, no es posible definir nada como positivamente diferente de otra cosa. ¿Qué es una casa? Una granja es una casa, a condición de vivir en ella. Pero si la residencia constituye la esencia de una casa más que el estilo de arquitectura, entonces un nido de pájaro es una casa. La ocupación humana no constituye el standard de juicio, puesto que los perros tienen su casa, ni la materia, puesto que los esquimales tienen casas de nieve. Y dos cosas tan positivamente diferentes como la Casa Blanca de Washington y la concha de un cangrejo ermitaño se revelan continuas.

Nadie ha podido jamás definir la electricidad, ya que la electricidad no es nada si se la distingue positivamente del calor o del magnetismo. Los metafísicos, los teólogos y los biólogos han intentado definir la vida. Han fracasado porque en el sentido positivo no hay nada que definir, no hay un solo fenómeno de la vida que no se manifieste, a cualquier grado que sea, en la química, el magnetismo o los desplazamientos astronómicos.

Islas de coral blanco en un mar azul oscuro.

Su apariencia de distinción, su apariencia de individualidad o la diferencia positiva que las separa, no son más que las proyecciones del mismo fondo oceánico. La diferencia entre tierra y mar no es positiva. En toda agua hay un poco de tierra, en toda tierra hay agua.

De modo que todas las apariencias son falsas, puesto que forman parte de un mismo espectro. La pata de una mesa no tiene nada de positivo, no es más que una proyección de algo. Y nadie de nosotros es una persona, puesto que físicamente

somos un continuo con lo que nos rodea, puesto que psíquicamente no llega hasta nosotros nada más que la expresión de nuestras relaciones con todo lo que nos rodea.

Mi posición es la siguiente: todas las cosas que parecen poseer una identidad individual no son más que islas, proyecciones de un continente submarino, careciendo de contornos reales. Pero, pese a que no sean más que proyecciones, tienden a liberarse de esta atracción que les deniega su propia identidad.

Todo lo que intenta establecerse como real o positivo, sistema absoluto, gobierno, organización, persona, entidad, individualidad, no puede llegar a ello más que rodeándose de una frontera, condenando y excluyendo mediante la huida todas las demás «cosas»: sin lo cual no puede gozar más que una apariencia de existencia. Pero, si actúa así, actuará falsa y arbitrariamente, fútil y desastrosamente, como el que quisiera trazar un círculo en el mar, incluyendo algunas olas y declarando positivamente diferentes a todas las demás olas, continuas con las primeras, o apostando su vida en la diferencia positiva de los hechos admitidos y los hechos condenados.

La ciencia moderna ha excluido falsamente, falta de standards positivos. Ha excluido unos fenómenos que, según sus propios pseudo standards, tenían tanto derecho a la existencia como los elegidos.

Estimo que el estado común y absurdamente denominado «existencia» es una corriente, una onda o un pasaje de la negatividad a la positividad, y el intermediario entre las dos.

Por positividad entiendo: armonía, equilibrio, orden, regularidad, estabilidad, consistencia, unidad, realidad, sistema, gobierno, individualidad, verdad, belleza, justicia, perfección y exactitud. Todo lo que se denomina progreso, desarrollo o evolución, es un movimiento o una tentativa de aproximarse a aquel estado para el cual, o para los aspectos del cual, hay tantos nombres, todos resumidos en esta única palabra de *positividad.*

A primera vista puede parecer que esta síntesis sea inaceptable, que todas estas palabras no sean sinónimas, que «armonía» puede significar «orden», pero que «independencia» no significa «verdad», o que «estabilidad» no es «belleza», ni «sistema», ni «justicia».

Sin embargo, hablamos del «sistema» de los planetas y no de su «gobierno». Considerando el ejemplo de un gran almacén y su dirección, nos daremos cuenta de que las palabras son intercambiables. Era de uso común hablar de equilibrio químico, pero no de equilibrio social: esta falsa demarcación ha sido franqueada. Todas estas palabras, vamos a verlo, definen el mismo estado. En términos de ilusiones comunes o de facilidades cotidianas, no son sinónimos. Pero un gusano de tierra, para un niño, no es un animal. Lo es para un biólogo.

Por *belleza*, designaré lo que parece completo.

Lo incompleto o lo mutilado es totalmente feo.

La Venus de Milo. Un niño la encontraría fea.

Si un espíritu puro la imagina completa, se convertirá en hermosa.

Una mano concebida como mano puede parecer bella.

Abandonada en un campo de batalla ya no lo es.

Pero todo lo que nos rodea es una parte de algo, a su vez parte de otra cosa: en este mundo no hay nada hermoso, sólo las apariencias son intermediarias entre la belleza y la fealdad. Sólo es completa la universalidad, sólo es hermoso el conjunto: y tender hacia la belleza es querer dar a lo local el atributo de lo universal.

Por *estabilidad*, designare lo indesplazable, lo inalterable, lo sincero. Pero todas las apariencias no son más que reacción hacia alguna otra cosa. La estabilidad no puede ser tampoco más que universal. Algunas cosas parecen tener, o tienen, una mayor aproximación de estabilidad que otras, pero en este mundo no hay más que diversos grados de intermedio entre la estabilidad y la inestabilidad. Todo hombre, pues, que trabaja por la estabilidad bajo sus diversos nombres de «permanencia», de «supervivencia» o de «duración», tiende a localizar en alguna cosa un estado que sólo es realizable en lo universal.

Por *independencia, entidad* e *individualidad*, designaré aquello cerca de lo cual no existe nada más. Si no hubiera más que dos cosas, estas serían continuas y se afectarían entre sí, ambas destruirían su independencia, su individualidad respectiva.

Todas estas tentativas de organización, de sistemas y de lógicas, siguen siendo intermediarias entre el Orden y el Desorden: fracasan a causa de sus relaciones con las fuerzas exteriores. Todas tienden a lo completo. Si todos los fenómenos locales soportan fuerzas exteriores, estas tentativas no se realizarán más que en el conjunto, ya que sólo el conjunto no soporta fuerzas exteriores.

Y todas estas palabras son sinónimas, designan el estado que yo denomino positivo.

Toda nuestra existencia tiende al estado positivo.

Asombrosa paradoja: todas las cosas intentan convertirse en universales excluyendo a otras.

La Verdad es otro nombre del estado positivo. Los sabios que creían buscar la Verdad no buscaban más que verdades astronómicas, químicas y biológicas. Pero la Verdad es aquello después de lo cual no existe ya nada más.

Por Verdad, designo lo Universal.

Los químicos han buscado lo verdadero o lo real, y han fracasado siempre a causa de las relaciones exteriores a la química: nunca ha sido descubierta una ley química sin excepciones, pues la química es un continuo con la astronomía, y la física, y la biología. Si el Sol cambiara de posición con respecto a la Tierra y la humanidad pudiera sobrevivir a ello, nuestras fórmulas químicas no significarían absolutamente nada: seria el nacimiento de una nueva química.

Buscar la verdad en lo especial, es buscar lo universal en lo local.

Y los artistas buscan la *Armonía*, mientras sus pigmentos se oxidan, o las cuerdas de sus instrumentos se ajustan inopinadamente a las fuerzas químicas, térmicas y gravitatorias. En este mundo no hay más que intermediaridad entre la

armonía y la discordancia. Y las naciones que han combatido con el único fin de adquirir su entidad, su individualidad, para ser naciones reales y terminantes, no han obtenido nunca más que su intermediaridad, ya que siempre han existido fuerzas exteriores y otras naciones animadas del mismo anhelo.

En cuanto a los objetos físicos, químicos, mineralógicos, astronómicos, no buscan consumar la Verdad, sino que todos tienden hacia el Equilibrio: no hay un movimiento que no sea dirigido hacia el Equilibrio y no se aleje de otra aproximación al Equilibrio. Todos los fenómenos biológicos buscan adaptarse: no hay un solo acto biológico que no sea un ajuste. Ajuste es sinónimo de Equilibrio, y el Equilibrio está en lo Universal, de modo que nada exterior puede perturbarlo.

Pero esto que se denomina «ser» es el movimiento: todo movimiento no es la expresión de un equilibrio, sino de una puesta en equilibrio o del equilibrio no alcanzado. Y el simple hecho de ser, en el sentido positivo, se manifiesta en la intermediaridad entre Equilibrio y Desequilibrio.

De modo que todos los fenómenos, en nuestro estado intermediario o en nuestro *cuasi-estado*, representan dicha tendencia única a organizar, estabilizar, armonizar, individualizar… o a positivar, es decir, a convertir en real. Después de una apariencia, esto es expresar el fracaso o la intermediaridad entre el fracaso y el logro final: cada tentativa, esto es observable, es derrotada por la continuidad o por las fuerzas exteriores, es decir, por los excluidos, continuos de los incluidos.

Toda nuestra «existencia» es una tentativa de lo relativo hacia lo absoluto o de lo local hacia lo universal.

Y dicha tentativa, tal como se manifiesta en la ciencia moderna, es el objeto de mi libro. La ciencia moderna ha intentado ser real, concluyente, completa y absoluta. Si lo incluido y lo excluido son un continuo, el sistema de apariencias de la Ciencia Moderna no es más que un cuasi-sistema, obtenido por el mismo proceso arbitrario, gracias al cual el sistema teológico ha usurpado su ilusión de existencia.

Reuniré en este libro algunos de los datos que estimo que han sido arbitrariamente excluidos.

Los datos de los condenados.

Me he lanzado a la oscuridad exterior de las transacciones y procedimientos científicos, una región ultra respetable pero cubierta del polvo del desprecio. He descendido hasta el nivel del periodismo, pero he regresado con las cuasi-almas de los hechos perdidos.

Avanzarán.

En cuanto a la lógica de mis razonamientos futuros, hela aquí:

En nuestra moda de apariencias, no puede haber más que una *cuasi-lógica*.

Nada ha sido probado jamás…

Porque nada hay que probar.

Y cuando digo que no hay nada que probar quiero decir que, para todos aquellos que aceptan la Continuidad, o la fusión de todos los fenómenos con otros

fenómenos, sin demarcación posible entre cada uno de los mismos, no hay más que una sola cosa, en un sentido positivo. Y es por tal razón por lo que no hay nada que probar.

No se puede probar, por ejemplo, que algo sea un animal, porque la animalidad y la vegetalidad no son positivamente diferentes. Algunas expresiones de vida son tan animales como vegetales o representan la fusión de la animalidad con la vegetalidad. No hay, pues, test, criterio ni standard para formarse una opinión. Distintos de los vegetales, los animales no existen. No hay nada que probarles. No se puede probar, por ejemplo, que algo sea bueno, ya que no hay nada en nuestra «existencia» que sea bueno en sentido positivo y que se distinga verdaderamente del mal. Si es bueno perdonar en tiempos de paz, es malo en tiempos de guerra. En este mundo, el bien es continuo con el mal.

En lo que me concierne, no hago más que aceptar. No pudiendo ver las cosas universalmente, me contento con localizarlas. De modo, pues, que nada ha sido probado jamás, y que las declaraciones teológicas están también sujetas a precaución, pero han dominado sobre la mayoría de los espíritus de su tiempo por puros procesos hipnóticos: que en la época siguiente, las leyes, dogmas, fórmulas y principios de la ciencia materialista no han sido jamás probados, pero que los espíritus dirigentes de su reino los han conducido por autosugestión a creer más o menos firmemente en ellos.

Las tres leyes de Newton, que intentan acabar con la positividad, desafiar y romper la Continuidad, son tan reales como todas las demás tentativas de localización de lo universal. Si todo cuerpo observable es un continuo, mediata o inmediatamente, con todos los demás cuerpos, no puede ser influido solamente por su propia inercia, de modo que no hay medio de saber lo que es el fenómeno de la inercia. Si todas las cosas reaccionan ante una infinidad de fuerzas, no hay medio de saber cuáles serán los efectos de una sola fuerza imprimida. Si toda reacción es un continuo con la acción, no puede ser concebida en su conjunto y no hay medio de concebir lo que puede igualar, ni a qué puede oponerse.

Las tres leyes de Newton son actos de fe.

Las inercias y las reacciones son personajes mitológicos. Pero, en su tiempo de predominio, han suscitado la creencia, como si hubieran sido probados.

Las enormidades y los absurdos avanzarán.

Sustituiré la aceptación por la creencia.

Las células de un embrión cambian de apariencia en diferentes épocas.

Lo que está firmemente establecido cambia difícilmente.

El organismo social es embrionario.

Creer firmemente es retardar todo desarrollo.

Aceptar temporalmente es facilitarlo.

Pero:

Aun sustituyendo la aceptación por la creencia, usaré métodos convencionales, medios por los cuales han sido formuladas y sostenidas todas las creencias: mis métodos serán los de los teólogos y de los salvajes y de los sabios y de los niños pequeños. Ya que si todos los fenómenos son un continuo, no puede haber métodos positivamente distintos. Por los métodos balbucientes de los cardenales, de los cartománticos y de los campesinos es como escribiré este libro.

Y si actúa en tanto que expresión de su tiempo me atrevo a creer que prevalecerá.

Todas las ciencias comienzan por tentativas de definición. Pero nada ha sido definido jamás porque nada hay que definir.

Darwin ha escrito *El origen de las especies* sin haberse preocupado nunca de definir lo que era una «especie».

Es imposible definirlo.

Nada ha sido descubierto finalmente jamás, porque no hay nada final que descubrir.

Algo así como buscar una aguja que nadie hubiera perdido en un pajar inexistente.

Pero todas las tentativas científicas encaminadas a descubrir realmente algo allá donde no había nada que descubrir, son en realidad tentativas de ser algo.

Cualquiera que busque la Verdad no la hallará jamás, pero hay una ínfima posibilidad de que se convierta él mismo en la Verdad.

Puesto que la ciencia es más que una búsqueda.

Es una pseudoconstrucción, una cuasi-organización, es una tentativa de evasión con miras a establecer la armonía, el equilibrio, la estabilidad, la consistencia, la entidad.

Hay una ínfima posibilidad de que lo consiga. Vivimos una pseudoexistencia en la que participan todas las apariencias con su irrealidad esencial.

Pero algunas apariencias se aproximan más que otras al estado positivo.

Concibo todas las «cosas» como ocupando gradaciones, o escalones en series entre la «positividad» y la «negatividad», entre la realidad y la irrealidad: algunas apariencias son más constantes, más justas, más hermosas, más armoniosas, más individuales o más estables que otras.

Yo no soy un realista. Yo no soy un idealista. Yo soy un *intermediarista*. Nada es real, pero nada es tampoco irreal, y todos los fenómenos son aproximaciones a un lado o a otro entre la realidad y la irrealidad.

De modo que toda nuestra cuasi-existencia es un estadio intermedio entre lo real y lo irreal. Algo como un purgatorio, creo.

Pero en este resumen prematuro, he omitido precisar que la Realidad es un aspecto del estado positivo.

Por *Realidad* designo lo que no se confunde con cualquier otra cosa, lo que no es parcialmente otra cosa, lo que no es una reacción a alguna cosa o una imitación de alguna cosa. Un héroe real es aquel que no es parcialmente cobarde o cuyas acciones y motivos no pueden confundirse con la cobardía.

Pese a que lo local puede ser universalizado, no es concebible que lo universal pueda ser localizado, pero las aproximaciones de un orden elevado pueden ser transferidas de la intermediaridad a la Realidad, al igual que, en un sentido relativo, el mundo industrial se recluta transfiriendo fuera de lo irreal (o fuera de la imaginación de apariencia irreal de los inventores) las máquinas que, una vez montadas en las fábricas, parecen tener más de Realidad de lo que poseían al nivel de lo imaginario.

Si todo progreso tiende hacia la estabilidad, la organización, la armonía, la consistencia, o la positividad, todo progreso es una tentativa de concluir lo real. En términos de metafísica general, estimo, pues, que todo lo que se denomina comúnmente «existencia» y que yo denomino *intermediaridad*, es una cuasi existencia, ni real, ni irreal, sino expresión de una tentativa encaminada hacia lo real, o hacia la penetración de una existencia real.

Acepto que la Ciencia, aunque concebida mayormente en su especificación, aunque considerada generalmente en sus propios términos locales, como exhumación de viejos huesos de insectos o magmas repugnantes, expresa de hecho el espíritu que anima toda la intermediaridad. Si la Ciencia pudiera excluir todos los datos, salvo los míos propios, asimilables a la actual cuasi-organización, sería un verdadero sistema, dotado de contornos positivamente definidos. Sería real.

Pero no parece aproximarse a la consistencia, a la solvencia, al sistema, a la posibilidad y a la realidad, más que condenando lo irreconciliable o lo inadmisible.

Todo iría bien.

Todo sería admisible.

Si los condenados quisieran seguir siendo condenados.



2

En otoño de 1883, y varios años después, hubo puestas de sol tan vivas que nadie antes había observado algo semejante. Hubo también lunas azules.

La sola mención de lunas azules será sin duda suficiente para hacer sonreír a los incrédulos. Sin embargo, en 1883, las lunas azules eran algo tan vulgar como los soles verdes.

Era necesario que la ciencia se explicara. Las publicaciones como *Nature* y *Knowledge* recibieron un diluvio de cartas. Supongo que, en Alaska y en los Mares del Sur, todos los brujos fueron sometidos a una prueba parecida. Era preciso encontrar algo.

El 28 de agosto de 1883, el volcán de Krakatoa, en el estrecho de la Sonda, había hecho explosión. Terrible. El ruido, se dijo, se propagó a tres mil kilómetros de distancia. Hubo treinta y seis mil trescientos ochenta muertos. Este detalle me parece demasiado poco científico: es curioso que no se mencionen tres mil doscientos dieciocho kilómetros y treinta y seis mil trescientos ochenta y siete víctimas. El volumen de humo desplazado debió ser visible en los planetas vecinos. Atormentada por nuestra agitación, nuestras idas y venidas, la Tierra debió quejarse al planeta Marte, lanzándonos un vasto y negro juramento.

Todos los libros de texto que mencionan el hecho anotan sin la menor excepción que los fenómenos atmosféricos de 1883 fueron registrados por primera vez hacia finales de agosto o primeros de setiembre. Esto complica las cosas. Se pretendía, en 1883, que estos fenómenos eran causados por las partículas de polvo volcánico que había arrojado el Krakatoa.

Sin embargo, los fenómenos se prolongaron durante siete años, después de una pausa de varios años. Durante todo este tiempo, ¿qué le había ocurrido al polvo volcánico?

Una cuestión semejante, pensarán ustedes, debería haber conturbado a los especialistas. Pero ustedes no han estudiado los efectos de la hipnosis, no han intentado demostrar a un hipnotizado que una mesa no es un hipopótamo. Denle mil razones de pensar que un hipopótamo no es una mesa, y terminarán por convenir que una mesa ya no es tampoco una mesa, sino que sólo tiene su aspecto. No se puede oponer a un absurdo más que otro absurdo. Pero la ciencia posee la ventaja de ser la incongruencia establecida.

El Krakatoa: he aquí la explicación que dieron los sabios. No conozco la de los brujos.

Vean cómo la ciencia tiende, en su punto de partida, a negar mientras pueda las relaciones exteriores a esta Tierra. Mi libro, precisamente, es un compendio de datos sobre estas relaciones. Sostengo que mis datos han sido condenados, no por consideración a su mérito o su demérito, sino de acuerdo con una tentativa general de aislamiento de esta Tierra. Una tentativa de positividad. Con su pseudoconsideración de los fenómenos de 1883, los sabios, en un gran arranque de positivismo, han sostenido esta enormidad: la suspensión de polvo volcánico en el

aire durante siete años, después de un intervalo de varios años. Esto antes que admitir que este polvo podía tener un origen extraterrestre. Es cierto que estos mismos sabios estaban lejos de haber completado la positividad con la unanimidad de sus opiniones: ya que mucho antes de 1883, Nordenskiold se había expresado prolijamente sobre el polvo cósmico, y el profesor Cleveland Abbe se había levantado, en su tiempo, contra la explicación krakatoniana. Pero tal es la ortodoxia de la mayoría de sabios.

Mi mayor motivo de indignación es, en tales circunstancias, que esta absurda explicación interfiere con algunas de mis enormidades favoritas. Por ejemplo: rehusó admitir que la atmósfera terrestre pueda tener un poder semejante de suspensión. Daré más adelante numerosos datos sobre objetos que han ascendido en el aire y han permanecido allí semanas o meses, pero no por la virtud de suspensión de la atmósfera terrestre. La tortuga de Vicksburg, por ejemplo. Me parecería muy ridículo sostener que una tortuga de respetable tamaño haya podido permanecer suspendida durante tres o cuatro meses por encima de la ciudad de Vicksburg, y esto gracias al único sostén del aire.

Pero volvamos al Krakatoa.

La explicación oficial está descrita en el *Report of the Krakatoa Comitee of the Royal Society*. Se extiende a lo largo de 492 páginas, con 40 ilustraciones, algunas de ellas magníficamente realizadas en color. Fue publicado después de cinco años de eficiente, artística, y autoritaria investigación. Las cifras son impresionantes: distribución del polvo krakatoniano, velocidad del transporte, proporciones de la subsistencia, altitud y persistencia, etc.

La desgracia hace que, según el *Annual Register* [1], todos los efectos atmosféricos atribuidos al Krakatoa hayan sido apercibidos en la Trinidad antes de la fecha de la erupción, y que, según Knowledge, 5-418, se les haya observado en Natal, en África del Sur, seis meses antes.

La inercia y su inhospitalidad.

No se debería dar jamás carne cruda a los bebés; tengo miedo de que la tortuga haya sido un poco indigesta para esos señores.

Y sin embargo, lo imposible se convierte en razonable, por poco que sea presentado con cortesía.

El granizo, por ejemplo. Se lee a veces en los periódicos que han caído piedras de granizo grandes como huevos de gallina. Uno se sonríe. Sin embargo, yo me comprometo a proporcionar una lista de cien casos, citados en la *Monthly Weather Review*, de tales piedras de granizo. Según Nature, 1º de noviembre de 1894, se hallaron dos piedras de granizo de un kilogramo cada una, y el *Report of the Smithsonian Institution* [2], menciona dos de casi tres kilogramos. Finalmente, en Seringapatam, en la India, en el año 1800, cayó una piedra de granizo…

Tengo miedo, tengo mucho miedo… se acerca ahora un gran condenado. Tal vez debería abstenerme de mencionar esto antes de la página trescientos de este volumen, pero esta condenada cosa tenía el tamaño de un elefante.

[1] Annual Register, 1863-105

[2] Report of the Smithsonian Institution, 1870-479.

Risotada.

Copos de nieve como platos. Cayeron en Nashville, en Tennessee, el 24 de enero de 1891. Sonrisas.

En Montana, en invierno de 1887, cayeron copos de nieve de treinta y ocho centímetros de largo y veinte de espesor [3].

En la topografía de la inteligencia, se podría definir el conocimiento como «la ignorancia rodeada por la risa».

Lluvias negras, lluvias rojas, caída de mil toneladas de mantequilla.

Nieve negra, nieve rosa, pedrisco azul, pedrisco con gusto a naranja.

Yesca, seda, carbón.

Hace cien años, si alguien era lo suficientemente crédulo como para creer que las piedras caían del cielo, se le oponía este razonamiento: no hay piedras en el cielo; por tanto, ninguna piedra puede caer de allí.

Nada más razonable, más científico o más lógico podía ser sostenido sobre un tema cualquiera. El único inconveniente es que la premisa mayor era falsa o intermediaria entre lo real y lo no real.

En 1772, un comité, del que era miembro Lavoisier, fue designado por la Academia Francesa para examinar un informe sobre una piedra caída del cielo en Luce, Francia. De todas las tentativas de positividad, en este aspecto del aislamiento, no conozco parecer más ardientemente defendido que la del no-parentesco terrestre. Lavoisier analizó la piedra de Luce. La explicación exclusionista decía, en aquella época, que ninguna piedra caía del cielo: objetos luminosos parecían aterrizar y, en su lugar de caída, se recogían piedras ardientes: sólo el rayo golpeando a una piedra podía calentarla o hacerla fundirse.

La piedra de Luce mostraba signos de fusión. El análisis de Lavoisier «probó irrefutablemente» que aquella piedra no había caído, sino que había sido golpeada por un rayo. Oficialmente, las caídas de piedras fueron condenadas, y la explicación del rayo fue el standard de la *exclusión*.

Uno no hubiera pensado nunca que unas piedras condenadas pudieran clamar justicia sobre una sentencia de exclusión, pero subjetivamente los aerolitos lo hicieron. Sus manifestaciones, acumulándose en una tromba de evidencias, bombardearon los muros que se habían elevado en torno suyo. Puede leerse en la *Monthly Review* [4]. «Que el fenómeno que nos concierne parecerá para muchos indigno de atención. La caída de grandes piedras procedentes del cielo, sin que aparezcan las razones de su previa ascensión, parece ser algo maravilloso o sobrenatural. Sin embargo, una larga suma de evidencias aquí acumuladas confirmará la existencia de semejantes fenómenos, a los cuales convendría prestar atención». El autor de esta nota abandona la primera exclusión, pero la modifica explicando que la víspera de una caída de piedras en la Toscana, el 16 de junio de 1794, el Vesubio había hecho erupción. Es decir, que las piedras caían en algún otro lugar de la Tierra bajo la acción de un tornado o de una erupción.

[3] Monthly Weather Review 1915-73
[4] Monthly Weather Review, 1796-426

Más de ciento veinte años han transcurrido desde esta fecha, y no conozco ningún aerolito al cual se le haya podido atribuir un aceptable origen terrestre. Era preciso levantar una condena en torno a la caída de piedras, a fin de excluir, a través de una serie de reservas, toda posibilidad de una fuerza exterior.

Se puede tener toda la ciencia de Lavoisier y ser incapaz de analizar, o incluso ver, más allá de las hipnosis y de las contra hipnosis convencionales de su época.

Nosotros ya no creemos. Nosotros aceptamos.

Poco a poco, ha sido necesario abandonar las explicaciones del tornado y del volcán, pero esta hipnosis de exclusión, esta sentencia de condenación, esta tentativa de positividad, es tan poderosa que aún hoy en día algunos sabios, como el profesor Lawrence Smith y Sir Robert Ball, continúan negando los orígenes exteriores, afirmando que nada cae sobre la tierra a menos que haya sido levantado antes de ella.

Posición virginal.

Los meteoritos, antaño condenados, son admitidos, pero bajo reserva de una tentativa de exclusión. Se admite que dos especies de sustancias, y solamente dos, pueden caer del cielo: las sustancias metálicas y las sustancias pétreas, y que los objetos metálicos se limitan al hierro y al níquel…

Mantequilla y papel, y lana, y seda, y resina.

Desde el principio, las vírgenes de la ciencia han combatido, llorado, gritado, maldecido las relaciones externas, bajo los mismos pretextos… diciendo que los meteoritos provenían de la superficie terrestre y de ninguna otra parte.

Progreso significa violación.

Mantequilla y sangre. Carne de buey, y una piedra cubierta de inscripciones.



3

Estimo, pues, que la Ciencia no tiene más contactos con el verdadero conocimiento de los que tiene el empuje de una planta, la organización interna de un gran almacén o el desarrollo de una nación. Todos ellos son procesos de asimilación, de organización, de sistematización, todos tienden, por diferentes medios, a alcanzar el estado positivo, es decir, supongo, el paraíso.

No puede haber una verdadera ciencia allí donde hay variables indeterminadas, siendo así que todas las variables son indeterminadas, irregulares. La interpretación precisa de los sonidos exteriores en la mente de un durmiente que sueña no podría sobrevivir en una mente soñadora, porque este toque de relativa realidad no pertenecería ya al sueño, sino al despertar. Asimismo lo invariable, es decir lo real, lo estable, no es nada en la Intermediaridad. La Ciencia es esta tendencia a despertar a la realidad: a la regularidad, a la uniformidad. Pero lo regular, lo uniforme, presupone la ausencia de fenómenos exteriores que puedan perturbarlo. Por lo universal, entiendo lo real. Y la gigantesca tentativa latente que expresa la Ciencia permanece indiferente a la justificación misma de la Ciencia, la cual ve en el espíritu vital una tendencia a la regularización.

Las cucarachas, las estrellas, los magmas químicos, son apenas cuasi-reales. No hay nada verdadero que aprender de ellos. Mientras que la sistematización de los pseudodatos es una aproximación hacia la realidad, hacia el despertar final.

Supongamos que una mente inmersa en el sueño, sus centauros y sus canarios se transforman en jirafas; sobre tales temas se podría basar una verdadera biología, pero si esta misma mente que sueña intentara sistematizar semejantes apariencias, se aproximaría al despertar. A condición que el estado de vigilia (una vigilia muy relativa) procure realmente una mejor coordinación mental.

Al intentar sistematizar, la Ciencia ha ignorado, pues, del mejor modo posible todos los aspectos de la exterioridad. Así, el conjunto de los fenómenos de caída se le ha aparecido como tan turbador, tan inoportuno, tan desagradable como una batería de instrumentos de metal trastornando la composición relativamente sistemática de un músico, como una mosca aterrizando sobre la aventurada tentativa de un pintor y mezclando los colores al azar de sus patas, o como un político interrumpiendo la misa para colocar en ella su discurso electoral.

Si todas las cosas pertenecen a una unidad, a un estado intermediario entre lo real y lo no-real, si nada puede establecerse por sí mismo en entidad, ni «existir» en la intermediaridad, si los nacidos pueden ser al mismo tiempo los uterinos, entonces no veo diferencia positiva entre la Ciencia y la Ciencia Cristiana, ya que la actitud de la una y de la otra en presencia de lo inoportuno es la misma: «Esto no existe».

Todo lo que no gusta a lord Kelvin y a la señora Eddy no existe. Pero yo añadiría esto: en la intermediaridad no hay tampoco inexistencia absoluta. De modo que un Científico Cristiano y un dolor de muelas no existen en el sentido último de la palabra, pero no son tampoco absolutamente inexistentes y, según nuestra terapéutica, aquel de los dos que se acercara más a la realidad se la llevará.

El secreto de la energía… Este creo que es otro pensamiento profundo. ¿Quieren ustedes triunfar en algo? Sean más reales de lo que este algo es.

Quisiera empezar con las sustancias amarillas que caen sobre la Tierra: desearía que observaran a este respecto cuál de mis datos tiene mayor aproximación al realismo que poseen los dogmas que niegan su existencia como productos procedentes de algún lugar exterior a nuestra Tierra.

Mi posición es puramente impresionista. No poseo ni tests ni standards positivos. El realismo en arte, el realismo en ciencia, están pasados de moda. En 1859 era de muy buen tono el aceptar el darwinismo; en la actualidad los biólogos se devoran e intentan concebir de un modo distinto. En su tiempo, el darwinismo estaba de moda pero, por supuesto, no ha probado nada.

Su fundamento: la supervivencia del más apto. No del más fuerte, ni del más hábil, puesto que por todas partes sobreviven la debilidad y la estupidez. Así pues, no se puede determinar la aptitud de otro modo que por la supervivencia. De modo que el darwinismo prueba en todo y por todo la supervivencia de los supervivientes.

Y pese a que, en resumen, parece alcanzar en todo a lo irracional, el darwinismo, con su amasijo de suposiciones y sus tentativas de coherencia, se acerca mucho más a la Organización y a la Consistencia que todas las rudimentarias especulaciones que lo precedieron.

Otra cosa: Cristóbal Colón no probó jamás que la Tierra fuera redonda.

¿La sombra que proyecta sobre la Luna? Nadie la ha visto nunca enteramente, ya que la sombra de la Tierra es mucho más grande que la Luna. Si la periferia de la sombra fuera curva, y la Luna convexa, un objeto rectilíneo podría muy bien, sobre una superficie convexa, proyectar una sombra curva.

Todas las otras autocalificadas como pruebas pueden ser tornadas de la misma manera. Era imposible probar que la Tierra era redonda. Esto no era por otro lado necesario, y sólo una mayor apariencia de «positividad» de la que manifestaban sus adversarios lo empujó a intentar la aventura. Era de buen tono, en 1492, aceptar que más allá de Europa existía, al Oeste, otro continente.

En concordancia con el espíritu de este primer cuarto de siglo, propongo que se admita la existencia más allá de nuestro planeta de *otros continentes* de donde caen objetos, al igual como los restos de América derivan hacia Europa.

Para excluir el origen extraterrestre de las lluvias y nieves amarillas, se ha recurrido al dogma según el cual estarían coloreadas por el polen de pino. Entre otras publicaciones, el *Symons' Meteorological Magazine* es formal sobre este punto, y disuade de toda otra explicación.

Sin embargo, la *Monthly Weather Review* [5] reporta que el 27 de febrero de 1877, en Pechloch, Alemania, cayó una lluvia amarillo oro cuya materia colorante se componía de cuatro organismos diferentes, con exclusión total del polen. Estos organismos tenían respectivamente la forma de una flecha, de un grano de café, de un cuerno y de un disco.

.

[5] Monthly Weather Review, mayo 1877.

Tal vez fueran símbolos. Tal vez fueran, perdóneseme esta ilusión, jeroglíficos objetivos.

En los *Anales de Química* [6], hay una lista de lluvias llamadas sulfurosas. Tengo más de cuarenta fichas de estos fenómenos meteorológicos, que no voy a utilizar. Admitamos que se trate de polen. He dicho más arriba que mi método sería el de los teólogos y los sabios, y estos comienzan siempre por darse aires de liberalidad. No tengo inconveniente en ceder a la partida una cuarentena de puntos: mi generosidad no me costará nada, teniendo en cuenta los innumerables datos que poseo aún en mis cajones.

Examinemos solamente este caso típico: según informa el *American Journal of Science* [7] , en una noche de junio, en el puerto de Pictou, en Nueva Escocia, «en una noche de calma chicha», cayó a chorros, a bordo de un navío, una sustancia amarilla. El análisis reveló la presencia de nitrógeno, de amoníaco, y un fuerte olor animal.

Así pues, uno de mis principios es que, en su homogeneidad, todas las sustancias están muy lejos de ser positivas. En un sentido puramente elemental, diré que no importa qué puede ser hallado en no importa dónde. Madera de caoba en las costas de Groenlandia, cucarachas en la cima del Mont Blanc, ateos en misa, hielo en la India. Por ejemplo, el análisis químico puede revelar que todos los muertos han sido envenenados con arsénico: en efecto, no existe estómago que no contenga hierro, plomo, estaño, oro y arsénico. Lo cual, por supuesto, no tiene la menor importancia puesto que, por influencia represiva, cierto número de personas debe ser ejecutada por homicidio cada año; y pese a que los detectives no descubren jamás absolutamente nada, la ilusión de su éxito basta para hacerlos felices, mediante lo cual es perfectamente honorable hacer donación de sus vidas a la sociedad.

El químico que analizó la sustancia de Pictou sometió una muestra al redactor del *Journal*, el cual encontró en ella, por supuesto, trazas de polen. Mi opinión es que efectivamente había algo de polen en ella: nada hubiera podido atravesar el aire, en junio, cerca de los bosques de pinos de Nueva Escocia, sin escapar a las nubes de esporas. Pero el redactor no escribió que esta sustancia «contenía» polen. Olvidó «el nitrógeno, el amoníaco y el fuerte olor animal», declarando únicamente que la sustancia era polen. En nombre de mis cuarenta prendas de liberalidad (o de pseudoliberaridad, ya que uno no puede ser realmente liberal) quiero suponer que el químico en cuestión no detectó un solo olor animal si era guardián de zoo. Pero la continuación será más difícil de pasar por alto: las caídas desde el cielo de materia animal.

Sugiero que nos pongamos por un momento en el lugar de los peces de las grandes profundidades.

Si los peces de las grandes profundidades quisieran llevar la cuenta de las caídas de materia animal procedente de la superficie, ¿cómo lo harían? ¿Intentarían tan sólo hacerlo?

Si planteo la cuestión es porque resulta muy tentador el definir al hombre como un pez de las grandes profundidades.

[6] Anales de Química, 85 288.

[7] American Journal of Science, 1-24-198.

El 14 de febrero de 1870 [8], cayó en Génova, Italia, según el señor Boccardo, director del Instituto Genovés, y el profesor Castellani, una sustancia amarilla. El examen microscópico reveló, sin embargo, numerosos glóbulos de azul de cobalto, y también corpúsculos color perla que se parecían al almidón [9].

M. Bouis [10] habla de una sustancia variando del rojo al amarillo, caída en cantidades enormes y sucesivamente el 30 de abril, el 1º de mayo y el 2 de mayo en Francia y en España: esta sustancia, que se carboniza desprendiendo un olor a materia animal quemada, no era polen: sumergida en alcohol, produjo un residuo de materia resinosa. De ella cayeron centenares de miles de toneladas.

«Un olor a materia animal quemada».

Una batalla aérea en pleno espacio Interplanetario hace centenares de años, un efecto del tiempo dando a restos diversos un aspecto uniforme…

Todo lo cual resulta absurdo porque no estamos dispuestos a aceptar que, durante tres días, una prodigiosa cantidad de materia animal haya caído del cielo en Francia y en España. M. Bouis declara que dicha sustancia no era polen, y la enormidad de su caída parece darle la razón. Pero la materia resinosa sugiere el polen. Así que es el momento de hablar de una caída abundante de materia resinosa, enteramente divorciada de toda sugestión de polen.

En Gerace, Calabria, el 14 de marzo de 1813 [11] cayó un polvo amarillo que fue recogido por el signore Simenini, profesor de química en Nápoles. Tenía un gusto terroso, insípido, y fue descrito como «untuoso». Calentada, esta materia se volvió parda, negra, después roja. De acuerdo con los *Annals of Philosophy* [12], uno de sus componentes era una sustancia amarillo verdosa que, desecada, se convirtió en resinosa.

Pero esta caída fue acompañada de ruidos ensordecedores en el cielo y de un chaparrón de piedras. Estos fenómenos, ¿son asociables a una dulce y apacible llovizna de polen?

Lluvias y nieves negras, lluvias de tinta copos de nieve negros como el azabache. Cayeron en Irlanda, en mayo de 1840 [13], sobre un distrito de 80.000 hectáreas, acompañadas de un olor fétido y desagradable. La lluvia de Castlecommon, Irlanda, el 30 de abril de 1887, «densa, negra lluvia» *Amer. Met. Jour*. [14]. Una intensa lluvia negra en Irlanda, los 8 y 9 de octubre de 1907, «dejando en la atmósfera una horrible pestilencia» [15]. La explicación ortodoxa, aparecida en *Nature,* 2 de marzo de 1908, hace intervenir nubes de lluvia venidas de los grandes centros industriales de Gales del Sur, atravesando el canal irlandés.

[8] Jour, Franklin inst., 90-11.
[9] Nature, 2-166.
[10] Comptes rendur, 56-972
[11] Blackwood's Magazine, 3-338.
[12] Annals of Philosophy, 11-466.
[13] Annals of Scientific Discovery, 1850, y el Annual Register, 1849
[14] Amer. Met. Jour., 4-193.
[15] Symons' Met. Mag, 43-2.

En la Continuidad, no se pueden distinguir los fenómenos en su punto de unión, así que es preciso buscarlos en sus extremidades. Es imposible distinguir, en algunos infusorios, entre lo vegetal y lo animal, pero en su lado práctico puede hacerse aún la distinción entre un hipopótamo y una violeta. Nadie, salvo quizá Barnum o Bailey, enviaría un ramo de hipopótamos a su prometida.

Así pues, alejémonos de los grandes centros industriales.

Lluvia negra en Suiza el 20 de enero de 1911. Suiza se siente incómoda. Su explicación [16] es convencional: en ciertas condiciones atmosféricas, la nieve puede tomar una apariencia engañosa y ennegrecerse.

De acuerdo. Puede decirse que en una noche muy oscura la nieve puede parecer negra. Pero vayamos aún más lejos: un «chaparrón de tinta» cae en el Cabo de Buena Esperanza, lo cual resulta poco verosímil. *La Nature* [17], da su explicación: humo de volcán, esto es de lo que se trata.

No nos ocuparemos de las lluvias negras sin pasar revista a sus fenómenos concomitantes. Un corresponsal de *Knowledge* [18], informa de una lluvia negra en el valle de Clyde, el 1º de marzo de 1884; otra lluvia negra cayó dos días después, según el corresponsal, otra lluvia negra había caído el 20 de marzo de 1828 y otra el 22. Según *Nature* [19], una lluvia negra cayó en Marlsford, Inglaterra, el 4 de setiembre de 1873; veinticuatro horas más tarde otra lluvia negra cayó en el mismo lugar.

Según el reverendo James Rust (*Scottish Showers*), una lluvia negra cayó en Slains, Escocia, el 14 de enero, otra en Carluke, a 250 kilómetros de Slains, el 1º de mayo, y otras dos en Slains el 20 de mayo de 1862 y el 28 de octubre de 1863 [20]. En el mismo momento, grandes cantidades de una sustancia tan pronto denominada «piedra pómez» como «escoria» fueron arrojadas por el mar sobre las costas de Escocia. El informe de un químico identificó esta sustancia, no como un producto volcánico, sino como escoria de fundición. Todo ello, dijo Mr. Rust, en tan gran cantidad, ¡que el producto hubiera podido representar el rendimiento global de todas las fundiciones del mundo!

Si se tratara de escoria, sería preciso aceptar el hecho de que un producto artificial había caído del cielo en cantidades enormes. Y si ustedes no creen que semejantes fenómenos son condenados por la Ciencia, lean los fracasos sufridos por Mr. Rust al intentar hacer examinar el dossier por las autoridades científicas. Añadamos que varias de entre las lluvias de Slains no correspondían a ninguna actividad volcánica terrestre. El destino de toda explicación es el de no cerrar una puerta más que para abrir otra mucho mayor.

Pienso en una isla cercana a un trayecto comercial transoceánico. Podría recibir varias veces al año los detritus provenientes de las naves de pasaje.

[16] Nature, 85-451.
[17] La Nature, 1888, 2-406
[18] Knowledge, 5-190.
[19] Nature, 9-43.
[20] La Science pour tous, 11-26, señala que entre el mes de octubre de 1863 y enero de 1866 otras cuatro lluvias de color se abatieron sobre Slains.

Otras concomitancias de lluvias negras [21]: «Una especie de estruendo como el que producen los vagones de ferrocarril» se elevó en el cielo durante una hora, el 16 de julio de 1850, en Bulwick Rectory, Northampton, Inglaterra. El 19, cayó una lluvia negra. En *Nature* [22] un corresponsal señala una oscuridad intensa, el 26 de abril de 1884, que engulle Preston, en Inglaterra: en la página 32, otro corresponsal señala que, el mismo día, una lluvia negra se abate sobre Crowle, cerca de Worcester, y vuelve a caer el 3 de mayo. Otra cae el 28 de abril cerca de la iglesia de Setton, tan espesa que a la mañana siguiente las orillas están aún ennegrecidas. En los cuatro casos, según los corresponsales de Nature, se habían señalado temblores de tierra en Inglaterra en el mismo momento.

Una lluvia negra cae, el 9 de noviembre de 1819, en Canadá: se atribuye la precipitación a la humareda de un incendio forestal al sur del río Ohio. Pero esta lluvia [23] fue acompañada de sacudidas sísmicas que, según el *Edinburgh Philosophical Journal* [24], siguieron a una intensa oscuridad.

La ortodoxia de todas las lluvias rojas exige que el siroco arrastre hasta Europa las arenas del Sahara.

Se han producido numerosas caídas de materia roja, sobre todo en las regiones volcánicas de Europa, y generalmente bajo forma de lluvia. En muchas ocasiones, dichas sustancias han sido «absolutamente identificadas» como arena sahariana. Ahondando en el tema, he encontrado seguridad sobre seguridad, tan positivas que no hubiera buscado nada más si no hubiese sido intermediario. Muestras de lluvia tomadas en Génova han sido comparadas con arena recogida en pleno Sahara. Los autores han coincidido, con una «unanimidad absoluta»: el mismo color, idénticas partículas de cuarzo, igual proporción de diatomeas. El análisis químico no aportó una sola discrepancia.

Pensamiento intermediarista: a condición de las exclusiones apropiadas, según el método científico y el método teológico, puede identificarse no importa qué, con no importa qué otra cosa, puesto que cualquier cosa no es más que una expresión diferente de una unidad subyacente.

¡Qué satisfacción para el espíritu la expresión «absolutamente identificado»! El absoluto o su ilusión: la búsqueda universal. Si una sustancia caída en Europa es identificada por los químicos como arena de los desiertos africanos, elevada en el aire por torbellinos, he aquí lo que aliviará de sus irritaciones a todos los espíritus enclaustrados, sumergidos en el concepto de un mundo mullido, aislado, minúsculo, libre de todo contacto con la maldad cósmica, a salvo de todo artificio estelar, indiferente a los vagabundeos e invasiones interplanetarias. Lo malo es que el análisis químico, pese a su apariencia definitiva y oficial, ya no es más absoluto que la identificación hecha por un chiquillo o la descripción de un imbécil.

Retiro el insulto: prefiero que la aproximación sea ligeramente más elevada.

Pero, de todos modos, se basa en la ilusión, ya que no hay exactitud, homogeneidad ni estabilidad; no hay más que diferentes estados entre estos tres valores y la

[21] Timbs'Year Book, 1851-270,
[22] Nature, 30-6.
[23] Zurcher, Meteors, p. 238
[24] Edinburgh Philosophical Journal, 2-381.

inexactitud, la heterogeneidad y la inestabilidad. Además, no hay elementos químicos. Ramsay, entre otros, lo ha probado plenamente. Los elementos químicos no son más que otro fracaso en la búsqueda de lo positivo, en tanto que este es exacto, homogéneo y estable.

En los días 12 y 13 de noviembre de 1902 se sitúa la más importante caída de materia en la historia de Australia. El 14 de noviembre «llovió barro» en Tasmania. El fenómeno se atribuyó a los torbellinos australianos pero [25], hubo también una bruma que llegó hasta Hong-Kong y las Filipinas. Quizá tal fenómeno no tuviera relación con la aún más formidable caída de febrero de 1903 en Europa. Durante varios días, el sur de Inglaterra fue un verdadero albañal. Si desean conocer la opinión de un químico, aunque sea tan sólo su mera opinión, consulten el informe de la Sociedad Real de Química. El 2 de abril de 1903, Mr. E. G. Clayton describió en dicho informe una sustancia caída del cielo y recogida por él mismo. La explicación del Sahara prevalece sobre todo para el sur de Europa. Más lejos, los convencionalistas se sienten a disgusto. Bajo demanda, el editor de la Monthly *Weather Review* [26] declara, hablando de una lluvia roja caída en 1890 sobre las costas de Terranova: «Sería sorprendente que se tratara de polvo sahariano». El señor Clayton afirma de su muestra: «Es, simple y llanamente, polvo de las carreteras de Wessex levantado por el viento». Esta opinión es típica de toda opinión científica, teológica o femenina. Está a la medida de lo que no toma en cuenta. Es más caritativo pensar que Mr. Clayton desconocía la extensión de la caída: el 19, recubría una superficie equivalente a las islas Canarias.

Pienso, por mi parte, que en 1903 atravesamos los restos de un mundo pulverizado, dejado como recuerdo de una antigua disputa interplanetaria y llevando después su inquina, a través del espacio, como una querella roja.

Pensar es concebir incompletamente, ya que todo pensamiento no tiene lazos de unión más que con lo local. Por supuesto, nosotros, los metafísicos, gustamos de ir adelante y pensamos en lo impensable. Los químicos, por su parte [27], se limitan a analizar la sustancia y encuentran un 23,49 por ciento de agua y un 9,8 por ciento de materia orgánica. Estas fracciones son bien convincentes, de modo que la «identifican» con la arena sahariana. Si se descontara de nosotros todo lo que no es arena, podríamos, ustedes y yo, ser identificados también con la arena sahariana. Sin mencionar el hecho de que la mayor parte del desierto sahariano no es rojo, sino que es descrito como de una «deslumbrante blancura».

La enormidad de los hechos, el 27 de febrero, la caída prosiguió en Bélgica, en Holanda, en Alemania y en Austria [28]. Un buque la señaló en pleno océano Atlántico, entre Southampton y las Barbados. Sólo en Inglaterra, se calculó que cayeron 10.000.000 de toneladas de materia. En Australia, hubo una lluvia de barro de cinco toneladas por hectárea [29]. Cayó también en Suiza [30] y en Rusia [31].

Con un desprecio total por todos los detalles accesorios, y utilizando el método científico-teológico, la sustancia de febrero de 1903 podría ser identificada con

[25] Monthly Weather Review, 32-365
[26] Monthly Weather Review, 29-121
[27] Nature, 68-54. 68-65, 68-223, y 5 de marzo de 1903.
[28] Journal of the Royal Meteorological Society, 30-56
[29] Victorian Naturalist, junio 1903.
[30] Simon's Met. Mag., marzo 1903.
[31] Bull. Com. Geolog., 22-48.

cualquier cosa: con la arena sahariana, con azúcar en polvo, con el polvo del bisabuelo de cualquiera de nosotros. Vean diversas muestras analizadas por los químicos [32]: «parecida al polvo de ladrillos», dijo uno; «pelo marrón claro», dijo otro; después: «color chocolate, sedoso al tacto y ligeramente iridiscente», «gris», «herrumbre», «gotas de lluvia rojiza y arena gris», «sucio», «muy rojo», «marrón-rojo con un matiz de rosa», «color de arcilla amarilla».

La Ciencia de la química es como la Ciencia de la sociología: prejuzga por anticipado, si se piensa que ver es ya prejuzgar.

La Ciencia de la química es también tan poco positiva como la quiromancia. O, más bien, representa una mayor aproximación a la realidad que la alquimia, a la que ha terminado por suplantar, pero se queda aún a medio camino entre el mito y la positividad. Una tentativa de aproximación a la realidad se sitúa en estos términos: todas las lluvias rojas están teñidas por la arena del Sahara.

Mi posición no positiva es la siguiente: algunas lluvias se hallan teñidas por la arena del Sahara, otras lo son por arenas de otras fuentes terrestres, otras aun por arenas de otro mundo o de regiones aéreas demasiado amorfas e indefinidas para que puedan ser calificadas de «mundos» o de «planetas». Ningún supuesto torbellino puede dar cuenta de los centenares de toneladas de materia caídas en Australia, en los océanos Pacifico y Atlántico y en Europa, de 1902 a 1903. Un torbellino de este volumen hubiera superado muy rápidamente la simple suposición.

La Ciencia intenta localizar lo universal: no concibo que pueda conseguirlo. Todo el resto del Universo rehúsa ser excluido, condenado o despreciado. Aunque todo fenómeno tiende haca lo Absoluto, ser fenomenal, tener una apariencia de intermediario, es expresar una sucesión de relaciones. Un río no es más que agua expresando la relación gravitatoria a diferentes niveles. El agua del río no es más que la expresión de relaciones químicas (no-finales) del hidrógeno y del oxígeno. Una ciudad no es más que la manifestación de relaciones sociales y comerciales. ¿Puede una montaña pasarse sin base, una tienda sin clientes? La Ciencia ya no puede sobrevivir en la intermediaridad como pura, aislada, o positivamente diferente, como no lo pueden un río, una ciudad, una montaña o una tienda. Los sabios, con su sueño de una «ciencia pura», se parecen a los artistas que sueñan en «el arte por el arte». Son buenos positivistas, pero son perjudiciales económica y sociológicamente, ya que nada tiene más justificación, a menos que exprese las relaciones de un conjunto más alto, que el servir y de funcionar para él.

En la Edad Media, había lluvias rojas que eran denominadas «lluvias de sangre». Aterrorizaban a las gentes, agitaban poblaciones hasta el punto que la Ciencia resolvió, en sus relaciones sociológicas, apartar el flujo. Aseguró que las «lluvias de sangre» no existían, que no eran más que agua teñida de arena sahariana. Esta prostitución positivista (por prostitución, entiendo utilitarismo) estaba muy justificada en el plan único de la sociología. Pero nos hallamos en el siglo XX y los soporíferos del pasado ya no nos son necesarios. Si cayeran lluvias de sangre sobre la ciudad de Nueva York, los negocios ni siquiera se interrumpirían.

He partido de las lluvias de arena. Y en mi herejía o en mi progreso, en mi regreso a las supersticiones modificadas del pasado, creo mantenerme muy por encima del concepto de la «lluvia de sangre». Solamente tengo la tímida intención de

[32] Journal of the Royal Meteorological Society, 30-57.

manifestar que ciertas lluvias rojas sugerían firmemente la sangre o la materia animal pulverizada.

Desechos de desastres interplanetarios. Batallas aéreas. Provisiones alimenticias de los supercargos naufragados en el tráfico espacial.

Hubo, el 6 de marzo de 1888, en la región mediterránea, una lluvia de sustancia roja que expandió, al ser quemada, un fuerte y persistente olor animal [33]. Pero, heterogeneidad sin fin o desechos de cargamentos celestes, hubo lluvias rojas que no estaban coloreadas ni por la arena, ni por la materia animal. El 2 de noviembre de 1819, una semana antes del temblor de tierra y la lluvia negra del Canadá, cayó una lluvia roja en Blankenberge, Holanda: dos químicos de Brujas concentraron ciento cuarenta partes en cuatro onzas «sin obtener precipitado alguno». Otros reactivos provocaron precipitados, pero no de arena. Concluyeron que contenía clorhidrato de cobalto, lo cual resulta muy vago [34].

Acompañada de un polvo llamado meteórico, una «sustancia extraña», compuesta de almagre, carbonato de calcio y materia orgánica cayó del 9 al 11 de marzo de 1872 [35]. El 14 de marzo de 1873, una granizada naranja en Toscana [36]. Una lluvia lavanda el 19 de diciembre de 1903 en Oudon, Francia [37]. Según el profesor Swedoff, el 14 de junio de 1880, en Rusia, granizo rojo, después granizo azul, después granizo gris *La Nature* [38]. El 17 de abril de 1886, en una pequeña ciudad de Venezuela, granizo a veces rojo, a veces azul, a veces blanquecino *Nature* [39]. El 13 de diciembre de 1887, en Conchinchina, una sustancia parecida a sangre coagulada [40]. En 1812, en Ulm, una materia roja, espesa y muy viscosa [41].

Pero, sobre todo, hay un detalle que llama la atención, y que aparecerá sin cesar en el curso de nuestras investigaciones, un factor de especulación tan revolucionario que será preciso reforzarlo continuamente antes de aceptarlo. El 28 de diciembre de 1860 [42], a las siete de la mañana, en el noroeste de la ciudad de Siena, una lluvia roja cayó durante dos horas, desde las siete de la mañana. Una segunda tormenta se abatió a las once, otra tres días más tarde, una última a la mañana siguiente. Pero cada tormenta cayó *exactamente sobre el mismo barrio de la ciudad*.

[33] L'Astronomie, 1888-205.
[34] Annals of Philosophy, 16-226. Annales de Chimie, 2-12-432. Edin. Phil. Jour., 2-381. Quar. Jour. Roy. Inst, 9-202.
[35] Chemical News, 25-300.
[36] Notes and Queries, 9-5-16
[37] Bull. Soc. Mét. de France, 1904, 124.
[38] Nature, 1885-2-351.
[39] Nature, 34-123
[40] L'Année Scientifique, 1888, 75.
[41] Annales de Chimie, 85-266.
[42] Year Book of Facts, 1861, 273: carta del profesor Campini al profesor Mateuci.

4

El 13 de agosto de 1819, en Amherst, en Massachusetts, un objeto misterioso, recubierto de una pelusilla como la que se encuentra en las fábricas de paños, se abatió sobre el suelo. Más tarde fue examinado y descrito por el profesor Graves, antiguo catedrático del colegio de Dartmouth. Separada la pelusa, apareció una sustancia pulposa de color amarillento que, desprendiendo un olor muy nauseabundo, se volvió rojo vivo por el simple contacto del aire [43].

El profesor Dewey, comunicando el informe Graves, cuenta en el *American Journal of Science* [44], que el 13 de agosto, al sonido de una explosión, una viva luz se extendió sobre la ciudad de Amberst, iluminando uno de los muros de la habitación donde se hallaba él mismo en compañía de su familia. A la mañana siguiente, en el patio delantero del profesor Dewey, en el mismo emplazamiento de donde pareció provenir la extraña luz, se descubrió una sustancia «distinta a todas aquellas que los testigos declaraban conocer». Era un objeto en forma de tazón, que medía quince centímetros de diámetro por tres de espesor, recubierto de «una fina pelusilla» amarillenta que tenía la consistencia de la espuma de jabón y esparcía «un olor fuerte, casi sofocante». Expuesto al aire durante algunos minutos, perdió su color, se volvió rojo sangre, absorbió rápidamente la humedad del aire y se licuó. El *Journal* da algunas de las reacciones químicas.

Esto me recuerda otra alma perdida: una caída de peces muertos y disecados de la especie chalwa, de un palmo de longitud, en los alrededores de Allahabad, en la India [45]. Habían permanecido tanto tiempo fuera del agua que no podían haber sido recogidos de un estanque por una tromba, pese a que se les identificó como pertenecientes a una especie local. Me inclino a creer, por mi parte, que no eran peces, sino objetos en forma de peces, de la misma sustancia que cayó sobre Amherst. Se dice que resultaron incomibles puesto que, «colocados en la sartén, se convirtieron en un charco de sangre» [46].

En el *American Journal of Science* [47], el objeto de Amherst cayó bajo la inevitable daga de la condenación. El profesor Edward Hitchcock se instaló en el país. Años más tarde, un objeto totalmente parecido al primero se abatió «casi en el mismo lugar». Invitado por el profesor Graves a examinarlo, Hitchcock descubrió el mismo tamaño, la misma consistencia, las mismas reacciones químicas, y lo reconoció instantáneamente: era un hongo gelatinoso.

[43] Annual Register, 1821-687. Véase también Edinburgh Philosophical Journal, 5- 295. En los Anales de Química, 1821-67, M. Arago confirma el incidente y cita, otros cuatro casos de objetos o sustancias parecidas caídas del cielo, dos de las cuales citaré entre mis datos de materias gelatinosas y viscosas, y dos que omitiré en vista de sus lejanas fechas. El 17 de marzo de 1669, en Châtillon sur Seine, cayó una sustancia rojiza «espesa, viscosa y pútrida», citada en los registros de la Academia Francesa.

[44] American Journal of Science 1-2-335.

[45] London Times, 19 de abril de 1836.

[46] Para otros detalles, véase el Journal of the Asiatic Society of Bengal, 1834-367, donde el incidente está fechado el 16 o 17 de mayo de 1834, según el Journal.

[47] American Journal of Science, 1-25-362.

No solamente identificó su especie exacta, sino que anunció que otros hongos semejantes aparecerían dentro de 24 horas. Aparecieron dos de ellos aquella misma tarde.

Hemos llegado con ello a la más vieja de todas las convenciones exclusionistas: el *nostoc*. Cada vez que se señala una caída de sustancia gelatinosa, se la identifica como *nostoc*, una especie de hongo o alga cuyo rival es la «freza de ranas o de peces». Combinadas entre sí, estas dos explicaciones forman una excelente mezcla. Cada vez que faltan pruebas sobre la caída efectiva de materias gelatinosas, se asegura en primer lugar que el nostoc se encuentra allá. Cada vez que los testimonios confirman la caída, se acude a los torbellinos diseminadores de freza.

Yo no puedo decir: todos los mirlos son negros, porque un día vi de blancos. No puedo decir tampoco: el *nostoc* es invariablemente de color verde, porque al menos un sabio ha descrito un *nostoc* de color rojo sangre. Pero me gustaría poner de relieve que la mayor parte de las caídas de sustancias gelatinosas son descritas como blancas o grises, y que el *nostoc* es definido como verde en el *Diccionario de Webster*, «azul-verde» en la *New International Encyclopedia*, «verde claro u oliva» en *Science Gossip* [48], o «verdoso» en *Notes and Queries* [49]. Si se señalan pájaros blancos, parece razonable no tomarlos por mirlos, incluso si *hay mirlos blancos*. Si caen sustancias gelatinosas blancas o grises, puede apostarse a que el *nostoc* no se halla implicado en ello, y si caen fuera de estación, no hay lugar para invocar a la freza.

«El fenómeno de Kentucky». En su tiempo, produjo un grandioso efecto. De ordinario, datos como estos son silenciados precipitadamente: recuerden ustedes las lluvias negras de Slains. Pero el 3 de marzo de 1876, numerosos periodistas fueron atraídos a Bath Country. Kentucky, por un notable acontecimiento: trozos de una sustancia que parecía carne de vaca cayeron del cielo sobre Olympian Springs. «En un cielo completamente puro», copos de cinco a diez centímetros cuadrados cayeron en denso chaparrón sobre el suelo y los árboles, pero limitándose a una banda de terreno de cien metros de largo sobre cincuenta de ancho [50].

Anoten cuidadosamente esta formación en copos: indica una presión muy significativa, de la que volveremos a hablar.

Compadezco sinceramente a los exclusionistas. Les era ya bastante difícil combatir la idea de simples polvaredas extraterrestres, sin tener que manejar un fenómeno tan sensacional como una caída de carne de vaca. Uno de los copos, se afirma, tenía las dimensiones de un sobre. La sustancia de Kentucky fue examinada por Leopold Brandeis. «Hemos encontrado finalmente una explicación verosímil del fenómeno», escribió [51]. La maravilla de Kentucky no fue más que nostoc. Dicho de otro modo, no se había producido caída. La sustancia pegada al suelo se había mezclado con el agua de lluvia y, con su aumento de volumen, había llamado la atención de observadores no científicos, los cuales la creyeron caída del cielo.

[48] Science Gossip, 10-114.
[49] Notes and Queries, 1-11-229.
[50] Los primeros informes fueron publicados en el Scientific American, 34-197, y el New York Times del 10 de marzo de 1876.
[51] Scientific American Supplement, 2-426.

¿De qué *lluvia* se trata?, me pregunto yo.

Se dijo también de la sustancia que estaba «desecada». Este es un detalle muy importante. Pero admiremos el alivio de la honradez ultrajada, muy a lo *Salvation Army*, de un sabio de tercera categoría, blandiendo en el *Supplement* una explicación del apéndice vermiforme o del coxis que hubiera podido muy bien ser aceptada por el propio Moisés. La sustancia fue definida por Mr. Brandeis como *nostoc* «de color carne».

Pero el profesor Lawrence Smith, de Kentucky, uno de los exclusionistas más determinados, analizando la misma materia, fue de una opinión completamente distinta, «se trata de freza desecada de un reptil cualquiera, sin duda de rana» [52]. Desecada, ya que, sin duda, este fue el estado en que llegó a sus manos.

En cuanto al doctor A. Mead Edwards, presidente de la Asociación Científica de Newark, si inclinó, en el *Scientific American Supplement* ante la sugestión de Mr. Brandeis, pero mencionando que el doctor Hamilton, habiendo analizado el espécimen, lo reconoció como un fragmento de tejido pulmonar. Así, dice el doctor Edwards, esta sustancia fue magníficamente definida como *nostoc*, «siendo también tejido pulmonar». Él mismo identificó varias otras muestras como trozos de cartílago y fibra muscular. Con lo cual su explicación no puede ser más extravagante: una bandada de pájaros atiborrados de comida, invisible en la claridad del cielo, había debido vomitar.

El profesor Fassig registra la sustancia, en su «Bibliografía», como freza de pez. McAtee en la *Monthly Weater Review* [53], lo anota como un material gelatinoso, supuestamente calificado como freza desecada de peces o de batracios.

Nada es positivo ante la unidad, ante la homogeneidad. Si el mundo entero se uniera contra ustedes, su combinación sería irreal, intermediaria entre la unidad y la falta de unidad. Toda resistencia está en sí misma dividida en varias partes que se resisten mutuamente. Y la más simple estrategia no es la de combatir a un enemigo, sino la de forzar a sus filas a combatirse entre sí. He aquí que pasamos de las sustancias cárnicas a las sustancias gelatinosas, de las que tenemos abundancia de informes. Estos datos son obscenos a los ojos de la Ciencia, pero veremos que la Ciencia no ha sido siempre, lejos de aquí, tan hipócrita. Chladni no lo era, y Greg tampoco.

Acepto, por mi parte, que del cielo han caído sustancias gelatinosas.

¿Es gelatinoso el cielo entero?

¿Son los meteoros los que le arrancan y desprenden sus fragmentos?

Dichos fragmentos, ¿nos son arrojados por las tempestades?

El parpadeo de las estrellas, ¿es debido a la simple penetración de la luz a través de una masa temblona?

[52] New York Times, 12 de marzo de 1876.
[53] Monthly Weather Review, mayo de 1918.

Pienso, por mi parte, que sería absurdo pretender que todo el cielo es gelatinoso. Es más verosímil suponer que tan sólo algunas regiones del cielo sean gelatinosas. Humboldt [54] afirma que todos nuestros datos a este respecto «deben ser clasificados entre las fábulas ilusorias de la mitología». Pero su autoridad se matiza por algo de redundancia.

No quiero agarrarme a los argumentos convencionales de la «subida y la bajada» o de la «presencia anterior», so pena de invadir la jurisdicción de mi ejemplo final, el cual implica el estacionamiento prolongado, por encima de una ciudad inglesa, de una sustancia misteriosa: freza, *nostoc* o algo como un nexo larvario. Si esta sustancia ha planeado por el aire durante varios días, soy, como Moisés, el mayor cronista de las inconveniencias. ¿A menos que esta historia no haya sido contada, también ella, por Moisés? En fin, daré tantos ejemplos de sustancias gelatinosas caídas al mismo tiempo que meteoritos, que será preciso admitir una conexión cualquiera entre estos dos fenómenos. Hay en el cielo vastos campos gelatinosos, que los meteoritos atraviesan vaciándolos de su sustancia.

En 1836, M. Vallot [55]. miembro de la Academia de Ciencias, presentó a sus colegas fragmentos de una sustancia gelatinosa caída, se nos dice, del cielo, y de la cual reclamó un análisis. Tal incidente no tuvo la más mínima continuación.

Vilna, Lituania, el 4 de abril de 1846 [56], cayeron, en plena tormenta, grandes masas de una sustancia gris e inodora, a la vez resinosa y gelatinosa que, al quemarse, desprendió un olor dulzón. Sumergida en el agua durante veinticuatro horas, se hinchó, pero continuó siendo gelatinosa.

Una sustancia análoga había caído, en 1841 y en 1846, en Asia Menor.

En *Notes and Queries* [57] se lee que, en agosto de 1894, miles de medusas, grandes como un chelín, fueron señaladas por encima de Bath, en Inglaterra. No creo que se tratara realmente de medusas, sino más bien, esta vez, de freza de ranas, empujada por un torbellino, ya que en el mismo momento cayeron sobre Wigan, en Inglaterra, una lluvia de pequeñas ranillas.

El 24 de junio de 1911, en Eton Bucks [58], Inglaterra, el suelo fue recubierto de pedazos de gelatina grandes como guisantes, después de una fuerte tormenta. Esta vez ya no se habló de *nostoc*, sino de numerosos huevos de «algunas especies de chironomus, de los cuales salieron larvas».

Las medusas de Bath, 23 años antes, quizá no fueran otra cosa…

El 22 de abril de 1871 [59], una tormenta de gotas viscosas cayó sobre la estación de Bath, «algunas de las cuales se transformaron en crisálidas de dos centímetros de largo». Infusorios, se dijo en *Zoologist* [60].

[54] Cosmos, 1119.
[55] Comptes rendus, 3-554.
[56] Comptes rendus, 23-542.
[57] Notes and Queries, 8-6-190.
[58] Nature, 87-10.
[59] London Times, 24 de abril de 1871
[60] Zoologist, 2-6-2686

El fenómeno [61] fue analizado por el reverendo L. Jenyns, de Bath, que describió gusanos minúsculos encerrados en los envoltorios transparentes, pero de los cuales no explicó su sorprendente segregación. Puesto que el misterio sigue siendo siempre el mismo: ¿Cómo fueron reunidos estos huevos? Un torbellino no es segregativo. El reverendo Jenyns imagina una charca inmensa, llena hasta el borde de estas masas esféricas, secándose de golpe y concentrándolo todo, que más tarde un torbellino se encargará de recoger.

Pero, unos días más tarde, otros de estos objetos cayeron en el mismo lugar.

Los torbellinos dan raramente prueba de tanta precisión, esto cae por su propio peso.

Pero no cae por su propio peso el que tales objetos hayan podido estacionarse varios días por encima de la ciudad de Bath.

Lluvias negras en Slains.

Lluvias rojas en Siena.

R. P. Greg, uno de los catalogadores más notables de fenómenos meteóricos, reporta caídas de sustancias viscosas en 1652, 1686, 1718, 1796, 1811, 1819, 1844 [62]. Da datos más antiguos, pero yo también practico la exclusión. En el *Report of the British Association* [63], señala incluso el paso de un meteoro muy cerca del suelo entre Barsdorf y Friburgo, en Alemania. Al día siguiente se encontró sobre la nieve una masa enorme de gelatina. No era ni la estación de la freza, ni la del *nostoc*. «Curioso, si es exacto», como dice él. Pero relata, sin modificarla, la caída de un meteoro en Gotha, Alemania, el 6 de setiembre de 1835, «dejando en el suelo una gran masa de gelatina» y aterrizando apenas a un metro de un observador. En otro artículo del *Report* [64], según una carta de Greg al profesor Baden Powell, el 8 de octubre de 1844 por la noche, cerca de Coblenza, uno de sus amigos alemanes vio caer al suelo un cuerpo luminoso cerca de él y de otra persona. A la mañana siguiente, encontraron en aquel lugar una masa gelatinosa de color gris.

Según Chladni [65], una masa viscosa cayó con un meteorito luminoso entre Siena y Roma, en mayo de 1652; otra, después de la caída de una bola de fuego en Lusatia en marzo de 1796; una sustancia gelatinosa, después de la explosión de un meteorito, cerca de Heidelberg, en julio de 1811. En el artículo citado en la nota [66], se describe la sustancia de Lusatia como poseyendo «el color y el olor del barniz negro desecado». En el *American Journal of Science* [67] se dice que una materia gelatinosa surgió con un globo de fuego sobre la isla de Lethy, en la India, en 1718.

En la misma revista [68], en varias observaciones sobre los meteoros de noviembre de 1833, se mencionan caídas de sustancias gelatinosas: «Bloques de

[61] Trans. Ent. Soc. of London, 1871, proc. XXII.
[62] Phil Mag., 4-8-463.
[63] Report of the Brifish Association, 1860-63.
[64] Report of the British Association, 1855-94.
[65] Annals of Philosophy, n. s. 12-94.
[66] Edinburgh Philosophical Journal, 1-234.
[67] American Journal of Science, 1-26-133.
[68] American Journal of Science, 1-26-396.

gelatina blanca», parecida a clara de huevo coagulada, fueron hallados en el suelo en Pahway, New Jersey. A. H. Garland, de Nelson Country, Virginia, encontró una sustancia gelatinosa que tenía la circunferencia de una pieza de 25 centavos. Una mujer de West Point encontró una masa grande como una taza de té y parecida al almidón hervido.

Parece increíble que un sabio haya tenido la osadía o la incredulidad de aceptar estas almas perdidas. El profesor Olmstead, que las ha recogido, ha escrito: «el hecho de que las deposiciones hayan sido uniformemente descritas como formadas por sustancias gelatinosas constituye una presunción en favor del supuesto origen a ellas atribuido».

Las publicaciones científicas de la época han consagrado la más viva atención a las anotaciones del profesor Olmstead acerca de los meteoritos de noviembre. Pero ni una sola menciona el pasaje sobre las materias gelatinosas.



Lluvia de meteoros Gemínidas

5

No me aventuraré a menudo en ejercicios cronológicos. Un positivista de espíritu muy matemático, imaginándose que dos y dos hacen cuatro en un estado intermediario, mientras que, aceptando la continuidad, no debería admitir jamás que se pueda partir de dos, escrutará mis datos en busca de periodicidades. Me parece bastante evidente que las matemáticas, una ciencia de lo regular, sean el atributo de lo Universal, así que no me siento tentado a buscarlas en lo local. Hay, sin embargo, en el sistema solar, «tomado en su conjunto», una aproximación considerable a la regularidad: se localiza tan de cerca a las matemáticas, que los eclipses, por ejemplo, pueden ser predichos con una cierta exactitud, pese a que yo posea algunas notas suficientes como para deshinchar la vanidad de un astrónomo, si tal milagro fuera aún posible. Un astrónomo está mal pagado, no es conocido por la multitud y está consagrado a la soledad, se alimenta de su propia inflación. Deshinchen a un oso: se vuelve incapaz de invernar. Nuestro sistema solar es como todos los fenómenos que pueden «tomarse en su conjunto». Los asuntos de un barrio están determinados por los de la ciudad. Los de la ciudad por los de su provincia, la provincia por el Estado, el Estado por la nación, la nación por la situación internacional, el conjunto de las naciones por las condiciones del clima, las condiciones del clima por las evoluciones solares. Lo cual hace imposible el descubrimiento de los fenómenos enteros en los límites de un barrio. Este es, a mi modo de ver, el espíritu de la religión cósmica.

Objetivamente, el Estado no es realizable en un barrio de una ciudad. Pero si un positivista llegara a creer firmemente que lo ha realizado, sería una realización subjetiva de lo que es objetivamente irrealizable. Me guardaría mucho de trazar una línea divisoria posible entre lo objetivo y lo subjetivo: todos los fenómenos, cosas o personas son subjetivos en el interior de un todo y, de hecho, los pensamientos de lo que se denomina comúnmente «personas» son subjetivos. Todo ocurre como si lo intermediario tendiera hacia la Regularidad de los astrónomos, a fin de convencerse a sí mismo, en segunda expresión, de que el fracaso es un éxito.

Yo he clasificado, catalogado todos los datos de este volumen (sin hablar de mi sistema de ficheros), y ciertas proximidades, puestas de esta forma en evidencia, me han ofrecido sus revelaciones: este método no se queda atrás con respecto a los de los teólogos y de los sabios, peor aún, a los de los estadísticos.

Por ejemplo, por el método estadístico, yo podría «probar» que una lluvia negra ha caído «regularmente» cada seis meses en algún lugar de la Tierra. Tendría suficiente, para ello, con incluir en dichas estadísticas a las lluvias rojas y las lluvias amarillas pero, convencionalmente, aislar las partículas negras en cada una de las mismas, despreciando el resto. Y si, de vez en cuando, una lluvia negra se adelantara una semana o se retrasara un mes, incluiría este paso en falso en la cuenta de la «aceleración» o del «retardo». ¿No se utiliza acaso dicho procedimiento en la evaluación de la periodicidad de los cometas? Si las lluvias negras o rojas o amarillas, dotadas de partículas negras, no se manifiestan en el tiempo requerido, no habría leído a Darwin para nada: «los informes» serían «incompletos». Finalmente, todas las lluvias negras que no sirvieran para mi demostración serían grises u marrones, o les encontraría periodicidades muy diferentes.

Pese a todo, no he podido menos que notar, por ejemplo, el año 1819. En el año 1883 he notado treinta y un acontecimientos extraordinarios: si es indispensable el escribir libros, alguien debería escribir uno sobre los fenómenos de dicho año. El

año 1849 es un año notable para las caídas extrañas, tan alejadas unas de otras, que toda explicación local parece irrisoria: hubo no solamente la lluvia negra de Irlanda, en el mes de mayo, sino una lluvia roja en el País de Gales y otra en Sicilia. Se halla anotado también [69] que el 18 o 20 de abril de 1849 los campesinos hallaron en el monte Ararat una sustancia no nativa, probablemente caída del cielo, esparcida por una superficie de dieciséis kilómetros cuadrados.

Hemos abordado ya el tema de la Ciencia, de su tentativa de positividad y de sus resistencias. Resulta harto evidente que la ciencia teórica del siglo XIX no era más que una relación de reacción contra los dogmas de la teología, sin más relaciones con la verdad que las que tiene una ola cuando se aleja de la orilla. Cuando una vendedora de almacén extrae de su boca una tira de chicle de un kilómetro de largo, realiza una prueba tan científica como otros que añaden varios centenares de millones de años a la edad de la Tierra.

No hay «cosas», hay solamente informes o expresiones de informes. Pero todos los informes tienden a destruirse entre sí o a inclinarse hacia tendencias más eminentes. Aquí hay también un aspecto positivista de dicha reacción, la cual no es en sí misma más que una relación. Consiste en intentar asimilar todos los fenómenos bajo la explicación materialista o en formular un sistema final y global sobre una base material. Si esta tentativa fuera concluida, tendería a la realidad, pero no podría ser fragmentada más que despreciando, por ejemplo, los fenómenos psíquicos. Si la ciencia la cediera eventualmente al psíquico, no sería tampoco más legítimo explicar lo inmaterial en términos de lo material, que lo material en términos de lo inmaterial. Estoy persuadido de que lo material y lo inmaterial no forman más que una sola cosa, fusionándose en un pensamiento continuo de la acción física: todo esto no puede ser explicado, porque el proceso de explicación quiere que se interprete cualquier cosa en términos de otra cosa que se ha tomado por base. Pero en la continuidad, no hay nada que sea más fundamental que otra cosa, a menos que pensemos, que una ilusión cimentada, sea más real que su pseudofundación.

En 1829 [70], Persia vio caer una sustancia que nadie conocía. Los persas no tenían la menor noción de lo que era, pero comprobaron que las ovejas podían comerla y así lo hacían. Resolvieron molerla en harina, e hicieron con ella un pan del que se dijo que era comestible, aunque insípido.

Había en este hecho una oportunidad que la Ciencia no podía despreciar. El maná celeste estaba al fin situado sobre una base razonable, asimilada y reconciliada con el nuevo sistema, más vigoroso y más real que el antiguo sistema. Se admitió que el maná había podido caer en tiempos muy antiguos, puesto que caía aún. Pero se le denegó toda influencia tutelar: no se trataba más que de un liquen procedente de las estepas del Asia Menor. En el *American Almanac* [71] se dice que esta sustancia, «desconocida para los habitantes de la región», fue «inmediatamente reconocida» por los sabios. «El análisis químico la identificó con un liquen».

Era la época en que el análisis químico era un dios. Sus adeptos han tenido después tiempo para volver a su idolatría, pero, en aquel tiempo, esta se expresaba dogmáticamente. En este caso, me parece que la ignorancia de los habitantes, por contraste con el saber local de los científicos extranjeros, ha sido un poco exagerada. Dentro del rayo, útilmente cubierto por una tromba, hay siempre algo comestible, y los los indígenas lo saben muy bien. Poseo notas de otras caídas, en Persia y en

[69] Timb's Year Book, 1850-241.
[70] Timb's Year Book, 1848-235.
[71] American Almanac, 1833-71.

Turquía, de sustancias comestibles. Todas ellas fueron tituladas dogmáticamente «maná», y el «maná» está reputado, dogmáticamente, como una especie de liquen venido de las estepas del Asia Menor. Mi posición es la siguiente: esta explicación sirve perfectamente para explicar las caídas de sustancias comestibles en otras partes del mundo. Renueva la vetusta tentativa de explicar lo general en términos de lo local. Si las sustancias comestibles caen en el Canadá o en la India, no están formadas por liquen del Asia Menor. Finalmente, las caídas de Persia y de Turquía no eran tampoco todas de idéntica sustancia; en un caso muy preciso, las partículas fueron identificadas como «granos».

La mayor dificultad consiste en explicar la segregación de estos chaparrones.

Pero los peces de las grandes profundidades presencian también, en algunas ocasiones, las caídas de sustancias comestibles: sacos de cereales o barriles de azúcar, cajas que han sido elevadas del fondo de los océanos por corrientes o torbellinos marinos para ser depositadas un poco más lejos.

Tal vez me dirán: jamás han caído cereales en sacos. ¿Pero no estaba el objeto de Amherst recubierto «de una pelusilla como la que se encuentra en las fábricas de paños»? Los barriles de trigo perdidos en pleno mar no se hundirían, pero podrían entrechocar y reventarse. Los restos de la madera flotaría, pero el trigo, saturado, terminaría por hundirse. Si no hay, en el espacio, un tráfico muy semejante al de nuestros océanos, no soy el pez de las grandes profundidades que creo ser. No tengo otra sugestión acerca de los sacos y los barriles, pero pienso que los sacos y los barriles que los naufragios han podido entregar al océano no serán nunca, al alcanzar las grandes profundidades, reconocibles como tales sacos o barriles. Si registramos, pues, caídas de materia fibrosa como habiendo sido tela, madera o papel, seremos a la vez convincentes y grotescos.

En 1686 [72], unos obreros extraían el agua de un estanque, a unos trece kilómetros de Memel, después de una nevada. Se dieron cuenta, súbitamente, de que el suelo llano que rodeaba el estanque estaba cubierto de una masa negruzca y escamosa. Un vecino declaró «que la había visto caer en grandes copos al mismo tiempo que la nieve». Algunos de tales copos eran tan grandes como el cobertor de una mesa. «La masa estaba húmeda y tenía un olor desagradable, el olor terminó por desaparecer». «Se la podía rasgar en tiras, como de papel».

La explicación clásica: primero arriba, luego abajo.

¿Pero cuál es la naturaleza de lo que transportó el inevitable torbellino? Mi posición intermediarista me sugiere, por supuesto, que, incluso si fuera la sustancia más extraña de entre todas las concebibles, salida del mundo más extraordinario de todos, debería haber en tierra una sustancia similar o algo distinta de la primera, al menos subjetivamente. Ya que todo lo que se encuentra en Nueva York no es más que otro grado, un aspecto o una combinación de lo que se puede encontrar en una aldea del África Central. La novela es un desafío a la divulgación: escriba usted algo que crea nuevo, y alguien le señalará que ya los griegos lo habían escrito mucho antes que usted. La Existencia es Apetito: el roer constante del ser. Resulta cómico que los sabios, sumisos al Sistema Científico, intentaran, con los principios de este sistema, asimilar la sustancia de Memel a un producto terrestre familiar. En la reunión de la Real Academia Irlandesa, se dio importancia al hecho de la existencia de cierta sustancia relativamente rara, que se forma algunas voces en los suelos pantanosos,

[72] Proc. Roy Irish Acad., 1-379.

y que se parece a un fieltro verde. Pero, una vez rota, la sustancia de los pantanos forma copos y se desgarra en fibras.

Se puede identificar un elefante con un girasol, ya que ambos tienen largos apéndices. No se puede distinguir un camello de un cacahuete, si sólo se consideran sus jorobas.

La gran desgracia de esta obra es que hará de nosotros una pandilla de cínicos: seremos incapaces de maravillarnos ante nada. Sabíamos, al principio, que la Ciencia y la imbecilidad eran un continuo, pero tan numerosas expresiones de sus puntos de contacto terminan por asombrar. Pensamos que el récord del profesor Hitchcock, al identificar el fenómeno de Amherst con un hongo, era un notable ejemplo de sainete científico, pero ahora tenemos ante nosotros a un sorprendente reparto: no solamente los irlandeses, sino los Irlandeses Reales.

Los Irlandeses Reales han excluido la «negrura» para incluir la «fibrosidad». De modo que la sustancia no era más que «papel de los pantanos, elevado por los aires por la borrasca y después vuelto a arrojar al suelo».

Segundo acto: según M. Ehrenberg, el papel meteórico reveló consistir parcialmente en materia vegetal, principalmente en coníferas.

Tercer acto: reunión de los Irlandeses Reales: sillas, mesas e Irlandeses. Se exhiben copos de este papel de los pantanos. Se componen principalmente de coníferas.

Era una doble inclusión, el método favorito de los lógicos. Ya que ningún lógico se contentara con identificar un cacahuete con un camello, bajo el pretexto de que ambos presentan jorobas. Exigiría una concordancia accesoria: su capacidad común, por ejemplo, de vivir largo tiempo sin agua.

No está extremadamente fuera de razón, al nivel de los patrones de medida del sainete libre que son objeto de este volumen, creer que una sustancia verde pueda ser arrancada del suelo por un torbellino y volver a caer más allá bajo el aspecto de una sustancia negra. Pero los Irlandeses Reales excluyen otro elemento, que les era, sin embargo, tan accesible como a mí mismo: según Chladni, no se trataba de un minúsculo depósito local, observado por una persona anónima al borde de un estanque cualquiera, sino de una caída gigantesca cubriendo grandes extensiones de cielo. Todo el papel de los pantanos del mundo hubiera bastado apenas para esto. En el mismo momento, esta sustancia caía «en grandes cantidades» en Noruega y en Pomerania. «Una especie de papel quemado cayó sobre Noruega y sobre otras partes del Norte europeo el 31 de enero de 1686.» [73]. Una tromba de tan enorme distribución podía especializarse difícilmente en esta rara sustancia que se denomina «papel de los pantanos». Hubiera habido también caída de barreras, caída de techos y caída de ramas de árboles. En ninguna parte se ha señalado una tromba en Europa septentrional durante el mes de enero de 1686.

Pasó el tiempo, pero la determinación convencional de exclusión que se ejerce sobre todas las caídas, salvo aquellas de sustancias terrestres o de meteoritos, se afirmó. Se terminó por describir la sustancia de enero de 1686 como «una masa de hojas negras que recordaban el papel quemado, pero más sólido, más

[73] Kirkwood: Meteoric Astronomy, p. 66

aglomerado, más quebradizo» [74]. No se mencionará más el «papel», ni las «coníferas», y se despreciará la composición vegetal, sin la cual es muy fácil identificar una pulpa encorvada como un anzuelo.

Los meteoritos se hallan generalmente recubiertos de una costra negra, más o menos escamosa. Así, la sustancia de 1686 fue definida como «escamosa», y la sustancia se convirtió al mismo tiempo en una masa mineral gracias a la «identificación» del sabio von Grotthus. Lo que prueba, una vez más, que nada tiene identidad individual, que no importa qué puede ser identificado con no importa qué otra cosa.

Pero el conflicto no se detuvo allí. Berzelius, examinando a su vez la sustancia, no encontró en la misma ningún rastro de níquel. Como el níquel era entonces el patrón de medida «positivo» de las materias meteóricas, von Grotthus anuló su precedente «identificación» [75]. Esta igualación de las eminencias me permite dar mi opinión, que de otro modo se hubiera visto sometida a la total invisibilidad: es una lástima que no se hayan buscado rastros de escritura (o de jeroglíficos) en estas hojas de papel.

Si hay pocas sustancias que hayan caído al suelo y si la superficie terrestre abunda en sustancias arrancables por una tromba, dos caídas de papel parecerían notables. Un articulista señala, en la *Edinburgh Review* [76], que en Carolath, Silesia, en 1839, cayeron sesenta metros cuadrados de fieltro, con los cuales se podrían haber confeccionado vestidos. El dios del Examen Microscópico decidió que se componía esencialmente de coníferas. Finalmente, otro artículo [77] señala que, el 16 de marzo de 1846, en la época de la caída de sustancia comestible en Asia Menor, un polvo aceitunado se abatió sobre Shanghai. Se descubrió al microscopio que se trataba de una masa de pelos negros y blancos, estos últimos más densos. Se creyó que se trataba de fibras minerales, pero, en la combustión, desprendieron «el olor y el humo amoniacales de los pelos y las plumas carbonizados». Otros exámenes revelaron que dichas fibras, caídas en forma de una nube de un millón de hectáreas, mezcladas con arena y álcali, estaban formadas principalmente de coníferas.

Observen el énfasis, la disparatada obstinación, aunque valerosa, de los científicos, condenados a ver subvertidos todos sus descubrimientos, obsesionados por la ilusión del final y viendo surgir nuevas verdades, a medida que se crean nuevos y más potentes telescopios y microscopios, métodos de investigación cada vez más precisos y más refinados. El nuevo elemento que destrona al antiguo será destronado a su vez y reconocido como mitológico. Si los fantasmas escalan, se contentarán con escalas fantasmas.

M. Lainé, cónsul de Francia en Pernambuco [78], señalaba, a principios de octubre de 1821, un chubasco de seda, en tan vastas cantidades, que un cargamento entero perdido entre Marte y Júpiter, flotando en el espacio durante siglos y desintegrándose, apenas hubiera bastado. Fueron expedidas por M. Lainé muestras a la metrópoli, que mostraron, según los *Annales de Chimie* [79], algún

[74] Annals of Philosophy, 16-68.
[75] Annals and Mag. of Nat. Hist., 1-3-185.
[76] Edinburgh Review, 87-194.
[77] Jour. Asiatic. Soc. of Bengal, 1847 - pt. 1-193.
[78] Annual Register, 1821-681.
[79] Annales de Chimie, 2-15-427.

parecido con los filamentos sedosos que el viento impulsa hacia París en ciertas épocas del año. Se menciona por otro lado, en *Annals of Philosophy* [80], que fibras de seda azul cayeron en Naumberg el 23 de marzo de 1665. En enormes cantidades, declara Chladni en *Annales de Chimie* [81], que sitúa frente a dicha fecha un gran punto de interrogación.

Una de las grandes ventajas de la Intermediaridad es que, en la unidad de la causalidad, no puede haber confusión de metáforas. Todo lo que es aceptable de una cosa lo es también de otra. Siendo así que se puede muy bien decir, hablando de una cosa: es sólida como una roca y alza el vuelo con majestad. Los Irlandeses poseen un grado excepcional de ironía y, por tal razón, se les ridiculiza tan a gusto por su agudeza de percepción. No sé aún si lo que hago es un libro o una procesión, o incluso un museo, cuya sala más vasta será la de los Horrores, pero hay algo horrible en el relato de este corresponsal del *Scientific American* [82], que contemplando la caída de una sustancia sedosa durante una aurora boreal, atribuía la una a la otra. Desde Darwin, la explicación clásica de las caídas de seda se limita a las telas de araña. En 1832, a bordo del Beagle, en la embocadura del Río de la Plata, pero a cien kilómetros de tierra, Darwin vio un gran número de arañas cruzar los aires como si fueran minúsculos aeronautas, pegados a sus filamentos que se denominan, a veces, «hilos de la virgen», y que el viento empujaba a buena velocidad.

Es difícil afirmar que tales sustancias sedosas no fueran telas de araña. Creo que hay sustancias sedosas de origen exterior e hilos de araña terrestre. Muy a menudo es totalmente imposible distinguir entre unas y otras. Por supuesto, la noción de sustancias sedosas hace correr el riesgo de llevarnos a las sustancias textiles, y queda por probar el que materias fabricadas hayan podido caer del cielo.

En *All the Year Round* [83], se describe el siguiente hecho: el 21 de setiembre de 1741, en Inglaterra, en el espacio triangular incluido entre los pueblos de Bradly, Selborne y Alresfort, se desplomaron «telas de araña» bajo la forma de «copos o jirones de tres por quince centímetros», relativamente pesados, que cayeron «a toda velocidad» y en gran cantidad, puesto que el lado más pequeño del triángulo mide doce kilómetros. En un artículo aparecido en otro lugar [84], se añade que el chaparrón se produjo en dos tiempos, con un intervalo de varias horas (este dato nos es familiar), y que la segunda caída duró desde las nueve de la mañana hasta el anochecer.

He aquí de nuevo la hipnosis de lo clásico, esto que se denomina inteligencia no es más que una expresión de desequilibrio. Desde el momento en que se acoplan ciertas conexiones mentales, la inteligencia cesa. ¿Y no comienza la inteligencia con una confesión de ignorancia? Desde el momento en que se decidió que las sustancias eran telas de araña, todo era ya asunto de una conexión mental. Pero siento miedo de manifestar aquí algo semejante a inteligencia. No habiendo ninguna conexión sobre el tema, no habiendo aún nada decidido en lo absoluto, me siento, libre de toda rutina mental, en estado de señalar lo que sigue:

[80] Annals of Philosophy, n. s. 12-93
[81] Annales de Chimie, 2-31-264.
[82] Scientific American, 1859-178
[83] All the Year Round, 8-254.
[84] Wernerian Nat. Hist. Soc. Trans., 5-386.

Esta sustancia, caída en tan enormes cantidades, atrajo, desde el instante de su caída, una atención casi general. La hubiera atraído igual si, en vez de descender, hubiera ascendido. Pero no hubo un solo testigo, en Inglaterra o en otra parte, que hubiera visto, en setiembre de 1741, ascender toneladas de telas de araña. Finalmente, aun suponiendo que el lugar de origen pudiera ser muy lejano, aunque terrestre, nada explica la precisión, casi increíble, de la caída, localizada durante horas en un espacio triangular, prolongándose después durante todo un día, tras una larga pausa.

La explicación clásica olvida otros elementos. La ausencia de arañas, la viscosidad de la sustancia: unos perros que la olfatearon se vieron abozalados por esta glutinosidad. ¿Admitiremos que, en los espacios infinitos, flotan vastas regiones viscosas o gelatinosas, impregnando todo lo que las atraviesa? La confusión que reina en las descripciones de la sustancia de Asia Menor, en los años 1841 y 1846 (presentada por unos como gelatinosa, y por otros como formada de cereales) podría ser disipada si se pensara en cereales atravesando una región gelatinosa. El papel de Memel podía haber sufrido la misma suerte, si se tiene en cuenta que Ehrenberg lo encontró mezclado con una materia gelatinosa que llamó [85] «nostoc».

«Hilos de araña» [86] caídos en octubre de 1881 en Milwaukee, Wisconsin, y después en Groen Bay, Vesburge, Fort Howard, Sheboygan y Ozaukee. De ellos se ha escrito que eran «muy blancos y de fuerte textura». «Lo más curioso», escribe el cronista, «es que no se señala en ningún caso la presencia de arañas». De donde surge nuestra tentativa de separar un posible producto exterior de su amalgama terrestre, y después nuestra alegría de prospectar cara al descubrimiento. El 21 de noviembre de 1898, numerosos bloques de sustancia, muy parecida a la tela de araña, cayeron en Montgomery, Alabama, en hilos y jirones de hasta diez centímetros cuadrados [87]. Según el observador, no se trataba de tela de araña, sino más bien de una especie de amianto fosforescente.

En Montussan, en la Gironda [88], el 16 de octubre de 1883, un observador vio surgir una espesa nube, formada por una sustancia algodonosa que cayó al suelo en bloques gruesos como el puño. M. Tissandier, que informa de este testimonio, añade que dicha sustancia blanca y fibrosa parecía haber ardido.

En marzo de 1832 [89], una sustancia amarilla y combustible caía en Kourianof, Rusia, sobre ciento cuarenta a ciento cincuenta mil hectáreas y con diez centímetros de espesor. Se tendía a identificar esta materia amarilla y resinosa como polen de pino, pero al romperla se le encontró la resistencia del algodón y sumergiéndola en el agua, la de la resina. Una resina de color ambarino elástica como el caucho y que olía como esencia de cera.

Vuelvo a mi idea de los cargamentos de alimentos.

Chaparrones de *mantequilla* o de grasa, «oliendo muy fuerte», señalados en los condados de Limerick y de Tipperary, en Irlanda, por Robert Vans, de Kilkenhy. Carta consecutiva del obispo de Cloyne sobre «un extraño fenómeno», observado en Munster y Leinster: en el que una sustancia «blanda, viscosa y amarillo oscura», que los campesinos tomaron por mantequilla, cayó en la primavera del mismo año. El ganado se alimentó con indiferencia de estos copos grande s como un dedo, que

[86] Scientific American, 45-337.
[87] Monthly Weather Review, 25-566, citando el Montgomery (Ala) Advertiser.
[88] La Nature, 1883-342.
[89] Annual Register, 1832-447

desprendían un fuerte olor, y a los que Su Excelencia dio el mote de «el rocío maloliente». La «mantequilla» señalada por Robert Vans fue considerada como poseedora de grandes virtudes medicinales, «siendo envasada en tarros por los campesinos» [90]. Sin embargo, a excepción de una mención hecha por Chladni y algunas alusiones en diversos catálogos, estos dos fenómenos sufrieron el más total ostracismo. Fueron literalmente excomulgados, sepultados vivos.

Si dicha sustancia cayó con intermitencias en dos provincias irlandesas, y en ninguna otra parte más allá, vemos precisarse, aún mejor que antes, la sensación de que, por encima de nuestras cabezas, existe una región estacionaria, dentro de la que las fuerzas gravitatorias y meteorológicas terrestres son relativamente inertes, que recibe exteriormente productos análogos a los nuestros. Estoy seguro de que, en 1685, el Señor Vans y el obispo de Cloyne dieron una descripción tan exacta del fenómeno como los testigos de 1885. Pero, como su testimonio se remonta a un período más antiguo, no lo aceptaremos más que después de haberle añadido datos más recientes. Una sustancia transparente, blanda, amarillenta y oliendo como aceite rancio cayó el 11 de abril de 1832, es decir, un mes después de la sustancia de Kourianof: en el American Journal of Science [91]. Mr. Herman, uno de los químicos que la examinó, la denominó «aceite celeste». Una sustancia untuosa caía en Rotterdam el mismo año [92], y una materia aceitosa de color rojizo en Génova en febrero de 1841 [93].

Pero la mayor parte de nuestras dificultades deberían ser resueltas por los supergeógrafos del futuro, creo. Cualquiera que descubra América deberá dejar a otro el descubrir Long Island. Si han naufragado supernaves en sus idas y venidas entre Marte, Júpiter y Venus, la cuestión de su carburante se plantea con tanta intensidad como la de sus cargamentos. Uno esperaría ver caer lluvias de carbón, pero han podido ser concebidos desde hace siglos motores de combustibles líquidos, sobre moldes más avanzados. De todos modos, dejo a mis discípulos la tarea de determinar si tales sustancias oleosas eran alimentos o carburante. Me contentaré pues con mencionar una granizada de trementina señalada a mitades de abril de 1871 en el Mississippi [94], una granizada con gusto a naranja caída cerca de Nimes, en Francia, el 1 de junio de 1842, y que se identificó como ácido nítrico [95], las cenizas de 1755 en Irlanda [96], y una granizada en Elizabeth, New Jersey, el 9 de junio de 1874, que el profesor Leeds, del Instituto Stevens, identificó como carbonato sódico [97].

Me alejo algo de la línea de mi plan, pero será muy importante dejar aparecer de nuevo más adelante el número de caídas extraordinarias que fueron asociadas al granizo. Si estas sustancias tienen su origen en un lugar cualquiera por encima de la superficie terrestre, ¿será el mismo el origen del granizo?

En cuanto a las cantidades de sustancias vegetales, demasiado vastas para sugerir cargamentos perdidos, recordemos que en Perpignan, el 1º de mayo de 1883, y en

[90] Philosophical Transactions, 19-224.
[91] American Journal of Science, 1-28-361, se halla enteramente citado el análisis químico.
[92] Edinburgh New Philosophical Journal, 13-368.
[93] Comptes rendus, 13-215.
[94] Scientific American, 24-323.
[95] Jour. de Pharmacie, 1845-273.
[96] Sci. Amer. 5-168.
[97] Sci. Amer. 30-262

varios puntos de la costa mediterránea, cayó, según el *Intellectual Observer* [98], una mezcla de arena fina y de «harina roja», y que en Siena, Italia, en mayo de 1830, cayó una materia vegetal roja [99]. Alguien debería registrar todos los fenómenos de caída localizados en Siena: son incalculables. Finalmente, el 16 de febrero de 1901, en Pawpaw, Michigan, la *Monthly Weather Review* [100], cita que, durante un día de calma chicha en que se vio inmovilizarse incluso a los molinos de viento, cayó un polvo amarronado de materia vegetal.

Sabor rancio, podredumbre y descomposición: una nota que hallamos sin cesar. En un sentido positivo, queda bien entendido que nada significa nada concreto, puesto que cada significación es continua a todas las demás. Las evidencias de culpabilidad son, por ejemplo, también evidencias completamente convincentes de inocencia. Pero me parece que esta condición sugiere un estacionamiento prolongado en el espacio. Un horrible desastre en tiempos de Julio César. Sus vestigios no alcanzarían la Tierra más que en los tiempos del obispo de Cloyne. Queda por determinar la cuestión de la descomposición bacteriana. Desconozco por completo si las bacterias son aptas para sobrevivir en lo que se denomina espacio…

Chemical News: Donde el doctor A. T. Machattie, F.G.S. [101], escribe que en London, Ontario, el 24 de febrero de 1868, en medio de una violenta tormenta, cayó una substancia de color oscuro, en cantidad estimada en quinientas toneladas y sobre una extensión de unos cien por veinte kilómetros. Fue examinada al microscopio por el doctor Machattie, quien estableció que se trataba de sustancia vegetal «en avanzado estado de descomposición». La sustancia fue examinada también por el doctor James Adams, de Glasgow, que expresó su opinión de que se trataba de restos de cereales. El doctor Machattie señaló que el suelo de aquella región del Canadá había permanecido helado por varios meses antes de la caída, lo cual hacía suponer que el origen de la sustancia fuera remoto. El doctor Machattie creía que su origen se hallaba en el sur. «No obstante —dijo—, todo esto es mera conjetura».

Amer. Journal of Science: El 24 de marzo de 1840, durante una violenta tempestad, cayó una respetable cantidad de cereales en Raikit, en la India. La caída fue informada por el Coronel Sykes, de la Asociación Británica. Los nativos se mostraron muy excitados, ya que se trataba de un cereal desconocido para ellos. Usualmente, tales hechos y sus pruebas son llevadas inmediatamente a un científico, que suele conocer las cosas mucho mejor que los nativos. Sin embargo, en esta ocasión no ocurrió así: «El cereal fue sometido a algunos botánicos que no lo reconocieron inmediatamente, sino que nombraron varias especies, distintas de unos a otros»

[98] Intellectual Observer, 3-468
[99] Arago, Œuvres, 12-468.
[100] Monthly Weather Review, 29-465.
[101] Fellow of the Geological Society: Miembro académico de la Sociedad Geológica

6

Plomo, plata, diamantes, vidrio.

Parecen malditos pero no lo son, porque hoy en día se les acepta, por poco que formen parte de estas masas metálicas o pétreas que la Ciencia reconoce bajo el nombre de meteoritos. La resistencia se ejerce en adelante sobre las sustancias menos bien incorporadas.

Entre tantos datos malditos, la yesca me parece enormemente condenable. En el *Report of the British Association* [102], se hace mención de una sustancia marrón achocolatada caída al mismo tiempo que unos meteoritos. No se cita ningún detalle y el hecho no es mencionado en ninguna otra parte. Pero en esta publicación inglesa la palabra original «punk» no es utilizada. La sustancia es denominada «amadou». Supongo que, si el acontecimiento hubiera sido registrado en una publicación francesa, no se hubiera hablado de «amadou» sino de «punk».

La unidad de la totalidad: obras científicas y registros sociales. Un Goldstein que no entraría bajo su nombre de Goldstein entra bajo el de Jackson.

Las caídas de azufre han parecido siempre sospechosas a la ortodoxia moderna, sin duda a causa de su asociación con las supersticiones o los inicios de la ortodoxia precedente: historias de demonios, exhalaciones sulfurosas. Los reaccionarios científicos que, sañudamente, han combatido todo lo que les precedían, por simple odio de toda procedencia, y los prudentes científicos que, en un acceso de puro exclusionismo, han puesto una mano esquelética sobre sus pálidos ojos, negaron a dúo las caídas de azufre. Poseo numerosas notas sobre el olor sulfuroso de los meteoritos, otras aún sobre la fosforescencia de los objetos exteriores. Un día pasaré revista a todas las añejas historias de demonios aparecidos sulfurosamente en la tierra, con el fin de demostrar que, en varias ocasiones, hemos tenido visitantes de otro mundo, y que el signo del origen externo se halla en la sulfurosidad. Un día racionalizaré toda la demonología, pero por el momento me hallo demasiado avanzado para poder permitirme el retroceder.

Para un relato circunstanciado, lean la historia de esa masa de azufre incandescente, grande como el puño de un hombre, que cayó el 30 de enero de 1868 en Pulstuk, en Polonia, en una carretera en donde los campesinos la tuvieron que pisotear para apagarla, según el *Report British Association* [103].

El poder de los exclusionistas se mantiene a través de su posición de sistemáticos, tanto modernos como arcaicos. Las caídas de arenisca y de caliza revuelven a los teólogos y a los sabios, ya que sugieren otros mundos en los cuales evolucionan aparentemente unos procesos geológicos. Pero la caliza fosilífera es el menos apreciado de todos.

Un bloque de caliza caída cerca de Middleburg, en Florida, fue exhibido en la exposición subtropical de Jacksonville. El cronista [104] razonó como sigue: no hay caliza en el cielo; luego la caliza no cayó del cielo. No se puede concebir un mejor

[102] Report of the British Association, 1878-576.
[103] Report British Association, 1874-272.
[104] Science, 9 de marzo de 1888.

razonamiento, ya que una premisa mayor final, universal, exacta, incluiría a todas las cosas y no dejaría ya materia para el razonamiento: de manera que todo razonamiento debe basarse en «alguna cosa» no universal, en un fantasma intermediario entre las dos finalidades de la nada y de la totalidad, entre la negatividad y la positividad.

Citado en *La Nature*: Bolas de caliza recogidas en Pel-et-Der, en el Aube, el 6 de junio de 1890, fueron identificadas como caliza de Château-Landon. Pero habían caído en plena granizada y en el mes de junio; difícilmente se puede considerar la granizada originaria de Château-Landon.

Por el contrario en Science Gossip [105], una gruesa bola de caliza, «lisa, roída y arenosa», fue encontrada en Inglaterra en 1887, encastada en el tronco de una haya. Caída visiblemente en plena incandescencia, había penetrado fuertemente en la madera, por otro lado ennegrecida y calcinada. Nunca, que yo sepa, ha caído nada incandescente de un torbellino.

Las caídas de sal son corrientes, pero los escritores científicos las eluden porque sólo el agua, y no las materias solubles, se suponen evaporables. Sin embargo, Dalton y algunos más han hablado de caídas de agua salada, que ellos atribuían a torbellinos venidos del mar. La sugestión es razonable, digamos casi razonable, cuando ocurre en las proximidades del mar, pero ¿qué decir de las caídas de sal en la alta montaña? El 20 de agosto de 1870 cayeron en Suiza cristales de sal durante una granizada. La explicación ortodoxa es un simple crimen: se deberían fichar las huellas digitales del responsable. Estos bloques de sal, descritos por el *American Journal of Science* [106] como «cristales imperfectamente cúbicos», ¡habrían venido de África sobrevolando el Mediterráneo! [107].

He aquí la hipnosis de lo convencional, cuando es presentada adecuadamente. Una aserción de esta clase, breve y flexible, se lee con una curiosidad mezclada con asombro, después se olvida. Se tiene como la impresión de vivir una lección de geografía: en el mapa, el Mediterráneo mide de ocho a diez centímetros, y Suiza no está demasiado lejos de él.

Otro dato: el extraordinario año de 1883. Según una traducción de un periódico turco, publicada por el *London Times* [108], cayeron en Scutari, en Turquía, el 2 de diciembre, copos o partículas de una sustancia blanca como nieve, «pero de sabor salado y soluble en el agua». Miscelánea: «Una materia negra y capilar», el 6 de noviembre de 1857 en Charleston, Carolina del Sur [109]. «Pequeños bloques quebradizos y vesiculares, grandes como guisantes o avellanas», en Lobau, el 18 de enero de 1835 [110]. «Una especie de salitre cristalizado, de sabor azucarado, caído en plena tormenta» en Peshawar, India, en Junio de 1893 [111].

Supongo que los peces de las grandes profundidades han recibido también cenizas en la nariz. Y por poco subyacente que sea su territorio a las líneas marítimas Cunard o White Star, tienen todas las posibilidades para seguir recibiéndolas. Aunque no concibo una encuesta de este género en los dominios de los peces de las grandes profundidades.

[105] Science Gossip, 1887-140.
[106] American journal of Science, 3-3-239.
[107] An. Rec. Sci., 1872. [108] London Times del 25 de diciembre de 1883.
[109] Amer. Jour. Sci. 2-31-459. [110] Rept. Brit. Assoc. 1860-85.
[111] Nature, 13 julio 1893

Cuando el reverendo James Rust recibió en la nariz la seguridad de que las escorias de Slains eran escorias de fundición, fue en vano que intentara entrelazar una encuesta. Y cuando se señaló desde Chicago que, el 9 de abril de 1879, habían caído escorias de hierro del cielo, el profesor Bastian declaró en una forma «absolutamente taxativa» [112] que este producto de fundición «no había abandonado sin duda jamás el suelo». «Un examen químico de los especímenes —añadió—, muestra que no poseen ninguna de las características propias de los verdaderos meteoritos».

Aún y siempre la universal ilusión, la esperanza y el desespero de la tentativa positivista, imaginándose que pueden existir criterios reales o características distintas de algo, sea lo que sea. Si alguien pudiera probar, y no suponer, como el profesor Bastian, que acaba de definir las verdaderas características de lo que sea, o localizar, o lo que sea, la realidad, realizaría el descubrimiento por el cual trabaja todo el cosmos. Sería transportado, como lo fue Elías, al Positivo Absoluto.

Más tarde veremos «el verdadero test de las materias meteóricas», que se tomaba antiguamente por un absoluto, disiparse entre nubes. El profesor Bastian explica mecánicamente, en términos del reflejo usual a todos los informes de sustancias malvenidas, que, cerca de la escoria de hierro, unos hilos telegráficos habían sido golpeados por el rayo, y que las partículas de hilo fundido habían caído cerca de las escorias, haciendo creer en una caída. Pero ¿no cayeron acaso, si hay que creer al *New York Times* del 14 de abril de 1870, dos buenos quintales de esta sustancia?

En Darmstadt, el 7 de junio de 1846, Greg informa de una caída de «escorias de hierro ordinarias» [113].

En 1885, se encontró una gran piedra en el interior de un árbol, en Battersea Fields [114].

A veces se encuentran balas de cañón incrustadas en los árboles. Esto no provoca ninguna discusión: parece extravagante que alguien quiera agujerear el tronco de un árbol para ocultar en él una bala de cañón. Lo mismo ocurre con la piedra de Battersea. ¿Qué se podría decir de la misma sino que cayó a toda velocidad y que se incrustó en el interior de un árbol? Sin embargo, la discusión fue considerable. Porque en el pie del árbol, como desprendidas de la piedra, se encontraron fragmentos de escorias férricas.

Y guardo en reserva nueve casos completamente idénticos.

Cenizas, escorias de hierro y carbonilla. Ustedes no creerán jamás, y yo tampoco, que hayan podido provenir de enormes superhornos aéreos. Así pues, examinemos soluciones más aceptables. Para las cenizas, la dificultad es considerable, visto el gran número de caídas de cenizas cuyo origen (volcanes o incendios de bosques) es puramente terrestre.

Supongo que uno de mis grandes intentos es probar que, en la cuasi-existencia, no hay nada que no sea absurdo — o intermediario entre la absurdidad absoluta y la

[112] Amer. Jour. Sci., 3-18-78.
[113] Rept. Brit. Assoc., 1867-416.
[114] Philosophical Magazine, 4-10-381.

verosimilitud final—, que todo lo que es nuevo es aparentemente absurdo, que se convierte, ante el orden establecido, en el absurdo disfrazado. Y que, finalmente, transcurrido un tiempo, vuelve al absurdo. Todo progreso avanza de lo escandaloso a lo académico o a lo santificado, después vuelve a lo escandaloso, modificado siempre por una tendencia a acercarse más y más a la verosimilitud. A veces la inspiración me falla, pero creo que en el presente estamos acostumbrados a la unidad de la totalidad, y que los métodos de la ciencia para mantener el dominio de su sistema son tan insoportables como las tentativas de los condenados para volver a introducirse en ella. En el *Annual Record of Science* [115], se dice que el profesor Daubrée atribuyó la caída de las cenizas de las Azores al incendio de Chicago…

No hay elección entre los salvados y los condenados. La ausencia de cola hendida no es más que aparente entre los ángeles. Y aunque sea de mal gusto golpear a un ángel por debajo de la cintura, el ultraje de Daubrée fue rápidamente revelado: el redactor del *Annual Record*, volviendo a la carga en 1876, consideró como «ridículo el sostener que las cenizas de Chicago hayan podido caer en las Azores». Un periódico de Kimberley (citado por *Nature*, 10 de enero de 1884) anunciaba que, a finales de noviembre de 1883, un chaparrón de materia cenicienta cayó sobre Queenstown, en África del Sur, bajo la forma de bolas minúsculas, blandas y pulposas, pero susceptibles, una vez secadas, de convertirse en polvo al menor contacto. Sería usualmente absurdo atribuir esta sustancia al Krakatoa y, sin embargo, la lluvia fue acompañada por fuertes detonaciones.

Pero no quiero pasar revista a todas mis notas sobre las caídas de cenizas. Si las cenizas planearan por encima de los peces de las grandes profundidades, los barcos de vapor no serían por ello responsables.

Cenizas, escorias de hierro, escorias o carbonilla, son materias ambiguas. Pero las caídas de carbón parecen ser la obra del gran sacerdote de los condenados. «Análoga al coque en todos sus puntos» [116] tal es la sustancia que se precipitó el 24 de abril de 1887 en el departamento del Orne, en Francia. Y cerca de Allport, en Inglaterra, en 1827, «una especie de carbón de madera», expandiendo una viva luz, se abatió con gran ruido en un campo, si hay que creer el informe del doctor Angus Smith aparecido en las *Lit. and Phil. Soc. of Manchester Memoirs* [117], enteramente basado, como la casi totalidad de los Principios de Lyell y del Origen de las especies de Darwin, sobre testimonios orales. Esta materia anormalmente pesada, como si contuviera hierro, estaba «mezclada con una pizca de azufre». Se aleja totalmente, dice el profesor Baden-Powell, de las materias meteóricas corrientes.

Y Greg, aun calificándola de «sustancia dudosa» en su catálogo [118], la asimila de un modo definitivo partículas de azufre y piritas de hierro incrustadas en carbón de madera, mientras que el doctor Smith le atribuye un contenido en carbón de un 43'59 %. Pero la noción de caída de carbón permanece inseparable de los datos de sustancias resinosas y bituminosas.

Sustancias resinosas en Kaba, Hungría, el 15 de abril de 1887 [119], y en Neuhaus, Bohemia, el 17 de diciembre de 1824 [120]. En Luchon, el 28 de julio de

[115] Annual Record of Science, 1875-241.
[116] Nature, 36-119. [117] Manchester Memoirs, 2-9-146.
[118] Rept. Brit. Assoc. 1860-73.
[119] Rept. Brit. Assoc., 1860-94. [120] Rept. Brit. Assoc., 1860-70.

1885, una sustancia negruzca, quebradiza y carbonosa cae durante una tormenta. Quemada, desprende un olor a resina [121]. En Génova, una sustancia resinosa, caída del 17 al 19 de febrero de 1841, es definida por Arago como bituminosa y arenosa [122]. Caída en julio de 1681, cerca del Cabo Cod, sobre el puente de un navío inglés, el Albemarle, de una materia «ardiente y bituminosa» [123]. Lockyer [124] señala que una sustancia caída en el Cabo de Buena Esperanza el 13 de octubre de 1838, a razón de dos metros cúbicos, era blanda, desmenuzable con un cuchillo, y «dejó, después del examen, un residuo de olor bituminoso». La misma consistencia fue descrita por otro lado [125] como «pareciéndose más que cualquier otra cosa a un pedazo de antracita».

Sir Robert Ball, un exclusionista de la vieja escuela (combate aún los meteoritos) ha citado numerosas caídas de sustancias carbonáceas, pero las asoció invariablemente a la eterna noción del torbellino. De la misma escuela es el profesor Lawrence Smith: su psicotropismo consiste en combatir todo informe sobre las caídas de materias carbonosas, afirmando que el depósito de esta materia sobre diversos objetos es debido al único impacto con la tierra. Su positivismo desprecia simplemente el hecho establecido por Berthelot, Berzelius, Cloez, Wohler y muchos más, según el cual estas masas no se hallan solamente recubiertas de materias carbonosas sino que son enteramente carbonosas o impregnadas de carbón. Uno se podría sorprender de verle mantener una actitud tan determinada, dogmática y ciega, pero el solo hecho de pensar, ¿no consiste acaso en excluir e incluir?

Según M. Daubrée, la sustancia caída en la República Argentina, en la provincia de Entre Ríos, el 30 de junio de 1880, recordaba «ciertas formas de lignito» [126]. Una materia caída en Grazac, Francia, el 10 de agosto de 1885, desprendía en la combustión un olor bituminoso [127]. El doctor Walter Flight [128] enumeró también la sustancia de Alais, Francia, el 15 de marzo de 1806, examinada por Berzelius, las de Cranbourne. Australia, en 1861, Montauban, Francia, el 14 de mayo de 1864 (veinte masas, algunas de ellas grandes como una mano humana, de una sustancia «parecida a un descolorido lignito terroso»), de Goalpara, India, en 1867 (cerca del 8% de hidrocarburo), de Ornans, Francia, el 11 de julio de 1868, con un componente orgánico combustible, de Hessle, Suecia, el 1º de enero de 1860.

Las reticencias y embozos, las retiradas disimuladas bajo palabras como «parecía» o «análogo a»: si algo escapara a su origen o a lo que le rodea, se convertiría en real, ya no se mezclaría distintamente con el resto. Es por eso por lo que toda tentativa de originalidad, todo ensayo de invención superando las modificaciones de lo ya visto, es un acto positivista. Cualquiera que concibiera un atrapamoscas positivamente distinto a todos los demás, galoparía hacia la gloria, hacia el Positivo Absoluto, dejando tras de sí tal estela incandescente que, durante una época, se le vería ascender en el cielo en un carro de fuego, mientras que en otra se le vería golpeado por el rayo.

[121] Comptes rendus, 103-837.
[122] Œuvres, 12-469.
[123] Edin. New. Phil. Jour., 26-86.
[124] The Meteoric Hypothesis, p. 24.
[125] Sci. Amer., 35-120.
[126] Comptes rendus, 96-1764.
[127] Comptes rendus, 104-1771.
[128] Electric Magazine, 4-17-425.

Reúno notas sobre las personas supuestamente golpeadas por el rayo. Creo que tan plenas aproximaciones hacia el positivismo han sido obtenidas por traslación instantánea y abandono de los residuos de negatividad, recordando los efectos de un golpe de un rayo. Un día contaré la historia del Marie Celeste dentro de las «reglas del arte», como diría el *Scientific American Supplement*.

Entre los positivistas, en el camino de la Transición Abrupta, estimo que Manet era muy notable, pero que su aproximación fue rebasada por su intensa relatividad hacia el público. Resulta tan poco positivo ridiculizar, insultar y desafiar como rebajarse y halagar. Por supuesto, Manet comenzó por mantener una continuidad con Courbet y los suyos, incluso por sufrir su influencia, pero, sin el espíritu de abrupta diferencia que es el del positivismo, se opuso al dictado según el cual sombras y luces debían fundirse suavemente y prepararse una vía mutua. Igualmente, un biólogo como De Vries representa el positivismo o la ruptura de la Continuidad, intentando concebir la evolución por la mutación y aislando el dogma de las gradaciones y variaciones infinitas. Un Copérnico concibe el heliocentrismo. La continuidad le embroma. No se le autoriza a romper abruptamente con el pasado. Se le permite publicar su obra, pero tan sólo como «hipótesis interesante».

La Continuidad. Todo lo que yo denomino progreso o evolución es una tentativa de prescindir de la misma.

Nuestro sistema solar entero es el resultado de un ensayo intentado por los planetas para prescindir del nexo parental y buscar una existencia individual, de un fracaso que les hizo evolucionar en órbitas casi regulares, expresiones de sus relaciones entre sí mismos y con el Sol. Su redención casi les ha incorporado a una aproximación superior del sistema. La intermediaridad en su aspecto mineralógico del positivismo: el Hierro intenta prescindir del Azufre y del Oxígeno, para convertirse en el Hierro real y homogéneo; fracasa en la medida en que el hierro elemental no existe más que en los libros de química. La intermediaridad, en su aspecto biológico del positivismo, está constituida por cosas fantásticas, grotescas, desenfrenadas, monstruosas, que ha concebido en su esfuerzo frenético para romper con los tipos precedentes. Creando la jirafa, no ha hecho apenas más que caricaturizar un antílope: todas las cosas no rompen una relación más que creando otra. Todas las cosas no rompen su cordón umbilical más que para apretujar un seno.

De modo que la lucha de los exclusionistas por mantener lo tradicional o para impedir toda transición abrupta con lo cuasi-establecido llega hasta el hecho de que, más de un siglo después de la inclusión de los meteoritos, no se ha realizado ninguna otra inclusión notable, a excepción de la del polvo cósmico, de la cual Nordenskiold ha presentado unos datos más reales que los de la oposición. De modo que Proctor ha combatido y ridiculizado a sir W. H. Thomson por haber concebido la llegada a la Tierra de organismos incluidos en los meteoritos: «Es una pura farsa», escribió en *Knowledge* [129]. Pero o bien todo es farsa, o bien todo se sitúa entre la farsa y la tragedia.

Nuestra existencia no es más que una pura expresión. Momus nos imagina para divertir a los dioses: a veces consigue darnos algo parecido a la vida, al igual que los personajes de una novela consiguen a veces proseguir sus evoluciones exteriormente al novelista. Momus nos imagina, con nuestras artes, nuestras ciencias y nuestras religiones, nos narra y nos pinta como para remedar la existencia real de los dioses. Ya que, ahora que se multiplican los datos sobre las caídas de carbón,

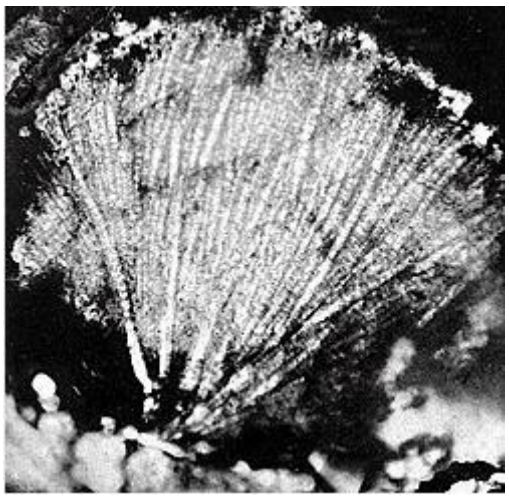
[129] Knowledge, 1-302.

después, de que la Ciencia ha definido el carbón como un fósil, ¿cómo, en una existencia real, estable, en un estado de inteligencia real, en una forma de pensamiento que no se diferencie imparcialmente de la imbecilidad, se ha podido suscitar tal escándalo, cuando el doctor Hahn anunció que había encontrado fósiles en los meteoritos?

Los datos son irrefutables: la sustancia que descendió el 15 de abril de 1857 sobre Kaba, en Hungría, contenía una materia orgánica «análoga a las ceras fósiles» [130]. El doctor Hahn fotografió y describió [131] corales, esponjas, conchas de crinoideos, todos microscópicos, afirmando haberlos encontrado en el interior de los meteoritos. Cualquiera que teorice sobre otros mundos y sus condiciones de existencia, parecidas o no a las nuestras, no desencadenará las iras públicas, si presenta sus datos como puramente ficticios o los califica de «interesantes hipótesis». Pero el doctor Hahn describió y fotografió los fósiles, que atribuyó a meteoritos específicos. Su libro figura en la Biblioteca Municipal de Nueva York. En las reproducciones que lo ilustran, cada trazo, cada estría de las minúsculas conchas, está claramente marcado. Se perciben incluso los pivotes sobre los cuales giraban los bivalvos.

«El doctor Hahn», escribió el profesor Lawrence Smith, «es un iluminado. Ha dejado correr su imaginación» [132] . Instinto conservador de la Continuidad. Puesto que el doctor Weinland, al examinar los especímenes de Hahn, los identificó como fósiles y no como cristales de esteatita, tal como había sugerido el profesor Smith, que nunca los vio.

Y después de la publicación de los descubrimientos de Weinland, el silencio.



Die Meteorite (Condrite) und ihre Organismen



Fotografía de Otto Hahn (1828 - 1904)

[130] Philosophical Magazine, 4-17-425.
[131] Popular Science, 20-83

7

Seres vivos han caído sobre la Tierra.

Para mantener el sistema, se pone de relieve usualmente que sapos y ranas, por ejemplo, no han caído nunca del cielo, sino que «se encontraban ya en el suelo en primer lugar», o bien que «un torbellino los levantó de algún lugar, para dejarlos caer de nuevo más allá». Si se encuentra en Europa un lugar donde los batracios abunden especialmente, la explicación científica se las arreglará para que todas las ranas caídas del cielo en el continente europeo provengan en línea directa de este gran centro de ránidos.

Para empezar, me gustaría subrayar una extraña anomalía que, según parece, soy el primero en percibir, sea porque aún soy un primitivo, sea porque soy inteligente o tal vez estoy mal ajustado: no ha habido nunca un solo informe describiendo una caída de *renacuajos*.

Un observador [133] afirma que los sapos o ranas, pretendidamente caídos del cielo, debieron caer de los árboles.

Pero un número asombroso de pequeños sapos de uno a dos meses de edad han sido vistos cayendo de una enorme y espesa nube en agosto de 1804, cerca de Toulouse, según una carta del profesor Pontus a M. Arago [134].

Ranillas en pleno corazón londinense, el 30 de julio de 1838, después de una violenta tormenta [135] un amasijo de sapos descubiertos en pleno desierto, después de un prolongado chaparrón [136]. ¿Se hallaban ya en el suelo en primer lugar?

No niego positivamente, nótenlo bien, la explicación convencional del «ascenso y del descenso posterior». Creo, por el contrario, que tales episodios se han producido. En el *London Times* del 4 de julio de 1883 hay el relato de un chaparrón de ramitas, de hojas y de pequeños sapos, al término de una tormenta sobre las laderas de los Apeninos. Tales despojos me parecen típicamente asociados a una tromba. Mientras que otros casos me parecen asociados a ¿diría una migración?

Aún y siempre, en estos anales de los condenados, surge el dato de la segregación. Una tromba es concebida generalmente como un estado de caos o de semicaos. «Un pequeño estanque que se encontraba al paso de una nube se halló vaciado de su contenido por una poderosa acción: el agua transportada por encima de los campos vecinos, con una gran cantidad de barro orgánico que fue esparcido por el suelo sobre ciento cincuenta hectáreas». Tales son las circunstancias de un verdadero torbellino. Pero la imaginación exclusionista rehúsa considerar el barro, los desechos del fondo del estanque o los nenúfares: se concentra en los torbellinos recolectores de ranas. En todos los casos de caídas de batracios atribuidos a trombas, la tromba no ha sido jamás identificada o localizada. Sin embargo, un estanque que eche a volar puede ser tan interesante como una lluvia de ranas.

[133] Leisure Hours, 3-779.
[134] Carta del profesor Pontus a M. Arago. Comptes rendus, 3-54. Otras caídas de ranas: Notes and Queries, 8-6-104 y 8-6-190…
[135] Notes and Queries, 8-7-437.
[136] Notes and Queries, 8-8-493.

¿Adónde van las trombas, de qué están hechas? Me parece que cualquiera que hubiera perdido un estanque debería de manifestarlo. Sé que una caída de ranas, cerca de Birmingham, Inglaterra el 30 de junio de 1892, fue rápidamente atribuida por el *Symons'* [137], a una tromba maléfica, pero no se menciona que un estanque haya contribuido a la misma. Un solo detalle llama mi atención: las ranas eran de color blanco.

Tengo miedo de que sea necesario remitir nuestra civilización a nuevos mundos, donde las ranas blancas tendrán derecho a vivir. En muchas ocasiones nos han caído de alguna parte cosas desconocidas. Pero pónganse en guardia: si han caído seres vivos (pese a todo lo que sabemos sobre la velocidad de aceleración de los cuerpos en caída) y se han propagado, entonces lo exótico se hace aborigen, y de los lugares más extraños debemos esperar lo familiar. Si han venido hasta aquí granizadas de ranas vivas, todos los seres vivos han podido venir ancestralmente del más allá.

Después de uno de los peores huracanes de toda la historia de Irlanda, se han hallado peces a «más de quince metros del borde de un lago» [138]. Caída de peces en París: se dijo que habían sido arrastrados tierra adentro por un intenso vendaval [139]. La fecha no es facilitada, pero algunos aún recuerdan haberlo visto.

La más célebre caída de peces ocurrió, sin embargo, en Mountain Ash, en el valle de Abedare, Glamorganshire, el 11 de febrero de 1859. Se localizó en la propiedad de un tal Mr. Nixon. Al hablar de ella, la revista *Zoologist* [140] dijo: «Continuamente recibimos relatos similares de caídas de ranas y peces». Pero, en todos los volúmenes de *Zoologist*, sólo he hallado dos relatos de tales caídas. El doctor Gray, del British Museum, erizándose de exclusionismo, concluyó con una farsa: «Uno de los empleados de Mr. Nixon debió arrojar un cubo de agua sobre uno de sus camaradas, sin darse cuenta de que contenía algunos peces». Pero otro corresponsal, ante esta versión, declaró haber obtenido la misma especie de peces a distancias considerables de este «cubo travieso». De hecho, los mismos peces, si se juzga por otros testimonios [141], cayeron en varias tandas. Algunos de entre ellos, aún vivos, fueron enviados al jardín zoológico del Regent's Park, donde se los identificó como gobios y espinochas.

Sea como sea, la hipótesis de una tromba está abocada al fracaso por dos detalles. El primero es que la caída, lejos de presentar la dispersión requerida, tuvo lugar sobre una estrecha banda de ochenta metros de largo por doce de ancho. La segunda, increíble, pero sobre la cual afluyen los testimonios, es que, diez minutos después de la primera caída, ¡se producía una segunda en el mismo lugar! Incluso si una tromba pudiera permanecer axialmente en el mismo lugar, se descargaría siempre tangencialmente. En la carta de Aaron Roberts, cura párroco de St. Peters, Carmathon, al *London Times* [142], este precisa que los peces tenían hasta ocho centímetros de largo. Algunas personas, creyendo que se trataba de peces de mar, los colocaron en agua salada, donde sufrieron una muerte instantánea. Otros peces, colocados en agua dulce fría, se comportaron de maravilla en la pecera.

[137] Symons'Meteorological Magazine, 32-106.
[138] Annals and Mag. of Nat. Hist., 1-3-185.
[139] Living Age, 52-186.
[140] Zoologist, 2-677. [141] Annual Register, 1859-14.
[142] Carta de Mr. Aaron Roberts, cura párroco de St. Peters, Carmathon, al London Times del 2 de marzo de 1859.

Otra Versión [143]: «Los techos de algunas casas estaban recubiertos de ellos.». La evidencia de una caída de peces es concluyente. Según el *Report of the British Association* [144], detalló que se trataba de Gasterosteus leirus.

Gasterosteus es el nombre científico de la espinocha. De ahí el sentido de total ruina impartido por esta explicación: alguien ha bautizado a uno de sus amigos con un cubo de agua dulce en el cual nadaban millares de peces de ocho centímetros de largo, algunos de los cuales cubrieron el techo de las casas y otros permanecieron en el aire durante diez minutos. Prefiero todavía mi versión, más contrastada: el fondo de un estanque supergeográfico cedió bruscamente.

Lo que es extraordinario es el hecho de que estos animales vivos caen sin herirse. Se ha hablado de la hierba tierna, pero sir James Emerson Tennat, en su Historia de Ceilán, ¡habla de peces caídos intactos sobre la arena! En esta región de inercia que podemos concebir, en esta zona que es a la gravitación terrestre lo que la zona neutra de un animal es a la atracción magnética, acepto de buen grado que haya extensiones de agua, espacios vacíos, fondos de estanques no rodeados de tierra, enormes gotas de agua flotando en el espacio, diluvios de agua y caídas de peces. Pero también zonas donde los peces se sequen y se pudran, antes de volver a caer por efectos de un alud atmosférico.

En Rajkote, en la India, el 25 de julio de 1850, «el suelo estaba recubierto de peces», algunos de los cuales fueron encontrados en la parte más alta de las pilas de heno [145]. De otra caída ocurrida a cuarenta kilómetros de Calcuta, el 20 de setiembre de 1839, y algunos de cuyos peces, colocados en tanques de agua, sobrevivieron (*A Popular Treatise*, p. 414), un testigo declara: «El hecho más extraordinario fue que los peces no cayeron mezclados, sino en línea recta, sobre una extensión de menos de un decímetro y medio de ancho» [146]. Siempre en la India, en Feridpoor [147], el 19 de febrero de 1830, «algunos peces eran completamente frescos, otros estaban mutilados y en plena putrefacción». Recordemos que, en las montañas de la India, el clima está muy lejos de ser tórrido y no constituye una explicación válida. Recordemos también, para los partidarios de la segregación en trombas, los objetos ligeros: algunos de estos peces pesaban dos veces más que los otros…

En este punto de nuestra exposición, no sé si un caballo y un granero nos ayudarán a salir a flote, pero si nunca algo se ha elevado de la superficie de la Tierra y no ha vuelto a descender, estas dos cosas parecen haberlo logrado por completo: en un tornado en Wisconsin, el 23 de mayo de 1878, «un granero y un caballo fueron levantados, y de ellos no se volvió a hallar ni rastro ni migaja» [148]. Este incidente sería tema de café si nuestras digestiones no llevaran una ponderada progresión, hecho que anoto de pasada. Así, no hay nada de extraño o de inadmisible en el hecho de que una tortuga haya podido sobrevolar durante más de seis meses una población del Mississippi:

[143] Carta del vicario Griffith al London Times del 10 de marzo de 1859.
[144] Report of the British Assocation, 1859-158.
[145] All the Year Round, 8-255.
[146] Living Age, 52-186.
[147] Amer. Jour. Sci., 1-32-199.
[148] Monthly Weather Review, mayo de 1878.

El 11 de mayo de 1894 [149] cayó en Vicksburg, en el Mississippi, un fragmento de alabastro. A quince kilómetros más allá, en Bovina, caía una tortuga. Todo ello durante una granizada.

El acontecimiento fue ampliamente difundido: por ejemplo, en *Nature* [150] y jamás discutido. «Aparentemente», dijo un comentarista, «unos torbellinos locales levantaron pesados objetos de la superficie del suelo y los transportaron hasta las alturas de las nubes». De todas las inverosimilitudes de esta explicación, tal vez les dé qué pensar la forma en que un torbellino, actuando sobre un Estado del Sur durante el mes de mayo, haya podido escoger escrupulosamente una tortuga y un pedazo de alabastro, restituyéndolos después bajo una capa espesa de hielo, como fue el caso. Señalemos que el animal pudo ser arrancado verosímilmente del suelo cerca de Vicksburg, ya que las tortugas están muy extendidas en los Estados del Sur. Tan sólo existe el hecho de que el único huracán que se señaló en la región se remontaba a varios meses antes del 11 de mayo de 1894.

Los objetos levantados por los huracanes permanecen en ellos, a veces, durante mucho tiempo, pero también pueden ser arrancados por las tormentas locales. La tortuga y el trozo de alabastro pudieron tener orígenes muy distintos, venir tal vez de mundos diferentes. Pudieron entrar en una zona de suspensión situada por encima de esta Tierra, flotar uno cerca del otro durante mucho tiempo, caer finalmente con el granizo: las piedras de granizo son en sí mismas fenómenos de suspensión de larga duración.

De nuevo la desagradable noción de larga duración, incluso de putrefacción.

Pienso en una región suspendida por encima de la superficie terrestre, donde la gravitación ya no opera y que no está regida por el cuadrado de la distancia, al igual que el magnetismo es despreciable a muy corta distancia de un imán. Pienso que todo lo que ha sido arrancado de la superficie terrestre ha permanecido prisionero de esta región hasta su liberación por la tormenta.

Un Supermar de los Sargazos.

Restos, detritus, viejos cargamentos de los naufragios interplanetarios, objetos arrojados por las convulsiones de planetas vecinos a lo que se denomina espacio, reliquias del tiempo de los Alejandros, de los Césares y de los Napoleones de Marte, de Júpiter y de Neptuno. Objetos levantados por nuestros ciclones. Graneros y caballos, elefantes, moscas y dodos, pterodáctilos y moas. Hojas de árboles recientes o de la Era Carbonífera, todo ello tendiendo a desintegrarse en barros o en polvos homogéneos, rojos, negros o amarillos, tesoros para paleontólogos y arqueólogos, acumulaciones de siglos, huracanes de Egipto, de Grecia o de Asiria, peces secos, peces duros, algunos frescos, otros podridos.

Pero también la omnipresencia de lo heterogéneo: peces vivos, peces de agua dulce y océanos de agua salada…

En cuanto a la Ley de la Gravitación, he aquí lo que pienso sobre ella: La ortodoxia admite la correlación y la equivalencia de las fuerzas.

[149] Monthly Weather Review, mayo de 1894.
[150] Nature, 1894, p. 430; y Jour. Roy. Met. Soc., 20-273…

La Gravitación es una de esas fuerzas.

Todas las demás presentan fenómenos de repulsión y de inercia, independientes de la distancia, tanto como de atracción.

Pero la gravitación newtoniana sólo admite la atracción.

Así, no es válida más que para un tercero. Diré mejor: ustedes tienen los datos, hechos con lo que a ustedes les plazca. En mi revolución intermediaria contra lo homogéneo o lo positivo, en mi convicción de que lo suficiente no puede mermar lo universal, después de lo cual nada es suficiente, mi idea de un Supermar de los Sargazos, pese a que ponga de acuerdo, entre otras, las caídas de peces de fuente estacionaria, no puede satisfacer a dos anomalías: ninguna caída de renacuajos, ninguna caída de ranas adultas. No ha habido jamás, según mis informes, otra cosa que ranas de varios meses de edad.

Y sin embargo, los renacuajos caerían más fácilmente del cielo que sus hermanas mayores, si las trombas fueran la causa de ello.

Caerían aún más fácilmente del Supermar de los Sargazos, si es que existe.

Pero antes de expresarme sobre la caída de formas inacabadas, larvarias, de existencia, y sobre la necesidad de concebir un factor independiente de lo estacionario, de la suspensión o de la estancación, quisiera concluir con algunos datos análogos a los de los peces:

El 8 de julio de 1886, en plena tormenta, cayeron caracoles cerca de Redruth, en Cornualles [151]. Cayeron también en Bristol, sobre ciento cincuenta áreas se observó, en este segundo caso, «el curioso aspecto azul-cielo del sol en el momento de la caída» [152]. El 9 de agosto de 1892, una nube amarilla apareció por encima de Paderborn, en Alemania. De ella cayó una lluvia torrencial, conteniendo centenares de mejillones [153]. Grandes cantidades de lagartos cayeron en las aceras de Montreal, Canadá, el 28 de diciembre de 1857 [154].

En cuanto a la caída de insectos alados, se piensa, naturalmente, en enjambres migratorios: de todos modos, en el caso de las hormigas, hay algunas anomalías: caída en Cambridge, Inglaterra, durante el verano de 1874, de hormigas «sin alas» [155]: en Nancy, Francia, el 21 de julio de 1887, enorme caída de hormigas, «la mayor parte de ellas privadas de alas» [156]. Caída de enormes y desconocidas hormigas, del tamaño de avispas, en Manitoba, en junio de 1895 [157].

Mi opinión: formas larvarias, sin alas, cayendo en tan gran número, sugieren una migración de un género especial procedente de algún lugar exterior a nuestra Tierra, ocurrida durante un periodo de hibernación de las larvas en las latitudes nórdicas.

[151] Science Gossip, 1886-238.
[152] Philosophical Magazine, 58-310.
[153] Nature, 47-278, según Das Wetter, diciembre 1892.
[154] Notes and Queries, 8-6-104
[155] Scientific American, 30-193.
[156] Nature, 36-349.
[157] Scientific American 72-385

¿Y qué decir de los «gusanos de nieve»? En *Proc. Acad. Nat. Sci. of Philadelphia* [158], se describen gusanos amarillos y negros hallados en los glaciares de Alaska, donde no hay forma alguna de vida a escala de los insectos y no existe ninguna base de vegetación, salvo los organismos microscópicos. Caídas de gusanos negros en Bramford Speke, Devonshire [159] en Christiania, Noruega, durante el invierno de 1876 [160] donde no podían salir del suelo que, en aquella época, estaba helado; insectos negros en 1827, durante una nevada en Pakroff, Rusia [161]; caída, en una nevada, de multitud de pequeños insectos negros en Orenburg, Rusia, el 14 de diciembre de 1830 [162]; un gran número de gusanos en medio de una tormenta de nieve en Sangerfield, New York, el 18 de noviembre de 1850 [163].

Grandes gusanos en Utica, en el estado de Nueva York. Según el *Scientific American* [164], fueron enviados al Departamento de Agricultura de Washington, en donde se los separó en dos especies diferentes: larvas de lombrices y de escarabajos. Larvas de escarabajo en Mortagne, Francia, en mayo de 1858, inanimadas por el frío [165]. Flammarion, en *The Atmosphere*, p. 414, habla de una lluvia de larvas en la Alta Saboya, el 30 de junio de 1869, durante una tempestad de nieve: «No podían haber hecho eclosión en la región, en donde, los días precedentes, la temperatura había sido extremadamente baja». En enero de 1890, caída en Suiza de un número tan enorme de larvas que verdaderas nubes de pájaros fueron atraídos hacia el lugar [166]. Unas eran negras, otras amarillas y tres veces más grandes. Lo cual excluye la selección por gravedad específica, propia de todos los torbellinos.

Todas ellas venían, sin duda, de Génesistrina. Es algo que hay que tomarlo o dejarlo, y me gusta ser acosado por esta teoría.

Génesistrina.

La idea es: podría hallarse en alguna parte por encima de nosotros un lugar de origen de la vida, en relación a esta Tierra. Dejemos a los investigadores de las supergeografías el cuidado de determinar si se trata de un planeta, de la Luna o de una vasta región amorfa sobrevolando la Tierra, o aun de una isla del Supermar de los Sargazos. Los primeros organismos unicelulares nos han podido llegar de Génesistrina, el hombre o los seres antropomórficos han podido venir a la Tierra antes que las amebas: puede haber habido, en Génesistrina, una evolución en la Tierra ha podido ser, como la evolución del Japón moderno, dirigida por influencia externa. La evolución terrestre, en su conjunto ha podido ser un proceso de población por inmigración o bombardeo. Omito aquí algunas de mis notas sobre restos de hombres o de animales enquistados, recubiertos de arcilla o de piedra y presentando el aspecto de proyectiles: es preferible considerar este fenómeno como un tropismo o un

[158] Proc. Acad. Nat. Sci. of Philadelphia, 1899-125.
[159] London Times, 14 de abril de 1837.
[160] Timbs'Year Book, 1877-26.
[161] Scientific American, 30-193.
[162] American Journal Scientific, 1-22-375.
[163] Scientific American, 6-96.
[164] Scientific American de 7 de marzo de 1891.
[165] Annales de la Société Entomologique de France, 1858.
[166] L'Astronomie, 1890-313.

geotropismo probablemente atávico o vestigial de un fenómeno que continúa después de la terminación de toda necesidad. Hubo un tiempo en que toda suerte de cosas nos vinieron de Génesistrina: actualmente, tan sólo algunas especies de larvas y otros animales u objetos experimenta, a largos intervalos, la inspiración.

Pienso en Génesistrina en términos de mecánica biológica. No creo que ciertas personas coleccionen en alguna parte los escarabajos de finales de enero o las ranas de agosto y de junio para bombardear con ellos la Tierra, o que otros capturen en el otoño, en las regiones del norte, pájaros para volver a soltarlos hacia el sur. Pero concibo un geotropismo atávico o vestigial de Génesistrina: un millón de larvas empiezan a arrastrarse, un millón de pequeñas ranillas a saltar, sin saber más que nosotros cuando nos vamos de mala gana al trabajo por la mañana o cuando corremos hacia nuestro domicilio llegada la noche.

Diría, por mi parte, que Génesistrina es una región del Supermar de los Sargazos, y que algunas regiones de este Supermar poseen cierta periodicidad de susceptibilidades hacia la atracción terrestre.



8

Admito pues que, durante tempestades y huracanes, los más condenados entre todos los excluidos, los excomulgados y leprosos del conocimiento, nos lleguen desde lo alto del Supermar de los Sargazos o, al menos, de lo que yo denomino así por comodidad y que no sabría aún ser aceptado por casi nadie.

Ya que es durante tempestades y huracanes cuando los objetos nos caen del cielo, al igual que otros surgen de las profundidades del océano. Sé bien que la ortodoxia deniega a las tempestades todo efecto real sobre las profundidades marinas, pero toda opinión, ¿no es acaso juego de la ignorancia o desprecio de las contradicciones? Según el *Symons' Meteorological Magazine* [167], a lo largo de las costas de Nueva Zelanda, en regiones que no están sujetas a la acción de los volcanes submarinos, las tempestades depositan regularmente peces de las grandes profundidades.

«No hay la menor relación entre las caídas de piedras o de metales y las perturbaciones atmosféricas». (Symons).

La ortodoxia quiere que un objeto, al penetrar en la atmósfera terrestre a una velocidad planetaria, escape virtualmente a la acción de las tempestades: es tanto como pensar en una bala de fusil que fuera desviada de su trayectoria por la brisa de un abanico. La desgracia quiere que el razonamiento ortodoxo esté, como siempre, dominado por los espectros: tenemos montones de condenados, aún tendremos más, objetos celestes desprovistos de toda velocidad independiente. Hay tantos meteoros y meteoritos, que sería extraordinario no encontrarles un solo punto de coincidencia. Y el profesor Baden-Powell cataloga tal cantidad de los mismos [168] que será preciso tomarlos en consideración.

Veamos entre otros las famosas caídas de piedras ocurridas en Siena, Italia, en 1797, «en el transcurso de una violenta tormenta». Veamos, catalogada por Greg, «la bola de fuego del 2 de setiembre de 1786, que sobrevoló Inglaterra, en el transcurso de un huracán, durante cerca de cuarenta minutos», es decir, ochocientas veces la duración que la ortodoxia concede a los pasos de meteoritos. Veamos la «bola de fuego verde» caída en plena tempestad, siempre en Inglaterra: el 14 de octubre de 1877, y descrita en *Nature y London Times* [169].

Tantos casos, en suma, que algunos se revolverán ante la llamada a la coincidencia y aceptarán la existencia de una conexión de tipo causal. Si es demasiado difícil concebir masas metálicas desviadas de su trayectoria por ráfagas de

[167] Symons'Meteorological Magazine, 47-180.

[168] Rept. Brit. Assoc., 1850, 1854 y 1860.

[169] Nature, 25 octubre 1877, London Times, 15 octubre 1877, y en Nature, 17-10 por otro corresponsal, W. F. Denning.

la tempestad, mientras se mueven a grandes velocidades, pienso en objetos desplazándose a muy escasa velocidad o casi totalmente desprovistos de ella, planeando a kilómetros de altura y desviados por la tempestad, cayendo en un chorro de luz.

Pero es tan grande la resistencia en este nivel, que me veo obligado a citar otro gran manojo de condenados: un aerolito, observado en plena tempestad en St. Leonards-on-sea, Inglaterra, el 17 de setiembre de 1885, no deja ningún rastro [170]; un meteorito el 1.º de marzo de 1886, descrito en la *Monthly Weather Review* [171]; otro a lo largo de la costa de Grecia, en mitad de una tormenta, el 19 de noviembre de 1899 [172] ; un tercero en Lachine, cerca de Quebec, el 7 de Julio de 1883 [173], un meteorito en una tromba en Suecia, el 24 de setiembre de 1883 [174].

Tras lo cual la Ciencia decreta en *Science Gossip* [175], que no puede establecerse ninguna relación entre los meteoritos y las tormentas, salvo por parte de los campesinos incultos.

Lo cual no impide a algunos campesinos de mi misma clase el haber revelado el testimonio de un sabio, el doctor Buist, en el *Report of the British Assoc*. [176]: este, aún repugnándole mucho el relacionar estos diversos fenómenos, registra durante cinco meses, el año 1851, en la India, tres caídas de aerolitos durante el curso de varias tormentas.

Nos encaminamos hacia las «piedras del rayo».

Es aquí donde se confirma, muy particularmente, la noción intermediarista de la existencia. No hay nada fundamental, no hay nada final que pueda tener lugar dentro de un standard positivo de juicio. Los campesinos han creído siempre en los meteoritos. La Ciencia ha excluido los meteoritos. Los campesinos creen en las «piedras del rayo». La Ciencia excluye las «piedras del rayo». Es inútil poner de relieve que los campesinos recorren el campo, mientras que los sabios se enclaustran en sus laboratorios y salas de conferencias. Y no quiero decir con ello que los campesinos sean familiares míos, ya que entonces la multitud de sus desprecios se levantaría para confundirme.

Diría más bien que nuestra «existencia» es una especie de puente, situando mi comparación en un plano estático. Imaginemos el puente de Brooklyn, sobre el cual multitudes de insectos buscan una ley fundamental y alcanzan una plataforma de apariencia firme y final. Pero la plataforma está cimentada en un conjunto de soportes, y dichos soportes de aspecto definitivo se basan en superestructuras. De modo que

[170] Annual Register, 1885
[172] Nature, 61-111.
[173] Monthly Weather Review, julio de 1883.
[174] Nature, 29-15.
[175] Science Gossip, n. s. 6-65.
[176] Report of the Brithis Ass. 1852, p. 229.

no hay nada que sea final en todo el puente, ya que el puente mismo, lejos de ser un elemento de finalidad, no es más que un punto de relación entre Brooklyn y Manhattan. Sí nuestra «existencia» es un punto de relación entre lo Positivo Absoluto y lo Negativo Absoluto, la cuestión de una finalidad está abocada al fracaso. Todo elemento de la existencia es relativo, puesto que el «todo» no es más que una relación.

Mi pseudobase, en la actitud de la Aceptación, es la siguiente: si las células de un embrión se hallan en el estado de reptil y ciertas células se sienten incitadas a cambiar de apariencia, y si se halla además, en el esquema del conjunto, que el estadio siguiente sea el de mamífero, las células de mamífero serán sostenidas contra la resistencia, contra la inercia de todas las demás, y tendrán razón para hacerlo, antes de ceder a su vez a las representantes del estadio siguiente de la evolución. Si nos hallamos en la víspera de una nueva etapa, en la que será rechazado el Exclusivismo, es completamente estúpido tratarnos de campesinos.

Puede encuadrarse, pues, dentro de un espíritu de bucólica tosquedad el que yo presente una nueva obra de sentido común, llamada algún día a ponerse en la fila de lo trivial:

Objetos manufacturados de piedra y de metal han caído del cielo.

Han sido arrancados por perturbaciones atmosféricas de una región de inercia total en relación con la atracción terrestre.

La «piedra del rayo» es, generalmente un «hermoso fragmento de piedra verde en forma de cuña», escribe un especialista en el *Cornhill Magazine* [177]. Lo cual es falso: Ya que se trata de aproximadamente no importa qué fragmento de mineral, muy hábilmente trabajado: y es aquí donde llamo muy especialmente la atención de mis lectores. La condena convencional exige que los útiles de piedra sean descubiertos en el suelo, después de la caída de un rayo, lo que conducirá a los palurdos de muy escaso nivel mental a creerlos caídos del cielo.

Este libro es una mezcla de Ciencia y de mala ficción. Y toda ficción es mala, mezquina o rudimentaria, desde el momento en que se apoya demasiado en la coincidencia. Ni siquiera la coincidencia triunfa en el escritor individual, sino en la dispersión del tema. El especialista del *Cornhill Magazine*, por ejemplo, habla de las supersticiones incultas, pero no cita caso sobre caso. Mi método, por el contrario, será el de la acumulación.

El rayo puede muy bien golpear el suelo cerca de un guijarro en forma de cuña, y hacerlo varias veces. Pero que reproduzca esta pequeña proeza en China, después en Escocia, después en Inglaterra, después en África Central, que las coincidencias de Java y de América del Sur se unan a las de Francia, es suficiente para que registremos una ligera tendencia a la impaciencia.

[177] Cornhill Magazine, 50-517.

Fue en la isla de Jamaica donde cayeron masas de jade bruto «durante las lluvias» [178]. Más adelante entraremos de nuevo en la localización de las materias específicas. «No se encuentra por ningún lado, en Jamaica, semejante material» [179].

Puede que sea el efecto de mi tendencia natural a la exclusión, puede que sea la actitud de un campesino salvaje que rehúsa ser asimilado a los demás campesinos y a los demás salvajes, pero yo no me dejo impresionar por la opinión de los aborígenes. Si la palabra de un lord Kelvin tiene menos peso, en la balanza científica, que la de un Sitting-Bull, a menos que confirme la opinión convencional, creo que es debido quizás a que los salvajes se comportan mal en la mesa. Sea lo que sea, todo mi esnobismo en la materia desaparece ante la opinión ampliamente difundida de los salvajes y de los campesinos. Y la noción de las «piedras del rayo» está tan difundida como la geografía.

Los nativos de China, Japón y Birmania, si hay que creer a Blinkenberg [180], quien, por su parte no cree en absoluto en ello, piensan que los objetos de piedra esculpidos caen del cielo, bajo el pretexto de que creen haberlos visto caer. Lo que nosotros llamamos meteorito es denominado «piedra del rayo» en Moravia, en Holanda, en Bélgica, en Francia, en Cambodia, en Sumatra y en Siberia, «piedra de tormenta» en Lausitz, «flecha del cielo» en Eslavonia, «hacha del trueno» en Inglaterra y en Escocia, «piedra del rayo», en España y en Portugal, «hacha del cielo» en Grecia, «estallido de rayo» en Brasil y «diente del trueno» en Amboine. Se cree en las piedras del rayo tan plenamente como en los fantasmas y las brujas, y sólo los supersticiosos niegan hoy en día a los fantasmas y a las brujas.

Tyler [181] cita una lista de referencias sobre las creencias de los indios de América del Norte y de los indios de América del Sur, los cuales creen que del cielo caen «hachas de piedra» [182]. Si ustedes se revuelven, a su vez, contra este amontonamiento de coincidencias, o encuentran algo indigesta mi interpretación, les recomiendo la explicación de un tal Tallius, formulada en 1649: «Los naturalistas piensan que son engendradas en el cielo por la exhalación fulgurante conglobada en una nube por el humor circunfuso».

El artículo del *Cornhill Magazine* no intentaba, por supuesto, más que ridiculizar la noción de caída de objetos manufacturados. Pero un comentarista de este artículo, en el American Journal of Science [183], se sorprende, pese a todo, «de que un hombre dotado de una facultad media de razonamiento se moleste en refutar las piedras del rayo». Soy demasiado de su opinión. «Es apenas necesario —prosigue el autor—, sugerir al lector inteligente el que las piedras del rayo pertenecen a la mitología». Protesto de que se haga mal uso de una palabra. Admito que soy inteligen-

[178] Journal Inst. Jamaica, 2-4.
[179] Notes and Queries, 2-8-24.
[180] Thunder Weapons, p. 100.
[181] Primitive culture, 2-237
[182] Jour. Ameri. Folk Lore, 17-203.
[183] American Journal of Science, 1-21-235.

-te a este respecto solamente si la inteligencia supone la búsqueda del desequilibrio, y si toda otra facultad de entendimiento es un reflejo mecánico.

Blinkenberg cita numerosos casos en que la superstición de las «piedras del rayo» no hace estragos más que en los medios de mentalidad abisal. En Malaca, en Sumatra, en Java, los indígenas cuentan frecuentemente el descubrimiento de hachas de piedra, bajo un árbol golpeado por el rayo. Coincidencia, afirma Blinkenberg. En lo que respecta a su luminosidad, mi muy lamentable opinión es que todo cuerpo que atraviese la atmósfera terrestre no tiene necesidad de estar incandescente para caer con gran estallido de luz, parecido a un rayo. Detalle muy importante sobre el cual me reservo el volverlo a tratar.

En Prusia, dos hachas de piedra fueron descubiertas en troncos de árboles, una de ellas bajo la corteza [184]. Un objeto de piedra pulida en forma de hacha fue encontrado en un árbol golpeado por un rayo [185]. Una vaca fue muerta, se cree, por un rayo en la isla de Sark, cerca de Guernesey. Cavando la tierra en el mismo lugar, el propietario de la vaca desenterró una pequeña hacha de jade. Según Blinkenberg, llegó rápidamente a la conclusión de que era este objeto el que, cayendo luminosamente, había matado a su animal. Un granjero descubrió después de una fuerte tormenta un hacha de sílex cerca de un poste indicador, el cual había sido hendido por algo [186]. No se sabe por qué caminos «llegó» hasta esa conclusión, pero creyó que el objeto de sílex había caído durante la tormenta.

Es imposible establecer la diferencia positiva entre la ortodoxia y la herejía. Es preciso que se confundan y se reúnan en algún lugar. En casi todos los trabajos dedicados a los meteoritos, se menciona el olor extraño, sulfuroso, de todo lo que cae del cielo. Sir John Evans declara con una facultad extraordinaria de razonamiento [187]: «dicho objeto de sílex es, seguramente, la causa del rayo, puesto que una vez partido desprende un olor característico». He aquí pues, lo que cierra la discusión. Si se prueba que un sólo objeto de piedra trabajada ha podido caer del cielo, parece inútil acumular los ejemplos. Pero ya he sostenido que nada resolvía nada, que las disputas de la antigua Grecia no habían encontrado solución al término de varios miles de años, puesto que, en un sentido positivo, no había nada que probar ni que resolver. Mi objeto es ser más real que mis adversarios. La vastedad es un aspecto de lo Universal. Seré vasto. El hombre obeso, según mi opinión, está más cerca de los dioses que el hombre flaco. Coman, beban y acérquense a lo Positivo Absoluto. Desconfíen de la negatividad, es decir de la indigestión.

La inmensa mayoría de «piedras del rayo» son descritas como «hachas», no obstante, Meunier [188], describe una «piedra del rayo» caída en Ghardia, Argelia, y que tuvo en su poder: tenía forma de pera, y «difería totalmente» de los meteoritos

[184] Blinkenberg: Thunder Weapons, p. 100.
[185] Thunder Weapons, p. 71.
[186] Reliquary, 1867-208.
[187] Stone implements, p. 57.
[188] La Nature, 1892-381

clásicos de formas angulares. Había caído en el curso de una tormenta, detalle que provoca inmediatamente en los meteorólogos un empalidecimiento y un discreto fruncimiento de cejas.

Paso rápidamente sobre la «piedra del rayo» caída en Londres en abril de 1816 y que pesaba ocho libras [189]; sobre la de Cardiff el 2 de setiembre de 1916, coincidente con un solo relámpago [190]; sobre la de St. Albans, Inglaterra [191], aceptada por el Museo de St. Albans y de la que el Museo Británico dijo que no era de «verdadera materia meteórica», y sobre la de Tysnas, en Noruega, caída el 17 de mayo de 1884 y «parecida a una cuarta parte de un gran queso Stilton» [192].

Sostengo que numerosos objetos y distintas sustancias han sido arrancadas por perturbaciones atmosféricas a lo que yo llamo para mayor facilidad el Supermar de los Sargazos. Pero mí interés va muy especialmente a los objetos de apariencia fabricada.

Lo cual nos lleva a una experiencia extremadamente rara.

Vamos a leer el informe establecido alrededor de algunas circunstancias extrañas para un hombre de ciencia. No es que este hombre de ciencia haya dirigido realmente un vestigio de encuesta, sino que los fenómenos de los que se ocupará ostentan una posición más próxima a la encuesta que al abandono total. Recordemos al profesor Hitchcock, quien no tuvo más que golpear a Amherst con sus conocimientos botánicos para que dos hongos brotaran en la noche, y al buen doctor Gray haciendo salir millares de peces de un único cubo de agua. Pero, el 2 de julio de 1866, un periódico londinense señaló, durante la tormenta del 30 de junio, la caída de un objeto en Notting Hill [193], lo cual decidió a Mr. G. T. Symons, del Symons' Meteorological Magazine, a intervenir con espíritu de total justicia e imparcialidad.

Se trataba, dijo, de un pedazo de carbón. Un vecino del observador había mandado traerle la víspera cierta provisión de carbón, y Mr. Symons, con la sobrenatural sabiduría del extranjero en suelo extraño, identificó el carbón de la pretendida caída con el muy prosaico cargamento de la víspera. Los vecinos, incapaces de establecer tan simple distinción, habían comprado muy caro pedazos de este extraño objeto caído del cielo, dijeron.

Pero la credulidad del pueblo no tiene límites. La desgracia quiso que la eficacia se transformara en exceso. Con una superabundancia de detalles verosímiles, Mr. Symons introdujo en su pequeña comedia un nuevo personaje: un aprendiz de químico, que quería gastar una broma, había preparado una cápsula de explosivo y «proyectado la masa ardiente sobre acera en lo más fuerte de la tormenta, creando

[189] Timbs'Year Book, 1877, 246.
[190] London Times, 28 setiembre 1916.
[191] La Nature, 80-34.
[192] Nature, 30-300.
[193] Jour. Roy. Met. Soc. 14-207.

con todos sus detalles un relámpago artificial». Incluso Shakespeare, con su falta de tramoya, renunció a la cooperación del rey Lear para concluir Hamlet.

No sé si, a mi vez, peco por exceso de detalle, pero me ha parecido descubrir que esta tormenta del 30 de junio de 1866 no era como las demás. *El London Times* del 2 de julio menciona que «durante toda la tormenta el cielo permaneció claro en muchos lugares, mientras continuaban cayendo lluvia y granizo». Lo que podría significar algo como punto de partida para atacar la posibilidad de un origen extraterrestre de algunas de tales granizadas, teniendo en cuenta la ausencia de nubes.

Mr. Symons leyó en seguida en el *Kilburn Times* del 7 de julio de 1877 el relato de una caída de tizones, gruesos como avellanas, de los cuales quedó literalmente sembrada una calle, puesto que se recogieron unos dos sacos llenos. Supo poco después que, en la misma calle, había un cuartelillo de bomberos. Veo ya a Mr. Symons corriendo y resoplando por las calles de Notting Hill, revisando todos los sótanos en busca de huellas frescas de carbón en alguno de ellos, llamando a las puertas, exasperando al barrio, deteniendo a los transeúntes y siguiendo, paso a paso, la pista del aprendiz de químico. No hay pues nada de sorprendente en que hiciera irrupción en el cuartelillo de bomberos declarando más o menos esto: «Se me ha comunicado que se produjo una caída de cenizas en esta calle, diez minutos después de las cuatro de la tarde del 5 de julio. ¿Quieren consultar sus archivos y decirme dónde se encontraba su coche a las cuatro y diez de dicho día?». Inmediatamente después de lo cual tuvo que contentarse con escribir: «Es probable que los bomberos limpiaran aquel día su bomba de incendios».

El 20 de junio de 1880 se señala que una «piedra del rayo» cayó en una chimenea del número 180 de la calle Oakley, en Chelsea. Mr. Symons describió el objeto como «una aglomeración de ladrillo, hollín, carbón y cenizas». A su modo de ver, el rayo cayó en la chimenea, haciendo fundirse algunos ladrillos. Ciertamente, encuentra digno de ser notado el que el rayo no hubiera dispersado el contenido de la parrilla del hogar, la cual, en apariencia, no fue sacudida más que por la caída de un cuerpo pesado. Si hay que admitir que la escalada de una chimenea es una experiencia demasiado rigurosa para un hombre verosímilmente grueso, digno y sujeto a la expansión, deberemos acomodarnos a su argumento final: «Supongo que nadie sugerirá —concluye— que se fabrican ladrillos en la atmósfera».

Declaración positivista y a la medida de sus deseos. Lo absurdo es siempre interpretable en términos de lo «razonable», luego debe serle continuo. Masas arcillosas, como las que a menudo han caído del cielo después de sufrir el asombroso calor que engendra la velocidad, podrían muy bien haberse cocido y formar ladrillos. Creo que Symons quedó completamente agotado en su campo de batalla de Notting Hill. Que esto sirva de lección a los fanáticos de la eficacia.

En el *London Times* [194] se informa que un objeto redondo y metálico fue hallado el 17 de agosto de 1887 en un jardín de Brixton, «después de una violenta

[194] London Times de 1º de febrero de 1888.

tormenta». Fue analizado por un químico, J. James Morgan, de Ebben Vale, que no logró identificarlo como verdadera materia meteórica. Fuera o no fuera un producto de fabricación, el objeto fue descrito como sigue: una esfera elipsoide aplanada en los polos, de cinco centímetros de espesor en su mayor diámetro. Calificándola de «fragmento», Symons le retiró, sin embargo, todo carácter de simetría, prestándole una naturaleza amorfa y alejándola así del dato siguiente: descubrimiento en un montón de estiércol de una bola de metal después de una tormenta, en Sussex. Esta vez, míster Symons razonó que una bola de metal hundida en una masa de estiércol bien puede atraer al rayo y persuadir de su caída a una inteligencia de nivel inculto. Lo cual supondría que, de todos modos, los campesinos conocen tan mal sus propios montones de heno como el señor Symons su mesa de trabajo.

En Casterton, Westmoreland, un hombre, su mujer y sus tres hijas vieron caer del cielo una piedra durante una tormenta, matar a una oveja y enterrarse profundamente en el suelo. Después de haber cavado, desenterraron una bola de piedra que fue exhibida en la Real Sociedad de Meteorología bajo la mención de «bloque de gres». C. Carus-Wilson la describe [195] como una esfera de cuarcita ferruginosa de un peso de algo más de cinco kilogramos, que poseía no sólo un elemento de simetría, sino también un elemento de estructura, puesto que había una cáscara exterior separada del núcleo central, sin duda debido al desigual enfriamiento de la masa. En cuanto a W. B. Tripp, de la Real Sociedad de Meteorología, señala el caso [196] de un granjero que, durante una tormenta, vio su campo labrado ante él por un objeto luminoso. Desenterró un hacha de bronce. Estimo que una expedición al Polo Norte hubiera sido menos urgente que una delegación científica perdiendo un verano en estudiar los hechos en el lugar del incidente.

Estos diversos fenómenos son comentados así por la revista *Nature*: «Son de carácter divertido, lo cual prueba su origen terrestre y no celeste».

Por cuál razón el carácter celeste no puede ser tan divertido como el carácter terrestre es algo que supera mis facultades de razonamiento. Y si hay algo de divertido en las esferas y las hachas de piedra, Arquímedes y Euclides fueron sin duda humoristas. No estoy seguro de haber sido tan indulgente con Mr. Symons como lo merecía su muy evidente hazaña científica. Quizá haya empleado algún prejuicio subconsciente a su respecto, clasificándolo, por esta misma causa, al lado de San Agustín, Darwin, San Jerónimo y Lyell. En cuanto a las «piedras del rayo», creo que debió de estudiarlas con el mismo espíritu de encuesta usado por la Academia de Ciencias de París en relación a los Meteoritos o con el mismo del Comité del Krakatoa, del cual un comentarista afirma en Knowledge [197] que se reunió, no para descubrir la causa de las perturbaciones atmosféricas de 1883, sino para hacer responsable de ello únicamente al Krakatoa. La cita siguiente lo pone de relieve suficientemente; «he emprendido mi estudio sobre las “piedras del rayo” —declara Symons—, con la íntima convicción de que había en alguna parte un punto débil y que las “piedras del rayo” no existían en absoluto».

[195] Knowledge, 9 octubre 1885.

[196] Amer. Met. Jour., 4-589.

[197] Knowledge, 5-418.

Symons no menciona una «piedra del rayo» caída en Hampshire, en setiembre de 1852 [198], en forma de «un ancho nódulo de pirita o de bisulfuro de hierro», ni la piedra de dos kilogramos de peso, grande como una pelota de criquet, caída en la primera semana de setiembre de 1852 en el jardín de Mr. George E. Bailey, químico de Andover, Hants [199], ni la bola de cuarzo de Westmoreland, ya citada, la cual, una vez abierta y separada de su núcleo, se convertiría en una esfera hueca. Es cierto que el cuarzo ha soportado el «dedo prohibitivo de la ciencia». Un monje que leyera a Darwin a ocultas, no pecaría más que el sabio que admitiera que el cuarzo, exceptuado por el proceso de la «ascensión y descenso», haya podido caer del cielo. Pero, oh Continuidad, el cuarzo no ha sido excomulgado entre los componentes de un meteorito bautizado: el de Santa Catalina de México. Es sin duda la distracción más epicúrea que pueda permitirse un teólogo. Fassig cita una bola de cuarzo encontrada en una piedra de granizo [200]; y hay, en el Museo de Antigüedades de Leyden, un disco de cuarzo, de seis y medio por cinco centímetros, caído en una plantación en las Indias Occidentales después de una explosión meteórica [201].

Y los ladrillos.

Tengo la impresión de lanzarme a un nuevo vicio muy particularmente recomendado a los aficionados a los pecados inéditos. Al comenzar, algunos de mis datos eran tan aterradores o bien tan ridículos que se les detestaba o se les despreciaba apenas leído. Ahora ya hay lugar para la piedad, de modo que creo poder dedicarme a los ladrillos.

La idea de la arcilla cocida era sensata, pero le faltaba distinción. Y pienso en los buques de cemento que empiezan a construirse: cuando naufraguen y les lleguen sus restos disgregados, los peces de las grandes profundidades tendrán una nueva materia para despreciar.

En Richland, Carolina del Sur, cayó un objeto gris amarillento, parecido a un fragmento de ladrillo [202]. Trozos de ladrillo cayeron en Padua, en plena granizada, en 1834 [203]. El redactor ofrecía una explicación que daba nacimiento a un nuevo consenso: dichos fragmentos de ladrillo se hablan desprendido de los tejados por la fuerza del granizo. Pero las sonrisas se cuajarán si se menciona que un dos por ciento de dichas piedras de granizo contenían un polvo gris. El padre Sechi explica también [204] que una «piedra del rayo» caída en Supino, Italia, en setiembre de 1875, se había desprendido de un techo.

[198] Proc. Roy. Soc. Edin., 3-3147.
[199] London Times 16 setiembre 1852.
[200] Bibliography, part 2-355.
[201] Notes and Queries, 2-8-92.
[202] American Journal of Science, 2-34 298.
[203] Edin. New. Phil. Jour., 19-87.
[204] Monthly Noticies of the Royal Astronomical Society, 337-365.

Cuando una «piedra del rayo» no cae en forma llameante ni se incrusta en el tronco de un árbol, es fácil para los humoristas sostener que algunos rústicos, desenterrando bajo la lluvia un hacha prehistórica, hayan creído que descendió del cielo. De hecho, rústicos muy simples descubren cada día numerosos objetos prehistóricos: arados, cerámica, cuchillos y mazas. Y ningún campesino, al encontrar un trozo de cerámica bajo la lluvia, señalará la caída de un ánfora.

Creo, por mi parte, que numerosos objetos de piedra en forma de hacha, atestiguando cierto trabajo mecánico o manual, han caído efectivamente del cielo, y que se les denomina «hachas» tan sólo para desacreditarlos ante los observadores ya que cuanto más familiar es un término más riesgo corre el objeto que designa de ser incongruente, desde el instante mismo en que es asociado a lo vasto, a lo lejano, a lo sorprendente o a lo desconocido. En *Notes and Queries* [205] un observador, hablando de una «piedra del rayo» señalada en Jamaica, la describe como un objeto cuneiforme y no como un hacha: «No presenta ninguna marca y no parece haber sido fijada a un mango», escribe. Sobre diez «piedras del rayo» que figuran en el libro de Blinkenberg, nueve no muestran signo alguno de haber sido fijadas a un mango eventual, y la décima está perforada. Un informe del doctor C. Leemans, director del Museo de Antigüedades de Leyden, referente a objetos caídos en el Japón, los señala como «cuñas». Y en un artículo del *Archeological Journal* [206] sobre las «piedras del rayo» de Java, los objetos son llamados «cuñas» y no «hachas».

Pienso que los hombres de ciencia, puesto que va de acuerdo con su intención el resistir a las tentaciones de prolijidad y de pedantería, adoptan a su vez la solución más simple. Lo cual nos sitúa entre una confusión peor a la que reina en las caídas de mantequilla, de tinta, de sangre, de papel, de yesca y de seda.

Los sabios del siglo XIX son tan melenudos que me siento partidario de un Sitting Bull cuando pienso en sus cabelleras. Una vez eliminadas todas las explicaciones de todas las creencias, voy a exponerles mi opinión personal sobre esta confusión: cualquier cabellera es susceptible, en la unidad de la totalidad, de hacerse descabellar a su vez, pero es descortés para el enemigo el llevar una peluca.

Las esferas y las piedras triangulares pueden significar un bombardeo de la Tierra, tentativas de comunicación o visitantes antiguos: exploradores lunares llevando consigo, a título de curiosidad, útiles prehistóricos antiguos, naufragando después y dejando todo su cargamento suspendido durante siglos en el Supermar de los Sargazos, hasta su liberación accidental motivada por una tempestad o por un huracán. Pese a que, por prepotencia descriptiva, rehúso admitir que las «piedras del rayo» sean hachas prehistóricas.

[205] Notes and Queries, 2-892.

[206] Archeological Journal 11-118.

Como tentativa de comunicación con la tierra, por medio de objetos cuneiformes especialmente adaptados a la penetración de vastas regiones gelatinosas que rodean la Tierra, citaré el informe de los *Proc. Roy. Irish Acad*. [207], de una caída de piedra triangular cerca de Cashel, Tipperary, el 2 de agosto de 1865. La piedra es calificada como «piramidal», y el doctor Haugton declara lo siguiente: «Un aspecto singular de esta piedra es que los bordes redondeados de la pirámide se hallan estriados en su costra negra por medio de una serie de líneas tan perfectas que parece como si hubieran sido trazadas con regla». Hay dos o tres casos, anteriores a este, de estratificación aparente en los meteoritos, aunque tal fenómeno sea negado categóricamente por los fieles.

Sospecho otra cosa, y ustedes van a saltar. Será, sin embargo, juzgado tan razonablemente como todo lo demás. Si alguien quisiera estudiar la piedra de Cashel, como Champollion estudió y analizó la piedra de Rosetta, encontraría inevitablemente la significación de estas líneas extrañas. Pero no hay nada más sutil ni más esotérico que estos caracteres grabados en una piedra, entre todas las tentativas de comunicación. Me gustaría señalar la caída de una «piedra del rayo» en alguna parte del New Hampshire, después entrar en contacto con todas las personas que vinieran a examinar esta piedra, descubrir sus afiliaciones y mantenerlos bajo vigilancia. Después señalaría otra caída, en Estocolmo por ejemplo. Los visitantes del New Hampshire: ¿serían los mismos que los de Estocolmo? Tal vez, sin pertenecer a una afiliación antropológica, lapidaria o meteorológica, ¿estarían inscritos en las filas de una sociedad secreta? De tres formas de objetos simétricos que han caído del cielo, me parece que el disco es el más sorprendente. Y he aquí un aristócrata de los condenados.

El 20 de junio de 1887 [208], en el curso de una «violenta tormenta», cayó del cielo una piedra en Tarbes, Francia. M. Sudre, profesor de la Escuela Normal de Tarbes, la describió a la Academia Francesa como de trece milímetros de diámetro, cinco milímetros de espesor, dos gramos de peso y recubierta de hielo. El objeto parecía haber sido cortado y modelado por medios casi humanos. «Se trata de un disco de piedra muy regular. Seguramente ha sido trabajado», escribió M. Sudre.

Este objeto cayó solo, en ausencia de toda tromba, y puede que ningún acontecimiento, en el transcurso del siglo XIX, lo haya superado en importancia. Fue citado en *La Nature*, 1887, y en *L'Année Scientifique*, 1887. Es citado en uno de los números de verano de *Nature,* 1887. Fassing habla de ello en el *Annuaire de Soc. Met*., 1887.

Después no se habló más de ello. Pero, por encima de toda explicación, proporcionada por mí, por la Academia de Ciencias o la Salvation Army, la caída de una piedra trabajada proveniente del cielo, en Tarbes, Francia, el 20 de junio de 1887, permanece.

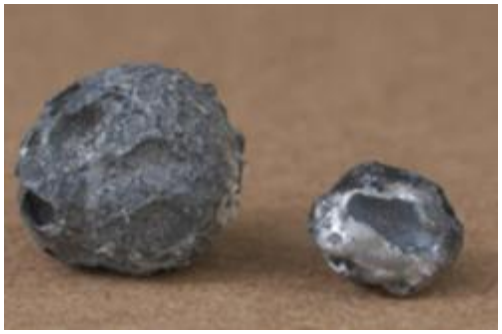
[207] Proc. Roy. Irish Acad. 9-337.

[208] Comptes rendus, 1887, 162











“Piedras de rayo” diversas y una fulgurita. Cuando los rayos impactan en un suelo desnudo formado por arena o material sedimentario poco cohesionado, logra penetrar por debajo de la superficie, formándose una estructura de material vítreo llamada fulgurita, que presenta múltiples ramificaciones, cada una de ellas de estructura tubular

9

Mi pseudoconclusión personal es: hemos sido condenados por gigantes hundidos en el sueño y por grandes principios científicos o abstracciones incapaces de realizarse: cuántas putillas nos han hecho partícipes de sus caprichos, cuántos payasos, armados de cubos de agua, y desempeñando el papel de sacar millares de enormes peces de los mismos, nos han maldecido por haberles faltado al respeto, ya que, incluso para el menor de los payasos, la bufonería subyacente responde a un deseo de ser tomado en serio. Cuántos pálidos ignorantes, sentando cátedra desde sus microscopios, en los que no pueden distinguir el *nostoc* de la carne o la freza de pez de la freza de ranas, nos han impuesto sus solemnidades sin brillo. Hemos sido condenados por cadáveres, esqueletos y momias que se sobresaltan y titubean con una pseudovida tomada a las conveniencias.

Todo no es más que hipnosis. Los malditos son aquellos que admiten el ser malditos. Si estuviéramos más próximos a lo real, seríamos razones traducidas delante de un jurado de fantasmas.

De todos los meteoritos que se hallan en los museos, hay pocos que se hayan visto caer. Si uno no puede dar cuenta de ciertos especímenes más que juzgándolos caídos del cielo, tal base de admisión se da por suficiente. Como si, en el nimbo de incertidumbre que rodea a todas las cosas, pudiera haber algo de lo que no se pudiera dar cuenta más que de una sola manera. El sabio y el teórico razonan bien de este modo: si uno no puede dar cuenta de algo más que de una sola manera, es exactamente de esta manera que hay que dar cuenta. Pienso por mi parte que la lógica, la ciencia, el arte y la religión no son, en la corriente de nuestra «existencia» más que premoniciones de un despertar que ha de venir, como la conciencia nebulosa de la realidad exterior en la mente de una persona que duerme. Todo fárrago de material que responda al tipo de la «verdadera materia meteórica» es automáticamente admitido en los museos. Puede parecer completamente increíble que los conservadores modernos se hallen aún bajo el impacto de semejante ilusión, pero supongo que la fecha que figura en la primera página de un diario no es una prueba suficiente de nuestro modernismo. Por ejemplo, leyendo el catálogo de Fletcher, me entero de que algunos de los meteoritos más conocidos fueron encontrados sondeando un terreno, «construyendo una carretera», o «puestos al descubierto por un arado». Un pescador extrajo al borde del lago Okeechobee un objeto que se había enganchado a su red. Ningún meteorito había sido señalado en los parajes, pero encontrarán el objeto en el Museo Nacional de los Estados Unidos.

Si aceptamos aunque sea un solo dato de «falsa materia meteórica», digamos un caso de sustancia carbonácea —puesto que la palabra «carbón» es impronunciable en estos medios—, veremos que, en esta inclusión-exclusión, como dentro de cualquier otro medio de formarse una opinión, la falsa inclusión y la falsa exclusión han sido regularmente practicadas por los conservadores de museos.

Hay algo patético, un sentimiento de tristeza cósmica, en esta búsqueda universal de un standard, en la convicción de que la inspiración o el análisis puedan descubrir algo más, y en la adhesión obstinada a dicha pobre ilusión mucho tiempo después de que haya cesado de existir. El único propósito de aspecto concluyente o sustancial en el que uno pudiera basarse es producto de la ignorancia, de la deshonestidad o de la fatiga. Todas las ciencias dan marcha atrás hasta el agotamiento total del procedimiento, después de lo cual vuelven hacia adelante, se convierten en dogmáticas y eligen por bases posiciones que no eran más que puntos de agotamiento. Es así como la química ha dividido y subdividido hasta llegar a los átomos, inmediatamente después de lo cual, en la inseguridad esencial a todas las pseudoconstrucciones, montó un sistema que, para toda persona lo bastante obsesionada por sus propias hipnosis como para quedar libre de las hipnosis de la química, parece algún tipo de anemia intelectual, construida sobre debilidades infinitesimales.

En *Science* [209], E. D. Hovey, del Museo Americano de Historia Natural, cree que en muchas ocasiones le han enviado bloques de caliza fosilífera o de escorias de hierro, acompañados de relatos circunstanciales de testigos oculares de su caída. Pero todos los excluye por no ser de verdadera sustancia meteórica, atribuyéndolos a las sempiternas coincidencias. La lista de estos bloques, explica, podría extenderse hasta el infinito (perspectiva fascinante en grado sumo)… pero «la cosa no merece la pena».

Me gustaría saber cuáles son las cosas extrañas, condenadas, excomulgadas, que se remiten a las direcciones de los museos por personas lo bastante seguras del testimonio de sus ojos como para afrontar el ridículo, acondicionar los paquetes, hacer cola en las oficinas de Correos y escribir cartas certificadas. Propongo que, sobre la puerta de cada museo donde entran tantos de estos objetos, se grabe en letras llameantes: «Abandonad toda Esperanza».

En *Comptes rendus* [210], M. Daubrée cuenta una historia muy semejante sobre los objetos condenados que se expiden regularmente a los museos franceses, acompañados de detallados testimonios. Menciona muy especialmente el carbón y la escoria de hierro. Todos son excluidos, cadáveres anónimos en los depósitos de cadáveres anónimos de la Ciencia.

Creo que la caída del exclusionismo será el fenómeno determinante del siglo XX. Pero me encuentro coartado en mi expresión, por la unidad de la apariencia, a los mismos métodos mediante los cuales la ortodoxia ha establecido y mantenido su contrasentido blando y meloso. Al menos, aunque inspirado por esta esencia sutil e imponderable que envuelve al siglo XX, no tengo la ilusión de ofrecer a mis lectores un solo hecho positivo, ni de ser menos crédulo o supersticioso que cualquier salvaje lógico, conservador o rústico.

[209] Science, n. s. 31-298

[210] Comptes rendus, 91-197.

Una explicación totalmente ortodoxa, en cuyos términos expondría ciertas herejías, quiere que, si todo objeto hallado dentro del carbón no ha podido penetrar más que cayendo en él, ha debido efectivamente caer en él. Así, es el *Manchester Lit. and Phil. Soc. Mens* [211], puede sostenerse que algunas piedras redondeadas encontradas en una mina de carbón sean «aerolitos fósiles» caídos del cielo muchos siglos antes, cuando el carbón era quebradizo y sobre los cuales debió de cerrarse, puesto que no se encontró en él la menor huella de penetración. Se ha encontrado en una mina de Escocia un instrumento de hierro dentro de un bloque de carbón «a dos metros diez centímetros por debajo de la superficie» [212]. Y si se acepta el hecho de que este objeto de hierro es de una factura muy superior a los medios y a la habilidad de los hombres primitivos que vivían en Escocia en el momento en que el carbón estaba en formación, ya que «el instrumento tenía un aire moderno», mi expresión está mucho más próxima de lo real que la de los sabios, que suponen a alguien de nuestro tiempo hundiendo su instrumento en el carbón. No veo, en efecto, por qué razón tuvo que abandonar nadie su útil en una materia tan fácilmente accesible. Y de todos modos el bloque de carbón no presentaba la menor huella de penetración, puesto que el instrumento no fue descubierto más que después de romper la masa.

Otra alternativa posible: el objeto pudo no caer del cielo ni ser fabricado en la época de la formación del carbón por los nativos de Escocia, sino ser abandonado por algún visitante extraterrestre.

Como contrapartida a mi supuesto interés en establecer que no hay nada que pueda ser probado que no apoye mis teorías, anotaré aun lo que sigue, en un enfoque inédito de justicia y de imparcialidad:

Según *Notes and Queries* [213], se ha encontrado hundido en el yeso a una profundidad de dos metros, cerca de Bredenstone, en Inglaterra, un antiguo sello de cobre, del tamaño de un penique, representando a un monje arrodillado ante una Virgen con el Niño y llevando la mención: «St. Jordanis Monachi Spaldingie», detalle que me parece a la vez muy deseable y muy indeseable.

Hay también un dato muy apolillado en el *Scientific American* [214], que voy a condenar, puesto que, en la unidad de la totalidad, todos los condenados deben condenarse a su vez. El 1º de junio de 1851, una potente explosión cerca de Dorchester, Massachussets, puso al descubierto una jarra incrustada en la roca. Era una extraña jarra, en forma de campana, de una materia indefinible, adornada con motivos florales incrustados en plata. «La obra de un artesano genial», dijo el informe. El redactor del *Scientific American* expuso la opinión de que la jarra había sido esculpida por Tubal Cain, el primer habitante de Dorchester. Temo que dicha tesis encierre cierta dosis de arbitrariedad.

[211] Manchester Lit. and Phil. Soc. Mens., 2-9-306.

[212] Proc. Soc. of Antiq. of Scotland, 1-1-121.

[213] Notes and Queries, 11-1-408.

[214] Scientific American, 7-298.

Un bloque de metal [215] encontrado dentro de una masa de carbón, en Austria, alrededor de 1855, se halla expuesta en el Museo de Salzburgo.

La Ciencia ha tomado por *standard* de admisión «la verdadera materia meteórica», pero voy a citar un ejemplo que hace de esta materia un standard de exclusión. Se trata de un objeto geométrico esculpido, descubierto en un depósito de carbón terciario y compuesto de hierro, carbono y una pequeña cantidad de níquel [216]. Aunque geométrico, poseía la superficie escoriada que es característica de los meteoritos de buena familia. Y los sabios que lo examinaron no pudieron, con todo, llegar a ponerse de acuerdo y sugirieron un compromiso. O bien el objeto era verdadera sustancia meteórica y no era obra del hombre, o bien no era verdadera sustancia meteórica sino materia telúrica trabajada por el hombre, o bien se trataba de verdadera sustancia meteórica trabajada por el hombre después de su caída. Los datos definitivos, de los cuales varios han sido omitidos por cada una de las tres tesis, son los siguientes: «Verdadera materia meteórica» y superficie característica de los meteoritos; forma geométrica; presencia del cuerpo en un depósito antiguo; durabilidad de la materia; ausencia en la tierra en la era terciaria de hombres capaces de trabajar una materia virtualmente identificada con el acero. En *Science Gossip* [217], el objeto es descrito como un meteorito; pero para no alarmar a los píos, su forma geométrica no es mencionada. Se trata de un cubo, circundado por una profunda incisión, y cuyas dos caras opuestas están redondeadas. San Agustín con toda su ortodoxia, no se encontró en tan delicada postura como los especialistas de la cuestión. Aun olvidando yo mismo un par de datos, me vería conducido a creer que se trata de un objeto caído a la Tierra en la era terciaria; pero sólo ofrezco esta sugestión en el estado de expresión sintética, vista la amplitud de sus inclusiones y puesto que representa, dentro de las cuatro tentativas, la síntesis más completa. El único elemento posible de multiplicación sería que este objeto fuera una masa de pirita de hierro, que se forma a veces geométricamente: en cuyo caso el análisis químico mencionaría la presencia de azufre.

Según el *London Times* [218]: En una cantera de piedra cerca de la Tweed, a unos cuatrocientos metros por debajo de Rutherford Mills, unos obreros descubrieron un hilo de oro incrustado en la roca, a tres metros de profundidad. Hermoso detalle, algo apolillado, pero más bien condenable.

Cuando Hiram de Witt [219], de Springfield, Massachussets, regresa de California, trae consigo un fragmento de cuarzo aurífero grande como un puño de hombre. Al dejarlo caer, lo rompe en dos y encuentra en su interior un clavo de metal ligeramente oxidado «absolutamente recto y dotado de una cabeza perfecta».

[215] Nature, 35-36.
[216] Comptes rendus, 103-702.
[217] Science Gossip, 1887-58.
[218] London Times del 22 de junio de 1884.
[219] London Times, 24 diciembre 1851

En California, hace algunos siglos, en el momento en que se formaba el cuarzo aurífero: un supercarpintero, a millones de kilómetros en el espacio, deja caer un clavo.

Para cualquiera que no sea intermediarista, le parecerá curioso que este dato periodístico, condenado, de baja extracción, pueda coincidir con una maldición dictada únicamente por el olvido, y apoyada por lo que se denomina «las más altas autoridades científicas»: Sir David Brewster comunica [220] que, en la cantera de Kingoodie, al norte de Inglaterra, fue hallado un clavo en un bloque de piedra de tres metros de espesor. Se trabajaba en esta cantera desde hacía veinte años, pasando de una a otra capa de roca sólida, y el clavo se hallaba a caballo entre dos capas distintas, aunque encerrado en un solo y único bloque. He aquí un buen condenado: uno creería en un brahmán visto por un anabaptista.

En cuanto a la multiplicidad de tales datos, atestigua tanto contra la ortodoxia como contra mi propia expresión, según la cual la inclusión en el cuarzo o el gres sería una prueba de antigüedad. No les queda, pues, a los ortodoxos y a los heréticos reunidos más que argüir su origen puramente periodístico.

Según el *Carson Appeal* [221], en una mina de cristales de cuarzo que no habrían podido formarse más que durante los quince últimos años, al derribar un molino y excavar a partir de sus cimientos, se habría descubierto, en un bloque de gres endurecido después de doce años, un fragmento de madera «atravesado por un clavo».

Y terminaré con un brahmán, enterrado en el corazón mismo de la decencia puesto que figura en el Museo Británico.

En 1853 [222], después de la reunión de la Asociacion Británica, sir David Brewster anunció solemnemente que debía someter a sus colegas «un objeto de una naturaleza tan increíble que solo la más sólida evidencia podía dar a aquella declaración una apariencia de probabilidad»: se acababa de encontrar una lente de cristal en la cámara del tesoro de Nínive.

En muchos templos y tesoros de las civilizaciones antiguas se conservaban religiosamente todos los objetos caídos del cielo o los meteoritos. Carpenter, que en *The Microscope and its Revelations*, nos da dos reproducciones de ella, juzga imposible que los Antiguos hubieran podido fabricar una lente óptica. Quiere ver en ella un ornamento. Pero Brewster insiste en que se trata de «una verdadera lente óptica».

A millones de kilómetros en el espacio, alguien despliega un telescopio y la lente se desprende.

[220] Rept. Brit. Assoc., 1845-51

[221] Prop. Sci. News, 1884-41.

[222] Annals of Scientific Discovery, 1853-71.

Es innegable en este caso tan preciso que, en las ruinas de una antiquísima civilización, se ha encontrado un objeto maldito, que no puede ser aceptablemente un producto de las antiguas civilizaciones aborígenes de esta Tierra.



En el pueblo de Londres en Texas, para ser más exactos. Una familia descubrió en los años de 1930 una roca con un palo de madera incrustado. Al investigar sobre ello, los expertos descubrieron un martillo introducido en una roca procedente del Cretácico.



10

Los primeros exploradores confundían la Florida con Terranova.

Y la confusión era aún mayor antes, puesto que todos los primeros exploradores no creían que existiera hacia el oriente más que una sola y única tierra: las Indias. No creo que tantos objetos nos lleguen de un solo mundo exterior, como me figuraba al principio de mi empresa, puesto que todo entendimiento comienza por la ilusión de la homogeneidad. Spencer lo ha probado suficientemente: vemos la homogeneidad en todas las cosas distantes o que nos son poco familiares. La progresión de lo relativamente homogéneo a lo relativamente heterogéneo es típica de la filosofía spenceriana, aunque Spencer lo haya tomado de von Baer, el cual a su vez lo tomó de la precedente especulación evolucionista. Pienso, por mi parte, que todo reacciona anticipadamente a lo homogéneo, intentando localizar la homogeneidad, la cual es un aspecto de lo Universal como un aspecto de la positividad, pero creo que la infinita frustración de toda tentativa de positividad se manifiesta con la heterogeneidad infinita. De modo que todas las cosas tienen ocasión de intentar localizar la homogeneidad, terminando con una heterogeneidad tan grande que equivale a la dispersión infinita y a la indiscernibilidad.

Todo concepto es, pues, una pequeña tentativa de positividad, la cual debe ceder, más pronto o más tarde, a los compromisos, a las modificaciones, a la nulificación, y fundirse en lo indiscernible A menos que de una a otra época, en la historia universal, surja un superdogmatismo que, durante un intervalo infinitesimal, pueda oponerse a la heterogeneidad, a la modificación, a la duda o a «la voz de la razón», en cuyo caso es transferido rápidamente a la gloria o al Positivo Absoluto.

Es curioso que Spencer no haya reconocido jamás que «la homogeneidad», «la integración» y «la exactitud» definieran un mismo estado, este mismo estado que yo denomino positividad. Fue un gran error por su parte, a mi modo de ver, el considerar la homogeneidad como un valor negativo.

He comenzado por concebir otro mundo en el que objetos y sustancias caían a la Tierra, un mundo que tuvo o puede tener aún un interés muy tutelar por las cosas terrestres. Después, he modificado esta concepción hasta la de otro mundo que hubiera intentado, desde hacía siglos, comunicar con una secta, tal vez una sociedad secreta, o algunos habitantes muy esotéricos de esta Tierra.

Como he afirmado antes, soy inteligente y así contrasto fuertemente con los ortodoxos. No siento el aristocrático desdén de un conservador neoyorkino o de un brujo esquimal. Y debo esforzarme en concebir una multitud de mundos, unos de proporciones lunares, otros aún más vastos, regiones aéreas enormes y amorfas a las cuales los términos de «mundos» y de «planetas» parecen inaplicables. Y construcciones artificiales que denomino «superconstrucciones», de las cuales una me parece, al primer punto de vista, tan importante como el puente de Brooklyn.

Finalmente, varios objetos en forma de rueda y cubriendo fácilmente algunos centenares de hectáreas.

Estoy persuadido de que, recorriendo este libro, ustedes han debido sentirse tentados, al ver la expresión de mis demenciales teorías, a expresar su indignación, su empacho en estos términos: si esto fuera así, los astrónomos se hubieran percatado desde hace mucho tiempo de estos otros mundos, de estas regiones amorfas, de estas vastas construcciones geométricas. Pero ustedes se habrán contenido muy cortésmente, esperando aprender más cosas.

Además, toda tentativa de interrupción no haría más que poner freno a lo insaciable. En la puntuación cósmica no existe el punto final. La ilusión del punto final reside en la visión incompleta de las columnas y de las semicolumnas.

Tal noción de sabiduría astronómica no debe detenernos en ningún caso. Ya que mi prolongada experiencia de la supresión y de la diferencia me da a pensar, incluso antes de entrar en el tema, que los astrónomos han visto estos mundos, que los meteorólogos, que los sabios, que los observadores especializados los han percibido en multitud de ocasiones. Pero que el Sistema ha excluido todos los datos.

En cuanto a la Ley de la Gravitación, en cuanto a las fórmulas de los astrónomos, recuerden que no han cambiado desde Laplace. Y Laplace conocía aproximadamente treinta cuerpos en todo el sistema solar, mientras que actualmente conocemos más de seiscientos. De modo que entre los centenares de cuerpos que nos son desconocidos hay ciertamente un modesto lugar para los míos. ¿Qué son los descubrimientos de la geología y de la biología para un teólogo? Se las arreglan como si en el mundo no existieran en absoluto.

Si la Ley de la Gravitación pudiera ser enunciada como un propósito real, podría oponer una resistencia real. Pero no dice nada, salvo que la gravitación es la gravitación. De acuerdo: para un intermediarista nada puede ser definido salvo en términos de sí mismo, pero los ortodoxos, en lo que me parece ser una premonición innata, no fundada sobre una experiencia de la realidad, reconocen por su parte que la definición de una cosa en términos de sí misma no es una verdadera definición. Se dice que la gravitación significa la atracción de todas las cosas proporcionalmente a su masa e inversamente al cuadrado de su distancia. La masa significaría la interatracción que une puntualmente las partículas finales, si es que existen. Y hasta el descubrimiento de estas partículas finales, un solo término sobrevive de esta expresión: masa igual a atracción. Pero la distancia no es más que una extensión de la masa, a menos que admitamos el vacío absoluto entre los planetas, posición fácilmente refutable por una multitud de datos. Y sin embargo, no existe medio de expresar que la gravitación sea otra cosa distinta a la atracción. De modo que uno no puede resistir a este fantasma de definición: la gravitación es la gravitación de todas las gravitaciones proporcionalmente a la gravitación e inversamente al cuadrado de la gravitación. No puede decirse nada mejor sobre este tema de la cuasi-existencia, pero de todos modos podría haber en esto mayores aproximaciones a la verosimilitud.

Es cierto que los doctores Grays y los profesores Hitchcocks han alterado nuestra confianza en relación a lo indiscernible. En cuanto a la perfección de este Sistema, en cuanto a la infalibilidad de su matemática —suponiendo que pueda existir una verdadera matemática en un mundo aparente en el que dos veces dos no hacen cuatro —, nos dejan anonadados sin cesar con su triunfo, desde el descubrimiento de Neptuno.

Tengo en este momento miedo de reincidir: presentándome por primera vez humildemente, admitiendo mi pertenencia a la cohorte de los condenados, no puedo contener un fruncimiento de cejas, aunque tan sólo sea un cuarto de segundo, cuando oigo hablar del «triunfal descubrimiento de Neptuno», este «logro monumental de la astrónoma teórica», como lo titulan los libros de texto. Los libros de texto omiten un solo detalle: el que la órbita de Neptuno coincide tan poco con los cálculos de Adams y de Leverrier que Leverrier no reconoció en él al planeta de sus cálculos. Después, se consideró prudente guardar silencio. Y los libros de texto omiten también este detalle: que en 1846 cualquiera que sabía hacer la diferencia entre un seno y un coseno senaba y cosenaba en búsqueda de un planeta más allá de Urano. Dos de entre ellos adivinaron exactamente. Algunos juzgaron severo el verbo «adivinar», pese a que Leverrier rechaza a Neptuno, pero según el profesor Peirce, de Harvard, los cálculos de Adams y de Leverrier hubieran podido aplicarse igualmente a posiciones distantes en varios grados de la de Neptuno. El profesor Peirce, de hecho, ha demostrado rigurosamente que el descubrimiento de Neptuno fue un «feliz accidente» [223].

O los cometas: otra nebulosa resistencia a mis nociones. Como con los eclipses, de algunos de los cuales poseo notas de que no se produjeron a la hora fijada, sino tal vez con diferencias de sólo algunos segundos. Incluso poseo entre ellos un alma perdida, huida entre los registros ultra respetables de la Real Sociedad Astronómica, sobre un eclipse que *no se produjo*, delicioso instrumento de perdición del que no dejaré de servirme muy fogosamente a su hora.

En toda la historia de la astronomía, se recuerda que cada cometa se ha presentado rigurosamente a su hora. Pese a que no haya nada más obtuso que una predicción sobre la periodicidad de las recogidas del correo, este hecho indiscutido fue objeto de una publicidad considerable. Los cartománticos no se crean una clientela por medios demasiado distintos. Se despreciaron o bien se explicaron las irregularidades de algunos cometas: el cometa de Encke, por ejemplo, que disminuye cada vez más su velocidad, fue explicado por los astrónomos. Pueden estar completamente seguros de que lo explicaron: establecieron, formularon, «probaron», por qué este cometa llevaba un retraso cada vez mayor sobre su horario… hasta el día en que el condenado empezó a volver cada vez más aprisa.

Y el cometa de Halley.

La Astronomía… «O la ciencia perfecta, como nosotros, los astrónomos, nos complacemos en denominarla» (Jacoby).

[223] Proc. Amer. Acad. Sc., 1-65. Para referencias, véase también Evolution of Worlds, de Lowell.

Si, en una existencia real, un astrónomo se equivocara de longitud, lo enviaría al purgatorio hasta que reconociese su error.

Halley fue enviado hasta el Cabo de Buena Esperanza para determinar la longitud de su cometa. Se equivocó en varios grados e infligió al noble promontorio romano de África una afrenta capaz de romper el orgullo del más orgulloso de los cafres.

Se nos habla eternamente del cometa de Halley. Quizá regrese. ¿Pero qué ocurrió con las Leónidas? Por los mismos métodos de adivinación se había predicho el paso de las Leónidas, pero, en noviembre de 1898, las Leónidas se hicieron de rogar. El fenómeno fue explicado: habían sido desviados de su marcha, pero regresarían en noviembre de 1899. En noviembre de 1899, en noviembre de 1900, las Leónidas no aparecieron…

La exactitud astronómica: todo el mundo sería un adivino de categoría si no se registraran más que los datos exactos.

En cuanto al cometa de Halley, en 1910, todo el mundo pretende haberlo visto, está dispuesto a perjurar con tal de no ser acusado de desinteresarse de los grandes acontecimientos.

Consideren esto: no hay un solo momento en el que un cometa no atraviese el cielo. No hay virtualmente ningún año en el que no sean descubiertos varios cometas, por abundantes que sean. Pulgas luminosas en un vasto perro negro. La gente no llega a imaginarse hasta qué punto está el sistema solar repleto de pulgas.

Si un cometa no tiene la órbita que habían calculado los astrónomos, es que ha sufrido una perturbación. Si otro cometa, como el de Halley, llega retrasado, aunque sea de un año, ha sufrido una perturbación, pero cuando un cometa lleva un año de retraso no reclamamos ninguna explicación. Los astrónomos no abusan de nosotros, nos recompensan. Ya que los sacerdotes no actúan en relación suficiente con la Perfección, la Infalibilidad o el Positivo Absoluto, los astrónomos ocupan su puesto con sus fantasmas de datos, pero con una mayor aproximación de sustancialidad de la que tenían las atenuaciones de sus predecesores. Los astrónomos nos son necesarios, ya que sin ellos todos sus errores, todos sus tanteos, todas sus evasiones no serían tolerados: ellos no se arriesgan nunca, qué diablos, a equivocarse desastrosamente.

Supongamos que el cometa de Halley no hubiera reaparecido. A principios de 1910, un cometa, mucho más importante que la anémica luminosidad de Halley, apareció en el cielo. Brillaba tan intensamente que se lo podía ver en pleno día. Los astrónomos se hubieran sentido salvados. Si este otro cometa no hubiera seguido la órbita decretada, se le hubiera inventado una perturbación. Si ustedes fueran al borde del mar y predijeran el descubrimiento en la playa de un cierto tipo de guijarro, no se arriesgarían a ridiculizarse mucho puesto que otro guijarro podría, en todo caso, sacarles de apuros. Y la débil cosa apercibida en el cielo en 1910 estaba tan poco de

acuerdo con las sensacionales descripciones divulgadas por anticipado por los astrónomos como un pálido guijarro a una roca de color rojo vivo.

Yo predigo, por ejemplo, que el miércoles próximo un musculoso chino en traje de etiqueta atravesará Broadway por la calle 42, a las nueve de la noche. En lugar de esto, un japonés tuberculoso, en uniforme de marino, atraviesa Broadway al mediodía por la calle 35. A este respecto, un japonés es un chino que ha sufrido una perturbación, y un vestido vale lo que otro.

Recuerdo aún las terroríficas predicciones, hechas por unos astrónomos tan honrados como crédulos, hipnotizándose a sí mismos para creer mejor en la hipnosis, de lo que debía ocurrir el año 1909. Toda vida humana sería aniquilada del planeta, y hubo a raíz de ello un aluvión de testamentos. La cuasi-existencia, que es de esencia Hiberniana, no se opone a los testamentos. Pero los menos alocados de entre nosotros esperaban, al menos, unos fuegos artificiales.

Seamos justos: en Nueva York, hubo una luz en el cielo. Casi tan terrorífica como el chisporroteo de una cerilla sobre un fondo negro a dos kilómetros de distancia. Y se me dijo que una ligera nebulosidad, que no vi por mí mismo, ¡oh, falta de atención!, apareció varios días más tarde. Tomen ustedes un grupo de imbéciles y levanten el dedo hacia el cielo: muy pronto parecerán una jauría de perros pachones hipnotizados por una perdiz. El resultado: todo el mundo jura por sus grandes dioses haber visto, con sus propios ojos, el cometa de Halley. Un espectáculo grandioso, amigos.

Sobre todo no vayan a creer que yo quiero desacreditar a los astrónomos para vengarme de su oposición. En el infierno de los anabaptistas, yo sería de casta brahmán. Pero casi todos los condenados de mi procesión son reclutados entre las observaciones de astrónomos profesionales. Es el Sistema quien suprime a los astrónomos. Compadezco a estos desgraciados en su cautividad, escrutando el cielo desde lo alto de la torre que los aprisiona.

Como he dicho, no creo ya en un solo mundo exterior. Soy como el salvaje en su isla perdida, que no pensaría en un solo continente, sino en un complejo de continentes, en una multitud de ciudades, de fábricas y de medios de comunicación.

Todos los demás salvajes, viendo pasar algunos barcos a lo largo de su isla, con una apariencia de periodicidad, tenderían a expresar su positivismo universal, a creer que estos barcos constituyen un todo. Pero él, al ser algo retrasado y poco imaginativo, permanecería insensible a los ideales de la comunidad, no se ocuparía piadosamente, como los demás, en prosternarse a los pies de impresionantes pedazos de madera. Consagraría su tiempo a deshonestas especulaciones, dejando a sus compatriotas que se dedicaran a su caza de brujos.

Pero sus amigos, conociendo instintivamente el calendario de las líneas marítimas, saben exactamente en qué momento pasarán o se eclipsarán mutuamente los barcos. Redoblarán las explicaciones. Es suficiente leer un solo libro sobre los salvajes para conocer su seguridad de explicación. Explicarán que todo este

mecanismo reposa en la mutua atracción de los barcos, deducida de la caída de un mono desde lo alto de su palmera, o aún que los demonios empujan a los navíos. Se levantará una tempestad, arrojará sobre la isla los restos de un naufragio, que serán despreciados. No se puede pensar en dos cosas a la vez.

Me hallo en el mismo estado de espíritu que el salvaje que encontrara un día en una playa los restos de un piano de cola, una pañería de la India y un abrigo de pieles de Rusia. Toda la Ciencia consiste en aproximaciones cada vez más amplias, en concebir las Indias en los términos de un islote del Pacífico y Rusia en los términos de esta explicación de las Indias. El idealista superior sería un positivista que intentara localizar lo universal de acuerdo con el diseño cósmico. El superdogmatismo sería el salvaje que sostuviera sin la menor sombra de duda que un piano de cola es un tronco de palmera en el que un tiburón había dejado la huella de sus dientes. Y temo mucho por el alma del doctor Gray, debido a que haya consagrado toda su existencia al único principio de los miles de peces cayendo de un único cubo de agua.

Por tal motivo, si la salvación es deseable, me esfuerzo en concebir el mundo como ancho pero amorfo, indefinido y heterogéneo. Si considero a otro mundo comunicándose en el mayor secreto con algunos habitantes muy esotéricos de nuestra Tierra, me será necesario considerar también otros mundos intentando comunicar con todos los habitantes de nuestra Tierra, después vastas estructuras costeándonos a kilómetros de distancia, sin el menor deseo de ponerse en contacto con nosotros, como buques de cabotaje cruzando de isla en isla sin hacer su elección. Después creo que tengo también datos sobre una vasta construcción, que ha llegado numerosas veces a hacernos una visita subrepticia, hundiéndose en el océano y permaneciendo sumergida, después volviendo a partir hacia lo desconocido. ¿Cómo explicaría un esquimal a un navío venido a aprovisionarse de carbón (que abunda en las playas árticas, pero cuya existencia desconocen los nativos) y volviendo a partir sin intentar la menor tentativa diplomática?

Resultará difícil a mucha gente admitir que nosotros podamos no ser interesantes.

Admito que se nos ha esquivado, probablemente por razones morales. Pero la noción de los visitantes extraterrestres en China, durante lo que nosotros llamamos el período histórico, no será más que moderadamente absurda cuando la abordemos.

Admito que varios de estos otros mundos puedan poseer condiciones de vida análogas a las del nuestro, pero creo que algunos son tan diferentes que sus emisarios no podrían vivir entre nosotros sin medios artificiales de adaptación. ¿Cómo podrían respirar nuestro aire atenuado los visitantes venidos de una atmósfera gelatinosa?

Quizá con máscaras. Como aquellas que se han encontrado en los antiguos depósitos. Algunas eran de piedra, y son atribuidas a un atavío ceremonial de las poblaciones salvajes. Pero la máscara encontrada en 1879 en Sullivan Country, Missouri… [224]… ¡Era de hierro y plata!

[224] American Antiquarian, 3-336

11

He aquí, sin duda, uno de los datos más malditos de toda nuestra saturnal de condenados.

Ya que resulta vano querer abolir una excomunión cualquiera, suponiendo que nos condenamos por nosotros mismos, y que los condenados son aquellos que admiten su propia condenación. La inercia y la hipnosis triunfan sobre nosotros. Lo verificamos, pero admitimos nuestra pertenencia a la cohorte de los condenados. De hecho, solamente siendo más reales podremos barrer los cuasi-obstáculos que nos hacen frente.

En el *Scientific American* [225], Charles E. Holder escribe: «Hace varios años, una extraña piedra, parecida en gran manera a un meteorito, cayó en el valle de Yaqui, México, y la sensacional historia corrió de un lado a otro del país: una piedra llevando inscripciones humanas había caído a la tierra». La observación más sorprendente en estas circunstancias es que Mr. Holder afirma la caída de la piedra. Quiso decir, sin duda, que había caído por dislocación desde lo alto de una montaña al fondo de un valle. Pero veremos que la piedra llevaba marcas tan singulares que es inverosímil suponer la ignorancia de los nativos si se hubiera hallado en sus montañas.

La piedra fue señalada por el mayor Frederick Burnham, de la Armada británica. Inmediatamente, Mr. Holder lo acompañó al lugar con objeto de descifrar, dentro de lo posible, las inscripciones. Holder declaró reconocer en ellas símbolos mayas familiares. Uno de los pseudo-principios intermediaristas es que toda manera de demostrar algo sirve igualmente para demostrar otra cosa. Por el método de Holder, yo podría demostrar que soy maya… suponiendo que me lo proponga. Uno de los caracteres que figuran en la piedra es un círculo, inscrito en el interior de otro círculo: Mr. Holder descubrió el mismo carácter en un manuscrito maya. Hay dos seis: el seis figura en el mismo manuscrito. Hay una doble espiral, puntos y varias líneas. Holder selecciona lo que le conviene y elimina el resto. A mi vez, quiero también eliminar el círculo inscrito y la doble espiral. Hay un buen número de seis en el presente libro, una gran cantidad de puntos, entre otros sobre las «i», y suficientes líneas como para hacer de mí un maya auténtico. Si el lector sospecha que estoy burlándome de un valioso experto arqueólogo, hará bien en leer el texto de Holder: «He sometido todas mis fotografías —declara— al Field Museum, al Instituto Smithsoniano y a varios museos. Ante mi gran sorpresa, me han respondido que las inscripciones les parecían totalmente inidentificables».

Un tal Charles C. Jones encontró, en Georgia, dos cruces de plata preciosamente adornadas, pero poco convencionales, puesto que cada brazo tenía la misma longitud [226]. Mr. Jones, buen positivista, descubrió que el explorador De Soto había hecho un alto en el lugar «preciso» donde fueron descubiertas las cruces. Pero

[225] Scientific American del 10 de septiembre de 1910.

[226] Rept. Smithson. Inst., 1881-619.

el espíritu de negatividad que anima a todos los hechos «precisos» se manifestaba en una inscripción, hecha sobre una de las dos cruces y desprovista de todo significado español o simplemente terrestre: IYNKICIDU, descifra Jones, que cree ver en ello un nombre, y que piensa, sin duda, en los antiguos incas de los tiempos de la conquista. Pero, examinando por mí mismo la inscripción, he comprobado que las letras identificadas como C y D están grabadas al revés, y que la letra llamada K está al revés y cabeza abajo.

Es difícil concebir que las inmensas y complejas minas de cobre del Lago Superior hayan sido obra de los nativos de América. Pese a la excepcional extensión de estas excavaciones, nunca se ha encontrado en la región un solo signo de habitación permanente: ni una cabaña, ni un esqueleto, ni un solo hueso. Además, los indios no poseen la menor tradición minera [227]. Creo más bien que hemos tenido visitantes, llegados a buscar nuestro cobre, por ejemplo. Y hay otras reliquias de su paso.

En julio de 1871 [228], Mr. Jacob Moffit, de Chillicothe, Illinois, envió a las autoridades científicas de su tiempo la fotografía de una pieza de moneda que había desenterrado a una profundidad de treinta y seis metros. Si se juzga por los *standards* científicos convencionales, tal profundidad parece extraordinaria. Los paleontólogos, los geólogos y los arqueólogos se juzgan razonables en cada uno de sus debates sobre la antigüedad de una sepultura. Pero la muerte no es más que un falso standard, un temblor de tierra puede enterrar a treinta y seis metros de la superficie una pieza contemporánea.

Según un observador, la pieza es de un espesor muy uniforme, y no es producto de un martillo primitivo: «Huele a taller». Pero, de creer al profesor Leslie, es un amuleto astrológico. «Lleva la marca de Piscis y Leo». Con la misma pizca de buena voluntad, se puede encontrar la marca de su tatarabuelo, la de los cruzados o la de los mayas, en todo lo que sale de Chillicothe o de una subasta pública. Todo lo que se parece a un gato o a un pez rojo recuerda al León o a Piscis. Añadiré además que, por virtud de algunas distorsiones o supresiones, no hay nada que no se pueda parecer a un gato o a un pez rojo.

Temo perder aquí algo de mi paciencia. Ser condenado por Gigantes adormecidos, interesantes putillas y estimables payasos, no hiere en nada mi poca vanidad. Pero los arqueólogos representan los bajos fondos de lo divino, un arcaico parvulario del intelecto, y es irritante ver que una cohorte de bebés polvorientos pretenden imponernos su juicio.

El profesor Leslie descubre entonces, con la misma voluntad arbitraria que vería en el puente de Brooklyn el resultado de una broma de colegial, que «la pieza es el resultado de una mixtificación, de la cual es inocente su propietario actual. Se trata de una fabricación relativamente moderna, que data tal vez del siglo XVI, probablemente de origen hispano o franco-americano». Por supuesto, el profesor

[227] Amer. Antiquarian, 26-258

[228] Proc. Americ. Phil. Soc., 12-224.

Leslie desprecia el hecho de que no hay nada francés o español en la famosa pieza. La leyenda, precisa, se sitúa «entre lo árabe y lo fenicio, sin ser ni de uno ni de otro». El profesor Winchell, que la examinó, dice en *Sparks from a Geologist's Hammer* [229], al respecto de estos motivos rudimentarios (formas de un animal o de un guerrero o de un gato y de un pez rojo, según las preferencias), que no han sido ni cinceladas ni grabadas, sino más bien «como atacadas por un ácido». Semejante método es desconocido en la numismática y en toda la superficie del planeta.

Si consideramos que en los Estados Unidos se han descubierto inscripciones de antiguo origen que no pueden ser atribuidas a ninguna raza aborigen del hemisferio occidental, y que reproducen una lengua desconocida en todo el hemisferio oriental, no nos queda más remedio que hacernos no-euclidianos e intentar concebir un tercer «hemisferio», o aun concebir que han existido relaciones entre el hemisferio occidental y otro mundo.

Dichas inscripciones me hacen pensar en los archivos enterrados por sir John Franklin en pleno corazón del Ártico, pero también en las tentativas de las expediciones de socorro por comunicar con él. Los exploradores perdidos habían disimulado sus libros de a bordo en túmulos bien camuflados. Las expediciones de socorro habían dejado en pequeños balones un buen número de mensajes. Nuestros datos pertenecen a lo que se disimula y a lo que se deja.

Una Expedición Perdida, viniendo de Alguna Parte.

Exploradores inmovilizados, incapaces de reintegrarse a su Universo e intentado, con una perseverancia muy sentimental, establecer algo parecido a una comunicación. Y tal vez consiguiéndolo.

En 1838, Mr. A. B. Tomlinson, propietario del gran túmulo de Grave Creek, en Virginia occidental, hizo realizar excavaciones. En presencia de testigos, exhumó una pequeña piedra plana y oval, un disco recubierto de caracteres alfabéticos grabados. El coronel Whittelsey, experto en la materia, declaró que la piedra era un fraude manifiesto. Avebury, en *Prehistoric Times* [230], remató: «Esta piedra ha sido objeto de numerosas discusiones, pero se la considera actualmente como una pura superchería. Está cubierta de caracteres hebreos, pero el falsificador ha copiado el alfabeto moderno y no el antiguo». Cuando demos la vuelta a nuestras respectivas posiciones, reservaremos el mejor lugar a los antropólogos. La piedra pertenece a la clase de fenómenos que el Sistema repudia. No quiere ser asimilada por el Sistema. Y es por ello que varios filólogos se pronunciaron como arqueólogos. Puesto que no es la piedra de Grave Creek la que lleva encima caracteres hebreos antiguos o modernos, sino una piedra de Newark, en Ohio, célebre por el espectacular error de su desgraciado fabricante. Como vamos a ver, la inscripción de Grave Creek no era hebrea. Lo cual prueba que todas las cosas son presumidas como inocentes, pero supuestas como culpables… a menos que sean forzadas a la confrontación.

[229] Sparks from a Geologist's Hammer, p. 170.

[230] Prehistoric Times, p. 271

El coronel Whittelsey [231] recuerda que la impostura del disco de Grave Creek fue establecida por Wilson, Squires y Davis. Pero, cuando acude al Congreso Arqueológico de Nancy, Francia, en 1875, se ve obligado a admitir visiblemente que esta reunión, aparentemente importante, autentificó la piedra. El propietario del objeto, declara tortuosamente, «impuso su punto de vista» al Congreso. A continuación, Schoolcraft examinó la piedra y se pronunció en favor de su autenticidad.

Este fenómeno de balanza es muy clásico: por un lado, tres o cuatro grandes expertos se pronuncian contra la piedra. Por el otro, cuatro o cinco expertos rollizos le otorgan su confianza. Y lo que nosotros denominamos lógica y razón no es más que una cuestión de pareceres. Los rollizos expertos que se proclamaron en favor del disco intentaron traducir la inscripción. Yo tengo, por supuesto, la costumbre de atraerme, tan a menudo como me es posible, el apoyo de las distintas autoridades eminentemente rollizas, pero en el presente caso siento cierta aprensión al encontrarme en compañía tan obesa como nula.

Traducción de M. Jombard: «Tus órdenes son ley. Tú brillas con un resplandor impetuoso y una rápida flexibilidad».

Mr. Maurice Schwab: «Habiendo llegado el jefe de la Emigración a este lugar (o a esta isla), ha fijado para siempre sus características».

M. Oppert: «Aquí yace un hombre asesinado. Quiera Dios, para vengarle, golpear a su asesino, cortando la mano de su existencia».

La primera versión es la que prefiero. Evoca un no sé qué de pulidor de cobre terriblemente apresurado. La tercera, por supuesto, es la más dramática, pero todas son perfectas: son la ilustración misma de su recíproca perturbación.

En su Opúsculo 44, el coronel Whittelsey vuelve por última vez sobre su tema, dando la conclusión del mayor De Helward, en el Congreso de Luxemburgo, en 1877: «Si el profesor Read y yo mismo estamos acertados en la conclusión de que los signos no son ni púnicos, ni fenicios, ni cananeos, ni hebreos, ni libios, ni célticos y no pertenecen a ningún alfabeto conocido, habremos establecido que su importancia ha sido muy exagerada». Un niño, como cualquiera que no esté definitivamente sujeto a un sistema, comprendería que la importancia del tema reside en esta incertidumbre y no en otro lado.

En una comunicación a la Sociedad Etnológica Americana, el doctor John C. Evans relata que en 1859 fue exhumada por un labrador, cerca de Pemberton, Nueva Jersey, un hacha (o una palanca) llevando inscripciones semejantes hasta el punto de confundirse con las del disco de Grave Creek. Estas mismas inscripciones, con sólo una apariencia de mala fe, hubieran podido parecerse a las huellas en la nieve de un juerguista, a la escritura de ustedes o a la mía, bastante ilegible por cierto.

[231] Western Reserve Historical Tracts n.º 33.

Todo progreso va de lo imposible a lo trivial. La cuasi-existencia va de la violación a las cunas. Intrusos audaces y siniestros en el campo de las teorías, rufianes en las invenciones poco honorables, suscitan las alarmas de la Ciencia, sus coces en auxilio de esta sumisión que les es más querida que la vida, con una fidelidad parecida a la de Mrs. Micawber.

Mucho después de la controversia de Grave Creek, se hallaron otras piedras esculpidas y, cincuenta años más tarde, el reverendo M. Gass exploró una serie de túmulos cerca de la ciudad de Davenport [232]. Encontró allí varias tablillas de piedra, en una de las cuales, descifrable, se leían las letras T F T O W N S. La tablilla, dijeron los especialistas, era probablemente de origen mormón, ya que en Mendon, Illinois, se había desenterrado una placa de cobre llevando los mismos caracteres, la cual había sido descubierta «cerca de una casa que había pertenecido a un mormón». Un meteorólogo, suponiendo que unas cenizas provienen de un incendio, se informaría cerca de un bombero. No se le ocurrió, al parecer, a nadie el mostrar las tablillas de Davenport a un mormón.

En otra tablilla, había dos F y dos ochos. En la tercera, de treinta por veinte centímetros, había cifras romanas y árabes, tres ochos y siete ceros. «A estos caracteres familiares estaban mezclados signos que recordaban los alfabetos hebreo y fenicio». Puede que el descubrimiento de Australia, entre tantos otros, se revele menos importante que la exhumación y el descifrado de dichas tablillas. ¿Pero han oído hablar alguna vez de ellas fuera de los límites de este libro? ¿Qué experto se ha dedicado a su traducción? ¿Se ha intentado solamente explicar su presencia y su antigüedad, en una tierra donde, según se nos dice, sólo habitaban salvajes analfabetos? Hay ciertos tesoros que son exhumados solamente para volver a enterrarlos algo más lejos.

No puedo digerir este llamamiento a los mormones. Tal vez dentro de varios siglos se encontrarán objetos dejados caer en globos por las expediciones árticas y mensajes escondidos bajo las rocas por sir John Franklin durante su agonía. ¿No será absurdo atribuírselos a los esquimales?

He aquí aún otra alma perdida, recuperada en uno de los depósitos de cadáveres anónimos del *American Journal of Science*: según el profesor Silliman, un bloque de mármol extraído de una cantera cerca de Filadelfia, en noviembre de 1829, fue cortado en placas [233]. La operación reveló, en plena roca, una impresión hueca de cuatro por dos centímetros; una impresión geométrica que contenía dos letras que se parecían a I U, con la única diferencia de que los ángulos de la U, en lugar de ser redondeados, formaban ángulos rectos. El bloque de mármol se encontraba a veinticuatro metros de profundidad y la inscripción parecía de carácter antiguo. Para cualquiera que no se halle aún ahíto por la trivialidad de lo increíble, puede parecer extraño que una impresión hueca en la arena haya podido soportar el peso de varias toneladas de arena solidificada, pero las famosas impresiones de pies del Nicaragua

[232] American Antiquarian, 15-73.

[233] Am. J. Science, 1-19-361.

fueron exhumadas bajo once capas de roca sólida. Este elemento no es tema de discusión, lo cito únicamente para airearlo.

Imagino que, en Europa, tales bloques de piedra recubiertos de inscripciones han podido llover en gran cantidad ya que se han encontrado muchos de ellos en las cavernas. Parece inaceptable que hayan sido grabados por los pueblos aborígenes y los hombres prehistóricos hayan podido recogerlos, ya sea por curiosidad, ya sea para adornar con los mismos sus madrigueras. Algunos de estos bloques tenían el tamaño y hasta la forma del disco de Grave Creek: «una piedra larga y oval, de unos cinco centímetros de largo». En alguna parte aparecían distintamente las letras F E I. Las observaciones de Piette fueron confirmadas por M. Cartailhac en *Ancient Hunters* [234], y M. Boule les añadió ejemplos suplementarios. «Ofrecen —escribió Sollas— uno de los más curiosos enigmas de toda la prehistoria».

Mr. J. H. Hooper [235], de Bradley Co., Tennessee, después de encontrar una curiosa piedra en un bosquecillo de su propiedad, desenterró una larga muralla cubierta de símbolos alfabéticos. «Se pueden enumerar ochocientos setenta y dos caracteres, de los cuales algunos figuran duplicados, y varias imitaciones de formas animales o de la Luna. La imitación accidental de los alfabetos orientales es numerosa». Detalle, sin duda, aún más significativo: estas letras estaban recubiertas de una capa de cemento.

Y los sellos chinos de Irlanda.

Proc. Roy. Irish Acad. [236]: J. Huband Smith leyó en la Real Academia Irlandesa la descripción de doce sellos chinos descubiertos en Irlanda. Todos ellos se parecen: son unos cubos representando a un animal sentado. «Las inscripciones pertenecen a una clase muy antigua de caracteres chinos». Y pese a que el hecho sea indiscutible, he aquí los tres detalles que han hecho de este descubrimiento, generalmente olvidado, un paria de la Ciencia. Los arqueólogos reconocen que no hubo jamás, en el más remoto pasado, la menor relación entre China e Irlanda. Ningún otro objeto de la antigua China ha sido descubierto en Irlanda. Finalmente, los sellos estaban considerablemente alejados unos de otros.

Posteriormente se encontraron otros, y solamente en Irlanda. En 1852 se desenterraron unos sesenta. De todos los descubrimientos arqueológicos hechos en Irlanda, «no hay ningún otro más misterioso» [237]. Se han hallado tres de ellos en Tipperary, seis en Cork, tres en Down, cuatro en Waterford y el resto a razón de uno o dos por condado. Sólo uno fue encontrado en el lecho del río Boyne, cerca de Clonard, Meath, donde algunos obreros recogían grava.

En este caso concreto, si ustedes no adoptan instintivamente mi sugestión, no encontrarán ninguna otra explicación ortodoxa: no existe. La sorprendente dispersión

[234] Ancient Hunters, p 95

[235] Trans. N. Y. Acad. of Sciences, 11-27.

[236] Proc. Roy. Irish Acad. 1-351.

[237] Chambers'Journal, 16-364.

de los sellos a través de campos y bosques ha desanimado a los sabios, y el doctor Frazer se ha contentado con declarar, en *Proccedings of the Royal Irish Academy* [238]: «Todos ellos parecen haber sido esparcidos a través del país por algún extraño medio sobre el cual no puedo ofrecer la menor aclaración».





[238] Proccedings of the Royal Irish Academy, 10-171

12

La Astronomía.

Un vigilante nocturno vela ante una media docena de linternas rojas en una carretera bloqueada.

Hay faroles de gas, candelabros y ventanas iluminadas en el barrio; se prenden cerillas, se encienden fuegos, se declara un incendio, hay anuncios de neón y faros de automóvil.

Pero el vigilante nocturno permanece junto a su pequeño sistema.

Esto es lo que se llama Ética.

Algunas jovencitas se encierran con su querido y viejo profesor en una torre de marfil.

La violación y el divorcio, el alcoholismo y el asesinato, la droga y la sífilis están excluidos.

Lo austero y lo preciso, lo exacto, lo puritano y lo matemático, lo único puro y perfecto. Una gota de leche flotando sobre el ácido que la corroe. Lo positivo inundado por lo negativo.

La conciencia de lo real es la mayor resistencia posible a las tentativas de realizarse o de convertirse en real, puesto que se contenta con sentir lo que alcanza la realidad. Yo no me opongo a la Ciencia, sino a la actitud de las Ciencias desde el momento en que imaginan haber realizado un fin. Me opongo a la creencia, no a la aceptación; a la insuficiencia tantas veces comprobada, a la puerilidad de los dogmas y los *standards* científicos. Si varias personas parten hacia Chicago y llegan a Búfalo, y si una de ellas se persuade de pronto de que Búfalo es Chicago, opondrá una resistencia al progreso de los demás.

Así actúa la astronomía y su pequeño y aparentemente exacto sistema.

Pero tendremos datos de mundos redondos, y de mundos ahusados o en forma de rueda; de mundos parecidos a titánicas tijeras o unidos unos a otros por hileras de filamentos: mundos solitarios y mundos en horda; mundos inmensos, mundos minúsculos, algunos formados por la misma materia que nuestro planeta, otros elevándose en superconstrucciones geométricas de hierro y de acero. Restos y fragmentos de vastos edificios. Un día u otro sabremos que, además de las cenizas del coque y del carbón, fragmentos de acero han caído sobre la Tierra.

Pero ¿qué sabría un pez de las grandes profundidades si una plancha de acero, desprendida de un pecio, le golpeara la nariz? Estamos sumergidos en un océano convencional de densidad casi impenetrable. A veces soy un salvaje

descubriendo un objeto en la orilla de su isla, a veces soy como un pez de las profundidades y me duele la nariz.

El mayor de los misterios: ¿por qué no se muestran ellos a nosotros, abiertamente? Quizá se mantengan apartados por razones morales; pero ¿no habrá entre ellos algunos degenerados? O por razones físicas: desde el momento en que evaluamos esta posibilidad, creemos de buen grado que el acercamiento de nuestro mundo por otro mundo sería catastrófico. Pero, con todo, debemos interesarles, sea al grado que sea. Los microbios y los gérmenes nos interesan, algunos incluso nos apasionan. ¿Un posible peligro? Cuando una de nuestras naves duda en aproximarse a una costa rodeada de arrecifes, envía una canoa.

¿Por qué no se establecerán relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y Cyclorea (este es el nombre, en astronomía avanzada, de un notable mundo en forma de rueda)? ¿Por qué no nos enviarán algunos misioneros para convertirnos abiertamente, arrancarnos de nuestras prohibiciones bárbaras y de nuestros tabúes y preparar el camino a un mercado ventajoso de ultrabiblias y de superwhiskeys?

Entreveo una respuesta simple e inmediatamente aceptable: ¿educaríamos nosotros, civilizaríamos nosotros, si pudiéramos, a los cerdos, a los patos y a las vacas? ¿Estaríamos dispuestos a establecer relaciones diplomáticas con la gallina que pone para nosotros, satisfecha de su sentido absoluto de la perfección?

Creo que somos bienes inmobiliarios, accesorios, ganado.

Pienso que pertenecemos a algo. Que antiguamente la Tierra era una especie de *No man's land* que otros mundos han explorado, colonizado y disputado entre ellos.

Actualmente, alguien posee la Tierra, y ha alejado de ella a todos los colonos. Nada se nos ha aparecido viniendo del más allá, tan abiertamente como un Cristóbal Colón desembarcando en San Salvador o Hudson remontando el río que lleva su nombre. Pero, en cuanto a las visitas subrepticias hechas al planeta, muy recientemente aún, en cuanto a los viajeros emisarios llegados quizá de otro mundo y cuidando mucho de evitarnos, tenemos pruebas convincentes.

Emprendiendo esta tarea, deberá prescindir a mi vez de algunos aspectos de la realidad. Veo difícil, por ejemplo, cómo abarcar en un solo libro todos los usos posibles de la humanidad para un modo distinto de existencia, o incluso justificar la lisonjera ilusión que quiere que seamos útiles a algo o a alguien. Los cerdos, los patos y las vacas deben, en principio, descubrir que son posesión de alguien, y después preocuparse por saber por qué son poseídos. Quizá somos utilizables, quizá se ha operado un convenio entre varias partes: algo sobre nosotros tiene derecho legal por la fuerza, después de haber pagado por obtenerlo, el equivalente de las cuentas de colores que le reclamaba nuestro anterior propietario, más primitivo. Y esta transacción es conocida desde hace varios siglos por algunos de nosotros, carneros emisarios de un culto o de una orden secreta cuyos miembros como esclavos de primera clase, nos dirigen de acuerdo con las instrucciones recibidas y nos encaminan hacia nuestra misteriosa función.

Antiguamente, mucho antes de que la posesión legal fuera establecida, los habitantes de una multitud de Universos aterrizaron en la Tierra y saltaron, volaron, navegaron o derivaron, empujados, atraídos hacia nuestras orillas, aisladamente o bien en grupos, visitándonos ocasionalmente o periódicamente por razones de caza, de trueque o de prospección, quizá también para llenar sus harenes. Instalaron aquí sus colonias, se perdieron o debieron volver a marcharse. Pueblos civilizados o primitivos, seres o cosas, formas blancas, negras o amarillas.

Tengo todas las razones para creer que los antiguos bretones eran azules.

Por supuesto, la antropología convencional quiere que sencillamente se hayan pintado de azul. Pero, en mi antropología avanzada, eran realmente azules.

Recientemente [239], ha nacido en Inglaterra un niño de color azul. Explicación: puro y simple atavismo.

Gigantes y Hadas. Los acepto. La Ciencia de hoy es la superstición de mañana, la Ciencia de mañana, la superstición de hoy.

Se ha encontrado en Escocia un hacha de piedra de cincuenta por treinta centímetros [240]; en un túmulo de Ohio, un hacha de cobre de sesenta centímetros de largo y que pesa diecisiete kilogramos [241]; otra hacha descubierta en Birchwood, Wisconsin, ha sido expuesta en la colección de la Sociedad Histórica de Missouri [242]: estaba «plantada en el suelo», como dejada caer, y medía setenta por cuarenta centímetros y pesaba ciento treinta y cinco kilogramos.

O las huellas de pasos en la arenisca, netas y precisas, en Carson, Nevada [243]: cada pie medía de cincuenta a sesenta centímetros de largo. Para asimilarlas a su Sistema, el profesor Marsch, un sistematizador leal y sin escrúpulos, argumentó inmediatamente en el *Journal*: «La dimensión de estas huellas, y particularmente la insólita desviación entre la serie de la derecha y la serie de la izquierda prueban, contra toda suposición, que no pertenecen a un ser humano».

Tómense ustedes la molesta de mirar las fotos de estas huellas, reproducidas en el mismo *Journal*: o bien estarán de acuerdo con el profesor Marsch, o estimarán que su denegación indica un intelecto tan profundamente refrenado por el Sistema como las facultades mínimas de un monje medieval. El razonamiento de este fantasma representativo, de esta apariencia espectral que juzga y condena, es el siguiente: jamás han habido gigantes sobre la tierra, porque estas huellas gigantes son más gigantes que las huellas de los no gigantes.

[239] Annals of Philosophy, 14-51.
[240] Proc. Soc. of Ants. of Scotland, 1-19-184.
[241] Amer. Antiquarian, 18-60.
[242] Amer. Anthropologist, n. s. 8-229.
[243] Amer. Jour. Sci., 3-26-139.

Veo a estos seres gigantescos como ocasionales visitantes del planeta. Stonehenge, por ejemplo. Pero puede que con el tiempo terminemos por admitir un día que existen numerosas huellas de su residencia terrestre. Osamentas, y ausencia de osamentas. Sea cual sea mi naturaleza optimista y crédula, cada vez que visito el Museo Americano de Historia Natural mi cinismo surge nuevamente a la superficie en la sección «Fósiles». Osamentas gigantescas, reconstruidas de modo que nos hagan «verosímiles» a los dinosaurios. En el piso de abajo hay una reconstrucción del pájaro dodo. Es una verdadera ficción, presentada como tal. Pero edificada con tal amor, con tanto deseo de convencer…



Huellas de Carson

Hay también las «Cruces de las Hadas».

Entre el punto de unión de la cresta Azul y de los montes Alleghanys, al norte del condado de Patrick, en Virginia, se han hallado unas cruces muy pequeñas [244].

Una raza de seres minúsculos.

Que crucificaban a sus condenados.

Seres refinados, poseyendo la crueldad de todos los refinados. Eran hombres en miniatura: crucificaban.

Las «Cruces de las Hadas» pesan, según el Harper's Weekly, de catorce a veintiocho gramos, pero algunas de entre ellas, según el *Scientific American* [245], son tan pequeñas como cabezas de alfiler. Se hallan repartidas sobre dos Estados, pero todas las que se han encontrado en Virginia están estrictamente localizadas en y a lo largo de la Bull Mountain.

[244] Harper's Weekly, 50-715. [245] Scientific American, 79-395

Uno piensa entonces irresistiblemente en los sellos chinos de Irlanda. Algunas son cruces romanas, otras cruces de San Andrés, algunas cruces de Malta. Esta vez se nos ahorra el contacto de los antropólogos. Tendremos que tratar con los geólogos, pero el alivio de nuestras sensibilidades más finas y más reales no será más que mínimo. Los geólogos han explicado las «Cruces de las Hadas» por medio del tropismo científico habitual: las cruces, según ellos, no eran más que cristales, pese a que esta tesis no da cuenta de la distribución localizada de las cruces, laguna que ellos reconocen tan sólo de paso.

Pero ¿y la diversidad de forma de dichas cruces? Ciertamente, puede haber un mineral poseyendo una gama de formas geométricas, aunque estuviesen reducidas al tema de la cruz: los copos de nieve, ¿no son acaso una infinidad de formas reducidas al hexágono? Pero los geólogos, al igual que los astrónomos, los químicos y otros peces de las grandes profundidades, han despreciado el dato esencial, las «Cruces de las Hadas» no están todas hechas de la misma materia.



Estsurolita o cruz de hadas

Es siempre el psicotropismo, el eterno proceso de asimilación. Los cristales son formas geométricas, se hallan incluidos en el Sistema: luego, las «Cruces de las Hadas» son cristales. Pero el que diferentes minerales puedan, en distintas regiones, componer distintas formas de cristales, es algo que constituye una seria oposición.

Pero vayamos ahora a otros minúsculos «malditos», por la salvación de los cuales se han casi condenado algunos misioneros científicos.

Los «Sílex Pigmeos».

Son innegables, están expandidos y son célebres. Son pequeñísimos útiles prehistóricos de una longitud de dos a tres milímetros. Se han hallado en Inglaterra, en la India, en Francia y en África del Sur. No se los discute, no se los desprecia, han dado incluso origen a una abundante literatura. Sin embargo, pertenecen a la flor y nata de los condenados. Se ha intentado racionalizarlos, asimilarlos, identificándolos como juguetes de niños prehistóricos, lo cual me parece razonable. Llamo razonable a todo aquello que todavía no posee un contrario igualmente razonable. Añadiré también que nada es finalmente razonable, pese a que algunos fenómenos se acercan más que otros a la razón. Planteado esto, hay una aproximación mayor que esta noción de los juguetes: por todos lados donde se hallan sílex pigmeos, todos los sílex son pigmeos. Al menos en la India, en donde capas de terreno separan los sílex de mayor tamaño de los sílex enanos (Wilson).



Microlitos o Silex pigmeo (generalmente de menos de 2.5 cm.

Y he aquí el detalle que, por el momento, me conduce a pensar que estos sílex han sido fabricados por seres humanos del tamaño de enanos. El profesor Wilson [246] señala que los sílex no solamente eran minúsculos sino que su trabajo era «minucioso». R. A. *Galty, en Science Gossip* [247] dice: «Es tan fino que para estudiar el trabajo de talla es necesario una lupa». Hermosa lucha para expresar, en la mentalidad del siglo XIX, una idea que no pertenecía a su siglo. Esto parece concluir en una teoría, ya sea en favor de seres minúsculos, grandes como cohombros y

[246] Rept. National Museum, 1892-455.

[247] Science Gossip, 1898-36.

talladores de sílex, ya sea en favor de salvajes muy ordinarios que los hubieran tallado con ayuda de una lupa

La idea que me preparo para desarrollar, diría mejor que voy a perpetrar, a continuación, es intensísimamente maldita. Es un alma perdida, lo admito, o más bien me vanaglorio de ello. Pero se integra en el método científico de la asimilación, si pensamos en los hombres de Elvera.

Pero a este respecto olvidaba decirles el nombre del mundo de los Gigantes es Monstrator, un universo en forma de huso, de doscientos mil kilómetros de largo en su eje mayor. Volveremos a hablar de él.

Mi inspiración está, pues, justificada si pensamos en que los habitantes de Elvera han venido solamente a hacernos una visita. Han venido en hordas densas, como una nube de langostas, en expediciones de caza —a la caza de los ratones sin duda, o de las abejas—, hordas minúsculas horrorizadas ante cualquiera que se tragara más de una habichuela a la vez, temiendo por el alma de cualquiera que engullera más de una gota de rocío a la vez. Hordas de exploradores minúsculos, determinadas en su infinita pequeñez a hacer triunfar sus derechos.

Tan ínfimas criaturas, apenas desembarcadas de su pequeño mundo, pasarían bruscamente de lo mínimo a lo enorme. Tragadas de un solo bocado por cualquier animal terrestre, digeridas por docenas como sin pensar en ello, caerían en un riachuelo que se las llevaría con su tumultuoso torrente. «Los datos geológicos son incompletos», diría Darwin. Sus sílex sobrevivirían, pero sus frágiles cuerpos desaparecerían. Un golpecillo de viento y un *elverano* sería barrido a centenares de metros, sin que sus compañeros pudieran recuperar su pequeño cadáver. Llorarían al desaparecido; respetarían el luto, y realizarían los inevitables funerales.

Adopto aquí una explicación tomada a la antropología, la de la inhumación en efigie.

A principios de julio de 1836 [248], algunos muchachos buscaban madrigueras de conejo en una cadena de rocas próximas a Edimburgo, conocida con el nombre de Silla de Arturo. En la ladera de una resquebradura, encontraron algunas hojas de pizarra. Las arrancaron, y descubrieron una pequeña caverna y diecisiete ataúdes en miniatura, de cinco a seis centímetros de largo. Dentro de estos ataúdes había unas minúsculas siluetas de madera, talladas en estilo y materia muy diferentes. Lo más extravagante era que los ataúdes habían sido depositados en la caverna uno después del otro, con varios años de intervalo. Una primera hilera de ocho ataúdes estaba completamente podrida, deshaciéndose en polvo las envolturas. Para una segunda hilera, igualmente de ocho ataúdes, los efectos del tiempo eran menos visibles. La última hilera, finalmente, inacabada, estaba compuesta por un solo ataúd, de apariencia reciente.

[248] London Times, 20 de julio de 1836.

En la revista escocesa *Proceeding* [249] puede leerse un relato detallado de este descubrimiento, ilustrado con la reproducción de tres ataúdes y de tres siluetas.



Imagino a Elvera, sus bosques tranquilos y sus conchas microscópicas. Los *elveranos* puede que sean primitivos, pero toman baños, utilizando esponjas grandes como una cabeza de alfiler.

Han podido ocurrir catástrofes, y algunos fragmentos de Elvera caer en la Tierra. En *Popular Science* [250], Francis Bingham, describiendo los corales, las esponjas, las conchas y los crinoideos encontrados por el doctor Hahn en los meteoritos, declara que su «más notable particularidad reside en su extrema pequeñez». Los corales, por ejemplo, se hallan reducidos a una vigésima parte de los corales terrestres. «Representan —escribe Bingham— un verdadero mundo animal pigmeo».

Supongo que los habitantes de Elvera y de Monstrator eran seres primitivos en el tiempo de sus visitas a la Tierra, aunque en realidad, en una cuasi-existencia, todo lo que nosotros, semifantasmas, llamamos evidencia de algo, puede ser muy bien la evidencia de cualquier otra cosa. Los lógicos, los detectives, los jurados, las mujeres celosas y los miembros de la Real Sociedad Astronómica reconocen esta indeterminación, pero conservar la ilusión de que el método de concordancia constituye una evidencia real y final. Es suficiente, tal vez, en el caso de una existencia semireal, pero que no ha concurrido menos en su tiempo a los procesos de las brujas y a las historias de fantasmas. No es que yo sea bastante rezagado como para negar los fantasmas y las brujas, sino que pienso que no han existido jamás las brujas ni los fantasmas conforme los presenta la tradición popular. Toda su leyenda ha sido sostenida por sorprendentes fabricaciones de detalles.

Si un gigante deja, pues, en el suelo la huella de sus pies desnudos, esto no significa que sea un primitivo. Puede ser un coloso de cultura, hundido en plena cura de Kneipp. Y si Stonehenge es una construcción vasta, pero muy imprecisa

[249] Proceeding of the Society of Antiquarians of Scotland, 3-12-460.
[250] Popular Science, 20-83

geométricamente, esta disparidad puede significar no importa qué: enanos ambiciosos, gigantes en el estado del hombre de las cavernas, o arquitectos postimpresionistas de una civilización demasiado avanzada.

Si hay otros mundos son mundos tutelares, y Kepler, por ejemplo, no pudo equivocarse completamente. Su visión de un ángel afecto al impulso y a la dirección de cada planeta puede no ser muy aceptable, pero hablando en abstracto implica la noción de una relación tutelar. El solo hecho de ser implica la tutela.

Una vaca pasta, un tigre acecha, un cerdo hoza el suelo con su hocico, los planetas intentan la captura de un cometa como los traperos y los cristianos, un gato se precipita de cabeza en un cubo de basura; las naciones se disputan un territorio, las Ciencias organizan sus datos, los magnates ordenan sus *trusts,* una chica del coro corre para tomar su cena de medianoche… y todos son detenidos por lo inadmisible. La chica del coro y su bogavante hervido. Si no come carne y caparazón, representará el fracaso universal ante la positividad. Si se come una y otro, lo representa también, ya que su estómago en revolución la confrontará con el Negativo Absoluto. Así actúa la Ciencia con todos mis datos, tan duros de caparazón.

Si otros mundos han tenido relaciones con la Tierra, eran tentativas de positivación. Querían extender sus fronteras mediante colonias, convertir o asimilar a los nativos del planeta. Somos las colonias de estos mundos-matriz. De Super-Romanimus es de donde salieron los primeros romanos. La historia es tan válida como la de Rómulo y Remo. Y Azuria otorgó su tutela a los antiguos británicos. Azuria, de donde venían los hombres azules, cuyos descendientes se han diluido como los saquitos de azulete en un fregadero con todos los grifos abiertos. Mundos antiguamente tutelares, hasta el último aliento, hasta el rechazo por todas las sociedades de algunas unidades, hasta la reacción ante lo inasimilable.

De ahí la cólera de Azuria, puesto que las poblaciones terrestres no querían asimilar a sus colonos de Inglaterra, no querían volverse azules para complacerla. La historia es un departamento de la ilusión humana que me apasiona. En los fuertes vitrificados de algunas regiones de Europa, hay datos que han olvidado los Humes y los Gibbons.

Estos fuertes vitrificados rodean Inglaterra, pero no están en Inglaterra. Se les encuentra en Escocia, en Irlanda, en Bretaña y en Bohemia.

Y un día, Azuria, con sus huracanes eléctricos, quiso barrer de la Tierra a todos los pueblos que se le resistían.

La masa azul de Azuria apareció en pleno cielo; las nubes enverdecieron, el sol perdió toda forma y se empurpuró con las vibraciones de su cólera. Los pueblos blancos, amarillos y morenos de Escocia, de Irlanda, de Bretaña y de Bohemia huyeron a la cima de las colinas y construyeron los fuertes. En la existencia real las colinas accesibles a un enemigo aéreo serían la última elección de los fugitivos. Pero en la cuasi-existencia, un hombre habituado, en caso de peligro, correrá directamente

a la cima de una colina, incluso si el peligro está muy próximo. Es muy corriente, en la cuasi-existencia, el hecho de querer huir acercándose a su perseguidor.

Y la electricidad se proyectó sobre todos los fuertes, cuyas piedras vitrificadas o fundidas existen aún hoy en día. En su terror medieval a la excomunión, los arqueólogos han intentado explicar los fuertes vitrificados en términos de experiencia terrestre: han supuesto que los pueblos prehistóricos habían construido enormes braseros, a menudo muy alejados de su reserva de madera, para fundir exteriormente y cimentar las piedras de sus construcciones. Siempre la negatividad: en el interior de sí misma, una Ciencia no puede ser jamás homogénea, unificada o armoniosa.

Pero, si examinamos aunque sea sólo un poco el tema antes de comentarlo, lo que es un modo de ser más real que nuestros oponentes, descubriremos que las piedras de estos fuertes están vitrificadas sin referencia a su cimentación, que están cimentadas por bandas irregulares, como si hubieran sido golpeadas por ráfagas. ¿Alguien piensa en el rayo? Las piedras de los viejos fuertes levantados en Escocia, en Irlanda, en Bretaña o en Bohemia están fundidas por bandas, pero el rayo elige siempre masas aisladas y bien visibles. Algunos fuertes vitrificados no están situados en alturas, pasan incluso desapercibidos; sin embargo, sus muros están vitrificados por bandas.

Algo ha producido en los fuertes de Escocia, de Irlanda, de Bretaña y de Bohemia un efecto parecido al del rayo. En el resto del mundo, los restos de los altos fuertes no están vitrificados. Ya que sólo hay un crimen, en sentido local, que es no volverse azul cuando los dioses son azules, y un solo crimen en sentido universal, que es no enverdecer a los dioses, cuando uno es verde.



Muros vitrificados en castros de Escocia

13

Uno de los más extraordinarios fenómenos o pretendidos fenómenos de la investigación psíquica, o de la pretendida investigación psíquica (puesto que, en la cuasi-existencia, no existe verdadera investigación sino solamente simples aproximaciones de investigación, continuas a la decencia y a los prejuicios), son los «Tiros de piedras».

Se atribuyen a los poltergeistas, a los espíritus perniciosos. Dichos poltergeistas no encajan en mi cuasi-sistema actual, que pretende organizar y clasificar todos los datos rechazados de los fenómenos de fuerzas extra telúricas, expresados en términos físicos. Los considero, pues, como dañinos, ilusorios, discordantes o absurdos, epítetos que atribuyo a diferentes aspectos de lo inasimilable. Pero no los niego, puesto que supongo que un día, cuando nos sintamos más ilustrados, cuando hayamos acrecentado la esfera de nuestras credulidades u obtenido cierto incremento de ignorancia que se llama conocimiento, podrán convertirse en asimilables. Los poltergeistas serán tan verosímiles como los árboles, se asimilarán a una fuerza dominante, a un sistema o a un cuerpo mayor de pensamiento, es decir, a la hipnosis y a la ilusión por supuesto, pero desarrollarán, imagino, una aproximación siempre mayor a la realidad. Por el momento, me parecen absurdos o perjudiciales, proporcionalmente a su inasimilabilidad actual, atemperada de todos modos por el factor de su posible asimilabilidad en el futuro.

Menciono a los poltergeistas porque algunos de mis datos, o de mis pretendidos datos, coinciden con los suyos. Se han arrojado piedras, o han caído piedras, desde una fuente invisible e indetectable, sobre un espacio restringido.

«En la tarde del jueves [251], desde las cuatro hasta las siete y media, las casas del 56 y del 58 de Reverdy Road, en Bermondsey, fueron bombardeadas por piedras y otros proyectiles de origen desconocido. Dos niños resultaron heridos, todas las ventanas rotas, y varios enseres domésticos completamente destruidos. Pese a que se reunió en dicho sector una fuerte concentración de policías, nadie pudo determinar desde qué dirección habían sido lanzadas las piedras».

La mención de «otros proyectiles» es razonablemente burlona. Si implica la caída de latas de conserva y zapatos viejos, y si su procedencia permanece en el misterio porque nadie ha pensado en levantar sus ojos al cielo, nuestro provincialismo irá vivamente en disminución.

En la vivienda de Mr. Charton [252], en Sutton Courthouse, Sutton Lane, Chiswick, varias ventanas fueron destrozadas «por algún agente misterioso». No se logró encontra r jamás al culpable. El edificio estaba aislado de toda vecindad y

[251] London Times, 27 de abril de 1872.

[252] London Times, 16 de septiembre de 1841.

rodeado de elevados muros. Fue llamada la policía. Dos constables (*), asistidos por varios inquilinos, montaron guardia, sin impedir que los vidrios continuaran rompiéndose «delante y detrás de la casa a la vez».

Algunas islas flotantes se estacionan a menudo en el Supermar de los Sargazos, siendo, a veces, afectadas por perturbaciones atmosféricas que provocan la caída de diferentes objetos en determinadas zonas terrestres. Sostengo que de las playas que jalonan las islas flotantes del Supermar de los Sargazos caen algunas veces guijarros.

En Wolverhampton, Inglaterra, en el mes de junio de 1860, después de una violenta tormenta, cayeron tal cantidad de pequeños guijarros que fue preciso retirarlos con palas [253]. Un gran número de pequeñas piedras negras cayeron en Birmingham, Inglaterra, en agosto de 1858, en una tormenta: se dijo que eran similares a algunos basaltos existentes a varios kilómetros de Birmingham de iguales características [254]. Guijarros como «pulidos por el contacto con el agua» cayeron en Palestine, Texas, el 6 de julio de 1888; pertenecían a «una formación inusitada en Palestine» [255]. Bolas redondas y lisas en Handahor en 1834 [256]. «Un gran número de piedras de forma y aspecto desconocidos en tales regiones en Hillsboro, Illinois, el 18 de mayo de 1883, en el curso de un tornado» [257].

Guijarros de las playas aéreas y guijarros terrestres, producidos por los torbellinos, se confunden en estos casos hasta tal punto que parece necesario separarse del punto de unión: han caído guijarros que ningún torbellino conocido podría explicar, otros encerrados en piedras de granizo tan voluminosas que parece imposible que hayan podido formarse en la atmósfera terrestre, otros finalmente que se abatieron, a largos intervalos, en el mismo lugar. En setiembre de 1898, un periódico neoyorquino anunciaba que un árbol había sido herido por un relámpago o una apariencia luminosa en Jamaica. Cerca del árbol se encontraron menudos guijarros, cuya impertinencia en relación con la ortodoxia llegó hasta tal punto que eran «lisos y pulidos como por el agua», no fragmentos angulosos como se desprenden de los meteoritos.

Un geólogo del Gobierno confirma, sin embargo, que este género de guijarros abunda en Jamaica [258]. El profesor Fassing en la Monthly Weather Review, setiembre de 1915, relata una caída de granizo en Maryland, el 22 de junio de 1915: las piedras, grandes como una pelota de béisbol, «no eran en absoluto raras». Añade aún el testimonio de un habitante de Annapolis, que había encontrado menudos guijarros en el interior de las gruesas piedras de granizo. «El testigo ofreció producir

(*) Se refiere a un agente de policía, guardia de seguridad o agente del orden

[253] La Sci. pour tous, 5-264.

[254] Rept. Brit. Assoc, 1864-37.

[255] W. M. Perry, sargento, Cuerpo de Señales, Monthly Weather Review, julio de 1888.

[256] Am. J. Sci., 1-26-161.

[257] Monthly Weather Review, mayo de 1883.

[258] Monthly Weather Review, agosto de 1898-363.

los guijarros, pero no se le vio más». Cuando un testigo «produce» guijarros, se vuelve tan convincente que cualquiera que viera caer del cielo bocadillos de jamón «produciría» bocadillos de jamón.

Admitida tal reticencia, recordemos que un observador meteorológico señaló de veinte a veintiséis capas alternas de hielo puro y de hielo lechoso en una de estas piedras de granizo. En términos ortodoxos, sostengo que una de tales piedras de respetable tamaño cae de las nubes a una velocidad suficiente como para que el roce del aire la autorice, como máximo, a formar una capa de hielo. Para que presente una veintena de estas capas sería necesario que, en lugar de caer, rodara ingrávidamente en algún lugar durante un cierto tiempo.

Un dato familiar bajo dos aspectos: en Orenburg, Rusia, cayeron, en setiembre de 1824, pequeños objetos simétricos de metal [259]; una segunda caída, completamente idéntica, se produjo, también en Orenburg, el 25 de enero de 1825 [260].

Pienso ahora en el disco de Tarbes, pero cuando examiné este dato por primera vez me llamó la atención solamente la recurrencia del fenómeno, ya que los objetos de Orenburg son descritos como cristales de pirita o sulfato de hierro. No tenía ninguna noción de objetos metálicos facetados de otro modo que por cristalización, hasta que, leyendo las obras de Arago, tropecé con su análisis [261]. Señalaba en estos objetos un 70 por ciento de óxido de hierro rojo y un 5 por ciento de azufre, con pérdidas por ignición. Me parece aceptable que el hierro conteniendo menos de un 5 por ciento de azufre no sea pirita y que los pequeños objetos de hierro oxidado caídos con cuatro meses de intervalo en el mismo lugar hayan podido ser fabricados por cualquier otro medio.

Y veo, en suma, abrirse ante sí perspectivas de herejía que debo, entre nosotros, pasar por alto. Siempre he sentido bastante simpatía por los dogmáticos y los exclusionistas, y desde un principio he afirmado que el mero hecho de ser consistía en excluir arbitraria y dogmáticamente. Tan sólo debe destacarse que los exclusionistas que eran benéficos en el siglo XIX se convierten en perjudiciales en el XX. Nos confundimos perpetuamente con lo infinito: yo por mi parte estableceré mis propios límites y convertiré en vaga la diferencia entre lo que excluiré y lo que incluiré.

Y el nudo de la cuestión, fuera del cual ya no me desviaré en modo alguno, es el siguiente: acepto provisionalmente que haya una región llamada Supermar de los Sargazos. Pero ¿forma parte integrante de la Tierra, y gira con ella o por encima de ella? ¿Cuelga sobre la Tierra sin girar con ni por encima de ella? ¿Puede ser la propia Tierra ni redonda, ni siquiera redondeada, sino continua con todo el resto del sistema, de tal modo que se pudiera, rompiendo con todas las tradiciones de los geógrafos, andar sin detenerse hasta el planeta Marte, y encontrarla a continuación del planeta Júpiter?

[259] Phil. Mag. 48-463.
[260] Quar. Jour. Roy. Inst., 1828-1-447. [261] Œuvres, 11-644

Tales cuestiones parecerán, sin duda, algún día perfectamente absurdas y la realidad completamente evidente… Ya que me es difícil concebir cómo pueden permanecer suspendidos varios pequeños objetos metálicos durante cuatro meses por encima de un pueblecillo de Rusia, si giraban sin ninguna clase de ligazón por encima de una Tierra que giraba a su vez. Puede ser que alguien haya tomado como punto de mira este pueblecillo, reservándose, ante un primer fracaso, el apuntar mejor la próxima vez.

Pero mis especulaciones me parecen perniciosas en relación con los primeros años del siglo XX. En este preciso instante, acepto el que la Tierra sea, no redonda, lo cual está completamente gastado, sino tal vez redondeada. O al menos que posee una forma individual, gira sobre su eje y describe una órbita alrededor del Sol. Pero también que por encima de la Tierra hay regiones de suspensión que giran con ella, y de las cuales caen los objetos, en varias veces sucesivas, sobre un mismo lugar.

Un observador del Servicio de Señales de Bismarck, Dakota, relata [262] que, a las nueve de la noche del 22 de mayo de 1884, varios ruidos secos crepitaron a través del pueblo, causados por la caída de gran número de piedras de sílex golpeando contra los cristales. Quince horas más tarde, otra caída completamente idéntica se producía en el mismo pueblo.

No se produjo otra caída de piedras parecida en ningún otro lugar. Otro fenómeno ultra condenado. Todos los redactores de publicaciones científicas leen la *Monthly Weather Review* y copian de ella. Y el ruido de las piedras de Bismarck golpeando contra todos los cristales estaba, tal vez, dictado en una lengua que los aviadores interpretarán algún día; pero fue un ruido rodeado de silencio, ya que ninguna otra publicación, que yo sepa, lo mencionó después.

El tamaño de las piedras de granizo inquieta mucho a los meteorólogos, pero no a los autores de libros de texto. No conozco ocupación más serena que la de redactar un libro de texto, aunque toda colaboración en el War Cry, el periódico de la Salvation Army, puede sin duda rivalizar con la calma chicha. En la adormecedora tranquilidad de los libros de texto puede leerse fácilmente, sin demasiado esfuerzo intelectual, cómo el hielo se forma alrededor de las partículas de polvo y cómo las piedras de granizo aumentan su tamaño por superposición de diversas capas. Pero sumerjan una bolita en el agua helada, vuelvan a sumergirla y sumérjanla aún otra vez. Si son testarudos y obstinados en esta tarea podrán obtener incluso una pelota de béisbol… pero, mientras tanto, cualquier cosa habrá tenido tiempo de caer desde la Luna. Consideren también la abundancia de las capas. Las piedras de granizo de Maryland eran excepcionales, y, sin embargo, a veces se han contado hasta doce capas. Ferrel cita un caso en el que encontró trece. Lo cual impulsó a sostener al profesor Schwedoff que algunas piedras de granizo no eran tal, que no podían haberse formado en la atmósfera terrestre y que debían venir de más allá. Sin embargo, nada, en una existencia relativa, puede ser ni atractivo ni repulsivo en sí mismo: todo efecto es función de sus asociaciones o de sus implicaciones. Varios de nuestros datos han sido tomados de fuentes científicas muy conservadoras: no fueron

[262] Monthly Weather Review, mayo 1884, 134.

excomulgados más que en el momento en que su discordancia o su incompatibilidad con el Sistema se hizo evidente.

La comunicación del profesor Schwedoff fue puesta en conocimiento de la Asociación Británica [263]. Su implicación era inaceptable para los pequeños exclusionistas mezquinos y estrechos de miras de 1882: que pueda haber agua, océanos, lagos, estanques y ríos, lejos y, pese a todo, cerca de la atmósfera y de la gravitación terrestre, era condenable. El pequeño y cómodo sistema de 1882 se vería despojado de su premeditación. Habría una nueva ciencia que aprender, la Ciencia de la Supergeografía. Y la Ciencia es una tortuga que lo ve todo encerrado en lo más profundo de su caparazón. Así, para los miembros de la Asociación Británica, las ideas de Schwedoff se parecían a otros tantos manotazos sobre el lomo de una tortuga, lo cual alejaba toda posibilidad de entendimiento: su herejía les debió parecer a algunos una ofrenda de carne cruda y sangrante a corderos alimentados con leche. Algunos balaron como corderos, otros ocultaron la cabeza como las tortugas. Antiguamente se crucificaba, ahora se ridiculiza: en la pérdida de vigor que caracteriza a todo progreso el clavo se ha estilizado en una carcajada. Sr William Thomson ridiculizó la herejía: todo cuerpo desplazándose por fuera de nuestra atmósfera terrestre estaría dotado de una velocidad planetaria; una piedra de granizo cayendo a través de nuestra atmósfera a una velocidad planetaria realizaría trece mil veces el trabajo que se necesita para elevar un grado centígrado la temperatura de su peso en agua: no caería, pues, en forma de piedra, sino que se fundiría, mejor aún, se volatilizaría.

Esta actitud de avestruz y estos balidos de pedantería deben ser considerados, en relación al año 1882, con tanto respeto como el que otorgamos a las muñecas de trapo que entretienen y hacen callar a las criaturas. Pero es a la supervivencia de las muñecas de papel hasta la madurez a lo que pongo objeciones. Estos devotos y estos necios creían que trece mil veces cualquier cosa puede tener en la cuasi-existencia un resultado exacto y calculable, mientras que no hay nada en la cuasi-existencia que pueda, salvo por ilusión o comodidad, ser tomado por una unidad.

Habichuelas, agujas, tachuelas y un imán. Agujas y tachuelas se adhieren al imán, se sistematizan en relación con él; pero si las habichuelas son atraídas, se convierten en irrecuperables para el Sistema y se alejan de él. Un miembro de la Salvation Army puede oír hablar sin cesar de datos que serían memorables para un evolucionista y no ser influido por ellos: los olvidará inmediatamente. Es increíble que sir William Thomson no haya oído hablar nunca de meteoritos fríos y de caídas lentas, cuyos datos tenían que haberle sido perfectamente accesibles en 1882, puesto que datan de 1860; meteoritos «tibios como la leche» admitidos por Farrington y por Merrill, un meteorito helado que no niega la ortodoxia actual. Sin duda, sir William no tuvo memoria para semejantes incompatibilidades.

Y aquí volvemos a hallar a Mr. Symons. Mr. Symons se ha aprovechado de la Ciencia de la meteorología probablemente más que ningún otro de sus contemporáneos: es decir, ha hecho mucho más que sus contemporáneos para hacer

[263] Rept. of 1882, p. 453.

patear la meteorología. Mr. Symons halló [264] «de lo más cómico» las ideas del profesor Schwedoff. Por mi parte, encuentro aún más divertido el que pueda hallarse por encima de la superficie terrestre una región que hará nacer una nueva Ciencia, la Supergeografía, gracias a la cual me inmortalizaré en la ojeriza de los escolares del futuro.

Bolas y fragmentos de meteoritos, objetos de Marte, de Azuria y de Júpiter, mensajes retrasados, bolas de cañón, ladrillos y clavos, coque y carbón de madera, viejos cargamentos nauseabundos, objetos que se cubren de hielo en una región y se pudren en otra. Existen, en la Supergeografía, todos los climas de la Geografía. Será preciso que acepte la existencia de campos de hielo, tan vastos como los del Ártico, flotando a la deriva en nuestro cielo terrestre, volúmenes de agua abarrotados de peces y de ranas, extensiones agrarias cubiertas de orugas.

Los aviadores del futuro subirán cada vez más alto y después descenderán allí de sus aparatos para estirar las piernas. La pesca es buena en esas regiones: sacarán sus aparejos y su carnada; encontrarán mensajes del otro mundo y, a las tres semanas, habrá una barahúnda de mensajes apócrifos. Un día redactará un mensaje turístico del Supermar de los Sargazos, para uso de los aviadores.

Peces gato de treinta centímetros de largo han caído en Norfolk, Virginia, junto con el granizo [265]. Restos vegetales, no solamente del orden nuclear, sino helados en la superficie de grandes pedruscos de granizo, en Toulouse, Francia, el 28 de julio de 1874 [266]. La descripción de una tormenta en Pontiac, Canadá, el 11 de julio de 1864, menciona gruesas piedras de granizo de seis centímetros de diámetro: «en el centro de una de ellas es hallada una pequeña rana verde» [267]. En Dubuque, Iowa, el 16 de julio de 1882, se encontraron dos ranas dentro de grandes pedazos de hielo caídos del cielo [268], en las cuales algunas extrañas particularidades indicaban que habían debido permanecer estacionarias o flotar largamente en algún lugar: pero me reservo el volver a hablar de este tema más adelante. El 30 de junio de 1841, peces, uno de los cuales medía treinta centímetros, caían en Boston y, ocho días más tarde, se registraba una caída de hielo y de peces en Derby [269] . En *Timbs'Year Book* [270] se habló mucho del fenómeno de Derby: los peces se hallaban en número considerable, su longitud era de seis centímetros; en *Atheneum* [271] se dice que uno de ellos pesaba ochenta y cinco gramos. El *London Times* [272] menciona que se identificaron los peces como espinochas, entre los cuales se hallaron fragmentos de hielo a medio fundir y pequeñas ranillas, algunas de las cuales aún estaban vivas. En este caso, pongo aparte la noción de granizo: el efecto de estratificación me parece significativo, pero pienso con mayor agrado en caídas de hielo celeste, dimanante tal vez del Supermar de los Sargazos.

[264] Nature, 41-135.
[265] Cosmos, 13-120. [266] La Science pour tous, 1874-270.
[267] Canadian Naturalist, 2-1-308. [268] Monthly Weather Review, junio de 1882.
[269] Living Age, 52-186. [270] Timbs'Year Book, 1842-275.
[271] Ateneum, 1841-542, citando al Sheffield Patriot.
[272] London Times del 15 de julio de 1841.

Juzguen ustedes mismos: bloques de hielo de treinta centímetros de circunferencia en Derbyshire, Inglaterra, el 12 de mayo de 1811 [273]; una masa cuboide de 18 centímetros de diámetro en Birmingham, seis días más tarde [274]; otra en Bangalore. India, el 22 de mayo de 1851, del tamaño de una calabaza [275]; masas de hielo de casi un kilogramo de peso cada una en el New Hampshire, el 13 de agosto de 1851 [276]; otras tan voluminosas como una cabeza humana en Delphos, en mitad de un tornado [277]; otras más, del tamaño de una mano humana, apaleando a millares de carneros en Texas, el 3 de mayo de 1877 [278]; o «tan anchas que no podían cogerse con una sola mano» en un tornado, en Colorado, el 24 de junio de 1877 [279]; pedazos de hielo de doce centímetros de largo en Richmond, Inglaterra, el 2 de agosto de 1811 [280]; masas de hielo de treinta y dos centímetros de circunferencia cayeron con el granizo en Iowa, en junio de 1881 [281]; «trozos de hielo» de veinte centímetros de largo y cuatro de grueso en Davenport, Iowa, en agosto de 1882 [282]; otras grandes como un ladrillo y de un kilogramo de peso en Chicago, el 12 de julio de 1883 [283]; pedazos de hielo de medio kilo de peso cada uno en la India, en mayo (?) de 1888 [284]; trozos de hielo de dos kilos de peso en Texas, en diciembre de 1893 [285]; otros de medio kilo en un tornado, el 14 de noviembre de 1901 en Victoria [286].

Por supuesto, estimo que todos estos bloques no fueron originados solamente por tornados, sino desprendidos y después precipitados por ellos. Flammarion [287] cita un pedazo de hielo de dos kilogramos caído en Cazorla, España, el 15 de junio de 1829; otro de cinco kilogramos caído en Sète, en Francia, en octubre de 1844. Y el *Scientific American* [288] señala la caída, en Salina, Kansas, en agosto de 1822, de una masa de hielo de ¡treinta y seis kilogramos de peso!

El 16 de marzo de 1860, en el transcurso de una nevada en Upper Wasdale, se encontraron bloques de hielo tan gruesos que, a distancia, se hubieran podido tomar por manadas de carneros [289]; y en Candeish, se recogía en 1828 un bloque de un metro cúbico [290].

[273] Annual Register, 1811-54.
[274] Thomson, Intro. to Meteorology, p. 179.
[275] Rept. Brit. Assoc., 1855-35
[276] Lummis, Meteorology, p. 129.
[277] Ferrel, Popular Treatise, p. 428.
[278] Monthly Weather Review, mayo 1877.
[279] Monthly Weather Review, Junio 1887.
[280] Symons'Met. Mag, 14-100.
[281] Monthly Weather Review, junio de 1881.
[282] Monthly Weather Review, agosto de 1882.
[283] Monthly Weather Review, julio 1883.
[284] La Nature, 37-42.
[285] Scientific American, 68-58.
[286] Meteorology of Australia, p. 34.
[287] The Atmosphére, p. 34. [288] Scientific American, 47-119, citando al Salina Journal.
[289] London Times, 7 abril 1860. [290] Rept. Brit. Assoc., 1851-32.

Datos tan numerosos no habían sido reunidos, que yo sepa, nunca antes; y sin embargo, el silencio que los rodea en los medios científicos informados no es habitual. El Supermar de los Sargazos puede no ser una conclusión inevitable, pero la llegada al suelo de hielo extraterrestre parece muy verosímil. Se ha preferido, lo sé, suponer que se podía tratar de pedrisco congelado.

En el *Bul. Soc. Astro. de France* [291] se dice que algunos bloques de hielo grandes como calabazas, recogidos en Túnez, fueron identificados como aglomeraciones de pedrisco. Sin embargo, cuando, el 14 de enero de 1880, en el transcurso de una violenta tormenta, cayeron sobre la nave del capitán Blakiston varios bloques de hielo, nada tenían que ver con el granizo: «Eran pedazos de hielo sólido de diferentes dimensiones y de formas irregulares, del tamaño de medio ladrillo» [292]. Y en agosto de 1849, en Ord, Escocia, la informe masa de hielo, de una circunferencia de seis metros, caída «después de violentos estampidos de truenos», era enteramente hielo homogéneo, salvo un fragmento que se parecía a una aglomeración de pedrisco [293].

Lo cual apoya de maravilla mi concepto de un origen externo: que grandes bloques de hielo puedan formarse en la humedad de la atmósfera terrestre es tan poco verosímil como la noción de bloques de piedra surgidos de una nube de polvo.

Anchos fragmentos planos de hielo, como copos, caídos en Poorhundur, en la India, el 11 de diciembre de 1854, pesaban varios kilogramos cada uno, supongo [294].

Hay vastos campos de hielo en las regiones o capas superárticas del Supermar de los Sargazos. Cuando se dislocan, sus fragmentos adoptan la forma de copos planos. Cuando estos campos de hielo aéreos se hallan lejos de la Tierra, sus fragmentos ruedan en el agua y el vapor, y forman lentamente granizo estratificado. Cuando, por el contrario, se hallan próximos, llegan al suelo en la forma plana que he descrito.

Hasta el momento en que vi la reproducción de una fotografía en el *Scientific American* del 21 de febrero de 1914, suponía que estos bancos debían hallarse a dieciséis o treinta y dos kilómetros de la Tierra, e invisibles a los observadores terrestres, salvo bajo el aspecto de estos vapores que señalan a menudo los astrónomos y meteorólogos. Pero la fotografía de que hablo pretende representar una aglomeración de nubes, indudablemente poco elevadas, de donde se desprende su claridad de detalles. El comentarista escribía que estas nubes le hacían pensar «en un banco de hielo». Y presentaba, debajo de la primera foto, una imagen de un banco de hielo convencional flotando a ras del agua. El parecido entre las dos fotos es sorprendente. Y sin embargo, me parece increíble que la primera pueda representar un campo de hielo aéreo, que la gravitación pueda dejar de actuar apenas a dos kilómetros de la superficie terrestre.

[291] Bul. Soc. Astro. de France., 20-245. [292] London Roy. Soc. Proc., 10-468.
[293] Edinburgh New Philosophical Magazine, 47-371, citando el AdvertiserScotsman.
[294] Report of the British Association, 1855-37.

A menos que exista lo excepcional que, juego y capricho de las cosas, la gravitación terrestre, extendiéndose a veinte o veinticinco kilómetros de altura, esté sometida a ritmos.

Sé que, en las pseudofórmulas de los astrónomos, la gravitación es esencialmente una cantidad fija. Pero supongamos que la gravitación sea una fuerza variable, y los astrónomos se deshincharan, con un silbido muy perceptible para asumir la condición abierta de los economistas, de los biólogos, de los meteorólogos y de todas las más humildes divinidades que no pueden ofrecer más que aproximaciones inestables. Remito a todos aquellos que no quisieran oír del silbido de la arrogancia en su huida, a los capítulos de Herbert Spencer sobre el ritmo de todos los fenómenos.

Si todo lo demás: la luz de las estrellas, el calor del sol, los vientos y las mareas, las formas, tamaños y colores de los animales, los precios, las ofertas y las demandas, las opiniones políticas y las reacciones químicas, las doctrinas religiosas, las intensidades magnéticas, el tic-tac de los relojes, la huida y el regreso de las estaciones… si todo lo demás es variable, considero que la noción de la gravitación fija y formulable no es más que otra tentativa de positivismo, abocada al fracaso como todas las demás ilusiones de realidad de la cuasi-existencia. El intermediarismo quiere que la gravitación, aunque acercándose mucho más a la invariabilidad que los vientos, por ejemplo, deba situarse entre los Absolutos de la Estabilidad y de la Inestabilidad.

Los bancos de hielo aéreos, pues, aunque en general demasiado alejados como para ser más que vapores, se acercan, a veces, lo suficiente como para que se les pueda contemplar con detalle. Un ejemplo de estos «vapores» [295] muestra un cielo sorprendentemente claro, pero muy cerca del sol, «una bruma blanca y ligera, curiosamente congelada y casi cegadora». Considero que, a veces, estos campos de hielo pasan entre el Sol y la Tierra, que numerosas capas o espesos campos superpuestos de hielo eclipsan entonces al Sol.

El 18 de junio de 1839 [296], una tenebrosa oscuridad se abatió sobre la ciudad de Bruselas, sobre la cual cayeron placas de hielo de tres centímetros de largo.

Intensa oscuridad en Aitkin, Minnessota, el 2 de abril de 1889: fueron registradas caídas de arena y «fragmentos sólidos de hielo» [297].

En Cosmos [298] se dice que en Rouen, el 5 de julio de 1853, cayeron bloques de hielo grandes como la mano, y que parecían haberse desprendido todos de un mismo y enorme bloque: era, imagino, un iceberg volante. Pero, en la horrible obcecación o la casi absoluta estupidez del siglo XIX, a nadie se le ocurrió buscar en dichos bloques huellas de osos polares o de focas.

[295] Prop. Sci. News, febrero de 1884.
[296] Flammarion The Atmosphére, p. 394.
[297] Science, 19 de abril de 1889.
[298] Cosmos, 3-116.

En Portland, Oregón, durante el tornado del 3 de junio de 1894, la Oficina meteorológica registró la caída de fragmentos de hielo de doce centímetros cuadrados. «Daban la impresión, declara un observador [299], de un vasto campo de hielo suspendido en la atmósfera y roto repentinamente en fragmentos grandes como la palma de una mano».

Voy a presentar, ahora, algunos datos dignos de mención, pertenecientes a una sección más bien delicada de la Supergeografía. Vastos campos de hielo aéreos: cuando la idea se me hizo subvencional, concebí nítidamente vastas láminas de hielo, a varios kilómetros por encima de la Tierra, después la radiante claridad del Sol y la fusión parcial de los hielos (recuerden el hielo de Derby): el agua goteando y formando estalactitas en la superficie interior del banco de hielo. Creí ver, por encima de mi cabeza, el techo de una caverna de hielo o estas papilas familiares, a ciertas horas del día, en los jóvenes becerros hambrientos. Pero entonces, pensé, si bajo este banco de hielo aéreo se forman estalactitas, es que el agua cae hacia la Tierra: una estalactita no es otra cosa que una expresión de la gravitación. Y si el agua fundida cae hacia la Tierra, ¿por qué no cae el mismo hielo antes de poder formarse? Podrá observarse en la cuasi-existencia, donde todo es paradoja, que el hielo cae menos fácilmente que el agua, puesto que esta es más pesada en relación a su masa, lo cual me dirige hacia mi siguiente conclusión.

Un vasto banco de hielo aéreo sería inerte con relación la gravitación terrestre pero, por obra del flujo y la variación universales, se encararía parcialmente hacia la Tierra y se haría susceptible a la gravitación. Por cohesión hacia la masa principal, esta parte permanecería sólida, pero el agua caería, formando estalactitas que, por el efecto de distintas perturbaciones, se precipitarían, a veces, en fragmentos. Se dijo del hielo caído en Dubuque, Iowa, el 1º de junio de 1882 [300] que sus fragmentos medían cuarenta centímetros de circunferencia, y comportaban estalactitas de dos centímetros de largo. No se trataba, insisto, de granizo. Considero que, a veces, el propio granizo cae por alguna concusión o por el choque de algo contra la cara interior de la capa glaciar. En Oswego, estado de Nueva York, el 11 de junio de 1889, cayeron, según el Turin (N. Y.) Leader en el curso de una tormenta, «fragmentos de granizo» [301], y en Florence Island, en el río San Lorenzo, el 8 de agosto de 1901 cayeron, en plena granizada, «estalactitas de hielo en forma de lápices, de dos centímetros de longitud» [302].

Y, durante semanas, un banco de hielo de la región superártica puede estacionarse encima de un lugar cualquiera de la superficie terrestre y, por la acción tardía del sol, provocar extraños accidentes: persistente caída de agua de un cielo sin nubes sobre una parcela determinada de la Tierra, a media tarde, a una hora en la que los rayos del sol han tenido tiempo de producir sus efectos.

[299] Monthly Weather Review, junio 1894.
[300] Monthly Weather Review, junio 1882
[301] Monthly Weather Review, junio 1889.
[302] Monthly Weather Review, 29-506.

El 21 de octubre de 1886 se produjo una caída de agua de tres semanas de duración en Charlotte, Carolina del Norte, localizada en un punto especial. Cada tarde, hacia las tres, tanto si el cielo estaba claro como nublado, el agua o la lluvia caían en aquel lugar [303]. El fenómeno fue así descrito en la Review, por un observador del Servicio de Señales:

«Un extraño incidente tuvo lugar el 21. Habiendo sabido que, durante varias semanas anteriores a esta fecha, había llovido cada día, pasadas las tres de la tarde, en un lugar preciso, situado entre dos árboles, en la esquina de la calle 9ª y la calle D., acudí al lugar y observé una precipitación en forma de lluvia a las cuatro horas y cuarenta y siete minutos y a las cuatro horas cincuenta y cinco minutos, mientras el sol brillaba con toda su fuerza. El 22, acudí de nuevo a aquel lugar y, de las cuatro horas cinco minutos a las cuatro horas veinticinco minutos, un ligero chaparrón cayó de un cielo sin nubes. A veces, la precipitación cae en poca cantidad, pero siempre se produce en el centro del espacio que separa estos dos árboles y, en lo más débil del chaparrón, no se produce más que en el centro mismo».







[303] Monthly Weather Review, octubre de 1886, citando al Charlotte Chronicle del 21 de octubre de 1886.

14

Vemos las cosas convencionalmente. Y no sólo pensamos, actuamos, hablamos y vestimos todos de la misma manera, como por rendición unicelular a la tentativa social de una entidad, sino que también vemos lo que se considera como «conveniente» de ver. Resulta casi ortodoxo asegurarle a un niño que un caballo no es un caballo, y preguntarle a un necio si una naranja es una naranja. Siempre me ha parecido interesante recorrer una calle, observar lo que me rodea y preguntarme a qué se parecerían todas esas cosas si no se me hubiera enseñado a ver caballos, árboles y casas allí donde hay caballos, árboles y casas. Estoy persuadido de que, para una visión superior, los objetos no son más que compulsiones locales, amalgamándose indistintamente unos con otros en un gran todo global.

Creo que puede ser muy verosímil el sostener que, en varias ocasiones, Elvera, Monstrator y Azuria han atravesado los campos telescópicos de nuestra visión sin ser percibidos, porque no era «conveniente» que fueran percibidos, ni respetable, ni respetuoso porque esto sería insultar las viejas osamentas, provocar las influencias malignas de las reliquias de San Isaac.

Mis datos: vastos mundos sin órbitas, navegando o flotando a la deriva en las corrientes y mareas interplanetarias. La cuestión es inevitable: estos otros mundos o estas superconstrucciones celestes, ¿han sido vistos por los astrónomos?

A mi modo de ver, sería torpe considerar a todos los astrónomos como mirones bizcos que se contentaran con ver lo respetable y lo respetuoso. Es fácil decir que se sumergieron en un estado de hipnosis, puesto que todo astrónomo, mirando fijamente a la Luna, se deja sugestionar por ella. Pero los mundos en cuestión visitan o cruzan la Luna, o se bailan en suspensión momentánea por encima de la misma, lo que nos llevaría a creer que, en más de una ocasión, han debido de caer en el diámetro de una hipnosis de astrónomo.

De hecho, al igual que los océanos terrestres son surcados por naves de las líneas regulares, pero también por buques errantes, en los superocéanos del espacio debe de haber igualmente, además de los planetas regulares, algunos mundos errantes. Los astrónomos son como puristas mercantiles que negaran el vagabundeo comercial.

Sostengo, pues, que existen, en el espacio celeste, mundos vagabundos que los astrónomos han excluido porque su falta aparente de seriedad constituía una afrenta directa a lo puro, a lo preciso y a lo positivo. Y también porque se les percibe muy raramente. Los planetas reflejan obstinadamente la luz del Sol y, sobre esta uniformidad, se ha construido todo un sistema que yo titularía Astronomía Primaria. El material de la Astronomía Avanzada se compondrá, por el contrario, de fenómenos celestes tanto oscuros como luminosos, o variables a la manera de algunos satélites jupiterianos, pero llevados a un mayor alcance. Oscuros o luminosos, tales fenómenos

han sido vistos y señalados tan a menudo, que la única razón importante de su exclusión parece ser su poca aptitud a doblegarse a las conveniencias.

Nadie puede escaparse de cierta forma de provincianismo: yo me preocuparía muy poco de los cuerpos oscuros exteriores a nuestro sistema solar. Antiguamente, estos cuerpos oscuros del espacio exterior hubieran sido malditos: actualmente, son sancionados por el profesor Barnard. Y si él los acredita, pueden ustedes dirigirles un pensamiento sin ningún miedo al ridículo o al sacrilegio, tan próximo es el parentesco entre lo malo y lo absurdo. Lo ridículo, ¿no es acaso la escoria de lo malo?

Esto ocurre por ejemplo, con el compañero oscuro de Algol, admitido por los puristas y los positivistas. En los Proceedings of the National Academy of Science [304], el profesor Barnard habla de un «objeto» citado en Cepheus. Piensa que hay cuerpos oscuros y opacos en el exterior del sistema solar. Después, más adelante, modifica su punto de vista hablando en el *Astrophysical Journal* [305]. Esto no es atractivo. Soy de la opinión de que Venus, por ejemplo, ha sido visitado a menudo por otros mundos o por superconstrucciones de las que caen cenizas y carbón, y que a veces estos objetos han reflejado luces que los señalan a los astrónomos profesionales. Este capítulo, ya lo van a ver, está compuesto enteramente por Brahmanes malditos, que continuarán, por hipnosis o por inercia, queriendo imponerse, al igual que tantos sabios del siglo XIX han continuado admitiendo el poder del sistema precedente so pena de pulverizar la Continuidad. ¡Y corro el peligro de ser transferido instantáneamente al Positivo Absoluto!

Recalco, de paso, que mis datos malditos están sacados de las observaciones de astrónomos de gran renombre, excomulgados por astrónomos de idéntico renombre, pero sostenidos por la dominante de su Época, y para los cuales el espíritu debe equilibrarse o sumirse en la nada. En este libro puedo mostrar la actitud de enfrentarme a los dogmatismos y las pontificaciones de varios sabios eminentes, pero esto no es más que pura comodidad, porque parece necesario personalizar. Si hojeamos las *Philosophical Transactions* o las publicaciones de la Real Sociedad de Astronomía, leeremos, por ejemplo, que Herschell era tan impotente como un muchachito con gemelos, cuando se trataba de hacer aceptar una observación que no armonizaba con el sistema que se desarrollaba, independientemente de él y de sus compañeros, lo mismo que un embrión en fase de desarrollo impulsa a todas las células a revestir las apariencias según al diseño inicial, al desarrollo del programa preestablecido del conjunto.

Visitantes en Venus:

En 1845, un cuerpo, demasiado largo como para parecerse a un satélite, fue observado cerca de Venus [306]. Una observación semejante fue señalada cuatro veces en la primera mitad del siglo XVIII. La última data es de 1797.

[304] Proceeding of the National Academy of Science, 1915-394.

[305] Astrophysical Journal, 1916-1

[306] Evans, Way of the Planets, p. 140

Un cuerpo largo fue observado siete veces en las proximidades de Venus [307]. Un astrónomo al menos, Houzeau, aceptó estas observaciones y denominó a este mundo, este planeta o esta superconstrucción: «Neith». Menciona de pasada su punto de vista, aunque sin suscribirlo definitivamente [308].

Ya sea Houzeau o un autor de folletín, la oscuridad externa le parecerá siempre completamente idéntica. La aparición de un nuevo satélite en el sistema solar puede parecer turbadora, aunque las fórmulas de Laplace, consideradas en su tiempo como definitivas, hayan sobrevivido a la admisión de quinientos o seiscientos cuerpos que no se incluían en las mismas. Un satélite de Venus puede aparecer como perturbador, pero explicable, mientras que un cuerpo alargado acercándose a un planeta, retrasándose un poco, desapareciendo después, para volver un poco más tarde y, digamos, echar el ancla… esto es lo que hará Neith aún más impopular que Azuria.

Un cuerpo [309] que reflejaba la luz o, al menos, una mancha brillante, se acercó a Marte el 25 de noviembre de 1894, como lo atestiguan el profesor Pickering y sus colegas del observatorio de Lowell. Luminoso por sí mismo, según parece, planeó por encima de la parte oscura del planeta Marte. Se le tomó por una nube, pero se estimó que se hallaba a treinta y cuatro kilómetros del planeta.

Una mancha luminosa se colocó a través del disco de Mercurio en 1799, según Harding y Shroeter [310].

En el primer boletín publicado por el observatorio de Lowell, en 1903, el profesor Lowell describía un cuerpo observado el 20 de mayo de 1903 cerca de Marte, que fue negado el 27 de mayo, para ser desplazado a más de cuatrocientos cincuenta kilómetros de su punto de aparición, y al que se identificó finalmente como «una nube de polvo».

En octubre y noviembre de 1911, se vieron sobre el disco de Marte manchas extremadamente brillantes [311]. Así fueron aceptadas, aunque no regularizadas, las seis o siete observaciones que permitieron a un astrónomo bautizar con el nombre de «Neith» a un mundo, un planeta o un satélite desconocido.

Monstrator, Elvera, Azuria y Super Románimus. Así pues, la herejía, la ortodoxia y la unidad de toda apariencia, mis medios, mis maneras y mis métodos vuelven a lo mismo. Y si nombro cosas que no pueden existir, no soy el único en hacerme culpable de una nomenclatura de ausencias.

Pero volvamos a Leverrier. Leverrier y «Vulcano». Par a demostrar que una espuma

[307] Science Gossip, 1886-178.
[308] Trans. N. Y. Acad., 5-249.
[309] Astrophysical Journal, 1-172
[310] Monthly Notice of the R.A.S, 38-338.
[311] Popular Astronomy, vol. 19, nº 10

es susceptible de hundirse, basta con plantar una aguja en su burbuja mayor. La Astronomía y la inflación: por inflación, designo la expansión de lo atenuado. La Ciencia de la Astronomía es una tensa película fantasmal de filamentos mitológicos, pero se acerca mucho más a la sustancialidad que el sistema precedente. Si ustedes forman parte de aquellos a quienes los astrónomos han hipnotizado para poder a su vez distribuir la hipnosis (puesto que el dominio del hipnotizador no es el poder magistral que se supone, sino la simple transferencia de un mismo estado en un hipnotizado a otro), si, pues, ustedes forman parte de estas víctimas, no serán tampoco capaces de recordar a Leverrier y al «planeta Vulcano». De aquí a unas diez páginas, la anécdota se habrá borrado de su mente como las habichuelas sobre un imán, o los datos de meteoritos fríos en la mente de un Thomson. Pero, al menos, tendrán la impresión momentánea de un fracaso histórico que sólo se produce en la cuasi-existencia.

En 1859, el doctor Lescarbault, astrónomo aficionado en Orgères, Francia, anunció que, el 26 de mayo, había observado un cuerpo de importancia planetaria atravesar el Sol. Abordamos aquí un tema tan profano para el presente sistema como lo eran mis propios temas para el sistema precedente. Pero pocos libros de texto olvidan enteramente esta tragedia. El método sistemático consiste en dar muy pobres ejemplos de lo profano, para poder disponer en seguida de ellos. Si quisieran negar la existencia de las montañas, registrarían algunas observaciones de muy ligeras prominencias en las cercanías de Orange, en New Jersey, para arrojar en seguida el descrédito sobre estas observaciones poco dignas de interés. Los libros de texto mencionan algunas de las «supuestas» observaciones del «planeta Vulcano», para pasar en seguida a otra cosa.

El doctor Lescarbault escribió a Leverrier, quien acudió precipitadamente a Orgères. Esta información correspondía a sus propios cálculos sobre la existencia de un planeta entre Mercurio y el Sol. Puesto que nuestro sistema solar no ha alcanzado jamás una Regularidad Positiva, hay, tanto para Mercurio como para Neptuno, fenómenos irreconciliables con toda fórmula, así como movimientos que revelan una influencia exterior. Se dijo que Leverrier «se sintió satisfecho en cuanto a la exactitud sustancial de la observación señalada» [312]. El relato de su investigación es magnífico, no quiero infligir a este pequeño necio mis estragadas rudezas, pero es divertido observar la ingenuidad de una época de la que los dogmas actuales son una supervivencia. Leverrier acudió corriendo a Orgères, pero no reveló su identidad a Lescarbault. Entró en su casa y «sometió al doctor a un severo contrainterrogatorio»: como si ustedes y yo nos permitiéramos el lujo de hacer irrupción en casa de no importa quién y de hacernos los malos. «Lo puso contra la pared, planteándole una pregunta tras otra». Y fue solamente cuando se sintió plenamente satisfecho que se dignó presentarse. Supongo que Lescarbault expresó alguna sorpresa. Hay, en esta historia, algo utópico: uno se siente lejos de la indiferencia neoyorkina.

Leverrier bautizó el objeto con el nombre de «Vulcano». Por los mismos medios gracias a los cuales se supone, aún hoy, que se descubrió Neptuno, habían anunciado ya la probable existencia de un cuerpo (o de un grupo de cuerpos) intramercuriano.

[312] Monthly Notices, 20-98.

Reunió cinco observaciones además de la de Lescarbault y, en concordancia con las hipnosis matemáticas de su época, estudió aquellos seis pases y extrajo de ellos elementos que atribuían a «Vulcano» un periodo de veinte días y una fórmula permanente de longitud heliocéntrica. Pero localizó en 1877 el mejor año para la observación de este planeta. Considerando el hecho de que le quedaban aún bastantes años de vida, pudo concederse una buena dosis de paciencia. Si no conociéramos ya un poco el campo de la hipnosis, podríamos sorprendernos de que, habiendo «descubierto» Neptuno por un método casi tan recomendable como el del «descubrimiento» de las brujas, se lanzara a esta aventura. Habiendo acertado a propósito de Neptuno, podía equivocarse con respecto a «Vulcano» y caer por debajo del *standard* de los cartománticos, quienes jamás trabajan sobre una base del cincuenta por ciento.

El 22 de marzo de 1877, fecha memorable, el mundo científico se envaraba en sus asientos, con la nariz dirigida al cielo. La cosa se llevó a cabo con espléndida autoridad: jamás un papa se pronunció con tal aspecto de finalidad. Si se ponían seis observaciones, una junto a otra, no hacía falta nada más.

El redactor de *Nature*, una semana antes de la fecha de la predicción, parecía encontrar difícil explicar cómo seis observadores, desconocidos entre ellos, podían haber formulado sus datos, si no se trataba de fenómenos relacionados entre sí. Pero es ahora cuando sobreviene la mayor crisis de este libro.

Las fórmulas están en contra nuestra. Pero fórmulas astronómicas, basadas en observaciones concordantes, efectuadas a tantos años de distancia y calculadas por un Leverrier, ¿pueden tener tan poco sentido, positivamente hablando, como todos los demás pseudofenómenos estudiados hasta ahora? La víspera del 22 de marzo de 1877, se hicieron numerosos preparativos. En Inglaterra, el Astrónomo Real se hallaba en la más apremiante expectativa de su carrera: notificó a los observadores de Madrás, Melbourne, Sydney, Nueva Zelanda, Chile y Estados Unidos. Struve había preparado las observaciones en el Japón y en Siberia.

Finalmente, el 22 de marzo de 1877. Yo mismo, sin la menor hipocresía, lo encuentro patético. Si alguien quisiera poner en duda la sinceridad de Leverrier en aquellas circunstancias, quiero precisar, sea esto o no significativo, que murió algunos meses más tarde.

Creo que voy a volver a Monstrator, pese a que el tema sea tan amplio que tal vez sea conveniente volver a tratarlo en más de otra ocasión. El 9 de agosto, M. de Rostan, de Basilea, Suiza, tomaba la altitud del sol en Lausana cuando vio un cuerpo en forma de huso, de tres dedos de ancho y nueve de largo, avanzar lentamente atravesando el disco solar, «a la mitad de la velocidad de lo que lo hacen las manchas solares ordinarias» [313]. No desapareció hasta el 7 de setiembre, al alcanzar el limbo del sol. En razón a su carácter fusiforme, me inclino a pensar en un superzepelin, pero otra observación parece indicar que se trataba de un mundo: aunque opaco y

[313] Annual Register, 9-120.

«eclipsado al sol», estaba rodeado de una especie de nebulosidad, ¿tal vez una atmósfera? Una penumbra indicaría ordinariamente una mancha solar, pero algunas observaciones prueban que el objeto estaba a una considerable distancia del Sol. Otro observador, estudiando el Sol a la misma hora en París; no vio el objeto, pero M. Croste, de Sole, es decir a unos doscientos setenta y un kilómetros al norte de Lausana, lo observó, descubriendo la misma forma de huso, pero discutiendo un poco su envergadura. Y, detalle importante: Croste y De Rostan no lo vieron en el mismo lugar sobre el Sol. Es un asunto de paralaje, y de gran paralaje, si se piensa en la invisibilidad de París: de ello saco la conclusión de que, durante el verano de 1762, un gran cuerpo opaco en forma de huso atravesó el disco solar a una gran distancia del Sol. El redactor del Register escribió: «En una palabra, no conocemos nada del cielo a lo cual se pueda recurrir para explicar este fenómeno». Tengo la idea de que este señor no era el esclavo encadenado a toda explicación, y que debía ser muy abierto en sus hábitos. En cuanto a mí… *Monstrator*.

En *Monthly Notices of the R.A.S*. [314], Leverrier, que no perdió jamás su confianza hasta el último día, publicó las observaciones que había formulado sobre un cuerpo desconocido de dimensiones planetarias. Aquí están: Fritsche, 10 de octubre de 1802; Stark, 9 de octubre de 1819; De Cuppis, 30 de octubre de 1839; Sidebotham, 12 de noviembre de 1849; Lescarbault, 26 de marzo de 1859; Lummis, 20 de marzo de 1862.

Si no tuviéramos el hábito de la Ciencia en los aspectos esenciales de la Omisión, nos sentiríamos mistificados e impresionados, como el redactor de *Nature*, por tan bonita formulación de datos. Pero pensamos que con tal número de omisiones, los astrónomos y los videntes pueden formular no importa qué (me comprometo, por mi parte, a formular las periodicidades de una muchedumbre en Brooklyn), por ejemplo, que todos los miércoles por la mañana un hombre de gran estatura, con una sola pierna y un ojo negro, llevando una planta artificial de caucho, pasará frente al Singer Building a las diez y cuarto. Y si un miércoles por la mañana un muchacho empujando un barril de cerveza o una negra gorda llevando su semanal ropa sucia acertara a pasar por el lugar indicado, la práctica de la omisión haría la predicción muy aceptable para toda cuasi-existencia. Digo, pues, que Leverrier no formuló jamás observaciones, sino que eligió observaciones que podían ser formuladas; que, hipnotizado, transfirió su condición a tantísimas personas que, el 22 de marzo de 1877, hizo que la Tierra se erizara de telescopios, manejados por igual número de astrónomos rígidos y casi inanimados. ¿Y creen ustedes que la Astronomía sufrió en lo más mínimo en su prestigio cuando no ocurrió nada? En absoluto. El espíritu de 1877 estaba ya superado. Si, en un embrión, algunas células no sobreviven a los fenómenos de su era, las otras respetarán las apariencias previstas. Las células del estadio de reptil no son falsas más que desde el momento en que el embrión llega al estadio de mamífero.

[314] Monthly Notices of the R.A.S., febrero de 1877

Creo que, entre tantos informes igualmente auténticos de alargados cuerpos planetarios aproximándose al Sol, Leverrier debió de escoger seis. Al no creer que los demás datos concernieran también a cuerpos planetarios importantes y eliminándolos arbitrariamente, hipnótica o heroicamente, tuvo, para formularlos, que excluir falsamente. Puesto que el desenlace debió de matarlo, no tengo la intención de situarlo junto a los Grays, Hitchcocks y Symons. Quizá fue pérfido al fijar una fecha tan lejana, pero tuvo el valor de sostenerla hasta el último momento: creo que Leverrier debió ser transferido al Positivo Absoluto.

Los datos rechazados: el 26 de julio de 1819, Gruthinson observa dos cuerpos atravesando juntos el sol. Según el astrónomo J. R. Hind, Benjamín Scott, Chamberlán de la ciudad de Londres, y Mr. Wray, vieron en 1847 un cuerpo completamente idéntico a «Vulcano» atravesar el Sol [315]. Observación idéntica de Hind y Lowe, el 12 de marzo de 1849 [316]. Un cuerpo del tamaño aparente de Mercurio fue observado el 29 de enero de 1860 por E. A. R. Russell y otros cuatro observadores, atravesando el Sol [317]. Observación de Le Vico, el 12 de julio de 1837 [318] Otro astrónomo aficionado, M. Coumbray, de Constantinopla, le había escrito a Leverrier que el 8 de marzo de 1885 vio un punto negro claramente recortado atravesar el disco solar, destacándose de un grupo de manchas solares cerca de la corona, cita el *L'année Scientifique*. Según el diagrama de M. Coumbray, un paso central hubiera tomado un poco más de una hora. Dicha observación fue rechazada por Leverrier, porque su fórmula hubiera necesitado de una velocidad cuatro veces mayor.

Lo importante es que todas estas observaciones son tan auténticas como las de Leverrier, por lo que, sobre datos tan satisfactorios como los de «Vulcano», cabe suponer la existencia de otros «Vulcanos». De aquí la omisión heroica y desafiante que consiste en formular uno y suprimir a todos los demás, los cuales, según la fórmula ortodoxa, deberían haber influido al primero, si se hallaban todos en el relativamente restringido espacio comprendido entre Mercurio y el Sol. Otro cuerpo idéntico fue objeto de una observación por Mr. Weber, de Berlín, el 4 de abril de 1876, del cual Wolf informó a Leverrier en agosto de 1878 [319]… lo cual no ocasionó la menor diferencia para este notable positivista.

Otras dos observaciones fueron anotadas por Hind y Denning [320]. Después vienen [321]: Standacher, en febrero de 1862, Lichtenberg, el 19 de noviembre de 1762; Hoffman, mayo de 1764; Dangos, 18 de enero de 1798; Stark, 12 de febrero de 1820. Una observación hecha por Schmidt, el 11 de octubre de 1847, se opina que es dudosa. Pero en la página 192 se asegura que dicha duda proviene de una traducción errónea, citándose otras dos observaciones hechas por Schmidt el 14 de octubre de 1849 y el 18 de febrero de 1850, y después otra por Lofft, el 6 de enero de 1818.

[315] Nature, 14-469.
[316] L'Année Scientifique, 1876-9
[317] Nature, 14-505
[318] Observatory, 2-424. [319] L'Année Scientifique, 1876-7
[320] London Times, 3 de noviembre de 1871 y 26 de marzo de 1873.
[321] Monthly Notices of the R.A.S., 20-100

Finalmente, una observación de Steinheibel, en Viena, el 27 de abril de 1820 [322]. Haase reunió, por su lado, informes de veinte observaciones parecidas a las de Lescarbault, cuya lista fue publicada por Wolf en 1872.

Pastorff [323] señala que vio, dos veces en 1836 y una vez en 1837, dos manchas redondas de tamaño desigual moverse a través del sol, una cambiando de posición con relación a la otra, tomando una dirección, sino una órbita, distinta cada vez, y que en 1834 vio otros cuerpos semejantes atravesar seis veces el disco solar, pareciéndose mucho a Mercurio en sus pases.

La sombra del 22 de marzo de 1877. Pero recalcar la pobre media de Leverrier descubriendo planetas sobre una base del cinco por ciento, sería poner de relieve el pequeño porcentaje de realidad que caracteriza la tela casi mística de que se compone todo el sistema. No acuso a los libros de texto de omitir este fracaso, pero les hago sospechosos de buscar distraer la atención del público. Se trata de paliar el error de Leverrier y de censurar al pobre Lescarbault, ese aficionado. El ataque proviene del señor Lias, director de la Inspección de costas brasileñas, el cual, en el momento de la autodicha observación de Lescarbault, vigilaba el Sol: en lugar de ver tan sólo las manchas solares normales, notó que la región del «pretendido pase» era de una intensidad uniforme.

Esta intensidad uniforme me sirve tanto como me perjudica: un día, alguien encontrará el medio de aniquilar la tercera ley de Newton, si toda reacción o toda resistencia es o puede ser interpretada en términos de estimulante. Si eso pudiera realizarse dentro de la mecánica, el inventor podría adueñarse del mundo. En esta circunstancia específica, la «intensidad uniforme» significa que Lescarbault no vio una mancha solar ordinaria, puesto que significa la ausencia de toda mancha solar. Persigo la interpretación de una resistencia bajo la forma de una asistencia (preguntándome cuáles serían sus aplicaciones al vapor y a la electricidad), insistiendo en que la invisibilidad en el Brasil significaba el paralaje tanto como la ausencia, y en la medida en que «Vulcano» demostraba estar alejado del Sol, interpreto toda denegación como una confirmación, lo cual es, por supuesto, el método de todo sabio, político, teólogo u orador universitario.

Así, pues, los libros de texto, sin habilidad especial, puesto que no se les exige, conducen a sus lectores a despreciar al aficionado de Orgères y a olvidarse de Leverrier; lo cual no impide que los datos existan. Si un hombre eminente presintiera un terremoto y este no se produjera, el profeta quedaría desacreditado, pero los datos de antiguos terremotos seguirían siendo completamente válidos. Es fácil reírse de las ilusiones de un único aficionado. Pero las observaciones de Fristche, Stark de Cuppis, Sidebotham, Lescarbault, Lummis, Gruthinson, De Vico, Scott, Wray, Russell, Hind, Lowe, Coumbray, Weber, Standacher, Lichtenberg, Dangos, Hoffmann, Schmidt, Lofft, Steinheibel, Pastorff… son lo bastante formidables como para evitar el olvido: y no son aún más que una vanguardia. A partir de ahora, los datos de los grandes cuerpos celestes, unos oscuros y otros luminosos, pasarán y pasarán y volverán a pasar. Y

[322] Monthly Notices, 18-62.
[323] Amer. Jour. Sci., 2-28-446.

quizá, sí, quizá después del paso de la procesión, algunos de nosotros recordaremos aún algo.

Brahmanes doblemente garantizados en relación a los bautizados, los objetos del 29 de julio de 1878 saltan tan fuerte a la vista, que sólo una indiferencia, lindante con la monotonía, puede explicar la recepción que les hizo el Sistema: en el momento del eclipse total del 29 de Julio de 1878, el profesor Watson, de Rawlins, Wyoming, y el profesor Swift, de Denver, Colorado, señalaron la presencia de dos objetos brillantes a considerable distancia del Sol. Está en concordancia con mi opinión general el hecho de que no hay un planeta intermercuriano, sino más bien diferentes cuerpos y varios enormes objetos, a veces cerca de la Tierra, a veces en las proximidades del Sol: mundos sin órbitas (que concibo, vista la aparente ausencia de colisiones, dotados de un mando gobernable), o superconstrucciones dirigibles.

El profesor Watson y el profesor Swift publicaron sus observaciones, lo cual sitúa a la indiferencia científica en el lugar de las exclusiones racionales. Los rutinarios de los libros de texto estiman que estos dos testimonios estaban en mutuo desacuerdo: y aun testimoniando el más vivo pesar, especialmente en relación al profesor Swift, llegaron a una coincidencia que sugestionó, a centenares de kilómetros de distancia, a dos astrónomos a observaciones contradictorias. Pero el profesor Swift escribió en *Nature* [324] que su observación era muy aproximada a la del profesor Watson; más aún: en *Observatory* [325], dijo que sus cálculos y los de Watson «se confirmaban mutuamente». Los fieles insistieron entonces en el hecho de que Watson y Swift habían debido tomar dos estrellas por dos cuerpos extraños. El profesor Watson insistió, en *Observatory* [326] sobre el hecho de que había censado previamente todas las estrellas que rodeaban el Sol hasta la séptima magnitud: de todos modos fue condenado.

Demostración del mecanismo de exclusión: antes de que se pronunciara la excomunión, Lockyer escribía tajantemente, sobre este tema [327]: «No hay ninguna duda: el profesor Watson ha descubierto un planeta intramercuriano. Estoy seguro de que se integrará en las órbitas de Leverrier». No se integró. «No he hecho jamás — dijo el profesor Swift [328] — una observación más válida, más indudable». Fue condenado de todos modos. Cuerpos que parecían oscuros, y luces que podían ser reflejos solares sobre objetos, masas o construcciones interplanetarias. Luces observadas sobre o cerca de la luna. Herschel señaló, en *Philosophical Transactions* [329], varios puntos luminosos localizados sobre o cerca de la Luna, en el curso de un eclipse. Podemos preguntarnos cómo podían ser luminosos, si la propia Luna estaba oscura. Pero examinaremos más tarde el hecho de que numerosos objetos luminosos han o no han cruzado la Tierra en plena noche. La abundancia de estas luces es un

[324] Nature, 19 de setiembre de 1878.
[325] Observatory, 2-161.
[326] Observatory, 2-193.
[327] La Nature, 20 de agosto de 1878
[328] La Nature, 21-1301.
[329] Philosophical Transactions, 82-27.

factor nuevo, o una nueva complicación en mis exploraciones. Un nuevo aspecto del hábitat o de la ocupación interplanetaria. Mundos en hordas y seres alados. No me sentiré sorprendido si termináramos por descubrir ángeles, o animales-máquinas, galeones de los viajeros celestes. En 1783 y en 1787, Herschel señaló otras luces próximas a la Luna, que supuso eran de origen volcánico. Pero la palabra de un Herschel no tiene más peso, en el caso de divergencia no ortodoxa, que la de un Lescarbault. Sus observaciones fueron relegadas al olvido.

En noviembre de 1821, se vieron vivas manchas cerca de la Luna [330]. Loomis cita cuatro casos [331]. Otra se parecía a una estrella cruzando la Luna, «cosa que supe, inmediatamente, que pertenecía al campo de lo imposible», comenta el observador [332]. «Era una luz fija y persistente situada en el lado oscuro de la Luna». Supongo que la palabra fija designaba el brillo de la citada luz.

Rankin informa en 1847, en el Report [333] haber visto puntos luminosos sobre la parte oscura de la Luna, en el curso de un eclipse. Los tomó por reflejos de estrellas, lo que no resulta muy razonable; pero otra luz, señalada en el *Annual Register* [334], no tiene relación con las estrellas, puesto que se mueve con la Luna. Fue observada durante tres noches seguidas y señalada por el capitán Kater [335]. En el observatorio de Cape Town se informa la presencia de una mancha blanca acompañada de luces más pequeñas en el lado oscuro del borde lunar [336].

Siento, en relación a los datos que siguen, la atracción de la positividad en sus aspectos de unicidad, de homogeneidad, de unidad o de perfección. Un Leverrier estudia más de veinte observaciones: es tentador suponer que todas estén relacionadas con un fenómeno único. Es la expresión de una inclinación cósmica. La mayor parte de observaciones se aplican tan irrevocablemente a la aceptación de mundos dirigibles sin órbitas que da la espalda a las dos terceras partes de las mismas, seleccionando solamente seis que le darán la ilusión de la perfección o de su relación con un solo planeta.

Me gusta poseer los datos de múltiples cuerpos oscuros, tiendo casi irresistiblemente a concebir a uno de ellos como el jefe supremo de los cuerpos oscuros. Entre todos los que flotan o navegan en el espacio interplanetario, debe haber un Príncipe de los Cuerpos Oscuros.

Melanicus.- Vasto cuerpo tenebroso de alas de murciélago, o superconstrucción negra como el azabache, mejor aún, una de las esporas de lo Maligno.

[330] Proc. London Roy. Soc., 2-167.
[331] Treatise on Astronomy, p. 174.
[332] Phil. Trans, 84-429.
[333] Report of the Brit. Assoc. 1847-18.
[334] Annual Register, 1821-687.
[335] Quart. Journ. Roy. Inst, 12-133.
[336] Phil. Trans., 112-237

1883, el año extraordinario: en Egipto, el 24 de setiembre de 1883, Hicks Pashaw vio a través de un telescopio «una inmensa mancha negra» en la parte inferior del Sol (London Times, 17 de diciembre de 1883). Una mancha solar quizá. Un día un astrónomo, el doctor Wolf, contemplaba el cielo, cuando algo oscureció una estrella durante tres segundos y medio [337]. Había sido observado un meteoro por los alrededores, pero su rastro no había sido visto más que momentáneamente.

El dato siguiente es uno de los más sensacionales que poseo, pese a que sea muy corto. Un objeto oscuro fue observado por el profesor Heis, a once grados de altitud, desplazándose lentamente a través de la Vía Láctea [338].

Una de mis pseudorazones para creer que los mundos sin órbitas son dirigibles es la ausencia casi completa de colisiones. Pueden, por supuesto, aun desafiando la gravitación y sin dirección comparable a la nuestra, ajustarse entre sí, como los anillos y las volutas de humo. Pero en *Knowledge* [339], se han publicado dos fotografías del cometa de Brooks, demostrando la evidencia de su colisión con un objeto oscuro en octubre de 1893. El profesor Barnard formulo así el hecho: «El cometa encontró un medio denso que lo pulverizó». Quizá fuera un campo de hielo.

Melanicus.

Sobre las alas de un gigantesco murciélago, sobrevuela la Tierra y los demás mundos, extrayendo, tal vez, de los mismos su alimento, planea sobre sus apéndices en forma de alas como un monstruo maléfico que nos explota. Maléfico porque nos explota. Oscurece una estrella, trastorna después un planeta, es un vampiro, vasto, negro y terrorífico.

Mr. W. R. Brooks, director del Observatorio Smith, vio pasar lentamente un objeto oscuro y redondo a través de la Luna, en dirección horizontal [340]. En Science, 14 de setiembre de 1896, un corresponsal expresa su opinión de que se trataba de un meteoro opaco. El astrónomo holandés Muller vio, el 4 de abril de 1892, un fenómeno completamente idéntico [341]. Por otro lado, en *Science Gossip* [342], se precisa que el objeto de Brooks tenía un diámetro aparente tres veces menor que el de la Luna, y que atravesó el disco lunar en tres o cuatro segundos. El redactor escribió que el 27 de junio de 1806, a la una de la madrugada, miraba él mismo la Luna con un telescopio astronómico de dos pulgadas, de potencia 44, cuando un largo objeto negro pasó de oeste a este, durante tres o cuatro segundos. Lo tomó por un momento por un pájaro, pero no pudo observar ningún movimiento secundario. En cuanto al doctor Brendel, de Griefswald, Pomerania, cuenta en *Astronomische Nachrichten* [343], que

[337] La Nature, 86-528.
[338] Greg's Catalogue, Rept. Brit. Assoc., 1867-426.
[339] Knowledge, febrero de 1894.
[340] Science, 31 de julio de 1896.
[341] Scientific American, 75-251.
[342] Science Gossip, n. s., 3-135.
[343] Astronomische Nachrichten, nº 3477.

el factor Ziegler y algunos otros observadores vieron un cuerpo de dos metros de diámetro atravesar el disco solar. El objeto fue observado un cuarto de hora antes de alcanzar el Sol, y necesitó más de una hora para atravesarlo, tras lo cual fue visible aún cerca de una hora. Lo cual indica que estaba lejos tanto de la Tierra como del Sol.

Finalmente, el doctor Harris hace constar [344] que vio el 27 de junio de 1912 un «objeto intensamente negro», de cuatrocientos kilómetros de largo por ochenta de ancho, destacarse sobre el disco lunar. «Se hubiera dicho un cuervo perchado sobre la Luna, tan cerca como le era posible». Unas nubes interrumpieron la observación. «No puedo dejar de pensar —escribió el doctor Harris— que acababa de producirse un fenómeno extraño». Un vampiro enorme y negro, que a veces se cierne sobre la Tierra y sobre otros mundos.



Nave interplanetaria de ciencia ficción

[344] Popular Astronomy, 20-298.

15

Este capítulo será muy breve, y el peor de todos. Creo que es de naturaleza especulativa. Me aparto de mis pseudo standards habituales. Supongo que, vista la eficiencia del capítulo precedente, el ritmo de las pseudocosas (que no pueden ser reales si tienen un ritmo, puesto que un ritmo es una apariencia que gira hacia lo contrario y regresa después a su punto de partida), exige que volvamos y que no permanezcamos. Este capítulo será, pues, breve, y lo llenaremos con algunos puntos concernientes al intermediarismo.

Un rompecabezas: si sostengo que el Positivo Absoluto se engendra y se mantiene a sí mismo a partir del Negativo Absoluto, pasando por un tercer estado, llamado cuasi-estado, se comprenderá que intente concebir la universalidad como fabricándose a sí misma a partir de la Nada. Hagan del mismo modo si quieren correr el riesgo de desaparecer a una velocidad tan grande que dejen un rastro incandescente a su paso, y ser infinitamente felices por toda la eternidad, suponiendo que deseen la existencia; en cuanto a mí, intentaré ser inteligible al considerar el Positivo Absoluto desde el ángulo de la Realidad y no de la Universalidad, recordándome a mí mismo que por Realidad y Universalidad designo el mismo estado, que no se confunde con nada más, puesto que no hay nada más. De modo que la Realidad, no la Universalidad, fabrica la Realidad a partir de la Irrealidad y no de la Nada. Al igual que, en términos relativos, todas las cosas imaginadas que se materializan en máquinas, en estatuas, en dólares, en cuadros o en libros de tinta y papel, no son más que gradaciones de la irrealidad a la realidad. Parece, pues, que la intermediaridad sea una relación entre el Positivo Absoluto y el Negativo Absoluto. Pero lo absoluto no puede tener relación con cualquier otra cosa lo que prueba que es impensable, ya que, ¿cómo concebir un límite a lo ilimitado? Haciéndolo del mejor modo posible, y animado por el sentimiento de que no lo haré peor que los metafísicos del pasado, infiero de todo eso que lo absoluto no tiene relaciones. De modo que nuestro cuasi estado no es una verdadera relación irreal, puesto que no hay nada irreal. Parece impensable que el Positivo Absoluto pueda, gracias a la intermediaridad, tener una cuasi-relación, hallarse sin relaciones en términos finales o, al menos, no ser una irrelación.

Lo mismo para el libre albedrío el intermediarismo: por libre albedrío designo la independencia —o lo que no se confunde con nada distinto— de modo que, en la intermediaridad, no existe libre albedrío ni dependencia, sino una aproximación diferente para todo lo que se califica a sí mismo como persona hacia uno u otro de estos extremos. Esta expresión se parece a un cliché, pero en la intermediaridad todo es paradoja. Somos libres de hacer lo que debemos hacer.

No creo hacer un fetiche de lo absurdo. Pienso que, en los primeros tanteos, no hay medio de saber lo que será después aceptable. Si uno de los descubridores de la biología oyera hablar de pájaros que viven en los árboles, anotaría haber oído hablar de pájaros que viven en los árboles, y después se ocuparía, pero sólo entonces, de

pasar los datos por la criba. Lo único que quisiera intentar limitar al máximo, pese a que sea inevitable, es la mezcla de mis datos, en el mismo sentido que Long Island y la Florida debieron confundirse en la mente de los primeros exploradores de América. Pienso, por mi parte, que mi libro se parece mucho a un mapa de América del Norte en el que el río Hudson fuera designado como un paso que condujera directamente a Siberia. Pienso en Monstrator, en Melanicus y en un mundo que se comunica actualmente con la Tierra, iniciando coloquios secretos con algunos personajes esotéricos de nuestro mundo. En cuanto al hecho de que este mundo pueda ser Monstrator, o que Monstrator pueda ser Melanicus, tal hecho debe ser el tema de una encuesta superior. Sería indecente resolverlo todo de un golpe, sin dejar nada para mis discípulos.

Siempre me he sentido impresionado, por ejemplo, por el fenómeno de las «marcas de ventosas». Me parecen un símbolo de la comunicación.

Pero no medios de comunicación entre habitantes de la Tierra. Tengo la impresión de que una fuerza exterior ha marcado con símbolos las rocas de la Tierra, y esto desde muy lejos. No pienso que las marcas de ventosas sean comunicaciones grabadas por diversos habitantes de la Tierra, porque parece inaceptable que los habitantes de China, de Escocia y de América hayan concebido, todos al unísono, el mismo sistema. Las marcas de ventosas son series de impresiones hechas en las rocas y que hacen pensar irresistiblemente en ventosas. A veces están rodeadas de un círculo, a veces de un simple semicírculo. Se encuentran virtualmente en todos lados, en Inglaterra, en Francia, en América, en Argelia, en el Cáucaso y en Palestina, en todas partes, salvo, tal vez, en el gran Norte. En China, los acantilados están repletos de ellas. En un acantilado cercano al lago de Como hay un laberinto de estas marcas. En Italia, en España y en la India, se las encuentra en cantidades increíbles.



Petroglifos de Gargamala, Pontevedra, España

Supongamos que una fuerza llamémosla análoga a la fuerza eléctrica, pueda marcar desde lejos las rocas como puede ser marcado el selenio desde centenares de kilómetros por los telefotógrafos. Pero soy el hombre de las dos mentes…

Exploradores perdidos venidos de algún lugar. Se intenta, desde aquel lugar, comunicar con los mismos, y un frenesí de mensajes llueve en chaparrón sobre la Tierra, en la esperanza de que algunos marquen las rocas junto a los exploradores extraviados. O también: en alguna parte de la Tierra hay una superficie rocosa de un género muy especial, un receptor, una construcción polar, una colina abrupta y cónica, en la cual, desde hace siglos, vienen a grabarse los mensajes de otro mundo. Pero, a veces, estos mensajes se pierden y marcan paredes situadas a miles de kilómetros del receptor. Tal vez las fuerzas, disimuladas tras la historia de la Tierra, han dejado sobre las rocas de Palestina, de Inglaterra, de China y de la India, archivos que algún día serán descifrados o instrucciones mal dirigidas a las órdenes esotéricas, a los francmasones y jesuitas del espacio.

Recalco la formación en serie de las marcas de ventosas. El profesor Douglas escribe [345]: «Sea cual sea el motivo, los marcadores han dado pruebas de una firme inclinación en disponer sus extrañas esculturas en hileras regularmente espaciadas». El canónigo Greenwell ha sugerido desde hace tiempo que dichas marcas constituían una forma arcaica de inscripción. Pero el esbozo más específico, a mi modo de ver, se halla en las observaciones de Rivett-Carnac [346]: según él, el alfabeto Braille, bajo su forma de puntos en relieve, es una inversión directa de las marcas de ventosas. Señala también su enorme parecido con el alfabeto Morse. Pero un arqueólogo timorato y sistemático no puede tan sólo presentar semejanzas y sugerir la existencia de mensajes, si es que hay mensajes, en China, en Suiza, en Argelia y en América: está obligado a atribuirles un origen. Y yo acepto uno, que puede tener acceso a toda la superficie de la Tierra: un origen externo.



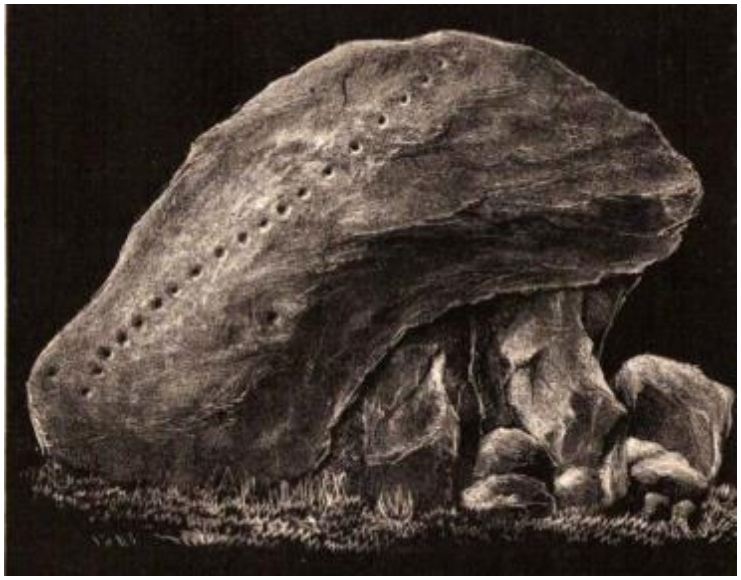
[345] Saturday Review, 24 de noviembre de 1883.

[346] Jour. Roy. Asiatic Soc., 1903-515.

Otro detalle importantísimo: las hileras de marcas han sido comparadas a menudo con huellas de pasos. Tal hecho es curiosísimo, ya que su disposición rectilínea hace la tesis muy improbable, salvo en el caso de un animal que saltara sobre una sola pata, o de un policía andando con aplicación sobre la línea blanca del embaldosado en una comisaria.

En la Roca de la Bruja, en Ratho, Escocia, hay veinticuatro ventosas de diversos tamaños, que van desde cuatro a ocho centímetros de diámetro, dispuestas en líneas casi rectas. La explicación local hace intervenir huellas de patas de perro [347]. Marcas completamente idénticas se hallan extrañamente dispersas a todo alrededor de la Roca de la Bruja, como una histérica tentativa de telegrafía, en la que los mensajes se repitieran sin cesar sobre distintas localizaciones. En el Invernesshire, las marcas de ventosas son llamadas «huellas de hadas». En las iglesias de Volna, en Noruega, y de St. Peters, Ambleteuse, se encuentran también estas marcas, identificadas como huellas de cascos de caballos. Las rocas de Clare, en Irlanda, están recubiertas de huellas supuestamente hechas por una vaca mitológica [348].

Termino con un fantasma anecdótico, que no querría ver interpretar en modo alguno como un dato: ilustra solamente esta noción de huellas simbólicas de caballos o de vacas que son el reverso o el negativo de estas huellas huecas repartidas regularmente por la Tierra pero aterrizando en malos lugares, para considerable sorpresa de aquellos que se despiertan una buena mañana y las descubren en un espacio anteriormente virgen. Una antigua crónica china informa que los habitantes de un palacio se despertaron una buena mañana, para encontrarse todo el patio marcado por huellas de pasos parecidos a los de un buey, que fueron atribuidos inmediatamente al diablo [349].



Roca de la Bruja en Escocia

[347] Proc. Soc. Antiq. Scotland. 2-4-79.

[348] Folklore, 21-184.

[349] Notes and Queries, 9-6-225.

16

Ángeles.

Hordas y hordas de ángeles.

Seres amontonados como nubes de almas, ráfagas entremezcladas de la espiritualidad, o esas exhalaciones del alma tan a menudo representadas por Gustavo Doré.

Puede que la Vía Láctea sea una composición de ángeles rígidos, helados, definitivamente estáticos y absolutos. Citaré casos de pequeñas Vías Lácteas desplazándose con rapidez, muchedumbres de ángeles no absolutos, pero sin embargo dinámicos. Sospecho, por mi parte, que las estrellas fijas están realmente fijas, y que los muy preciosos movimientos que se les descubren son ilusorios. Pienso que las estrellas fijas son absolutas. Su parpadeo no es más que una interpretación intermediarista. Pienso que, después de la muerte de Leverrier, no se tardó en descubrir una nueva estrella fija y que, si el doctor Gray no se hubiera mantenido en su historia de los miles de peces en un cubo de agua, si hubiera escrito, leído en conferencia o proclamado en todos los rincones de la calle, para convencer al mundo, el que, conveniente o no, su explicación era la única exacta, si lo hubiera pensado hasta el momento de acostarse y desde el momento de levantarse, el aviso de su muerte hubiera sido, en la *Monthly Notices*, la señal de una nueva estrella.

Estoy seguro de que los astrónomos han visto a menudo otras Vías Lácteas, de un orden inferior y dinámico. Puede ser, por supuesto, que los fenómenos de los que voy a hablar ahora no tengan nada que ver con los ángeles. Tanteo solamente, para determinar lo que es lícito aceptar. Algunos de mis datos implican muchedumbres de turistas redondos y amables en los espacios interplanetarios, y otros delgados, largos y voraces. Creo que hay, en los espacios interplanetarios, Súper Tamerlanes a la cabeza de bandadas de devastadores celestes que se abatieron sobre las civilizaciones del pasado, mondándolas hasta los huesos, sin dejar más que monumentos para los cuales los historiadores inventaron historias exclusionistas. Pero si alguien tiene derecho legal sobre nosotros, y puede establecer su derecho de propiedad, se mantendrán tranquilos. Ocurre así con todas las explotaciones. Diría que nos hallamos en un estadio de cultivo: que nos damos cuenta de ello, pero tenemos el atrevimiento de atribuirlo todo a nuestros nobles y superiores instintos.

Contra dichas nociones se ejerce el mismo sentido de finalidad que se opone al menor progreso. Por tales razones sostengo que la aceptación es una adaptación más bien que una creencia. Y la creencia que se me enfrenta, en el campo de los fenómenos interplanetarios, es la que quiere que todo haya sido ya descubierto. El sentido de finalidad y la ilusión de homogeneidad. Pero lo que se denomina conocimiento en marcha no es más que una violación del sentido de la nada.

Una gota de agua. Antiguamente el agua era considerada como algo tan homogéneo que se la tomaba por un elemento. Vino el microscopio, y no sólo se vio que el supuesto elemento tenía una infinita diversidad, sino también que, hasta en su vida protoplasmática, había nuevos órdenes de existencia.

En el año 1491, un europeo miraba hacia el oeste, más allá del océano, y pensaba que el suave desplome del occidente era inatacable, que los dioses de la regularidad no autorizarían a dicho horizonte liso para dejarse turbar por costas o tachonar por islas. Era totalmente desagradable el hecho de contemplar la posibilidad de un occidente amplio y aplanado, limpio bajo el cielo, bruscamente sembrado de islotes, como en una lepra geográfica. Y sin embargo existían, en dicho oeste aparentemente vacío, costas, islas, indios, bisontes, lagos, montañas, ríos. Se contempla el cielo, la homogeneidad relativa de lo relativamente inexplorado, y no se piensa más que en ciertas categorías de fenómenos. Pero me siento obligado a admitir que hay muchísimos modos de existencia interplanetarios, que son indios, bisontes y coyotes: una Supergeografía de vastas regiones estancadas, pero también de Súper-Niágaras y Ultra-Mississippis: y una supersociología de viajeros, turistas y devastadores: los cazadores y los cazados, los supermercaderes, los superpiratas y los superevangelistas.

El sentido de la homogeneidad es nuestra ilusión positivista de lo desconocido. La astronomía y la academia. La ética y lo abstracto. La tentativa universal de formular y regularizar no puede ser abordada más que por la omisión y la denegación. Todas las cosas omiten y niegan lo que, eventualmente, las invadirá o las destruirá. Hasta el día en que alguien diga a la Infinitud: «Detente allá, esta es la demarcación absoluta». El propósito final. «No hay nada más que yo».

En la *Monthly Notices of the RAS* [350], una carta del reverendo W. Read nos dice que, el 4 de setiembre de 1851, a las 9 y media de la mañana, vio una multitud de cuerpos luminosos rebasar el campo de su telescopio para evolucionar unos lentamente, otros con rapidez. Parecían ocupar una zona de varios grados de amplitud. La mayor parte se dirigían de este a oeste, pero algunos se movían de norte a sur. Su número era prodigioso y pudo observarlos durante seis horas «¿No podrían ser atribuidas estas apariciones a un estado anormal de los nervios ópticos del observador?», pregunta el redactor. En la misma publicación [351], Read insistió en el hecho de que, como un diligente observador que era, poseía instrumentos de gran calidad y una experiencia de veintiocho años. «Y, sin embargo —dijo—, jamás antes había visto nada semejante». Y precisa que dos miembros de su familia vieron también los objetos en cuestión.

El redactor retiró la sugestión.

Sabemos lo que es de esperar. En una existencia esencialmente de hibernación podemos predecir el pasado, es decir, encontrar algo que haya sido escrito sobre el

[350] Monthly Notices of the R.A.S. 11-48.
[351] Monthly Notices, 12-38.

tema en 1851, para saber lo que hay que esperar más tarde de los Exclusionistas. Si el reverendo Read vio una migración de ángeles insatisfechos que podían contarse por millones, será preciso que se haya confundido, al menos subjetivamente, con fenómenos terrestres ordinarios, a pesar de prescindir para ello de la probable familiaridad que, mantenida durante veintiocho años, pueda tener Read con los fenómenos terrestres ordinarios.

Una carta del reverendo W. R. Dawes [352], que encontró unos objetos semejantes durante el transcurso del mes de setiembre, nos dice que se trataba de semillas flotando a impulsos del aire. Pero una comunicación de Read al profesor BadenPowell [353] disocia su observación de la de Dawes: niega haber visto flotar semillas dispersas. Había poco viento y los objetos venían del mar, de donde las semillas tienen poca oportunidad de provenir. Eran redondos, bien definidos, y no se parecían a cenizas de carbón. Cita una carta de C. B. Chalmers, de la Real Sociedad Astronómica, que observó el mismo desplazamiento, una procesión o migración, con la diferencia de que algunos cuerpos eran alargados, más bien flacos y voraces, que globulares.

Pero Mr. Read hubiera podido discutir durante sesenta y cinco años: no hubiera impresionado a nadie importante. La dominante de su época era el Exclusionismo, y la noción de semillas volantes se asimila, hechas todas las omisiones, con esta dominante.

Las escenas terrestres de ostentación y aparato deberían de parecerles del mismo modo a los observadores del espacio: las Cruzadas no serían más que nubes de polvo. Creo que era normal, en 1851, no ver más que semillas volantes, haya o no soplado el viento del mar. Creo que objetos iluminados de celo religioso se han mezclado, como en todas partes dentro de la intermediaridad, con los merodeadores negros y los seres grisáceos de mezquinas ambiciones. Quizá había un Ricardo Corazón de León aprestándose para restablecer los derechos de las poblaciones jupiterianas. Pero era muy conveniente, en 1851, tomarlo por una semilla de col.

Durante el eclipse de agosto de 1869, el profesor Coffin, U.S.N. [354], observó a través de su telescopio el paso de varios copos luminosos parecidos a polvo de carbón, flotando en pleno sol. Pero el telescopio estaba regulado de tal modo que, si los objetos se apreciaban claramente delimitados, debían de hallarse tan lejos de la Tierra que las dificultades de la ortodoxia permanecerían independientemente de su identidad real. El profesor Coffin estimó que eran «claramente delimitados».

El 27 de abril de 1863, Henry Waldner [355] observó cuerpos brillantes desplazándose de oeste a este; avisó al doctor Wolf, del Observatorio de Zurich, quien

[352] Monthly Notices 12-183.
[353] Report of the British Association, 1852-235.
[354] Jour. Frank. Inst., 88 151.
[355] Nature 5-304.

se convenció de la realidad de este extraño fenómeno y dio parte de una observación análoga realizada por el signore Capocci, del observatorio Capodimonte, en Nápoles, el 11 de mayo de 1845. ¿Las formas eran distintas, o eran diferentes aspectos de las mismas formas? Algunos cuerpos eran estrellados y dotados de apéndices transparentes.

Creo, en lo que me concierne, que eran Mahoma y su Héjira. O tal vez solamente su harén. Una sensación asombrosa, sin duda, la de flotar a través del espacio rodeado por diez millones de esposas. Pero tenemos una ventaja considerable en esta circunstancia: las semillas no se hallan en estación en el mes de abril. Aunque es cierto que míster Waldner emitió la opinión asimilativa de que se trataba de cristales de hielo.

Centenares de pequeños cuerpos, negruzcos esta vez, fueron observados por los astrónomos Herrick, Buys-Ballot y De Cuppis [356]: otros atravesaron el disco lunar ante los ojos de Mr. Lamey [357]: un número prodigioso de cuerpos opacos y esféricos fueron señalados por Messier el 17 de junio de 1777 [358]; en La Habana, el profesor Auber vio durante el eclipse de sol del 15 de mayo de 1836 un gran número de cuerpos luminosos alejarse del Sol en diferentes direcciones (Poey); Mr. Poey cita un caso idéntico el 3 de agosto de 1886, cuya causa atribuye Lotard a vuelos de pájaros [359]; en 1885, M. Trouvelet vio pasar un gran número de cuerpecillos a través del disco solar, unos lentos, otros rápidos, algunos de los cuales de una estructura complicada, semillas, insectos o volátiles: M. Trouvelet declara no haber visto jamás nada análogo a estas formas [360]; cuerpos luminosos y opacos atravesando el sol en el Observatorio de Río de Janeiro, de finales de diciembre de 1875 al 2 de enero de 1876 [361].

Vista desde muy lejos, por supuesto, cualquier forma tiene tendencia a aparecer redondeada: pero voy a ocuparme ahora de datos sobre formas más complejas. En *L'Astronomie* [362] M. Briguière señala la travesía del Sol, los días 15 y 25 de abril de 1883, en Marsella, por cuerpos de forma irregular, de los cuales algunos evolucionaban en alineación. El 8 de agosto de 1849, a las tres, por encima de Gais, en Suiza, sir Robert Inglis [363] vio millares de objetos brillantes, parecidos a copos de nieve, en un cielo sin nubes. Pero, pese a que este despliegue no duró más que veinticinco minutos, ninguno de tales copos cayó al suelo. La criada de Inglis «creyó» ver que algunos de entre ellos poseían una especie de alas. Un poco más lejos, en el curso de la misma comunicación, en la página 18 del Report, sir John Herschel afirma recordar que en 184 5 o 1846 su atención fue atraída por objetos de considerable

[356] L'année Scientifique, 1880-25.
[357] L'année Scientifique 1874-62.
[358] Arago, Oeuvres, 9-38.
[359] L'Astronomie, 1886-391
[360] L'année Scientifique, 1885-8
[361] La Nature, 1876-384.
[362] L'Astronomie, 1886-70.
[363] Carta al coronel Sabine. Rept. Brit Assoc. 1849-172.

considerable tamaño que atravesaban el aire: el telescopio los identificó como masas de heno de dos metros de diámetro, pero, pese a que sólo una tromba podía haberlas levantado, observó que el aire estaba en completa calma. «El viento soplaba, sin duda, en el lugar observado, pero no sentí bufido». Si Herschel hubiera consentido en desplazarse un poco más lejos, o en señalar esta extraña aparición, su informe hubiera parecido, en 1845, tan desplazado como la aparición de una cola en un embrión en el estado de gástrula.

Algunos de entre nosotros tienen tendencia a imaginar a la Ciencia sentada en la calma y la serenidad del juicio exacto. Pero algunos datos, esto es evidente, han sido cazados a lazo y después linchados despiadadamente. Si una Cruzada de Marte a Júpiter se produce en otoño, se recurre a las «semillas». Si una horda de vándalos celestes es observada en primavera, se hace referencia a los «cristales del hielo». Si una raza de seres aéreos, sin hábitat sustancial, aparece en el cielo de la India, se habla de «langostas».

Una observación necesaria: si las langostas ganan altura, se hielan y mueren por millares. En las regiones montañosas de la India, «nubes de langostas mueren por millares» a una altura de quinientos metros [364]. Por otro lado, tanto si vuelan alto como bajo, su presencia es traicionada siempre por la caída constante de rezagados. El fenómeno es tan conocido que cuando el teniente Herschel, observando el sol en Bangalore, en la India, los días 17 y 18 de octubre de 1870, vio sombras oscuras atravesar el sol —que eran luminosas antes de alcanzarlo—, y esto en un flujo ininterrumpido durante un período de dos días, se expresó como sigue en *Monthly Notices* [365]: «El vuelo ininterrumpido en un período de dos días, en número tan considerable, en las regiones superiores de la atmósfera, de animales que no abandonan un solo rezagado, es un hecho único no sólo en los anales de la Historia Natural, sino también de la Astronomía». Cambiando en varias ocasiones la abertura de su diafragma, percibió alas, o al menos apéndices fantasmales. Uno de los objetos disminuyó su velocidad, planeó un poco, después volvió a partir a toda velocidad. Esto le impulsó a escribir, muy siglo XIX… «No hay duda: se trata de langostas o de moscas de un género especial». Opinión acreditada, por otro lado, por la abundancia de vuelos de langostas en algunas regiones de la India.

Sigue ahora un caso extraordinario desde diversos puntos de vista, tanto si se trata de superviajeros, de superdevastadores, de ángeles, de bribones, de cruzados, de emigrantes, de aeronautas, de elefantes, de bisontes o de dinosaurios volantes. Uno de estos objetos ha sido fotografiado y, sin duda, no se ha tomado nunca una foto tan sensacional.

L'Astronomie [366]: En el observatorio de Zacatecas, en Méjico, el 12 de agosto de 1883, a dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, un gran número de cuerpos luminosos penetraron en el disco solar. El señor Bonilla telegrafió a los observadores de México y de Puebla, donde no eran visibles. Visto este paralaje, el

[364] Nature, 47-581

[365] Monthly Notices, 30-135.

[366] L'Astronomie, 1885-347

señor Bonilla localizó los cuerpos «relativamente cerca de la Tierra». Pero en su lenguaje de astrónomo, tanto si se hubiera tratado de pájaros, de escarabajos, de un súper Tarmelan o del ejército de un celeste Ricardo Corazón de León, «relativamente cerca de la Tierra» significa «a menor distancia que la Luna». Uno de estos objetos fue fotografiado: el documento muestra un largo cuerpo rodeado de estructuras indefinidas, por el temblor de alas o de planos en movimiento.

L'Astronomie [367]: el signore Ricco, del observatorio de Palermo, escribe que el 30 de noviembre de 1880, a las dos y media del mediodía, vigilaba el Sol cuando en una línea corta y también paralela, atravesaron lentamente su disco. Aquellos cuerpos le parecieron alados, pero eran tan grandes que le hicieron pensar en grullas. Consultados algunos ornitólogos, supo que el vuelo en líneas paralelas coincide efectivamente con el de las grullas. Esto ocurría en 1880: cualquiera en nuestros días sabe que es también una formación familiar a los aviones. Pero el ángulo de visión dejaba entender que estos seres u objetos se desplazaban a mucha altitud. El *signore* Ricco sostiene que los cóndores vuelan, a veces, a cuatro o cinco mil metros de altitud, y que las grullas han desaparecido a menudo a los ojos de los observadores ganando las regiones superiores de la atmósfera.

Estimo en términos convencionales que no existe pájaro sobre esta Tierra que no se hiele mortalmente a una altitud de más de cinco mil metros. Y el *signore* Ricco estima que estos objetos, estos seres o estas grullas, se desplazaban por lo menos a ocho mil metros de altura…



En julio de 1984 en la estación soviética Salyut 7, se produjo este avistamiento de criaturas extrañas por seis de los tripulantes y en dos ocasiones distintas. Se dice que poseían alas y rostros que tenían una expresión pacífica y proyectaban sentimientos de paz y tranquilidad.

[367] L'Astronomie, 1887-66.

17

La enorme cosa negra parecía un cuervo de terroríficas dimensiones. Suponiendo que algún día tenga un lector, o tal vez más de uno, le señalo hasta qué punto este oscuro dato ha podido empalidecer en el espacio de dos capítulos.

La cuestión es ¿se trataba de una cosa, o de la sombra de una cosa?

Una u otra solución claman no sólo por una revisión, sino también por una revolución en la Ciencia de la Astronomía. ¡Pero cómo ha empalidecido este dato en sólo dos capítulos! El disco de piedra esculpida de Tarbes y la lluvia que cayó cada tarde durante veinte —¿o eran veintitrés días?, ya no me acuerdo de ello— sobre el mismo y restringido espacio. Todos somos unos Thomson de cerebros comunes y resbaladizos, aunque sinuosos. Toda inteligencia es anormal, y no recordamos más que lo que concuerda con una dominante. A algunos capítulos de distancia, hay pocas impresiones que no terminen por tropezar en nuestros resbaladizos cerebros, igual que Leverrier con su «planeta Vulcano». Hay dos maneras de recordar un elemento irreconciliable, trabándolo a un sistema más cercano de lo real que aquel que lo ha rechazado, y por la mera y balbuciente repetición.

Una cosa enorme, negra como un cuervo, posada sobre la Luna. Es dato es de gran importancia, ya que obliga a aceptar, en un campo distinto, mi convicción de que cuerpos opacos de dimensiones planetarias atraviesan nuestro sistema solar. Sostengo que tales cuerpos han sido vistos, así como también sus sombras.

Una enorme cosa negra posada como un cuervo sobre la Luna. Hasta ahora no tenía más que un solo caso, es decir, un caso fácil de arrinconar. Pero Serviss [368] habla de una sombra que Shroeter vio en 1788 sobre los Alpes lunares. Vio primero una luz; después, cuando esta región fue iluminada, observó una sombra redondeada allá donde se encontraba la luz. Digo que vio un objeto luminoso cerca de la Luna, que la Luna fue parcialmente iluminada, y que el objeto desapareció a sus ojos, mientras su sombra se retardaba detrás suyo. Por supuesto, Serviss se explica sobre esta cuestión, sin lo cual no sería el profesor Serviss. Es una pequeña competición en aproximaciones relativas de la realidad. Piensa que Shroeter había observado la sombra «redondeada» de una montaña, en la región iluminada. Se puede concebir, efectivamente, que una montaña pueda proyectar una sombra redondeada e incluso destacada, en la región iluminada de la Luna. Y estoy seguro de que el profesor Serviss podría explicar a su gusto por qué razón olvida el origen mismo de la luz. Sin lo cual no sería más que un aficionado.

Tengo otro dato, aún más extraordinario que esta cosa enorme, negra y posada como un cuervo sobre la Luna. Más circunstancial, de hecho, y provisto de ponderadas verificaciones, lo encuentro mucho más extraordinario que esta enorme cosa posada sobre la Luna, negra como un cuervo.

[368] Popular Science, 34-158.

Mr. H. C. Russell, que de ordinario es tan enormemente ortodoxo como otro cualquiera, al menos así lo supongo, ya que escribe F.R.A.S. (miembro de la Real Sociedad de Astronomía) tras su nombre, cuenta en *Observatory* [369] una de las historias más perversas, más extravagantes, de todas las que he exhumado. Él y otro astrónomo, G. D. Hirst, se hallaban en las montañas Azules, cerca de Sydney, en Nueva Gales del Sur, y Mr. Hirst contemplaba la Luna. De pronto, vio lo que Russell denomina «uno de estos hechos tan extraordinarios que deben ser registrados en el mismo momento, incluso si ninguna explicación puede hacerlos aún comprensibles».

La cosa es bastante rara: que un astrónomo, en este estado de terrorismo en el que ejerce su oficio, vea algo no convencional, algo escabroso, inconveniente de ver, que ponga en peligro su misma dignidad. Uno de los esclavos regimentados le clavará una sonrisa en la espalda. Se le juzgará sin bondad. Por tales razones creo de un atrevimiento inusitado, para su mundo de sensibilidades etéreas, la anotación siguiente de Russell: «Hirst vio que gran parte de la Luna estaba recubierta por una sombra tan oscura como la de la Tierra durante un eclipse de Luna. Era casi imposible resistir a la convicción de que se trataba de una sombra, incluso si no podía ser la sombra de ningún cuerpo conocido».

Richard Proctor era un hombre liberal en su época. Más tarde citaré una carta que permitió fuera publicada en Knowledge, y que en otra ocasión hubiera podido encontrar delirante. Pero un mundo oscuro y desconocido, capaz de proyectar su sombra sobre una gran parte de la Luna, extendiéndose tal vez más allá del borde lunar, una sombra tan vasta como la de la Tierra, era algo excesivo para el comedimiento de Mr. Proctor.

Se dice que fue feroz. Russell relató que Proctor hizo un «libre uso» de su nombre en el Echo del 14 de marzo de 1879, ridiculizando la observación que él había hecho en compañía de Hirst. Si no hubiera sido Proctor hubiera sido algún otro: pero es digno de notar el hecho de que el ataque fuera impreso en un diario. El desdén de las revistas astronómicas fue completo en este caso, pero las columnas del *Observatory* quedaron abiertas para Russell, a fin de que pudiera responder a los insultos de Proctor.

La réplica dio prueba de una considerable intermediaridad. En el año 1879, hubiera resultado de un hermosísimo positivismo el afirmar: «Había una sombra sobre la Luna. Es cierto que era proyectada por un cuerpo desconocido». Digo que, si Russell hubiera dedicado todo su tiempo a mantener esta posición, aun a riesgo de romper algunas amistades o de dar fin a sus relaciones con sus colegas astrónomos, su apoteosis no se habría hecho esperar con la ayuda de algunos medios bien conocidos de la cuasi-existencia, mientras que sus compromisos, sus evasiones, sus medias medidas quedarían arrolladas por los incorruptibles. Eso hubiera sido ciertamente posible en una existencia real, pero en una cuasi-existencia, Russell declaró haber resistido a la convicción incriminada. Escribió que había sido «casi imposible» resistir, y reprochaba sobre todo a Proctor el haber dado a entender que no

[369] Observatory, 2-374.

había resistido. Lástima: sería de desear que toda apoteosis fuera deseable. Pero uno de los coléricos e irritados temores de Proctor es digno de interés. «Lo que ocurre sobre la Luna —escribió— puede también ocurrir sobre la Tierra». Precisamente una de las tesis de mi departamento personal de Astronomía Avanzada es que Russell e Hirst pudieron ver el Sol eclipsado en relación a la Luna por un gigantesco cuerpo opaco. Han ocurrido muchas veces, estoy convencido de ello, eclipses relativos a la Tierra por un vasto cuerpo opaco. Eclipses que no han sido reconocidos como tales por los parvularios científicos.

Hay, por supuesto, una solución neutra, que vamos a examinar inmediatamente, puede suceder que la sombra observada por Hirst y Russell sea un eclipse del Sol, con relación a la Luna, causado por una bruma cósmica de algún tipo o por un enjambre de meteoros en apretadas filas o por la descarga gaseosa de un cohete. Por lo que a mí respecta, creo que toda sombra imprecisa es función de una intervención imprecisa, y que una sombra tan densa como la sombra de la Tierra debe ser proyectada por un cuerpo más denso que las brumas o los enjambres. Y la información crucial subsiste: «Una sombra tan oscura como la de la Tierra durante un eclipse de Luna».

Aunque no siempre haya manifestado para con ellos una paciencia deseable, creo que los astrónomos primitivos realizaron en su tiempo muy buenos trabajos, principalmente para apaciguar los temores terrestres. Puede creerse, a veces, que toda ciencia no es más que el equivalente de un trapo rojo para un toro o para un anti socialista; es inexacto Para mí representa más bien lo que una escasa comida representa para un toro o para un anti socialista. No me opongo a lo Científico, sino a lo insuficiente. Creo que el Mal es un estado negativo, por el cual designamos el estado de discordia, de fealdad, de desorganización, de inconsistencia o de injusticia, determinado con lo intermediario, no por los standards reales, sino por más altas aproximaciones a la armonía, a la belleza, a la organización, a la consistencia o a la justicia. Los astrónomos han actuado bravamente en el pasado: han tenido feliz influencia en los negocios. Es malo para el comercio que una oscuridad intensa se abata sobre una comunidad tomada por sorpresa y aterrorice a los eventuales compradores. Pero si todo oscurecimiento puede ser predicho y se produce en el tiempo señalado, ningún presunto comprador volverá a su casa, lleno de pánico, para meter su dinero a buen recaudo.

De un modo general, se considera que los astrónomos han sistematizado casi todos los datos de los eclipses, es decir, que han incluido algunos y olvidado otros. Han tenido éxito, han actuado bien, pero actualmente se alejan de la armonía, y soy yo quien está en armonía con una nueva dominante, el espíritu de una nueva era en la que el exclusionismo quedará proscrito, al tener en mi poder numerosos datos de oscurecimientos producidos no sólo sobre la Luna sino sobre la Tierra, y tan reveladores de vastos cuerpos interpuestos como puedan serlo los eclipses previstos por anticipado.

Miren al cielo. Parece increíble que a la misma distancia de la Luna puede existir un cuerpo sólido e invisible, del mismo tamaño que la Luna. Miren la Luna cuando sólo es visible de la misma una delgada hoz. Tendrán tendencia a reconstruirla

en su mente, pero su parte oscura parecerá tan vacía y del mismo azul que el resto del cielo. Habrá delante de sus ojos una vasta zona de sustancia sólida, pero permanecerá indiscernible en aquel momento preciso.

En mis parvas lecciones sobre las bellezas de la modestia y de la humildad, he reconstruido algunas arrogancias básicas: la cola de un pavo real, la cornamenta de un ciervo, los dólares de un capitalista, los eclipses de los astrónomos. Aunque no reclame tal misión, estoy preparando para citar centenares de casos en los que los informes de eclipses se han refugiado tras las menciones de «tiempo cubierto» o «condiciones de visión desfavorables».

«Acontecimientos notables [370] en el curso de un eclipse total de Luna, el 19 de marzo de 1848».

Una carta de Mr. Forster, de Brujas, declara que en el momento del eclipse precitado, la Luna brilló tres veces más de lo que es usual para un disco lunar eclipsado. El cónsul inglés de Gante, que no sabía nada del eclipse previsto, escribió para señalar el color «rojo sangre» de la Luna. Otro astrónomo, Walkey, observó en Clyst St. Lawrence que a Luna se tornó «magníficamente iluminada, más bien teñida de un rojo intenso… La Luna estaba tan perfectamente iluminada como si no hubiera habido el menor eclipse».

Se dijo que una aurora boreal, ocurrida al mismo tiempo, había podido ser la causa de dicha iluminación, pero jamás se ha observado que una aurora boreal pueda tener efectos sobre la Luna.

Otra observación de Scott, en el Antártico, cobra todo su valor si se sabe que un eclipse de los nueve décimos de la totalidad produce el mayor efecto, incluso en tiempo cubierto. «Quizá hubo un eclipse de sol el 21 de setiembre de 1903, como estaba previsto —escribió Scott [371] —, pero ninguno de nosotros se arriesgaría a jurarlo». Se trataba de un eclipse de nueve décimos de la totalidad, el tiempo estaba cubierto.

Así, no solamente se han producido algunos eclipses no reconocidos por los astrónomos, sino que el intermediarismo y el impositivismo se han introducido hasta en el mismo curso de los eclipses oficiales. Y paso a mis eclipses irregulares: en Notes and Queries se encuentran varias alusiones a intensos oscurecimientos ocurridos sobre la Tierra, en idénticas condiciones que un eclipse, pero sin ninguna referencia a un cuerpo conocido susceptible de eclipsar a otro. Si, en el siglo XIX, alguien hubiera osado hacer alusión a eso, se hubiera atraído los lanzazos del ridículo, la huida de su editor, el desprecio de sus amigos y de su familia, un motivo suficiente de divorcio. En Holanda, se produjo en pleno día una oscuridad tan intensa y tan terrorífica que varias personas, presas de pánico, se ahogaron en los canales [372]. En Londres, el 19 de

[370] Monthly Notices of the R.A.S. 8-132

[371] Voyage of the Discovery, vol. II, p. 215.

[372] Notes and Queries, 2-4-139.

Agosto de 1763, una oscuridad más impenetrable que la del eclipse de 1748 [373]. Humboldt [374] ha confeccionado una lista impresionante de los «días negros» de la historia. El 19 de marzo de 1886, a las tres de la tarde, una oscuridad tan total como la de la medianoche se abatió sobre Oshkosh, Wisconsin [375]. Siguió una desolación general, las gentes corrían en todos los sentidos por las calles, los caballos se encabritaban, las mujeres y los niños se refugiaban en las bodegas, sólo las luces de gas iluminaban las imágenes y reliquias de santos. Esta oscuridad duró de ocho a diez minutos, pasó de oeste a este, y fue seguida de una luz casi inmediata: poco después se señaló que, al Oeste de Oshkosh, se había producido el mismo fenómeno: «una ola de oscuridad total» había pasado de oeste a este.

En todos los demás casos señalados, tengo la impresión de ser yo mismo eclipsado por la explicación convencional de una masa muy densa de nubes como origen del fenómeno. En Memphis, Tennessee, el 2 de diciembre de 1904, a las diez de la mañana, una oscuridad de un cuarto de hora «provocó el pánico en algunas zonas, ya que algunos gritaban y rezaban, creyendo ver llegar el fin del mundo» [376]. En Louisville, Kentucky, el 7 de marzo de 1911, a las ocho de la mañana, durante media hora y después de una granizada, «una intensa oscuridad y una tormenta impresionante sembraron el terror en toda la ciudad» [377].

En cuanto a las oscuridades extendiéndose sobre vastas regiones, se las atribuye generalmente a los incendios forestales, en el V. S. *Forest Service Bulletin*, nº 117, F. C. Plummer ha confeccionado una lista de dieciocho oscuridades ocurridas en los Estados Unidos y en el Canadá. Forma parte de los primitivos, pero su dogmatismo es sacudido a veces por las vibraciones de la nueva Dominante. Afirma «que el humo no puede explicar por sí solo estos días oscuros de terrorífico carácter». E imagina remolinos y torbellinos aéreos, concentrando el humo de los incendios forestales. Después, en la inconsistencia o la discordia de toda cuasi-inteligencia en busca de la consistencia y de la armonía, habla de la extensión de algunas oscuridades. Plummer, por supuesto, no ha pensado muy profundamente su tema, pues considero que hubiera podido aproximarse algo más a la reflexión real de otro modo que hablando primero de concentración y después de expansión: ya que nueve de estos dieciocho casos abarcan por completo Nueva Inglaterra. En la cuasi-existencia, todo engendra o forma parte de su propia oposición. Toda tentativa de paz prepara el camino de la guerra, toda tentativa de justicia resulta de un modo u otro una tentativa de injusticia. De modo que Plummer, con su explicación de oscuridades causadas por el humo de los incendios forestales, viene a decir que estas oscuridades «se han producido a menudo sin ninguna turbulencia del aire cerca de la superficie terrestre», es decir, sin evidencia de humo… aunque haya habido siempre en alguna parte un incendio forestal.

Pero, de estos dieciocho casos, sólo hay uno que yo impugno. Se trata de la oscuridad ocurrida en el Canadá y en el norte de los Estados Unidos el 19 de noviembre de 1819. Sus concomitantes: luces celestes, la caída de una materia negra,

[373] Gentleman's Magazine, 33-414

[374] Cosmos, 1-120.

[375] Monthly Weather Review, marzo de 1886-79.

[376] M. W. R., 32-522. [377] Monthly Weather Review, 39-345.

sacudidas de orden sísmico. En este caso concreto, el único incendio forestal disponible se produjo al sur de Ohio. Es posible que el hollín de un incendio viaje de Ohio a Montreal, es también concebible que, por un insólito reflejo, se haya percibido su relumbre en Montreal, pero los terremotos son inadmisibles en los incendios forestales. Por el contrario, vamos a verlo a continuación, la oscuridad profunda, la caída de materia celeste, las luces y las sacudidas sísmicas son fenómenos clásicos de la aproximación de otros mundos.

El 17 de abril de 1904, en Wimbledon, Inglaterra [378], una oscuridad procedente de una región desprovista de humo, sin lluvia ni rayos, duró más de diez minutos. En las oscuridades de Gran Bretaña, se piensa inmediatamente en la niebla, pero el comandante Herschel, comentando el oscurecimiento ocurrido en Londres el 22 de enero de 1882 a las diez y media de la mañana, hasta el punto que los transeúntes podían oírse sin verse de uno a otro lado de la calle, declaró en *Nature* [379]: «Es obvio que la niebla no fue la causa». Charles A. Murray, enviado británico en Persia, cuenta en el *Annual Register* [380], que el 20 de mayo de 1857 sobrevino en Bagdad «una oscuridad más intensa que la de medianoche cuando no hay ni Luna ni estrellas. Fue seguida de una luz roja y siniestra, como no he visto en ninguna parte del mundo».

Sobre estos concomitantes de los fenómenos de oscurecimiento voy ahora a capitalizar. Mi explicación será complicada y desmesurada, mi método será impresionista, pero utilizaré algunos rudimentos de Sismología Avanzada. Si una vasta masa sustancial, una superconstrucción, penetrara la atmósfera terrestre, aparecería algunas veces, según la luminosidad, bajo el aspecto de una nube luminosa. Me explicare más tarde sobre la luminosidad, pero no la incandescencia, de los objetos que penetran en la atmósfera terrestre. En torno a lo que puede surgir de los espacios interplanetarios intensamente fríos (algunas regiones, es cierto, deben ser tropicales), la humedad de la atmósfera terrestre se condensaría en una apariencia nubosa. En *Nature* [381] S. W. Clifton, recaudador de aduanas en Freemantle, Australia Occidental, relata que envió al Observatorio de Melbourne el informe de la aparición de una pequeña nube negra de progresión lenta, que estalló en forma de una bola de fuego del tamaño de la Luna. Un meteorito de velocidad ordinaria no podría parecerse al vapor, pero objetos más lentos —lentos, digamos, como un tren de mercancías— podrían fácilmente hacerlo.

Las nubes de los tornados han sido descritas tan a menudo como de apariencia sólida, que acepto a veces la idea de su efectiva solidez. A menudo se llaman tornados a objetos que se deslizan a través de la atmósfera terrestre, sin contentarse con engendrar vértices de succión, sino aplastándolo todo a su paso, levantándose y descendiendo a su vez, demostrando con ello que la gravitación no está de acuerdo con la opinión de los primitivos, desde el momento en que un objeto a poca velocidad puede, en lugar de ser atraído por la Tierra, alejarse de un solo salto.

[378] Symons'Met. Mag., 39-69.
[379] Nature, 25-289.
[380] Annual Register, 1857-132 E.
[381] Nature, 20-121.

He aquí un fragmento típico de descripción [382]: «La nube rebotó contra la tierra como un balón»; «la nube rebotó contra el suelo, tocando la Tierra cada ochocientos a mil metros». O aún este pasaje muy evocador, que ofrezco a la Superbiología, rama de la Ciencia Avanzada que no abordaré, limitándome a lo que un término ilimitado define como «objetos»: «el tornado se retorció, saltó, remolineó como una gran serpiente verde, mostrando una hilera de brillantes dientes». Lo encuentro demasiado sensacionalista. Puede que grandes serpientes verdes se arrastren a veces por la Tierra tragando algún bocado al azar en su excursión, pero se trata, como he dicho ya de un fenómeno superbiológico. Finley cita docenas de nubes de tornados que tienen, a mi parecer, toda la apariencia de objetos sólidos encerrados en el estuche de una nube. Pone de relieve que en el tornado de Americus, Georgia, el 18 de julio de 1881, «la nube emitía un extraño vapor de azufre». Un viento no tiene razón de ser sulfuroso, pero un objeto de origen exterior puede permitirse este capricho. El fenómeno es descrito en la *Monthly Weather Review* [383] como «un extraño vapor sulfuroso, ardiente, que mareaba a todos los que se le acercaban lo bastante como para respirarlo».

La explicación convencional de los tornados concebidos como efectos del viento es tan fuerte en los Estados Unidos, que prefiero buscar en otros lugares el relato de un objeto que, elevándose a través de la atmósfera, desafíe a la gravitación terrestre. El 7 de diciembre de 1872, los habitantes de King's Sutton, Banbury, vieron a una especie de rueda de heno atravesar el espacio, acompañada, como un meteoro, por fuego, una humareda densa y un ruido de ferrocarril [384]. «Estaba tan pronto muy alto como muy próxima al suelo». El efecto fue el de un tornado: árboles y muros abatidos. El objeto desapareció «de golpe».

Hay naturalmente objetos más pequeños: trenes descarrilados y grandes serpientes verdes, pero pienso que los grandes cuerpos opacos que se aproximan a la Tierra son luminosos, rodeados de nubes, y tiemblan tan fuertemente que afectan a la Tierra. Sigue entonces una caída de materias surgidas de este mundo y un levantamiento de materia terrestre hacia el mundo que se aproxima, o un intercambio de materias, conocido en Sismología Avanzada con el nombre de celestio-metátesis…

En el caso de que alguien se metiera en la cabeza que yo niego incondicionalmente toda gravitación puntualizo que si las materias de otro mundo, llenando nuestro cielo terrestre, hemisférica o localmente, se vieran atraídas al suelo, sería de hecho imaginable que el conjunto terminara un día por caer a su vez. Pero será necesario mucho tiempo antes de distinguir Long Island de la Florida. Hemos tenido datos de peces caídos de este Supermar de los Sargazos, tan respetable y estabilizado que casi lo habíamos olvidado. Tendremos a continuación datos de peces caídos durante los seísmos. Sostengo que fueron arrancados de estanques u otros mundos sacudidos en el momento de su paso a algunos kilómetros de esta Tierra, otro mundo que sacudía a su vez a la Tierra.

[382] Finley, Reports on the Character of 600 Tornadoes.

[383] Monthly Weather Review, julio de 1881.

[384] Nature, 7-112, citando al Birmingham Morning News.

Algunos científicos o hipnotizados me han precedido en esta tarea, en relación con la Luna. Por ejemplo, Perrey ha catalogado quince mil relatos de terremotos relacionados en gran parte con la proximidad de la Luna, atribuyéndolos a la atracción lunar en su punto más próximo a la Tierra [385]. Teóricamente, en este punto más próximo, la Luna hace temblar la superficie terrestre. En cuanto a los chaparrones de materias pretendidamente caídas de la Luna, es posible en todo momento saquear los antiguos archivos y encontrar ahí todo lo que se quiera.

Es lo que ahora voy a hacer.

Cuatro categorías de fenómenos han precedido o acompañado a los terremotos: nubes insólitas, profunda oscuridad, apariciones luminosas en el cielo, caída de sustancias, denominadas comúnmente o no meteóricas. Ninguna de tales manifestaciones se integra en los principios de la sismología primitiva o primaria, cada uno de ellos da cuenta de un cuerpo vibratorio suspendido encima de la Tierra o sobrevolándola. Para los primitivos, no existe ninguna razón por la cual las convulsiones de la superficie terrestre hayan de ir acompañadas por fenómenos inhabituales, luces u oscuridades o caída de sustancias. Resultan irreconciliables con la noción de que estos fenómenos puedan preceder a los seísmos.

Antes de 1860 Perry emprendió su compilación. La mayor parte de mis datos están extraídos de antiguas listas. Nada se ha publicado estos últimos años en forma ambiciosa o voluminosa, que no sea tranquilizador y benigno. La mano restrictiva del Sistema refrena a las Ciencias modernas. Nature, en su correspondencia escapa aún a este estrangulamiento protector, y la *Monthly Weather Review* constituye aún una gran mina de observaciones libres. Pero, consultando los periódicos más antiguos, he notado que sus resplandores de individualidad palidecían gradualmente, a partir de 1860, para capitular ante una organización mejor establecida. Algunos, expresando un deseo de intermediaridad o de localización de lo universal, de sí mismos, de la identidad y de la entidad, del positivismo o de la realidad, han podido mantenerse hasta 1880, o dejar rastros hasta 1890. Después de la muerte de Richard Proctor, los volúmenes de *Knowledge* ceden raramente a lo no convencional. Observen mis múltiples referencias al American *Journal of Science* y al *Report of the British Association*: apenas son mencionados después de 1885, en esas páginas ilícitas, pero inspiradas, sin duda, por la hipnosis y por la inercia.

Hacia 1880, presura y omisión. Pero la sujeción no puede ser positiva y numerosos excomulgados continúan insinuándose. Incluso hoy en día, algunos de entre los estrangulados respiran aún; algunos de mis datos han sido difíciles de volver a hallar. Podría desgranar el relato de mis grandes trabajos y de mis fútiles tentativas para solicitar la imperceptible simpatía de un Mr. Symons. Pero en este campo de las correspondencias sísmicas y aéreas, puesto que todo fenómeno aéreo de causa interna es tan inasociable con los seísmos, como las caídas de arena con las convulsiones de pilluelos empachados de manzanas agrias, la evidencia es tan vasta

[385] Proc. Roy. Soc. of Cornwall, 1845.

que apenas puedo esbozar algunos detalles, comenzando por el Catálogo de Robert Mallet [386] , y omitiendo varios casos extraordinarios anteriores al siglo XVIII.

Un terremoto «precedido» por una violenta tempestad en Inglaterra, el 8 de enero de 1804; otro, «precedido» por un meteorito cegador, en Suiza, el 4 de noviembre de 1704; en Florencia, el 9 de diciembre de 1731, una «nube luminosa moviéndose a gran velocidad y desapareciendo más allá del horizonte»; en Suevia, el 22 de mayo de 1732, «el aire fue atravesado por espesas brumas, a través de las cuales se percibía una cálida luminosidad: varias semanas antes de la sacudida, se vieron en el aire globos de fuego»; el 18 de octubre de 1737, una lluvia de tierra en Carpentras, Francia; el 19 de marzo de 1750, una nube negra en Londres; en Slavange, en Noruega, el 15 de abril de 1752, una virulenta tormenta y una extraña estrella de forma octogonal; en Augermannland, en 1752, bolas de fuego surcando el cielo; numerosos meteoritos en Lisboa el 15 de octubre de 1755; «un globo inmenso» en Suiza, el 2 de noviembre de 1761; una nube oblonga y sulfurosa en Alemania, en abril de 1767; una extraordinaria masa de vapor en Boulogne, en abril de 1780; el cielo oscurecido por una niebla negra en Granada, el 7 de agosto de 1804; en Palermo, el 16 de abril de 1817, «gritos atravesando el cielo y amplias manchas oscureciendo el sol»; en Nápoles, el 22 de noviembre de 1821, «un meteoro luminoso siguiendo la misma dirección que la sacudida»; en Thuringerwald, el 29 de noviembre de 1831, una bola de fuego grande como la Luna apareció en el cielo; después, caso tras caso, «terribles tempestades», «caída de granizo» y «brillantes meteoros».

A menos que sea polarizado por la Nueva Dominante, que reclama el reconocimiento de las multiplicidades externas, al igual que una nueva Dominante vino a apuntar sobre Europa, en 1492, para el reconocimiento de una exterioridad terrestre de Europa, ustedes no tendrán la menor afinidad hacía estos datos irreconciliables que hurtan a la mente de un Thomson como habichuelas ante la atracción de un imán. Pero estoy lo bastante conquistado por la Nueva Dominante como para estar muy favorablemente impresionado por la misma: si un objeto luminoso se desplaza en la misma dirección que una sacudida sísmica, me parece aceptable que la sacudida haya podido seguir a este meteoro durante su paso por encima de la Tierra. Me gusta pensar que por encima de Carpentras un mundo en miniatura, sacudido por vibraciones, haya podido transmitir dichas sacudidas a la superficie terrestre. Pero, sobre todo, adoro los aullantes lobos que atravesaron el sol durante el terremoto de Palermo. Los mundos enamorados tienden a unirse y gritan de alegría al encontrarse.

Hay muchos más ejemplos que indican la proximidad de otros mundos durante los terremotos. Anoto algunos: sacudida sísmica y aparición simultánea de un gran meteoro luminoso [387]; sacudida sísmica, cuerpos luminosos en el cielo y caída de arena en Italia, los días 12 y 13 de febrero de 1870 [388]; meteoro luminoso, caída de piedras y temblor de tierra en Italia, el 2 de enero de 1891 [389]; algunas observaciones acerca del paso de un objeto luminoso acompañado de temblores de

[386] Rept. Brit. Assoc., 1852.
[387] Quar. Jour. Roy. Inst., 5-132.
[388] La Science pour tous, 15-159
[389] L'Astronomie, 1891-154.

tierra en Connecticut, el 27 de febrero de 1883 [390]; temblor de tierra y globos luminosos en número prodigioso en Boulogne, Francia, el 7 de junio de 1779 [391]; «curiosa aparición luminosa en el cielo» durante el terremoto de Manila en 1863 [392].

La más notable caída de peces ocurrida durante el curso de una sacudida sísmica fue la de Riobamba. Humboldt dibujó uno de esos peces: una criatura fantástica. Aparecieron millares de ellos en el suelo, durante esta aterradora sacudida sísmica. Humboldt piensa que fueron arrojados por sacudidas subterráneas. Esta solución me parece tan sujeta a discusiones interminables que prefiero la otra, más simple, la de la caída. Pero no llego a dilucidar si se trataba de un gran lago, arrancado con todos sus peces del seno de otro mundo, o de un lago del Supermar de los Sargazos, despedazado entre los mundos y atraído a la Tierra.

El 16 de febrero de 1861 [393] hubo un terremoto en Singapur, después un verdadero diluvio, cayendo tanta agua como la que contendría un lago de respetables dimensiones. El agua cayó a torrentes durante más de tres días y, en los charcos de agua, se encontraron buen número de peces, que los indígenas afirmaron haber visto caer del cielo. M. de Castelnau presentó un informe sobre el incidente a la Academia de Ciencias: en él hacía mención de haber señalado en otra ocasión la aparición de una nueva especie de peces en el cabo de Buena Esperanza, después de una sacudida sísmica.

Pero, para dar el lustre apropiado a la Nueva Ortodoxia, querría citar un caso en el que estaban combinados todos estos fenómenos y en el que más de uno indica, a mi parecer, la proximidad de otro mundo en el curso de un terremoto.

En el *Canadian Institute Proceedings* [394], el comisario delegado de Dhurmsalla cuenta una extraña combinación de acontecimientos ocurridos al tiempo del extraordinario meteorito de Dhurmsalla, recubierto de hielo. Algunos meses después de aquella caída, se produjo una caída de peces vivos en Benares, una lluvia de sustancia roja en Furruckabad, una mancha sobre el disco solar, un seísmo, «una inusitada oscuridad de larga duración» y una aparición luminosa en el cielo, parecida a una aurora boreal Y, como apoteosis, un nuevo orden de fenómeno: visitantes. El comisario delegado escribió que la tarde siguiente a la caída del meteorito de Dhurmsalla, percibió luces, algunas de las cuales estaban muy próximas al suelo, apagándose y volviéndose a encender. Era el 28 de julio de 1860 y, sin embargo, este testigo declaró que las luces «no eran ni linternas ni fogatas, sino verdaderos resplandores celestes». Tengo una idea al respecto: intrusos invadiendo el territorio legal de alguien o de algo, agentes secretos o emisarios manteniendo una entrevista con algunos habitantes esotéricos de Dhurmsalla, exploradores venidos para una breve visita. Otro mundo se aproxima al nuestro, provoca sacudidas sísmicas,

[390] Monthly Weather Review, febrero de 1883.
[391] Sestier, La Foudre, 1-169.
[392] Ponton, Earthquakes, p 124.
[393] La Science pour tous, 6-191.
[394] Canadian Institute Proceedings., 2-7-198.

aprovechándose de la proximidad para enviar una mensaje que, destinado a un habitante de la India, cae tal vez en Inglaterra, dejando marcas semejantes a aquellas de la tradición china (huellas de cascos en el suelo) en una playa de Cornualles.

Después del intenso temblor de tierra [395] del 15 de julio de 1757, se descubrió en las arenas de Penzance, en Cornualles, sobre unos cien kilómetros cuadrados, huellas llamadas de cascos, pero no en forma de herradura: de hecho, pequeños conos con base de idéntico diámetro. En la cúspide de estos conos se hallaron pequeñas manchas oscuras como provocadas por fugas de gas: de una de estas formaciones al menos, se elevó un chorro de agua tan grueso como un puño humano. Sé que las sacudidas sísmicas provocan, a veces, el surgimiento de fuentes, pero sospecho más bien que el Negativo Absoluto me ha forzado a incluir este dato, habida cuenta de sus desórdenes.

Otro capricho del Negativo Absoluto: pese a que haya introducido, hace algunas páginas, el principio de la celestio-metátesis, no he podido reunir datos convincentes sobre los intercambios de sustancias resultante de la proximidad de uno y otro mundos. Hay casos de caída, pero ninguno de traslación hacia lo alto. Muchos objetos son proyectados en el aire a consecuencia de un terremoto, pero jamás he oído hablar de un árbol, de un pez, de un ladrillo o de un hombre que se haya elevado hacia el cielo sin volver a caer. El clásico caso del caballo y de la granja fue atribuido, recuérdenlo, a una tromba. Se dice que en el curso de una sacudida sísmica, en Calabria, fueron proyectados guijarros en el aire. No se dice claramente que volvieran a caer al suelo, pero supongo que fue lo que ocurrió. Humboldt relata que, durante las sacudidas de Riobamba, «varios cadáveres fueron arrancados de sus tumbas», y que «el movimiento vertical fue tan fuerte que algunos cuerpos fueron proyectados a más de treinta metros del suelo». Explico estas lagunas por el hecho de que, en medio de tanta violencia natural desencadenada, los observadores tuvieron sin duda otras muchas cosas que hacer para notar si lo que había ascendido al cielo había vuelto a descender.

Se cuenta que la avenida de Lisboa se hundió.

Multitudes enteras se precipitaron a las avenidas para encontrar refugio en ellas. La ciudad de Lisboa se había hundido en una profunda oscuridad. La avenida y sus ocupantes desaparecieron bruscamente. Si se hundieron en el mar, es curioso que no se haya visto jamás ningún cuerpo, ningún jirón de tela de sus vestidos, una sola placa del pavimento o la más pequeña esquirla volver a surgir después a la superficie.

[395] Phil. Trans, 50-500.

18

La Nueva Dominante.

Todo lo que «primariamente» se opone al Exclusionismo.

El Progreso y la Evolución son tentativas de Positivismo: iluminan un mecanismo para el cual se recluta una existencia positiva. Lo que se llama existencia es un vientre de infinitud, no es más que una incubadora. Eventualmente, todas las tentativas son abortadas por los excluidos. Subjetivamente, esta propensión al fracaso es ayudada por nuestro propio sentido de las falsas y estrechas limitaciones. Es así como los artistas clásicos y académicos crearon telas positivistas, y expresaron el único ideal del que me percato, pese a que los ideales de las distintas manifestaciones, artísticas, científicas, teológicas o políticas, sean consideradas a menudo como el Único Ideal. Buscaban satisfacer, en su aspecto artístico, la sed cósmica de unidad que se llama a veces armonía o belleza. Buscaban, por la práctica de la omisión, alcanzar lo completo, lo homogéneo. Pero los efectos luminosos que habían desdeñado y su estrecha sumisión al concepto estandarizado condujeron a la evolución impresionista. Asimismo, los Puritanos intentaron sistematizar y omitir sus necesidades físicas, sus vicios, sus ocios: fueron derribados desde el momento en que su estrechez se hizo demasiado intolerable. Todas las cosas tienden por sí mismas, o por los cuasi-sistemas de los que forman parte, a lo positivo. El formalismo y las matemáticas, lo regular y lo uniforme, son aspectos del estado positivista, pero lo Positivo es lo Universal, de modo que toda tentativa de positivismo, que parece complacerse en los aspectos del formalismo y de la regularidad, se descalifica, más tarde o más temprano, a los ojos de la amplitud del espíritu y de la universalidad. He aquí por qué hoy día existe una revolución contra la Ciencia, por qué las proposiciones formuladas, que la última generación tomaba por verdades absolutas, se revelan insuficientes.

Todas las declaraciones que se oponen a mis convicciones personales se han revelado como posesoras de la misma composición que un cuadro académico: es decir, de un objeto arbitrariamente separado de toda relación con lo que le rodea, encuadrado en todos los datos inocuos y saturados de total indiferencia. He querido guiar no sólo a los incluidos, sino también a los excluidos, a mayores expresiones. Acepto, sin embargo, que pueda haber datos impronunciables en la cuasi-existencia, en la cual el hecho de pensar supone el de incluir, pero también el de excluir y el de no ser definitivo. Si admito que pueda haber un dato irreconciliable para cada una de las opiniones que acabo de expresar, es porque soy intermediarista y no positivista. Ni siquiera soy un positivista superior. Quizá algún día sistematizaré, dogmatizaré y rehusaré pensar en todo lo que se me podrá acusar de haber desdeñado. Quizá algún día creeré, en lugar de aceptar. Entonces seré, en un sistema más amplio, que no tolerará inconciliables, un positivista superior. Pero no lo soy, mientras me contente solamente con admitir. Pienso de todos modos que la Nueva Dominante, aunque la haya enfocado como una nueva forma de esclavitud, será el meollo de un positivismo superior, que nos permitirá elevarnos a la infinitud de un nuevo grupo de estrellas fijas.

Hasta que se debilite, a su vez, cediendo el paso a un nuevo modo de engendrar lo absoluto. Digo que todos los astrónomos contemporáneos han perdido su alma, o su más pequeña oportunidad de alcanzar la entidad, pero que Copérnico, Kepler, Galileo, Newton, y tal vez Leverrier, son, actualmente, estrellas fijas. Un día intentare identificarlos. Soy, por encima de todo, una especie de Moisés: muestro con el dedo la Tierra Prometida, pero, a menos que cure de mi intermediarismo, no figuraré jamás en la *Monthly Notices.*

Digo que las Dominantes en la corriente de su sucesión, desplazan a las Dominantes precedentes, no solamente por su mayor cociente de positivismo, sino también porque las Antiguas Dominantes han cesado de ser medios de reclutamiento. Digo que la Nueva Dominante de las inclusiones más vastas se manifiesta actualmente a través del mundo entero, y que el antiguo Exclusionismo se disgrega en todas partes. En física, por ejemplo, el Exclusionismo se disgrega en el curso de sus investigaciones sobre el radio, de sus especulaciones sobre los electrones, de su fusión con la metafísica, y por la deserción de gentes como Gurney, Crookes, Wallace, Flammarion, Lodge, hacia fenómenos antiguamente rechazados que no se atribuyen ya al «espiritismo», sino a la «investigación psíquica». La biología es el caos: los darwinianos convencionales se mezclan con los mutacionistas, los ortogenésicos y los discípulos de Wisemann levantan a Darwin de sus pseudobases, pero intentan reconciliar su herejía con la ortodoxia. La caída del Exclusionismo en China, en el Japón y en los Estados Unidos ha sorprendido a la historia: la Ciencia de la Astronomía da traspiés poco a poco, pese a que Pickering, por ejemplo, haya especulado acerca de un planeta transneptuniano y que Lowell haya intentado aceptar conceptos heréticos sobre las marcas de Marte. De modo que la atención se lleva con minuciosidad sobre detalles técnicos como las variaciones de las sombras del cuarto satélite jupiteriano. Creo que, en general, el exceso de refinamiento indica una decadencia.

Pienso que la fortaleza del Inclusionismo está constituida hoy en día por la aeronáutica. La fortaleza de la Antigua Dominante, cuando era nueva, fue sin duda la invención de descubrir si hay o no vastos campos de hielo aéreos y lagos esculpidos, las sustancias negras y las toneladas de materia vegetal y de carne que podría ser de dragón, si hay rutas comerciales interplanetarias y vastas regiones devastadas por súper-Tarmelanes, si hay, en fin, visitantes en la Tierra, que puedan ser perseguidos, capturados e interrogados.





19

Me he dedicado a una investigación industriosa acerca de las caídas de pájaros, sin sentirme enteramente satisfecho por mis pobres resultados. Tal vez insisto demasiado en mi gasto de energías, porque un ataque verosímil de mi actitud de Aceptación consistiría en subentender que, para aceptar tan fácilmente, debiera estar dotado de un interés muy languideciente y de una pereza a toda prueba. Tentativa frustrada: soy extremadamente industrioso. Sugiero a algunos de mis discípulos que escruten los mensajes de palomas mensajeras, atribuidos a propietarios terrestres, y reputados como indescifrables. Yo lo haría por mí mismo si no temiera ser egoísta. Este toque intermediarista me alejará del firmamento: el Positivismo, ¿no es acaso puro egoísmo? Pero, en la época de la expedición polar de Andrée, las palomas fueron a menudo objeto de una publicidad muy desacostumbrada.

En *Zoologist*, un artículo relata que una cerceta cayó al suelo con el cráneo fracturado.

Especulación interesante: ¿contra qué objeto sólido, a tal altitud, podía haber chocado este pájaro? Los días 16 y 17 de octubre de 1846 se produjo en Francia una terrible lluvia roja. Se creyó entonces, debido al violento temporal, que se trataba de materia terrestre precipitada [396], pero a continuación se le descubrió un carácter extrañamente sangriento [397]. Finalmente, dos análisis revelaron la presencia de una gran cantidad de corpúsculos [398] y de un treinta y cinco por ciento de materia orgánica. Quizá se había matado en alguna parte a un dragón interplanetario, o tal vez este fluido rojo, enviscado de corpúsculos, procedía de un ser desagradable de contemplar y del tamaño de los montes Catskill. Pero con esta sustancia cayeron en Lyon, en Grenoble y en otras partes, golondrinas, codornices, patos y pollas de agua, algunas de ellas vivas.

Tengo numerosas notas sobre pájaros exhaustos cayendo del cielo después de alguna tormenta, pero es esta lluvia roja la que convierte en extraordinaria la caída de pájaros citada antes. He aquí un caso sin ningún paralelo, a una respetable distancia de cualquier tormenta conocida, hasta tal punto que imagino demasiado, a finales del verano de 1896, una expedición de caza interplanetaria, una expedición de supersabios planeando sobre la Tierra y soltando una draga enorme, ¿qué atraparían a semejantes alturas? Durante el verano de 1896 en las calles de Baton Rouge, Louisiana, cayeron de un cielo limpio centenares de pájaros muertos: patos salvajes, pájaros carpinteros, y «pájaros de extraño plumaje» que se parecían a canarios. «Se había producido una tormenta en las costas de Florida» [399]. A menos que hubiera

[396] Comptes rendus, 23-832.

[397] Comptes rendus, 24-625.

[398] Comptes rendus, 24-812

[399] Monthly Weather Review, Mayo de 1917, citando la correspondencia del Philadelphia Times

una repulsión psicoquímica para esta explicación, el lector experimentará una pasajera sorpresa al conocer que pájaros muertos en Florida puedan caer de un cielo limpio en Luisiana. Después, su intelecto, engrasado como el plumaje de un pato salvaje, dejará resbalar este dato. Nuestros relucientes y grasosos cerebros servirán tal vez algún día para algo: otros modos de existencia les atribuirán quizás un cierto valor lubrificante: se nos cazará, será enviada una expedición a la Tierra, y nuestros periódicos señalarán un tornado. Si, desde una tormenta en Florida, pueden caer centenares de pájaros en Luisiana, concibo convencionalmente la caída de objetos más pesados en Alabama, y otros aún más pesados cerca del lugar de origen, es decir en Florida. Los servicios meteorológicos no señalaron nada parecido.

Ocurre lo mismo con los investigadores más serios de los fenómenos psíquicos: niegan la comunicación mediúmnica o identifican estos datos como «pura telepatía». Los más curiosos de clarividencia son «pura telepatía» y, al término de cierto tiempo, el lector acepta la idea de telepatía, que al principio le resultaba intolerable. Quizás, en 1896, una superdraga rastrilló la atmósfera terrestre, rompiendo después sus mallas. Quizá los pájaros de Baton Rouge venían solamente del Supermar de los Sargazos. Ya que nada queda jamás establecido, ni jamás resuelto, en un sentido real, si no hay nada en un sentido real en el universo total. Una tormenta en Florida ha podido precipitar algunos pájaros en el Supermar de los Sarqazos, que tiene sus regiones glaciales y sus regiones tropicales. Precipitados en una región glacial, los pájaros se apretaron los unos contra los otros y murieron. Después un meteoro, un barco, una bicicleta o un dragón los desalojaron. Lo mismo que las hojas de los árboles, levantadas por los torbellinos, han podido vegetar en el Supermar de los Sargazos durante varios años, siglos o meses, para volver a caer un día en una época desfavorable a las hojas muertas. Lo mismo que los peces han muerto allí, desecados, o han vivido en los volúmenes de agua aérea para volver a caer después en forma de chaparrones.

Los astrónomos no me tendrán demasiada simpatía y tampoco he hecho nada por hacerme simpático a los meteorólogos. Pero soy un débil agente intermediarista, pronto a caer en la sensiblería: he intentado a menudo conciliarme con los aeronautas. Hay en las alturas cosas extraordinarias, cosas por las cuales los conservadores de museos abandonarían toda esperanza de convertirse en estrellas fijas, abandonados por obra y gracia de los torbellinos, remontándose incluso a los tiempos de los faraones. Elías puede que no subiera al cielo en un carro de fuego y no ser, después de todo, el planeta Vega: queda, tal vez, una rueda para testimoniar su desaparición. Sugiero que esta rueda nos serviría de mucha ayuda, a condición de que fuera vendida antes de la proliferación de miles de copias vulgares.

Levanto el dedo índice para llamar la atención de todos los aeronautas: el 27 de julio de 1875 cayeron del cielo montones de heno húmedo en Monkstown, Irlanda [400]. En el *Dublin Daily Express*, el doctor J. W. Moore se explicó rápidamente: se produjo un torbellino que coincidía con el prodigio al sur mismo de Monkstown. Pero, según el *Scientific American,* una caída idéntica sobrevino dos días antes en Wrexham, Inglaterra.

[400] Scientific American, 33-197.

En noviembre de 1918, estudié la caída de objetos ligeros por el aire. Hubiera podido emplear mi tiempo más seriamente pero, créanlo o no, estudié la caída de hojas de papel lanzadas desde lo alto de elevados edificios. Permanecían en el aire bastante tiempo, a veces, algunos minutos.

El 20 de abril de 1869 [401] en Autriche (Indre-et-Loire), una enorme segregación de hojas muertas cayó del cielo en un día de calma chicha y durante diez minutos. Flammarion, que en *L'Atmosphére* [402] cuenta el acontecimiento, encuentra una tormenta en los alrededores, pero que data del 3 de abril. ¿Cómo podrían permanecer esas hojas juntas en la atmósfera durante una semana? Hay dos improbabilidades contra solo una por mi parte: dichas hojas, ¿pudieron ser levantadas seis meses antes, cuando estaban juntas en el suelo, para permanecer después suspendidas en una región de gravedad inerte, antes de ser precipitadas por las lluvias de abril? No hay un solo caso de caída de hojas en octubre o noviembre, estación en la que se esperaría de buen grado el verlas caer.

El 19 de abril de 1889 [403] hojas secas de encina, de olmo y de otros árboles cayeron durante un cuarto de hora en tiempo tranquilo. Fue tremendo. Se calculó que la caída duró cinco minutos pero, a juzgar por la cantidad recogida, la opinión del redactor es que al menos necesitaron media hora para caer. Creo que el géiser de cadáveres de Riomba debió ser un espectáculo extraordinario: este tema me complacería mucho, si yo fuera pintor. Pero dicho carácter de hojas muertas es, también, un estudio de los ritmos mortuorios. En este día sin viento, la superficie del Loira estaba «absolutamente llana», pero recubierta de hojas hasta donde alcanza la vista. *Del L'Astronomie* [404]: el 7 de abril de 1894, otra caída prodigiosa de hojas muertas tuvo lugar en Clairvaux y Outre-Aube, en Francia, durante una media hora: después, una tercera en Pontcarré, el 11. El redactor (Flammarion) explica que estas hojas debieron ser recogidas por un ciclón, y que este, al perder su fuerza, dejó caer primero las hojas más pesadas. Tal explicación resultaba suficiente en el año 1894, pero hoy en día somos mucho más exigentes: queremos saber cómo un viento insuficiente para sostener algunas hojas en el aire pudo sostener otras durante cuatro días.

El factor principal es el desplazamiento de estación, no para las hojas muertas, sino para un número prodigioso de hojas muertas, localizadas en Francia. El Supermar de los Sargazos, ¿se inclina en ondulaciones casi permanentes por encima de Francia? Inspiración: hay quizá un mundo complementario al nuestro, en el que el otoño se produce durante nuestra primavera. Lego esta idea a mis discípulos. Un día enloqueceré de Supergeografía y me sentiré culpable de los mapas aéreos. Pienso, por el momento, que el Supermar de los Sargazos es un cinturón oblicuo de ramificaciones cambiantes, por encima de Gran Bretaña, de Francia, de Italia y de la India. No tengo una idea demasiado clara sobre los Estados Unidos, pero no puedo dejar de pensar más que en los Estados del Sur.

[401] Cosmos, 3-4-574
[402] L'Atmosphére, p 412.
[403] La Nature 1889-2-94
[404] L'Astronomie, 1894-194.

Pienso haber apoyado y reforzado lo suficiente, hasta ahora, mi noción del Supermar de los Sargazos. Me otorgo el derecho de negar en otro libro la existencia de este supermar y de descubrir que todos mis datos se relacionan con un mundo complementario, o a la Luna, o aún admitir que la luna no está más que a cuarenta kilómetros de la Tierra. Pero, por el momento, el Supermar de los Sargazos actúa lo suficientemente bien como para constituir el núcleo alrededor del cual puedo acumular mis datos antiexclusivistas. Ya que mi esbozo, por ahora, se limita a combatir el Exclusionismo.

En la provincia de Macerata, en Italia [405], durante el verano de 1897, un número increíble de pequeñas nubes sangrientas recubrió el cielo. Una hora después estalló una tormenta, y miríadas de semillas cayeron al suelo. Se las identificó como el producto de un árbol existente solamente en las Antillas y en el África Central. Si dichas semillas, convencionalmente hablando, se hubieran hallado muy altas en el aire, se debería admitir que habían evolucionado en regiones frías. Pero afirmo que, por el contrario, debieron permanecer en una región cálida, y esto durante demasiado tiempo para que se pueda atribuir el fenómeno a una suspensión por el viento.

«Se dice que un gran número de estas semillas habían alcanzado el primer estadio de germinación».



El "Supermar de los Sargazos", imagen creada para este capítulo

[405] Notes and Queries, 8-12-228.

20

La Nueva Dominante: el Inclusionismo es un pseudostandard.

Interpreto todo dato en concordancia con este pseudostandard. No tengo, por el momento, las ilusiones de Absolutismo que han otorgado tal vez algunos positivistas del siglo XIX a un paraíso cualquiera. Soy agente intermediarista, pero sospecho, pese a todo, que un día me solidificaré, me desliberalizaré dentro de un positivismo superior. Por el momento no busco identificar los hechos de lo absurdo o de lo razonable, porque por absurdidad o razón entiendo el beneplácito o disgusto hacia un standard que debe ser una ilusión, y que un día puede ser desplazado por una cuasi ilusión de naturaleza más avanzada. Los sabios del pasado tomaron una actitud positivista: ¿resultaba razonable o fuera de razón? Analícenlos, y descubrirán que se pronunciaban según un standard: Newtonismo, Daltonismo o Lyellismo, pero se expresaban como si supieran realmente discernir lo razonable de lo irrazonable.

Mi pseudostandard es pues el Inclusionismo: si un dato se adapta a una visión más ampliamente inclusiva en cuanto a la Tierra, su armonía con el Inclusionismo la admite sin problemas. El proceso era el mismo en la Antigua Dominante: la única diferencia reside en el intermediarismo subyacente, en la conciencia de que, aun estando más cercanos a lo real, nosotros y nuestros standards no somos más que cuasi-existentes. Que todo, en nuestro estado intermediario, es el fantasma de un superespíritu hundido en un estado de sueño, pero intentado despertar a la realidad.

Y mi intermediarismo particular tiene ocasión de estar insatisfecho. Pienso que, en el caso de un espíritu en sueño, el despertar será acelerado, si los fantasmas de este espíritu conocen su identidad de fantasmas oníricos. Parece aceptable que una mesa vista en estado de vigilia esté más cercana a lo real que una mesa de sueño que nos persiga con sus veinte patas. Y estos fantasmas, aun siendo cuasi-existentes, tienen un sentido muy relativo, la esencia de lo que se denomina realidad. Derivan de la experiencia, incluso a través de las distorsiones más grotescas.

Por dichas razones, en el siglo XX, tal cambio de términos y de conciencia subyacente identifica nuestra actitud hacia la Nueva Dominante a la que los sabios del siglo XIX hacia la Antigua Dominante. No insisto, porque mis datos y mis interpretaciones parecen tan chocantes, grotescos, ridículos, malignos, infantiles, hipócritas, risibles o ignorantes a los sabios del siglo XIX como sus propios datos e interpretaciones pudieron parecerlo a los espíritus medievales. Pregunto solamente si estos datos y estas interpretaciones están en correlación, en cuyo caso son aceptables, temporalmente tal vez, como estructuras o croquis preliminares. Más tarde, cuando nos enfriemos y radiemos al espacio la mayor parte de nuestra movilidad presente, que se expresa en modestia y plasticidad, rehusaré toda estructura y todo croquis preliminar para pensar en los hechos absolutos. En general, lo espiritual se sitúa por debajo de lo material, pero estimo que la cuasi-existencia es un medio de materializar absolutamente lo absolutamente inmaterial y, siendo

intermediaria, realiza un estado en el cual nada es definitivamente material o inmaterial y donde todos los objetos, sustancias y pensamientos ocupan un grado de aproximación de un lado o del otro. La solidificación final de lo etéreo me parece ser la cima de la ambición cósmica. El Positivismo es puro Puritanismo, El Calor es Maligno, el Bien Final es Frigidez Absoluta. Un invierno ártico es magnífico, pero creo que las conversaciones de simios en un palmar se acomodan mejor a nuestro Intermediarismo.

Visitantes.

Mi confusión a este respecto es tan grande como antes, ya que no tengo ilusión de la homogeneidad. Un positivista reuniría todos los datos que parecen relacionarse a un único género de visitantes, prescindiendo fríamente de todos los demás. Creo que hay tantos géneros distintos de visitantes extraterrestres como de visitantes en Nueva York, en una prisión o en una iglesia: por ejemplo, en una iglesia hay también rateros.

Creo que un mundo o una vasta superconstrucción ha sobrevolado la India durante el verano de 1860. Puesto que, desde ninguna parte, algo cayó el 17 de julio de 1860 en Dhurmsalla. Sea lo que sea lo que este «algo» haya podido ser realmente, ha sido designado a menudo bajo el nombre de «meteorito», que me doy cuenta de haber adoptado a mí vez esta convención. Pero Syed Abdoolah, profesor de indostaní en la Universidad de Londres, escribió en el *London Times* [406] que las piedras caídas «eran de formas y tamaños muy diversos, y algunas se parecían mucho a balas de cañón ordinarias después de ser usadas». Se trataba, pues, de objetos esféricos de metal. Y, la misma tarde, algo observó cuidadosamente Dhurmsalla y le expidió, en medio de resplandores llameantes, objetos recubiertos de marcas indescifrables. Y pienso en seres y objetos que debieron resistir a su deseo de aterrizar, al igual que los aeronautas, a una cierta altitud, deben resistir al deseo de ascender más arriba. Tal especulación no contradice en absoluto, salvo para los positivistas, mi idea de algún otro mundo que intenta establecer comunicación con algunos terrestres esotéricos gracias a un código de símbolos impresos en la roca. Pero, para la mayor parte de mis datos, pienso en superobjetos que atraviesan el cielo sin manifestar más interés por la Tierra que el que los pasajeros de un transatlántico manifiestan por las profundidades oceánicas. Algunos pueden, ciertamente, pensar mucho en este tema, pero ver prohibida toda exploración por las necesidades comerciales del horario. Finalmente, puede haber pruebas de tentativas supercientíficas para investigar los fenómenos terrestres, tal vez organizadas por seres tan lejanos que desconocen incluso si alguien tiene derechos legales sobre el planeta.

En el *Observatory* [407] se cita que, de acuerdo con un periódico, el 6 de marzo de 1912 los habitantes de Warmley, Inglaterra, se vieron grandemente sorprendidos por lo que creyeron era «un aeroplano espléndidamente iluminado sobrevolando la ciudad». Avanzaba a toda velocidad en dirección de Bath a Gloucester. Se trataba, dijo el redactor, de una gran bola de fuego con tres cabezas. «Es preciso —dijo— estar preparado a todo en nuestros días…».

[406] London Times del 26 de diciembre de 1860 [407] Observatory, 35-168.

Un corresponsal de Nature [408] en el condado de Wicklow, en Irlanda, vio, a las seis de la tarde, un objeto triangular atravesar el cielo. Era de color oro amarillento, se parecía a la Luna en su creciente de tres cuartos y, evolucionando lentamente, tardó cinco minutos en desaparecer tras una montaña. El redactor de la publicación estima que debía tratarse de un globo escapado.

En Nature [409] el meteorólogo F. F. Payne vio, en el Canadá, un gran objeto en forma de pera atravesar el cielo. Al principio lo tomó por un globo, ya que «su contorno estaba claramente definido; pero, no viendo canastilla, concluí que debía tratarse de una forma curiosa de nube». En seis minutos, el objeto se hizo más desvaído, sin duda por efectos de la distancia: «ya que la masa se hizo cada vez menos densa y después desapareció». No había ninguna formación ciclónica en los alrededores.

El 8 de julio de 1898 [410], un corresponsal de la revista vio, en Kiel, un objeto celeste enrojecido por el sol, grande como un arco iris, a una altura de doce grados: «estuvo brillando durante cinco minutos, después se esfumó rápidamente, permaneció de nuevo casi estacionario y finalmente desapareció, todo en el término de ocho minutos».

En una existencia intermediaria, las cuasi-personas no pueden formular juicios, ya que cualquier cosa es su propio opuesto. Si cien dólares por semana son el nivel de lujo para algunos, pueden representar la pobreza para otros. He aquí tres casos de objetos celestes observados en un espacio de tres meses. Esta concordancia me parece notable. La Ciencia se ha edificado sobre concordancias lo mismo que la mayor parte de los errores y de los fatalismos. El Positivismo de Leverrier me impulsa a formular instintivamente que estas tres observaciones pueden referirse a un mismo objeto. Pero no formularé nada acerca de eso y dejaré pasar esta nueva ocasión de llegar a ser una estrella fija. Un intermediarista no sabe nada de compromisos: para él, nuestro estado es parcialmente positivo y parcialmente negativo, nada es definitivamente positivo o definitivamente negativo. Pero si el positivismo les atrae, no se avergüencen: estarán en armonía con el esfuerzo cósmico, pero la continuidad les resistirá. Ser positivo es venir a ser un Napoleón Bonaparte, contra el cual el resto de la civilización se aliará tarde o temprano. El intermediarismo reconoce nuestro estado como un cuasi-estado y no impide a nadie ser positivo: reconoce su impotencia para llegar a serlo, permanece en un estado positivo-negativo, mientras que un gran positivista aislado, sin sistema de soporte, será crucificado, obligado a pasar hambre, encarcelado o golpeado a muerte, y renacerá en el Positivo Absoluto.

Siendo yo mismo positivo-negativo, siento la atracción del polo positivo de mi estado intermediarista, e intento relacionar estos tres datos con un solo objeto. Los periódicos aeronáuticos, el London Times y el New York Times no mencionan ningún globo escapado durante el verano de 1898, ni en Inglaterra, ni en los Estados Unidos, ni en el Canadá.

[408] Nature escribe en el número del 27 de octubre de 1898.

[409] Nature, 11 de agosto de 1893, y según el Canadian Weather Review de julio de 1898

[410] Nature, 58-294.

El 27 de agosto de 1885 [411], a las ocho y media de la mañana, Mrs. Adelina D. Basset observó en las Bermudas «un extraño objeto que procedía del sur en medio de las nubes». Llamó a su amiga, Mrs. L. Lowell y ambas vieron, no sin alarma, el objeto de forma triangular, parecido a una vela de bote, y del que pendían cadenas, mostrar intenciones de aterrizar, para alejarse después por encima del mar y desaparecer finalmente muy alto entre las nubes.

Una potencia tal de ascensión parece excluir toda noción de un globo escapado parcialmente deshinchado. El general Lefroy intenta dar una explicación terrestre a este fenómeno, suponiendo un globo escapado de Francia o de Inglaterra que hubiera sobrevolado el Atlántico, y atribuyendo a una deformación la silueta triangular del objeto: «Se trataba —dijo— de un saco informe, apenas capaz de volar». Charles Harding, de la R.M.S., objeta en el *Times* [412] que un globo procedente de Europa hubiera sido visto y señalado por numerosos buques, y atribuye el origen del supuesto globo a los Estados Unidos de América. Si todo el mundo manifestara tanta perseverancia como el general Lefroy demostró [413], no tendríamos que evaluar perpetuamente fragmentos de datos; rogó a uno de sus amigos, W. H. Gosling, de las Bermudas, que interrogara a las dos testigos, Mrs. Basset y Lowell: le dieron una descripción distinta de los hilos suspendidos en el aire. ¿Se trataba de un globo deshinchado arrastrando su cordamen tras él, o de una superdraga que nos hace pensar irresistiblemente en los pájaros de Baton Rouge?

Creo que se nos pesca. Quizá somos altamente estimados por los supergastrónomos de las esferas superiores. Me siento arrebatado al pensar que después de todo pueda ser útil para algo. Estoy seguro de que muchas redes se han introducido en nuestra atmósfera y han sido identificadas como trombas o huracanes. Creo que se nos pesca. Pero lo menciono de pasada, ya que tal idea no tiene nada que ver con el tema que trataré más tarde, a saber: las posibilidades de nuestra utilización por un modo de existencia que tuviera sobre nosotros un derecho legal.

Del *Nature*, [414] «Nuestro corresponsal en París escribe que en relación con el globo avistado en setiembre en las Bermudas, no ha ascendido en Francia ningún globo que pueda tener relación con él».

Finales de agosto: no setiembre. En el London Times no hay mención de ninguna ascensión de globos en Gran Bretaña durante el verano de 1885. En Francia [415], dos globos se habían soltado durante las fiestas del 14 de julio, es decir cuarenta y cuatro días antes de la observación de las Bermudas: los de Gower y Eloy. El primero fue encontrado flotando en pleno océano; el segundo fue observado, el 17 de julio, por un barco: se mantenía aún en el aire. Pero era un minúsculo globo de exhibición, concebido para pequeñas ascensiones en el curso de las fiestas locales. *Nature* [416] se asegura que era incapaz de permanecer largo tiempo suspendido en el aire.

[411] London Times, 29 de setiembre de 1885: Según la Royal Gazette de las Bermudas del 8 de setiembre de 1885, remitida por el general Lefroy. [412] Times de 1º de octubre de 1885.
[413] Nature, 33-99. [414] Nature, 33-137. [415] L'Aéronaute, agosto de 1885
[416] Nature, 1885-2-131.

En cuanto a los Estados Unidos, no se registró más que una sola ascensión, el 29 de julio de 1885: al abandonar su globo, los aeronautas tiraron de la cuerda de escape, «abriendo el ingenio de arriba abajo» [417]. Para un intermediarista, la acusación de «antropomorfismo» está desprovista de todo significado. No hay nada en nada única o positivamente distinto. Yo sería materialista si no fuera tan racional el expresar lo material en términos de lo inmaterial como expresar lo inmaterial en términos de lo material. Me comprometo a escribir la fórmula de una novela en términos psicoquímicos, o a trazar su gráfico en términos de psicomecánica, o a escribir en términos románticos las circunstancias y las secuencias de toda reacción química, eléctrica o magnética, o a expresar no importa cuál acontecimiento histórico en términos algebraicos: Véase Boole y Jevons en lo que concierne al álgebra de las situaciones económicas.

Pienso en las Dominantes como si fueran personas, lo que no quiere decir que las tome (no por mí mismo) por verdaderas personas. La Antigua Dominante es celosa, suprime todos los pensamientos que ponen su supremacía en peligro. A la aproximación de lo prohibido, de lo irreconciliable, las discusiones científicas toman un cauce confuso y ramificado. Se creería que son desviadas de su objetivo por una directriz oculta, que planea por encima de las mismas.

Charles Tilden Smith escribió en *Nature,* [418] que en Chisbury, en el Wiltshire, Inglaterra, el 8 de abril de 1912, vio en el cielo «algo distinto a todo lo que había visto antes, pese a que desde hace muchos años había estudiado el cielo en todos sus aspectos». Vio dos manchas estacionarias ¡sobre nubes que avanzaban rápidamente! Eran en forma de abanico triangular y de distintos tamaños, pero conservaron la misma posición mientras nube tras nube pasaban por debajo de ellos; y esto duró una media hora. Terminó por pensar «que se trataba de una sombra proyectada sobre una pantalla de nubes por un objeto invisible situado al oeste, y que interceptaba los rayos del sol». En la página 244 del mismo volumen de *Nature*, otro corresponsal confirma esta opinión.

Pero la Antigua Dominante estaba celosa, y no admitió ser desafiada en esta forma. En la página 268, el meteorólogo Charles J. P. Cave escribió que los días 5 y 8 de abril había observado el mismo fenómeno en Ditcham Park, cerca de Petersfield, observando algunos globos cautivos, de lo cual infería que las sombras de Chisbury podían haber tenido el mismo origen. En la página 322, otro corresponsal habla de sombras proyectadas sobre las montañas y, finalmente, en la página 348, alguien complica las cosas discutiendo la tercera comunicación. Pero el misterio continúa, ya que las manchas negras de Chisbury no podían haber sido proyectadas por globos estacionarios que se encontraran al oeste, o entre las nubes y el sol poniente, ya que en este caso la sombra de un objeto estacionario, lejos de ser estacionaria, hubiera ascendido cada vez más alto durante la puesta del sol.

Una enorme cosa negra posada como un cuervo sobre la Luna.

[417] New York Times, 10 de agosto de 1885.
[418] Nature, 90-169.

Pienso que estas dos sombras de Chisbury debían parecer, vistas desde la Luna, como dos enormes cosas negras posadas como cuervos sobre la Tierra. Y que dos luminosidades triangulares, seguidas de dos manchas negras triangulares, debieron ser observadas como los triángulos de Chisbury sobre la Luna.

En Lebanon, Connecticut [419] la tarde del 3 de julio de 1882, dos formas luminosas triangulares fueron observadas en el borde superior de la Luna. Desaparecieron, y dos sombras triangulares fueron observadas tres minutos más tarde en el borde inferior. Se acercaron una a otra, se confundieron y desaparecieron.

El 8 de abril de 1913 [420], en Fort Worth, Texas, descripción de la sombra en el cielo de un objeto invisible, que se supuso era una nube, y que se desplazó con el sol poniente.

Del *Rept. Brit. Assoc*. [421]: Dos observadores vieron durante seis noches un objeto triangular atravesar el cielo, a un considerable paralaje. Estaba muy próximo a la Tierra.

Debo decir que nuestra confusión en relación con los fenómenos luminosos es tan grande como algunas controversias de la ortodoxia sobre el mismo tema. La luz no es necesariamente la luz: puede ser la interpretación de un modo de fuerza. Al nivel del mar, la atmósfera terrestre interpreta la luz del sol como roja, anaranjada o bien amarilla. En las montañas, el sol es azul. Más alto, el cénit se vuelve negro. Es ortodoxo afirmar que en el espacio interplanetario, allí donde no hay aire, no hay luz, de modo que el sol y los cometas son negros, pero que la atmósfera terrestre, o al menos sus partículas de polvo, interpretan las radiaciones de estos objetos negros como luz.

Miren la Luna. La Luna, negra como ébano, y tan plateada. Tengo cerca de cincuenta notas indicando que la Luna posee una atmósfera. Pese a ello, los astrónomos afirman que no tiene, y están obligados a hacerlo ya que, de otro modo, su teoría sobre los eclipses no significaría nada. De modo que, en términos convencionales, la Luna es negra. Sorprendente visión la de los exploradores lunares, trastabillando y tanteando en una intensa oscuridad, mientras que, con potentes telescopios, podríamos verlos trastabillar y tantear en medio de una luz cegadora.

Es, pues, concebible que existan fenómenos de fuerza interpretables como luz al nivel de las nubes, pero no en las capas más densas del aire, a la inversa, en suma, de la interpretación habitual. Tengo a continuación algunos datos sobre un acontecimiento que sugiere una fuerza no interpretada por el aire como luminosa, pero reflejada por el suelo en forma de luz. Algo permaneció suspendido por encima de Londres durante unas semanas, que no fue interpretado como luz más que al llegar al suelo.

[419] Scientific American, 46-49.

[420] Monthly Weather Review, 41-599.

[421] Rept. Brit. Assoc, 1854-410.

Cada noche [422], durante una semana, una luz apareció en Woburn Square, Londres, sobre la hierba de un parquecillo rodeado de verjas, ante el enorme susto de los transeúntes. La policía restableció el orden. Se sugirió que se trataba de una luz de un farol de gas, sin buscar por supuesto el origen preciso. No digo que la luz de un simple farol de gas no atrajera la atención de los mirones londinenses durante una semana, pero sí digo que el primer polizonte llamado para restablecer el orden no hubiera tenido necesidad de la menor sugestión para restablecer el orden allí mismo, si se hubiera tratado realmente de la luz de un farol de gas.

Y algo luminoso permaneció suspendido durante una semana sobre un parque londinense.



Captado cerca de la Estación Espacial Internacional



Captado encima del Popocatépetl

[422] Lancet, 1º de junio de 1867

21

«Estando especializada su excelente revista *Knowledge* [423] en los fenómenos meteorológicos, me siento tentado de pedirles la explicación del siguiente suceso, que he presenciado a bordo del vapor Patna, de la Compañía de las Indias Británicas, en el curso de un viaje por el golfo Pérsico. En mayo de 1880, en una noche muy oscura, hacia las once treinta, aparecieron de repente en el cielo, a un lado y a otro de la nave, dos enormes ruedas luminosas que giraban sobre sí mismas, y cuyos radios parecieron rozar el buque a su paso. Dichos radios medían de dos a trescientos metros de largo, y se parecían a las varas de las maestras de escuela. Y aunque cada rueda debía tener quinientos o seiscientos metros de diámetro, se veían siempre distintamente los dieciséis radios que la formaban. Sin otra luz visible en el aire por encima del agua, este resplandor fosforescente pareció deslizarse paralelamente a la superficie del océano. La apariencia de estos radios puede ser imitada casi exactamente agitando, desde una barca, una linterna horizontalmente por encima del agua, y haciéndole describir círculos concéntricos. Asistieron, aparte de mí mismo, al mencionado fenómeno el capitán Avern, del Patna, y Mr. Manning, tercer oficial.

«Lee Fore Brace».

«PS.-Las ruedas avanzaron paralelamente al barco, como escoltándolo, alrededor de veinte minutos. L.F.B.».

Knowledge, 11 de enero de 1884: Carta de Mr. «A. Mc. D.»: «*Su Lee Fore Brace* debería haber firmado su comunicación con el sobrenombre de El Moderno Ezequiel, tanto rivaliza su visión con la del profeta en lo que a prodigios se refiere». Basándose en las cifras publicadas, Mc. D calcula que la rueda debería desplazarse a ciento sesenta kilómetros por hora, velocidad que considera increíble: «El seudónimo de su corresponsal indica demasiado que está acostumbrado a recibir viento en sus velas» [424]. Después sugiere su explicación: debían de haberse producido a aquella hora numerosas averías en el gran brazo de verga, que exigía empalmes tan frecuentes que todo rayo de luz hubiera adquirido muy pronto un movimiento de rotación. Sigue el 25 de enero una respuesta de «Mr. Brace», firmada con su verdadero nombre, J. W. Robertson, y refutando toda insinuación injuriosa en cuanto a su sobriedad, y después una conclusión conciliadora del redactor en jefe.

La explicación evidente de este fenómeno es que debía de haber una rueda luminosa bajo la superficie del mar en el golfo Pérsico. Un pez de las grandes profundidades, empujado hasta la superficie del mar, se desintegrará en un medio relativamente atenuado. Toda superconstrucción adaptada, en el espacio interplanetario, a un medio denso, y forzada a penetrar en la atmósfera terrestre, se ve amenazada de desintegración, y se hunde en el océano para encontrar el alivio de un medio de mayor densidad. Así pues, voy a dedicarme ahora a los datos de objetos luminosos caídos en el océano o bien elevándose del mismo. Pienso que, una vez dejados de lado los

[423] Carta en Knowledge, 28 de diciembre de 1883.

[424] En inglés, «fore brace» significa «brazo de verga delantero».

casos de incandescencia causados por desintegración, estos objetos están dotados de una luz fría que el agua no aviva en absoluto. Y parece aceptable que una rueda que gire sobre sí misma pueda parecerse a un globo, tanto vista de lejos como de relativamente cerca.

Tomaré mi primer dato de una publicación puritana, *Science*, que no nos ha proporcionado más que un poco de material: los puritanos raramente se desvergüenzan. Según un informe dirigido a la Oficina Hidrográfica de Washington por su oficina de San Francisco y reproducido en *Science* [425], en la medianoche del 24 de febrero de 1885, a 37° latitud Norte y 170° longitud Este, en algún lugar entre Yokohama y Victoria, el capitán del Innerwich fue despertado por su segundo, que había visto en el cielo algo anormal. Tras tomarse un tiempo en despertarse completamente, el capitán ganó el puente de la nave y vio el cielo en llamas. «De pronto, una enorme masa inflamada apareció por encima de la nave, cegando completamente a los espectadores», y cayó al mar. Su tamaño puede ser evaluado por el volumen de agua que levantó, y que se precipitó contra la nave con un ruido ensordecedor, sumergiéndola «bajo una espuma blanca y rugiente». El capitán, un viejo marino lleno de experiencia, declaró que el horror del espectáculo desafiaba toda descripción.

En *Nature* [426] y *L'Astronomie* [427] , se dice que esta «enorme bola de fuego» se elevó del mar cerca de cabo Race, hasta alcanzar los ciento cincuenta metros de altura, y avanzó cerradamente sobre la nave, siendo visible por más de cinco minutos. Nature la identifica como un rayo «en bola», pero Flammarion, en *Thunder and Lightning* [428], la describe como de enorme tamaño. El capitán Moore, del vapor inglés Siberian, declaró en el *American* [429] que el objeto se desplazó «contra el viento» antes de desaparecer y que había visto ya antes, en el mismo lugar, tales apariciones.

Del *Report of the British Association* [430]: El 18 de junio de 1845, según el Malta Times, a bordo del bergantín Victoria, a mil trescientos kilómetros de Adalia, en Asia Menor, a 36° 40′ 56″ latitud Norte y 13° 44′ 36″ longitud Este, se vieron tres cuerpos luminosos salir del océano a cuarenta metros del buque y permanecer visibles durante diez minutos. El profesor Baden-Powell publicó una carta de un corresponsal del monte Líbano que describe el mismo prodigio, pero no cita más que dos cuerpos luminosos cinco veces más grandes que la Luna, y dotados de apéndices «en forma de velas», parecidos a «grandes bandera hinchadas por la brisa». La idea más importante en este caso concreto es la de la duración. Un meteoro dura algunos segundos, raramente más de quince, aunque algunos hayan durado medio minuto.

[425] Science, 5-242.
[426] L'Astronomie, 1887-76.
[427] Nature, 37-187
[428] Thunder and Lightning, p. 68
[429] Meteorological Journal, 6-443. 12 de noviembre de 1887
[430] Report of the Brirish Association, 1861-30.

Los objetos del monte Líbano fueron visibles una hora. Los apéndices no se parecían a la estela de los meteoros, ya que «su resplandor parecía proceder de su propio cuerpo». En Adalia, Asia Menor, a mil trescientos kilómetros del Victoria y en el mismo momento, el reverendo F. Hawlett, citado por el profesor Baden-Powell, asistió al espectáculo, cuya duración evaluó en una media hora. El fenómeno fue señalado igualmente desde Siria y desde Malta, bajo la forma de dos cuerpos «estrechamente unidos» [431].

En Cherburgo, Francia, el 12 de enero de 1836, un cuerpo luminoso que representaba los dos tercios de la Luna pareció girar como sobre un pivote: llevaba en su centro una cavidad oscura [432].

El 20 de diciembre de 1893 [433], un cuerpo luminoso fue visto por varias personas en Virginia, Carolina del Norte y Carolina del Sur, de oeste a este; a 15° por encima del horizonte, permaneció inmóvil durante un cuarto de hora. Parecía, dijeron algunos observadores, una enorme rueda blanca, y para eliminar toda probabilidad de una ilusión óptica se recuerda que el ruido de su paso a través del aire fue claramente apreciado. Al término de veinte minutos, desapareció o explotó en el mayor silencio.

Vastas construcciones en forma de rueda estarían muy especialmente adaptadas para atravesar un medio gelatinoso de uno a otro planeta. A veces penetrarían por error de cálculo en la atmósfera terrestre y, bajo la amenaza de explosión, deberían hundirse en el fondo de las aguas, donde permanecerían un tiempo, para emerger después en las proximidades de algún buque. Su ruta habitual parece situarse en las latitudes próximas al golfo Pérsico.

El 4 de abril de 1901 [434], a las ocho y media de la mañana, en el golfo Pérsico, el capitán Hoseason del vapor Kilwa navegaba en plena mar. «El agua no era fosforescente», reténganlo bien. De pronto, enormes «ondulaciones» luminosas aparecieron bruscamente en la superficie de las aguas. No emitían más que una débil luz, y se apagaron alrededor de un cuarto de hora más tarde, después de haber evolucionado a diez kilómetros por hora. Se incriminó esta vez a la eterna salvaguardia de la Vieja Dominante: bancos de medusas.

El 5 de junio de 1880 [435], a lo largo de la costa de Malabar, el comandante Harris, del vapor Shahjehan, vio, a las diez de la noche, sobre un mar calmado y bajo un cielo sin nubes, un objeto tan extraño que le hizo detener su nave. Describe olas espaciadas de brillante luz, y una sustancia no identificable flotando sobre las aguas: no iluminaba nada, pero parecía iluminada, como el resto del mar, por gigantescos rayos luminosos. «Se sucedían ola tras ola, en uno de los espectáculos más grandes y más solemnes que se pueda imaginar».

[431] Report of the Brirish Association, 1860-82. [432] Report of the Brirish Association, 1860-77. Otros datos de ruedas luminosas son citados en: Nature, 22-617, London Times, 15 de octubre de 1559, Nature, 21-225, Monthly Weather Review, 1883-264. [433] L'Astronomie, 1894-15. [434] Journal of the Royal Meteorological Society, 28-29. [435] Nature, 21-410. Una carta al Englishman, de Calcuta, fechada el 21 de enero de 1880.

Extracto de una carta [436] de míster Douglas Carnegie, de Blackheath, Inglaterra: «En el curso de este viaje, asistí a una de las más extravagantes manifestaciones eléctricas que jamás haya visto». En el golfo de Omán, observó una capa fosforescente, aparentemente inmóvil. Pero a veinte metros del lugar, «rayos de cegadora luz vinieron a chocar con la proa de la nave a una prodigiosa velocidad, que puede estimarse entre los cien y los doscientos kilómetros por hora». Las olas se sucedían de tres en tres metros. «Recogí una muestra del agua y la examiné al microscopio, sin detectar nada anormal. Los rayos parecían provenir de las profundidades marinas. Nos golpearon primero a través, y observé que una nave cercana no torcía su trayectoria: se hubiera dicho que la atravesaban de lado a lado». El golfo de Omán se halla en la entrada del golfo Pérsico.

Mr. S. C. Patterson [437], segundo del vapor Delta, cuenta que, el 14 de marzo de 1907, en el estrecho de Malaca, a las dos de la madrugada, vio durante una media hora «rayos que parecían girar sobre un eje, como los radios de una rueda: parecían medir trescientos metros de lado».

El capitán Evans [438] , hidrógrafo de la marina inglesa, señala en un informe al Almirantazgo que el comandante J. E. Pringle, del buque Vulture, observó a 26° 26′ de latitud Norte y 53° 11′ de longitud Este, en el golfo Pérsico, el 15 de mayo de 1879, ondas luminosas o pulsaciones acuáticas que se desplazaban a gran velocidad. Precisión apreciable: subraya que las ondas luminosas pasaron bajo el Vulture. «Mirando hacia el este, se hubiera dicho que una rueda giraba sobre su eje, con sus radios iluminados, mientras que, mirando hacia el oeste, una rueda idéntica avanzaba en sentido contrario. Las ondas de luz se extendían desde la superficie hasta las profundidades marinas». El comandante Pringle piensa que los rayos procedían de una sola rueda, y que el desdoblamiento era una simple ilusión. Estima que los objetos tenían cuarenta metros de ancho, estaban espaciados por unos ciento cincuenta metros y se desplazaban a ochenta kilómetros por hora, durante treinta y cinco minutos, a las nueve horas cuarenta minutos de la noche. Después de su paso, el buque atravesó amplias capas de una sustancia flotante que se parecía a «bancos de freza oleosa».

En la página 48 del mismo número de *Nature*, E. L. Moss dijo que en abril de 1875 vio sobre el buque Bulldog, a algunos kilómetros al norte de Veracruz, una serie parecida de líneas luminosas. Si habla del Veracruz de Méjico, es nuestro único caso situado en aguas de la costa oriental.

El *Nautical Meteorological Annual* [439], publicado por el Instituto Meteorológico danés, señala un «singular fenómeno» observado por el capitán Cabe, del vapor danés Bintang. A las tres de la madrugada, el 10 de junio de 1909, en pleno estrecho de Malaca, el capitán Cabe vio una rueda luminosa girar sobre su eje a ras del océano. El centro estaba próximo al horizonte, no se podía ver más que la mitad, y fue

[436] Journal of the Royal Meteorological Society, 32-280.
[437] Journal of the Royal Meteorological Society, 33-294.
[438] Nature, 20-291
[439] Scientific American, 106-51.

visible durante quince minutos. Los movimientos de esta rueda no eran sincrónicos con los de la nave.

El Instituto danés cita otro caso: el capitán Breyer, del vapor holandés Valentijn, vio, a medianoche, el 12 de agosto de 1910, al sur del mar de la China, una rotación de relámpagos. «Se hubiera dicho una rueda horizontal, girando rápidamente por encima del agua». «El fenómeno fue observado por el capitán, el primer y segundo y oficiales, y el primer oficial de máquinas, y produjo en todos ellos un profundo sentimiento de malestar».

Recomiendo a los escépticos que mediten en la localización, con apenas una sola excepción, de este fenómeno: en el océano índico y sus aguas adyacentes, golfo Pérsico por un lado, mar de la China por el otro. Aunque sea intermediarista, encuentro irresistible la atracción de una tentativa de acceso positivista hacia lo Completo.

En la reunión de la Asociación británica [440], en 1848, sir W. S. Harris leyó el informe de una nave en dirección a la cual «habían remolinado dos ruedas de fuego, que la tripulación comparó con dos ruedas de molino de llamas». En el momento en que se aproximaron, se oyó un horrible chasquido: los masteleros fueron pulverizados. Se dijo que se produjo un fuerte olor de azufre.



Imagen ilustrativa para este capítulo

[440] Atheneum, 1848-833.

22

Extracto del diario de a bordo del buque Lady of the Lake, escrito de puño y letra del capitán F. W. Banner y comunicado por R. H. Scott, F.A.S. [441].

El 22 de marzo de 1870, a latitud 5° 47′ N., longitud 27° 52′ E., los marineros del Lady of the Lake vieron en pleno cielo un objeto, o una notable «nube», y la señalaron a su capitán.

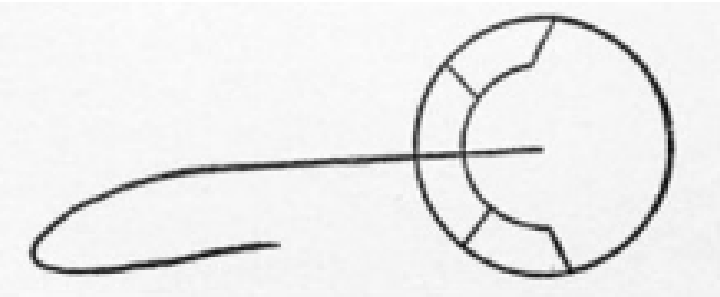
Según Banner, era una nube de forma circular, con un semicírculo inscrito dividido en cuatro partes, con el trazo de división comenzando en el centro del círculo y extendiéndose hacia el exterior, para después curvarse de nuevo hacia atrás. Geométrica, compleja y estable en su forma: hay pocas oportunidades de que una nube mantenga tal diversidad de cualidades, para no mencionar el aspecto de la forma orgánica. El objeto evolucionaba de un punto situado a veinte grados por encima del horizonte hasta otro situado a ochenta grados. Después se dirigió hacia el noroeste, habiendo venido del sudoeste.

Era de color gris claro, es decir, color de nube.

«Mucho más baja que las demás nubes». Y principalmente este detalle: sea lo que fuere, se desplazaba contra el viento. «Se presentó oblicuamente en relación al viento, después se decidió a dirigirse directamente en dirección completamente contraria al viento».

La forma fue visible durante una media hora. Cuando finalmente desapareció, no fue desintegrándose como lo hubiera hecho una nube, sino a causa de la llegada de la oscuridad.

El capitán Banner dibujó el siguiente diagrama, que fue publicado en el *Journal of the Royal Meteorological Society*:



[441] Journal of the Royal Meteorological Society, 1-157. Fellow of the Royal Society significa Miembro académico de la Real Academia.

23

Los libros de texto nos dicen que los meteoritos de Dhurmsalla fueron recogidos casi inmediatamente después de su caída o en el espacio de un cuarto de hora. Provistos de un margen de tiempo, por pequeño que sea, los convencionalistas les dirán que dichos aerolitos podían haber estado calientes en el momento de su caída, pero que su gran frialdad interna pudo ganar a su superficie en fusión.

Pero el comisario delegado de Dhurmsalla afirma que los meteoritos fueron recogidos «inmediatamente» por los *coolies* que pasaban. Las piedras estaban tan frías que les entumecieron los dedos. Sin embargo, habían caído en un chorro de luz, «una lengua de fuego de tres metros de largo por sesenta centímetros de ancho», dijo un testigo. Se supone que esta luz no era la de la materia fundida.

En este capítulo, seré intermediarista y poco conciliador.

Para el intermediarista, no hay más que una respuesta a todas las preguntas: a veces sí, a veces no. Otra forma de esta «solución» intermedia es la siguiente: sí y no. Todo lo que es, también no es. Un positivista intenta formular: un intermediarista también, pero con mucho menos rigor; acepta pero niega al mismo tiempo. Puede tener el aspecto de aceptar en un sentido y de negar en otro, pero no puede deducir conclusión alguna entre dos aspectos de cualquier cosa que sea. El intermediarista acepta lo que parece corresponder a lo que ha aceptado por dominante. El positivista establece la correspondencia con una creencia.

Los meteoritos de Dhurmsalla sostienen mi idea de que algunos objetos que penetran en la atmósfera terrestre relucen a veces con una luz que no es la de la incandescencia. Lo que explicaría por otro lado las «piedras del rayo» o las rocas esculpidas que han caído luminosamente al suelo, en regueros que parecían relámpagos, pero no impediría que otros objetos que penetraran en la atmósfera terrestre fueran desintegrados con la intensidad de la llama y de la materia en fusión o se desplomaran sin luminosidad, como los peces de las profundidades son arrastrados hasta la superficie de los océanos. Cada una de estas posibilidades indica la presencia de un medio más denso que nuestra atmósfera.

Vean el ritmo de los fenómenos: el aire es denso al nivel del mar, después cada vez menos denso a medida que se asciende, después cada vez más denso. De lo cual se desprenden algunas cuestiones embarazosas en relación a las cuales voy a precisar lo que sigue:

A veces caen lluvias luminosas [442]; su luz no es la de la incandescencia, pero nadie puede negar que tales lluvias, raras u ocasionales, provienen de una exterioridad. Comento simplemente la luz fría de algunos cuerpos que caen: lluvias

[442] Nature, 9 de marzo de 1882: Nature, 25-437

luminosas, nieves y polvos [443]. En cuanto a las nubes luminosas, marcan la transición entre la Antigua y la Nueva Dominante. Hemos señalado ya la transición acerca del origen externo de algunas granizadas en la teoría del profesor Schwedoff; implicando que ciertas masas de agua podían flotar en regiones interplanetarias (con o sin ranas y peces), se atrajo las burlas de la Ciencia. «De lo más cómico», manifestó Mr. Symons. Sostengo ahora que las nubes proceden algunas veces de las regiones exteriores y encuentran su origen en los lagos y océanos supergeográficos, que no intentaré por ahora localizar, aunque sí sugiero a los aviadores que se preocupen por ellos, ya que yo no siento ningún deseo de hacer el Cristóbal Colón en mis momentos perdidos: les aconsejo incluso, si se decidieran, que llevaran consigo un traje de baño o, más bien, un equipo de buceo. Así pues, algunas nubes provienen de los océanos interplanetarios, del Supermar de los Sargazos, si lo aceptamos, y se iluminan al penetrar en la atmósfera terrestre. En *Himmel und Erle*, febrero de 1889 (otro fenómeno de transición de los últimos treinta años), Herr O. Jesse, en sus observaciones sobre las nubes luminosas, comenta su gran altura, y sugiere cómica o seriamente que algunas de las mismas hayan podido venir de regiones exteriores a la Tierra. Supongo que se refería a otros planetas, pero su idea, tanto en un caso como en otro, sigue siendo a la vez cómica y muy seria.

En general, hago justicia demasiado a menudo acerca del pretendido aislamiento de la Tierra: se halla relativamente aislada por circunstancias parecidas a aquellas que son causa del aislamiento de los fondos oceánicos, excepción hecha de un equívoco de analogía del que querría hablar ahora mismo. Fue cómodo en su tiempo el identificar a los hombres con los peces de las grandes profundidades, pero, en el campo de la cuasi-existencia, no hay comodidad que no se convierta tarde o temprano en un obstáculo. Si hay regiones de mayor densidad por encima nuestro, se deberían considerar como análogas a las regiones oceánicas sumergidas, y los objetos que llegan al suelo serían entonces como levantados hacia un medio atenuado, y explotando, sea por incandescencia, sea por efecto de una luz fría, a veces sin ninguna luminosidad, como los peces de las grandes profundidades empujados a la superficie, condición en suma de inhospitalidad. Sospecho que, en sus abismos, los peces de las grandes profundidades no son luminosos. Los peces de la Caverna de los Mamuts no necesitan luz para encontrar su camino. Se podría creer que los habitantes de las profundidades se vuelven luminosos penetrando en un medio menos denso, pero los modelos del Museo Americano de Historia Natural poseen órganos especiales de luminosidad. Por supuesto, está permitido que uno recuerde ese «dodo» reconstruido con tanta convicción, y las adulteradas nociones que de ello resultaron. Pero la dislocación no es considerada como originada por el paso a un medio menos denso.

Es aquí que conviene mencionar «un extraordinario fenómeno, probablemente sin precedentes», observado por Mr. Acharius en los alrededores de Skeninge, en Suecia [444]. El 16 de mayo de 1808, a las cuatro de la tarde, el sol se volvió de color rojo ladrillo. En el mismo momento aparecieron, viniendo del horizonte occidental, un gran número de cuerpos redondos de color castaño y del tamaño aparente de un ala

[443] Véase Hartwig: Aerial World, p 319. [444] Transactions of the Swedish Academy of Sciences, 1808-215, traducido por la North American Review, 3-3198.

de sombrero, que atravesaron el cielo y desaparecieron hacia oriente. Una fantástica procesión, que duró cerca de dos horas: a veces, uno de estos cuerpos caía al suelo. En el lugar de la caída se encontraba una película que se secaba rápidamente y desaparecía. A menudo, aproximándose al sol, estos cuerpos parecían acercarse entre sí, en grupos que no sobrepasaban las ocho unidades, y se les veía entonces unas colas de cinco a seis metros de largo. Alejados del sol, su cola se hacía invisible.

Fuera cual fuera su sustancia real, se les describió como «jabonosos y gelatinosos».

Este dato hubiera suministrado una hermosa conclusión a mi panorama de las hordas de diminutos cuerpos distintos de las semillas, de los pájaros o de los cristales de hielo: pero se hubiera podido entonces llegar a la conclusión homogénea de que todos estos datos se referían a un único género de fenómenos, mientras que yo concibo una infinita heterogeneidad de lo externo, donde cruzados y bribones, turistas y dragones, se codean con las alas de sombrero gelatinosas. Todas las cosas terrestres que se unen en manadas no son forzosamente identificables como carneros, presbíteros, pistoleros o bien marsopas. Y este dato indica el peligro de dislocación que puede existir al penetrar desde el exterior en la atmósfera terrestre.

Pienso por mi parte que miles de objetos han caído en la Tierra para estallar luminosamente y hacerse calificar como «globos de fuego» o «rayos en bola». «No se ha aclarado aún el misterio de los globos de fuego, ni tampoco se ha lanzado una sola hipótesis inteligente» [445]. Un día me concentraré en las hipótesis inteligentes y reuniré los datos de «globos de fuego» con el fin de exponer qué son tantos objetos caídos luminosamente del cielo y estallando en el suelo con violencia. Tan estupefacta se queda la ortodoxia ante el espectáculo de semejantes fenómenos, que numerosos sabios se han permitido el ridículo de negar los «globos de fuego» y los «rayos en bola» o considerarlos como sometidos a graves precauciones. Pienso en la lista del doctor Sestier y en sus ciento cincuenta casos, que él consideraba auténticos.

He aquí, en acuerdo absoluto con mi desacuerdo, un caso de caída luminosa descrito en la *Monthly Weather Review,* marzo de 1887, acompañado por algo que lo era menos: el capitán C. D. Sweet, del barco holandés I.P.A., vio, el 19 de marzo de 1887, a 37° 39′ N. y 57° 00′ O, en el curso de una fuerte tempestad, a dos objetos atravesar los aires por encima de su arboladura. Uno de ellos era luminoso y puede ser explicado de diferentes maneras, pero el segundo era oscuro. Uno de ellos, o los dos, cayeron al mar con un rugido y una racha de olas: «Inmediatamente después, se vieron caer bloques de hielo». Sin duda estos objetos que acababan de penetrar en la atmósfera terrestre habían roto con anterioridad una capa de hielo.

Uno de los aspectos más paradójicos de los «globos de fuego», que comparten por otro lado con algunos meteoritos, es la violencia de explosión desproporcionada al tamaño y velocidad del objeto. Los meteoritos helados de Dhurmsalla no debían desplazarse muy aprisa, pero hicieron un ruido ensordecedor. La sustancia blanda

[445] Monthly Weather Review, 34-17

caída en el cabo de Buena Esperanza era una sustancia carbonácea, pero no se había encendido, y por otro lado había caído demasiado lentamente para poder inflamarse; sin embargo, produjo una explosión que fue registrada a ciento doce kilómetros a la redonda.

Algunas piedras de granizo se han formado en un medio denso, y se han desintegrado violentamente al contacto con una atmósfera relativamente rarificada: gruesas piedras de granizo cayeron en la Universidad de Missouri el 11 de noviembre de 1911, y estallaron con detonaciones tan fuertes como pistoletazos [446]. El observador al cual se debe el informe había reportado un fenómeno completamente idéntico dieciocho años antes, en Lexington, Kentucky: granizo que parecía haberse formado en medio más denso se fundió bajo el agua desprendiendo burbujas más grandes que su bolsa de aire central [447].

Sostengo que numerosos objetos caen del cielo para desintegrarse violentamente por el camino. Lo cual será confirmado por datos futuros, y me afirmarán en mi opinión sobre las superconstrucciones del espacio, si alguien me pregunta por qué de sus restos jamás han caído vigas y placas de metal manufacturado. Además de esto, han caído a menudo del cielo piezas de metal manufacturado: el meteorito de Rutherford, en Carolina del Norte, es de metal artificial, de hierro de fundición, dado como fraudulento [448]. El objeto caído en Marblehead, Massachussets, es descrito en el *Amer. Jour. Sci*. [449] como «un producto de fundición fabricado en fundiciones de mineral de cobre o de mineral de hierro conteniendo cobre». Si debe creerse a Ehrenberg, la sustancia caída a bordo de la nave del capitán Callam, cerca de Java, «ofrecía un sorprendente parecido con los residuos de una combustión de hilos de acero en un balón de oxígeno» [450]. Un meteorito «parecido al acero» fue encontrado en el desierto de Mohave [451]. Uno de los meteoritos recogidos por Peary en Groenlandia es, según Nature, 15 de febrero de 1894, de acero templado. Se ha pensado que el hierro meteórico, al caer en el agua o en la nieve, puede haberse enfriado y endurecido bruscamente, pero dicha observación no se aplica a su composición. El profesor Berwerth, de Viena, publicó en Nature, el 15 de noviembre de 1898, un artículo sobre «la estrecha relación entre el hierro meteórico y el acero de las acerías».

Finalmente, en la reunión del 24 de noviembre de 1906 del Essex Field Club, se expuso un pedazo de metal caído del cielo, el 9 de octubre de 1906, en Braintree. Según el Essex Naturalist, el doctor Fletcher, del Museo Británico, identificó este metal como hierro de fundición, «de modo que el misterio de esta caída permanece inexplicado»

[446] Nature, 88-350.
[447] Monthly Weather Review, 33 445.
[448] Amer. Jour. Sci., 2-34-298
[449] Amer. Jour. Sci., 2-34-135.
[450] Zurcher, Meteors, p 239.
[451] Nature, 21 de noviembre de 1878, citando al Yuma Sentinel

24

Quiero ver alzarse ahora un verdadero clamor de silencio. Si sólo un caso aislado de un fenómeno cualquiera hubiera sido desdeñado por el Sistema, la cosa me parecería sin importancia, ya que un solo caso es de mínimo peso. De acuerdo: mi método personal basado en la acumulación de casos tampoco es un verdadero método pero, en la continuidad, todas las cosas deben parecerse a todas las demás cosas, de modo que no concibo un tema que pueda ser reducido a la penuria de un único caso. Es asombroso u omisible leer la lista que va a seguir, de todo lo que se ha visto en el cielo, y pensar que todos estos casos han sido sistemáticamente despreciados. Mi opinión es que ya no es posible, o es demasiado difícil, desdeñarlos ahora que se hallan reunidos en un compacto tropel. Pero reconozco que, si antes hubiera intentado tal reunión, la Antigua Dominante hubiera pulverizado mi máquina de escribir. De hecho, la letra «e» me hace de las suyas, y la «s» es muy temperamental.

«Fenómeno extraordinario y singular» observado en Gales del Norte, el 16 de agosto de 1894: un disco del que se proyectaba un cuerpo anaranjado «parecido a un pez plano alargado» y señalado por el almirante Ommanney [452]; un disco prolongado por una especie de garfio, grande como la Luna pero más brillante, observado durante veinte minutos en la India en 1838, y del que se trazó un diagrama [453]; un garfio luminoso en Poland, Trumbull Co., Ohio, durante el chaparrón de meteoros de 1833: un ancho cuerpo luminoso «casi estacionario por momentos», en forma de mesa cuadrada: Niagara Falls, 13 de noviembre de 1833 [454]; el 3 de noviembre de 1886, en Hamar, Noruega, una nube blanca que emitía cegadores rayos de luz atraviesa el cielo, «conservando a todo lo largo su forma inicial» [455]; un objeto luminoso del tamaño de la Luna llena es visible una hora y media en Chile, el 5 de noviembre de 1883 [456]; en Nueva Zelanda, el 4 de mayo de 1888, un objeto de núcleo oval y llamas a bandas negras, sugiriendo una estructura [457]; una especie de trompeta gigantesca de ciento treinta metros de largo, suspendida verticalmente y oscilando suavemente, es visible cinco o seis minutos en Oaxaca, Méjico, el 6 de julio de 1874 [458]; un gran cuerpo rojo, desplazándose lenta y visiblemente durante quince minutos en Marsella, el 1.º de agosto de 1871 [459] ; una especie de señal luminosa, observada por Glaisher, el 4 de octubre de 1844, «tan brillante como Júpiter y enviando ondas rápidas y parpadeantes de luces» [460]; una especie de cometa desplazándose seis grados por hora es señalado por Purine y Glancy, del observatorio de Córdoba, en Argentina, el 14 de marzo de 1916 [461].

[452] Nature, 50-524. [453] G. Pettit, en el catálogo del profesor Baden-Powell, Rept. Brit. Assoc., 1849. [454] Amer. Jour. Sci, 1-25-391. [455] Nature, 16 de diciembre de 1886-158.
[456] Comptes rendus, 103-682.
[457] Nature, 42-402. [458] Sci. Am. Sup., 6-2365
[459] Informado por Coggia Chem. News, 24-193); detalles suplementarios de esta observación por Guillemin, y otros por de Fonville Comptes rendus, 73-297-755.
[460] Year Book of Facts, 1845-278.
[461] Sci. Amer., 115-493.

Con el objeto conocido bajo el nombre de «cometa de Eddie» desaparece nuestra última susceptibilidad al error común de personificación. Una de las más obstinadas ilusiones del positivismo quiere que la gente sea personas. Me he sentido culpable muy a menudo de resentimiento, de despechos y de burlas hacia los astrónomos, como si fueran unidades finales, individuales, personas completas y no partes indeterminadas. Pero en tanto que permanezcamos en la cuasi-existencia, no podemos captar una ilusión más que convocando otra, aunque esta última pueda acercarse por más tiempo a la realidad. Ya no personificamos: sobre personificamos. Proclamo ahora que todo Desarrollo es una autocracia de las Dominantes, que no son finales, pero que se acercan más a la individualidad o a sí mismas de lo que lo hacen los tropismos lunares irresponsablemente asociados a ellas.

En 1890, Eddie señaló al observatorio de Grahamstown en África del Sur, un objeto celeste. La Nueva Dominante no era entonces más que la heredera presumida, o aparente, aunque no cierta. El objeto que señalaba Eddie hubiera podido ser señalado perfectamente por un vigilante nocturno, mirando a través de un conducto de desagüe. Pero no correspondía. No fue admitido ni siquiera en la *Monthly Notices*: creo por mi parte que el redactor que lo hubiera aceptado hubiera provocado una conmoción sísmica o un incendio en su empresa editorial. Las Dominantes son diosas celosas.

Pero *Nature* debía estar sometido a la nueva diosa, aunque rindiera un plausible homenaje a la antigua, ya que señaló una especie de cometa observado el 27 de octubre de 1890 en Grahamstown, por Eddie [462]. Un objeto parecido fue descrito por el profesor Copeland en Nature [463], visto el 10 de setiembre de 1891, mientras que Dreyer [464] contó haberlo visto en el Observatorio de Armagh y lo comparó al objeto de Eddie. Fue observado también por el doctor Alexander Graham Bell, el 11 de setiembre de 1891, en Nueva Escocia.

Pero la Antigua Dominante estaba celosa.

Hubo diferentes observaciones sobre el fenómeno de noviembre de 1883. El 10 o el 12 de este mes, un corresponsal contó haber visto una especie de cometa provisto de una doble cola, una dirigida hacia lo alto, otra hacia abajo, otro condenado [465]. Es verosímil que tal prodigio pueda agregarse a las apariciones en el cielo de los cuerpos en forma de torpedo, o de mis datos sobre los súper zepelines. Pero mis intentos de clasificación están lejos de ser rigurosos, son producto del tanteo. El 21 de noviembre de 1883, otro testimonio escrito de Humacao, Puerto Rico, describe la majestuosa aparición de un cometa, que fue visible durante tres noches seguidas antes de desaparecer [466]. Si dicho fenómeno puede admitirse, debió ocurrir muy cercano a la Tierra. Si se hubiera tratado de un verdadero cometa, se lo hubiera visto en varios lugares, y la noticia hubiera dado rápidamente la vuelta al mundo. Pero en la página 97 del mismo volumen del *Scientific American*, un corresponsal relata haber

[462] Nature, 43-89, 90.
[463] Nature, 44-519.
[464] Nature, 44-541.
[465] Amer. Met. Jour., 1-110. [466] Sci. Amer., 50-40

visto en la misma fecha, sobre Sulphur Springs, Ohio, una maravilla celeste en forma de torpedo, centrada por un núcleo y dotada de una cola en cada extremo. Estoy persuadido de que un objeto completamente idéntico fue observado, en el mes de noviembre de 1882, en Holanda e Inglaterra.

En el *Scientific American* [467]: el 13 de abril de 1879, por la tarde, Harrison buscaba el cometa de Brorsen, cuando vio pasar un objeto que se desplazaba tan aprisa que no podía tratarse de un cometa. Llamó a un colega para confirmar su observación y este vio lo mismo. A las dos de la madrugada, el objeto era aún visible. Más tarde, en el *Scientific American Supplement* [468] Harrison desmintió toda tentación de sensacionalismo y dio detalles técnicos: declaró que el objeto había sido visto también por J. Spencer Devoe, de Manhattanville.



Cometa de doble cola: La cola inferior, que es más ancha, es la cola de polvo del cometa NEOWISE, creada cuando el polvo se levanta de la superficie del núcleo del cometa y se arrastra detrás del cometa en su órbita. La cola superior es la cola de iones, que está compuesta de gases que se han ionizado al perder electrones en la intensa luz del Sol. Estos gases ionizados son sacudidos por el viento solar, el flujo constante de material magnetizado del Sol, creando la cola de iones que se extiende directamente lejos del Sol.

[467] Sci. Amer., 40-204, hay publicada una carta de Henry Harrison, de Jersey City, copiada del New York Tribune.
[468] Sci. Amer. Supplement, 7-2885

25

«Una forma que tenía el contorno de un dirigible». El objeto luminoso fue señalado el 19 de Julio de 1916, a las once de la noche, por encima de Huntington, Virginia occidental [469]. Observado a través de «potentes prismáticos», parecía tener dos grados de longitud por medio grado de anchura; se debilitó gradualmente y desapareció, después reapareció, para desvanecerse completamente en el espacio. No se trataba de un dirigible, puesto que el observador notó que a través del objeto eran visibles las parpadeantes estrellas. Lo que parece oponerse a toda idea de un dirigible en visita a la Tierra, excepción hecha del carácter poco concluyente de todas las cosas en un mundo de apariencia no final. Sugiero que estas estrellas debían de ser visibles a través de algunas partes del objeto, de la cosa o de la construcción. Aquí surge una controversia. El profesor H. M. Russell piensa que debía tratarse de una nube desprendida directamente de alguna aurora boreal. En la página 369 del mismo volumen del Scientific American, otro especialista supone que era la luz de la insuflación de un alto horno. Pero si hubiera habido altos hornos en los alrededores de Huntington, me parece inverosímil que sus reflejos hubieran podido causar la más mínima sorpresa.

Es tiempo de citar varias observaciones sobre apariciones de cuerpos cilíndricos en la atmósfera terrestre: digo bien cilíndricos, pero puntiagudos en las extremidades, es decir en forma de torpedo. Algunos informes carecen de precisión, pero, por los informes parciales, me siento inclinado a creer que las rutas supergeográficas son atravesadas por superconstrucciones en forma de torpedos que, ocasionalmente, visitan nuestro planeta o se ven arrastradas hacia él. Al penetrar en la atmósfera terrestre, estas naves espaciales son perturbadas tan fuertemente que deben volver a partir bajo pena de desintegración total. Al hacer esto, ya sea como tentativa de comunicación, ya sea en un espíritu de completa gratuidad, dejan caer objetos que estallan casi inmediatamente o se desintegran con violencia. De un modo general, no creo que se dejen caer voluntariamente explosivos, sino que algunos fragmentos de construcciones han sido arrancadas y caen estallando, como lo que llamamos «globos de fuego». Puede muy bien tratarse, por lo que suponernos, de objetos de piedra o de metal recubiertos de inscripciones. En cada uno de los casos, las estimaciones dimensionales carecen de valor, mientras que los informes dimensionales parecen más aceptables. Un objeto estimado como de dos metros de largo puede tener doscientos, pero la forma no está sujeta a las ilusiones de la distancia.

El 10 de octubre de 1864 [470], Laverrier envió a la Academia de Ciencias tres cartas de testigos que describían un largo cuerpo luminoso, de afiladas extremidades, que se había visto caer del cielo.

[469] Scientific American, 115-241.
[470] L'Année Scientifique, 1864-54.

En *Thunder and Lightning* [471], Flammarion relata que, el 20 de agosto de 1880, durante una violenta tormenta, Mr. Trecul, de la Academia de Ciencias, vio un cuerpo de color naranja brillante, de treinta y cinco a cuarenta centímetros de largo por veinticinco de ancho, en forma de torpedo, o más bien «cilíndrico, de extremidades ligeramente cónicas», dejar caer algo antes de desaparecer entre las nubes. Lo que había soltado cayó verticalmente y dejó una estela luminosa, sin exhalar el menor sonido [472].

El 2 de julio de 1907 [473], en la ciudad de Burlington, en Vermont, se oyó una terrorífica explosión y una bola de fuego, un objeto luminoso cayó del cielo, o más bien de una construcción aérea parecida a un torpedo. Sostengo que un dirigible o que una construcción aérea en vías de dislocación tuvo apenas el tiempo de soltar lo que soltó antes de situarse en lugar seguro. He aquí lo que relata del incidente, en la misma revista, el obispo John S. Michaud: «Yo estaba en la confluencia de las calles de la iglesia y del Colegio, cara al Howard Bank, con el rostro vuelto hacia el este, en plena conversación con el exgobernador Woodbury y A. A. Bluell cuando, sin la menor advertencia, fuimos sacudidos por lo que se parecía a una terrible e insólita explosión, evidentemente muy próxima. Al levantar los ojos a lo largo de la calle del Colegio, observé un cuerpo en forma de torpedo, a cien metros de distancia, que tenía el aspecto de estar estacionado, suspendido en el aire, a quince metros por encima de los edificios más altos. Tenía alrededor de dos metros de largo y treinta centímetros de diámetro, su pared exterior parecía de color oscuro, y aquí y allá surgían lenguas de fuego como otros tantos semáforos. Poco después, el objeto se puso en movimiento, muy lentamente, y desapareció hacia el sur por encima de los almacenes Dolan Hermanos. Mientras se desplazaba, la pared pareció agujerearse en algunos sitios, dejando pasar intensas llamas». El obispo Michaud intentaba relacionar este fenómeno con observaciones meteorológicas.

A causa de la proximidad de la observación, este correlativo es de interés capital, pero voy a citar otro aún más extraordinario en relación al considerable número de testigos que reúne. Creo firmemente que, el 17 de noviembre de 1882, un enorme dirigible atravesó Inglaterra, pero la precisión imprecisa de todas las cosas cuasireales permite relacionar estas observaciones con prácticamente no importa qué. E. W. Maunder, solicitado por los redactores del Observatory a redactar varios hechos retrospectivos para el número quinientos de su revista, les proporcionó uno de gran magnitud [474] acerca de lo que él denomina «un extraño visitante celeste». Maunder se encontraba en el Observatorio Real de Greenwich, el 17 de noviembre de 1882, en plena noche. Había una aurora desprovista de todo rastro distintivo, pero de pronto apareció un gran disco de luz verdosa que se desplazó rápidamente en el cielo. Sin embargo, su circularidad no era evidentemente más que un efecto de perspectiva, ya que, al pasar por encima de la Luna, este objeto fue descrito como «con forma de un cigarro», «de un torpedo», «de una lanzadera» o «de un huso». Maunder añadió: «Si el incidente se hubiera producido un tercio de siglo más tarde, todo el mundo lo

[471] Thunder and Lightning, p. 87.

[472] Para el relato de Trécul, véase: Comptes rendus, 103-849.

[473] Monthly Weather Review, 1907-310.

[474] Observatory, 39-214.

hubiera comparado sin duda a un zepelín». El efecto duró cerca de dos minutos. El color era parecido al de las luces de la aurora boreal, aunque Maunder disocie el fenómeno de todas las auroras boreales. «Parecía haber allí un cuerpo definido». El movimiento era demasiado rápido para que se tratara de una nube, pero «nada podía parecerse tan poco al paso de un meteoro». En el *Philosophical Magazine* [475], J. Rand Capron, en un interminable artículo, hace alusión al fenómeno de «radiación auroral», pero emplea la expresión «en forma de torpedo» y comenta la existencia de un núcleo oscuro. Entre nubarrones de observaciones confusas, estima la altura del objeto de sesenta a quinientos kilómetros, según observaciones hechas en Holanda y en Bélgica. A través de la observación espectroscópica, concluye identificándolo con un rayo de luz auroral. En el *Observatory* [476], Maunder, en su descripción contemporánea de los acontecimientos, daba una longitud aproximativa de veintisiete grados y una anchura de tres grados y medio. Pero, por otro lado, Capron, en Nature [477], reconoce que el claro de luna le impedía servirse convenientemente de su espectroscopio.

Otros detalles: El color era blanco, pero la aurora rosada. A su través se veían las estrellas, pero no en el cenit, donde el objeto tenía una apariencia opaca. Esta es la única afirmación de transparencia. Demasiado rápido para una nube, demasiado lento pare un meteoro. «Su superficie tenía un aspecto jaspeado». «De forma muy definida, parecida a un torpedo». «Probablemente era un meteoro», doctor Groneman. La demostración técnica del doctor Groneman señaló que se trataba de una nube de materia meteórica [478].

«Sin la menor duda: era un fenómeno eléctrico» [479].

El redactor del *London Times*, el 20 de noviembre de 1882, confía haber recibido abundante correspondencia sobre este fenómeno. Un corresponsal lo describe como «una magnífica masa luminosa, en forma de torpedo»; otro como «una extraordinaria e inquietante forma, con contornos de pez»…

[475] Philosophical Magazine, 5-15-318.
[476] Observatory, 6-192.
[477] Nature, 27-84
[478] Nature, 27-87, 27-100, 27-296, 28-105. Véase también Nature, 27-315. 338, 365, 388, 412 y 434.
[479] Proctor: Knowledge, 2-419.



26

Las ocho luces [480] que se observaron en el país de Gales, sobre una extensión de trece kilómetros, y que mantenían cada una su propia trayectoria, moviéndose juntas, perpendicularmente, horizontalmente o en zigzag, tenían el aspecto de ser eléctricas. Desaparecían, aparecían de nuevo vagamente, después brillaban de golpe tan fuertemente como antes. «Vimos tres o cuatro de ellas a la vez, en cuatro o cinco ocasiones».

«De cuando en cuando [481], la costa oeste del país de Gales es el punto de reunión de luces misteriosas… Se nos comunica desde Towyn que en las últimas semanas resplandores de diversas tonalidades se han desplazado por encima del estuario del río Dysynni, para ganar la desembocadura. Toman en general la dirección del norte pero a veces siguen la costa, se desplazan a gran velocidad hacia Aberdovey, después desaparecen bruscamente».

Las luces [482] que aparecieron en pleno cielo por encima de Vence, en Francia, el 23 de marzo de 1877, fueron descritas como bolas de fuego casi cegadoras surgidas de una nube de un grado de diámetro y desplazándose con relativa lentitud. Se las vio durante más de una hora dirigirse hacia el norte, y se dijo que ocho a diez años antes se habían observado otras completamente idénticas en el propio Vence.

En Inverness [483], en Escocia, dos luces vivas, completamente idénticas a estrellas, fueron vistas en el cielo. Permanecían estacionarias, pero de pronto tomaban una velocidad excepcional.

En la noche del 30 de julio de 1880 [484], en San Petersburgo, se vio un amplio resplandor esférico acompañado de dos más pequeños salvar una barranca, mostrarse durante tres minutos, y desaparecer después sin el menor ruido.

En Iloilo [485], el 30 de setiembre de 1886, un objeto luminoso grande como una luna llena «flotó» lentamente «en dirección al norte», seguido de varios más pequeños.

«Las falsas luces de Durham».

Se ha hablado en abundancia, en los periódicos ingleses, a mitades del siglo XIX, de estas luces observadas en el cielo, demasiado bajas sobre el suelo, la mayoría

[480] Notes and Queries, 5-3-306.
[481] London Times, 5 de octubre de 1877.
[482] L'Année Scientifique, 1877-45.
[483] London Times, 19 de setiembre de 1848.
[484] L'Année Scientifique, 1888-66.
[485] Nature, 35-173

de las veces en la costa de Durham. Los marinos las tomaban fácilmente por balizas. Se produjo naufragio tras naufragio. Se acusó a los pescadores de encender falsos faros y de entregarse al sórdido oficio de recoger los restos de los naufragios. Pero los acusados protestaron: sólo muy viejas naves, sin valor excepto para los aseguradores, se estrellan contra la costa. En 1866 [486], la emoción del público llegó al máximo. Se abrió una encuesta. Fueron tomadas declaraciones ante una comisión, dirigida por el almirante Collinson. Un testigo describió la luz, que había tomado equivocadamente como «considerablemente elevada por encima del suelo». No se sacó ninguna conclusión: se designó el fenómeno con un vocablo práctico, que hacía alusión a «luces misteriosas»; cualesquier cosa que hayan podido ser «las falsas luces de Durham», la encuesta no cambió nada. En 1867, la comisión de pilotaje de Tyne volvió a tomar el asunto entre sus manos.

Opinión del alcalde de Tyne:

«Un asunto muy misterioso». En el *Report of the British Association* [487], se habló mucho de un grupo de «meteoros» que había atravesado el espacio «con una notable lentitud». Fueron visibles durante tres minutos, lo que me hace pensar en que la palabra «notable» es poco apropiada, puesto que se aplica en general a fenómenos que duran como máximo tres segundos. Estos meteoros tenían otra particularidad: no dejaban ninguna estela de su paso. Se les describió como sigue: «Parecían estrechamente agrupados, como una bandada de patos salvajes desplazándose a la misma velocidad, con la misma gracia regular».

Según numerosas observaciones [488] reunidas por el profesor Chant, de Toronto, el 9 de febrero de 1913 apareció un espectáculo que se pudo apreciar en el Canadá, en los Estados Unidos, en el mar y en las Bermudas: «un cuerpo luminoso dotado de una larga cola y que aumentó de tamaño muy rápidamente». Los observadores están en desacuerdo en cuanto a determinar si el cuerpo era uno o estaba compuesto de dos o cuatro partes, todas dotadas de una cola. El grupo de objetos o la estructura completa de que se tratase avanzaba «con una singular y deliberada majestad». «Desapareció a lo lejos, y otro grupo apareció en su lugar de origen, avanzando a su vez, por tres o cuatro, tan reposadamente como el primero». Después desapareció y fue seguido por un tercer grupo. Algunos observadores compararon el espectáculo con una flota de naves aéreas, otros a acorazados escoltados por cruceros y destructores. Uno de ellos comentó: «Había probablemente treinta o treinta y dos cuerpos, y lo más extraño era la manera de moverse por grupos de cuatro, de tres o de dos, alineados en una fila. La alineación era tan perfecta que se hubiera creído una flota aérea en plena maniobra después de un severo entrenamiento».

Una carta del capitán Charles J. Norcock [489], del buque inglés Caroline, señala que el 24 de febrero de 1893, a las diez de la noche, entre Shanghai y el

[486] London Times, 9 de enero de 1866.

[487] Report of the British Association, 1877-152.

[488] Jour. Roy. Astro. Soc. of Canada, noviembre y diciembre de 1913.

[489] Nature, 25 de mayo de 1893.

Japón, el oficial de máquinas señaló «dos resplandores no habituales» entre el buque y una montaña de dos mil metros de altura. Estos resplandores parecían globulares, y se movían a veces en masa, a veces en líneas irregulares. Avanzaron durante dos horas en dirección al norte, después desaparecieron. A la noche siguiente volvieron a aparecer. Fueron eclipsadas un momento por una pequeña isla, iban siempre al norte a la misma velocidad y en la misma dirección que el Caroline. Pero se reflejaban extrañamente, desplazando por debajo de ellas sobre el horizonte cierta radiación. Un examen por telescopio aportó pocas precisiones: los resplandores eran rojos y parecían emitir una débil humareda. Esta vez, el fenómeno duró siete horas y media.

El capitán Norcock añade que en los mismos parajes, y más o menos en el mismo momento, el capitán Castle, del buque inglés Leander, vio varias luces cambiar de dirección para ir a su encuentro, pero después huyeron, desplazándose esta vez más alto en el cielo. Informe tomado [490] de las observaciones de tres miembros de su tripulación por el teniente Frank M. Schofield, del buque americano Supply. El 24 de febrero de 1904, tres objetos luminosos, de distintos tamaños, el mayor con un diámetro de seis soles, se manifestaron a poca altura por debajo de nubes de una altura estimada en dos kilómetros. Huyeron o dieron media vuelta, ascendieron en un solo movimiento hasta ocultarse en las nubes, de donde habían salido. Pero esta unidad de movimiento no cambia nada a su diferencia de tamaño, ni a sus diferentes susceptibilidades a las fuerzas de la tierra y del aire.

He aquí finalmente [491] dos cartas de C. N. Crotsenburg, de Crow Agency, Montana. Durante el verano de 1896, el observador estaba empleado en los vagones postales, y conocía por su larga experiencia todos los fenómenos relativos a su puesto. Un día que su tren se desplazaba en dirección norte, después de Trenton, Montana, él y otro empleado vieron, en las tinieblas de una espesa lluvia, una luz de apariencia redonda y color rosáceo, que parecía tener treinta centímetros de diámetro, flotar a treinta metros del suelo, después elevarse «a medio camino entre el horizonte y el cénit». El viento soplaba fuerte del este, pero la luz continuó yendo hacia el norte.

Su velocidad variaba. A veces pasaba «muy considerablemente» al tren, otras veces parecía ir a la cola. Los empleados de Correos la contemplaron hasta el momento de alcanzar Linville, en Iowa. La luz desapareció tras el depósito de esta ciudad y ya no se la vio más. No había dejado de llover, pero había poca actividad eléctrica, lo que no impide a Crotsenburg explicar el prodigio por los «rayos en bola» o los «globos de fuego». Pero el redactor de la Review no está de acuerdo con él: cree que la luz podía ser un reflejo de la lluvia, de la niebla, de las hojas de los arboles temblando en la lluvia o de las luces del tren. En el número de diciembre fue publicada una carta de Edward M. Boggs, sugiriendo que la luz era un reflejo de la caldera de la locomotora sobre los hilos telegráficos mojados: apariencia que, lejos de aparecer estriada por los hilos, pudo ser englobada en una sola redondez, y parecer oscilar con cada ondulación de estos hilos, y acercarse o alejarse horizontalmente con los diversos ángulos de reflexión, después avanzar o retrasarse cada vez que el tren tomaba una curva.

[490] Monthly Weather Review, marzo de 1904-115.
[491] Monthly Weather Review, agosto de 1898-358.

Es un ejemplo perfecto de pseudorazonamiento. Incluye y asimila diferentes datos, pero excluye el que amenaza con destruirlo: el simple hecho de que los hilos telegráficos bordeaban la vía más allá de Linville y no solamente antes de llegar allí.

Mr. Crotsenburg piensa en los «rayos en bola», los cuales, aun ofreciendo un desconsolador desorden a todas sus especulaciones, se suponen generalmente en concordancia con el viejo sistema de pensamiento. Pero la más neta consciencia de «alguna otra cosa» se expresa en algunos pasajes de sus dos cartas, cuando declara: «Tengo que revelar algo tan extraño que jamás lo hubiera mencionado ni siquiera a mis más íntimos amigos… si no hubiera sido confirmado de manera tan irreal que vacilo en hablar de ello, por miedo de que no haya sido un horrible capricho de mi imaginación».



Imagen creada para este capítulo

27

Enorme y negra, la cosa que estaba posada, como un cuervo, sobre la Luna.

Bolas de cañón, redondas y lisas, que han caído en la Tierra.

Nuestros cerebros son inestables.

Objetos completamente idénticos a bolas de cañón han caído en la Tierra en plena tormenta. Completamente idénticos a bolas de cañón son los objetos caídos en plena tormenta en la Tierra.

Aguaceros de sangre.
Aguaceros de sangre.
Aguaceros de sangre.

Cualquier cosa que haya podido ser esa sustancia roja y desecada, ese polvo de ladrillo rojo que cayó en el Piamonte el 27 de octubre de 1814 [492] o el polvo rojo que, en invierno de 1867, se abatió sobre Suiza [493], algo ha sangrado muy lejos de esta Tierra, algún superdragón ha chocado contra un cometa.

Hay en alguna parte en el cielo océanos de sangre, una sustancia que se deseca y cae en forma de polvo, después flota durante siglos. Un vasto territorio que los aviadores conocerán un día bajo el nombre de Desierto de Sangre. No me adentraré muy lejos, por el momento, en la Supergeografía, pero el Océano de Sangre, o el Desierto de Sangre, o tal vez los dos, están muy próximos a Italia.

Sospecho que debía de haber corpúsculos en la sustancia caída en Suiza, pero todo lo que se señaló, en 1867, fue que contenía una gran proporción «de materia orgánica diversamente configurada». En Giessen, Alemania, el año 1821, según el *Report of the British Association* [494] vio una caída de lluvia de color rojo melocotón conteniendo copos de color jacinto, de los que se nos dice eran de materia orgánica: de pirrina, se precisa.

Pero se nos dice muy claramente de cierta lluvia roja, de una nieve roja más exactamente, que tenía una composición corpuscular. Cayó el 12 de marzo de 1876 cerca del Crystal Palace, en Londres [495]. No me opongo a la «nieve roja» de las regiones polares o montañosas, porque no se la ha visto jamás caer del cielo: es una erupción de microorganismos o un «protococcus» que se desarrolla incluso en la nieve. Pero esta vez no se habla de «arenas del Sahara»: la materia del 12 de marzo de 1876 estaba, se dice, compuesta de corpúsculos de apariencia vegetal, es cierto.

[492] Electric Magazine, 68-437.
[493] Pop. Sci. News, 10-112.
[494] Report of the British Association, 5-2.
[495] Year Book of Facts, 1876-89; Nature, 13-414.

Pero, dicho sea de paso, nueve días antes había caído la sustancia roja de apariencia cárnica del Condado de Bath, en Kentucky.

Hagamos la suma de nuestros elementos Supergeográficos. Hay regiones gelatinosas, regiones sulfurosas, regiones frígidas y tropicales, una región que fue fuente de vida en relación a la Tierra, regiones en que la densidad es tan grande que todo lo que sale de ella estalla al penetrar en la atmósfera terrestre.

Hemos hablado de granizo explosivo. Tengo ahora todas las razones para creer que se forman en un medio más denso que el aire terrestre al nivel del mar. En el *Popular Science News* [496], se menciona que se ha fabricado hielo bajo una gran presión, en los laboratorios de la Universidad de Virginia. Este hielo, una vez puesto en contacto con el aire normal, estalla bruscamente.

Volvamos a esta sustancia de apariencia cárnica del Kentucky: ¿no cayó bajo forma de copos? El fenómeno del aplastamiento bajo presión se nos ha hecho familiar, pero el de presión desigual según los diferentes lados es extraordinario. En el *Annual Record of Science* [497] se dice que en 1873, después de una tempestad en Louisiana, un número prodigioso de escamas de peces fueron halladas sobre veinticuatro kilómetros a lo largo de las orillas del Mississippi. Se recogieron en algunos lugares sacos enteros de escamas llamadas de gar, una especie de pez que pesa de dos a veinte kilogramos. Parece imposible aceptar tal identificación: se piensa en una sustancia comprimida en copos o escamas. Algunas piedras de granizo de forma redonda se hallan bordeadas de franjas delgadas, pero amplias, de hielo irregular: en el *Illustrated London News* [498] se citan algunos casos. Son algo estacionario, se diría que han sido retenidas bajo un campo de placas glaciares.

Un día promoveré una tesis que colmará mi positivismo avanzado: los demonios han venido a visitar esta Tierra. Demonios extranjeros, de apariencia humana, con barba en punta, buenos cantantes, mal calzados de un pie, pero exhalando azufre con indiferencia. Siempre me he sentido impresionado por la frecuente recurrencia del azufre con todo lo que cae del cielo. En Orkney, el 24 de Julio de 1818 [499], una caída de bloques de hielo dentados expandió un fuerte olor sulfuroso. ¿Y esta especie de coque que, en Mortrée, Francia, cayó el 24 de abril de 1887 con una sustancia sulfurosa? ¿Y las enormes cosas redondas que ascendieron del fondo del océano en torno al Victoria? Si aceptamos que se trataba de superconstrucciones surgidas de una atmósfera más densa, en peligro de descomposición, venidas a hundirse en el océano para hallar un alivio, emergiendo después de nuevo para reemprender el camino de Urano y de Júpiter… Recordemos que se les atribuyó un fuerte olor a azufre. Y de todos modos, esta idea de proximidad se opone a la explicación oficial que quiere que estos objetos, lejos de salir del pleno mar, se hayan elevado por encima del horizonte, dando ilusión de proximidad.

[496] Pop. Sci. News, 22-38.

[497] Annual Record of Science, 1873-350.

[498] Illustrated London News, 34-546.

[499] Trans. Roy. Soc. Edin., 9-187.

Otra cosa aún: en *Nature* [500] se cita que el 1º de julio de 1898, en Sedberg, un observador vio elevarse hacia el cielo un objeto rojo de diez grados de largo o, para emplear su expresión más exacta, algo que se parecía a la parte roja de un arco iris. El cielo estaba entonces totalmente oscuro, el sol se había ocultado y caía una espesa lluvia. El dato que me impresiona más en este libro es el de las caídas sucesivas. Si en un espacio restringido caen objetos del cielo, después vuelven a caer de nuevo, y caen aún otra vez, no son el producto de un torbellino el cual, incluso estacionario axialmente, se vierte siempre tangencialmente. Las ranas de Wigan cayeron de nuevo. En cuanto a los casos de sustancias gelatinosas caídas a la Tierra en compañía de meteoritos, sostengo que estos últimos, al atravesar los temblorosos y protoplasmáticos mares de Génesistrina, le han arrancado fragmentos de gelatina y de protoplasma que les han escoltado en su caída. Y a este propósito advierto a todos los aviadores: un día se encontrarán sofocándose en una reserva de vida, o pegados a la misma como moscas a un budín.

Pero el elemento positivo de mi composición reclama una apariencia de plenitud: si hay lagos Supergeográficos poblados de peces, hay meteoritos para hundirse en los mismos antes de llegar a la Tierra. Y mi estructura positiva debe registrar aunque sea un solo caso de meteorito arrastrando consigo un banco de peces.

En el Perú, el 4 de febrero de 1871 [501], sobre el ribazo de un río, cayó un meteorito: se hallaron en el lugar varios peces muertos, pertenecientes a distintas especies. La tentativa de correlación quiere que «estos peces hayan sido proyectados fuera del agua, es decir contra el bloque de piedra». El hecho de que esta eventualidad sea o no imaginable depende de las hipnosis individuales. Pero otra teoría [502] quiere que los peces hayan caído entre los fragmentos de meteoritos.

Bastantes páginas antes he citado el caso de una piedra esculpida caída en Tarbes. Esta es, a mi modo de ver, la más impresionante de mis nuevas correlaciones: recuerden el hecho de que estaba cubierta de hielo. Si pasáramos por el tamiz todo el contenido de este libro y rechazáramos la mitad, me gustaría que este dato pudiera sobrevivir. Llamar la atención hacia la piedra de Tarbes sería, a mi modo de ver, una empresa conforme al espíritu de este libro.

Y los fragmentos de los bancos de hielo supergeográficos, estos bloques de hielo planos dotados de estalactitas. Creo que no he recalcado lo suficiente el hecho de que, en los casos en que estas estructuras no eran estalactitas, semejantes protuberancias cristalinas indicaban de todos modos una larga suspensión. En Popular Science News [503] se cita que, en 1869, cerca de Tiflis, cayeron enormes piedras de granizo dotadas de protuberancias. «Su característica más notable es el hecho de que, a juzgar por nuestros actuales conocimientos, tuvo que ser necesario un largo

[500] Nature, 58-224.
[501] Nature, 3-512.
[502] Nature, 4-169
[503] Pop. Sci. News, 24-34.

periodo de tiempo para su formación». Otra fuente, el *Geological Magazine* [504] precisa la fecha: el 27 de mayo de 1869, y pone de relieve: «Estas erupciones cristalinas han debido permanecer en suspensión durante muy largo tiempo».

Y el fenómeno casi clásico: catorce días más tarde, en el mismo lugar, caían más de estas piedras de granizo.

Ríos de sangre ocupan el lugar de venas en los mares albuminosos, en una composición próxima al huevo en la cual la Tierra es un centro local de incubación. Estas son las superarterias de Génesistrina. Las puestas de sol son el modo de percatarse. Enrojecen a veces el cielo con resplandores nórdicos, son depósitos superembrionarios de los que emanan las formas de vida.

Nuestro sistema solar, en su conjunto, no es más que un organismo viviente, sujeto de vez en cuando a hemorragias internas. De ahí los vastos cuerpos de materia viviente en el cielo, como los que se encuentran en los océanos.

O aún: en un lugar, en un período muy especial, un objeto viviente del espacio, grande como el puente de Brooklyn, es muerto por otro, grande como el Central Park. Y sangre.

Pienso en los bancos de hielo celestes, que no caen jamás a la Tierra, pero cuya agua se vierte tan fácilmente.

Según el profesor Luigi Palazzo [505], jefe de la Oficina Meteorológica de Italia, el 15 de mayo de 1890 cayó en Messignadi, Calabria, algo que se parecía mucho a sangre fresca. La sustancia fue examinada en los laboratorios de Salubridad pública, en Roma: se la identificó con la sangre. «La explicación más válida de este terrorífico fenómeno es que bandadas de pájaros migratorios (codornices o golondrinas), han sido desmembradas por la violencia del viento». Pero no se menciona que haya habido, en este instante preciso, un viento violento, el cual, por otro lado, hubiera dispersado fácilmente la sustancia en cuestión. Tampoco se vieron caer pájaros, ni se recogió tan siquiera una pluma de pájaro.

Queda un solo dato: esta lluvia de sangre celeste. Y el hecho de que, en el mismo lugar, un poco más tarde, volvió a caer sangre.



Enorme y negra, la cosa que estaba posada, como un cuervo, sobre la Luna

[504] Geological Magazine, 7-27. [505] Pop. Sci. News, 35-104.

28

Un corresponsal [506], que había vivido en el Devonshire, recuerda un acontecimiento ocurrido treinta y cinco años antes: el suelo estaba recubierto de nieve, y todo el sur del Devonshire se despertó una buena mañana para descubrir en la nieve virgen huellas desconocidas hasta aquel día, «huellas de garras de forma inclasificable», alternando a intervalos inmensos pero regulares con lo que se parecía mucho a la impresión de la punta de una pica. Las huellas estaban esparcidas en un territorio sorprendentemente vasto, y parecían haber salvado todo obstáculo posible como cercados, murallas y casas. Ante la excitación general, los cazadores y los perros siguieron esta extraña pista hasta un bosque, ante el cual los perros huyeron aullando de terror, de modo que nadie se atrevía a explorarlo.

Otro corresponsal [507] recuerda el incidente: se trataba de huellas de tejón, y la excitación general «había dejado paso en un solo día a la más completa calma».

Pero un tercero [508] había conservado los moldes de estas huellas, que su madre había obtenido en la nieve de su jardín, en Exmouth: se trataba de huellas de pezuñas pertenecientes a un animal bípedo.

Finalmente, un último corresponsal [509] recordaba la emoción y la consternación de «algunas clases». Dijo que un canguro escapado de una casa de fieras «había, por la separación y la forma peculiar de sus huellas, acreditado alguna aparición diabólica».

Esta es la historia que voy a relatar ahora en las fuentes contemporáneas al hecho: he preferido comenzar ante todo con los relatos ulteriores para hacer hincapié en la impresión de correlación que proporciona el tiempo transcurrido, por adición, negligencia o distorsión. Por ejemplo, esta calma total renacida «en un solo día»: la agitación prosiguió, en realidad, durante varias semanas.

Todo fenómeno es «explicado» en términos de la Dominante contemporánea. Yo también me contentaré con traducir: los demonios que dejan sus huellas en la nieve pertenecen a la Tercera Dominante y, en el siglo XIX, era asunto de puro tropismo humano interpretar las huellas como pertenecientes a garras. Las huellas de cascos no son solamente caballunas, sino también demoníacas. En el siglo XIX, eran garras. Y sin embargo, la mención viene directamente del profesor Owen, uno de los biólogos más grandes de su época, pese a la opinión contraria de Darwin. En la Biblioteca Municipal de Nueva York existen dos moldes de estas huellas: ninguna

[506] Notes and Queries, 7-8 508.
[507] Notes and Queries, 7-9-18
[508] Notes and Queries, 7-9-70.
[509] Notes and Queries, 1-9-253.

sugiere, ni siquiera accesoriamente, una huella de garras. Concluyo, pues, de ello que el profesor Owen, lejos de explicar sea lo que fuere, se dedicó al pequeño trabajo clásico de correlación.

Una de las versiones ulteriores busca reducir este incongruente acontecimiento a la Antigua Dominante, integrándolo al paisaje familiar de los cuentos de hadas, y a desacreditarlo asimilándolo a lo convencional ficticio: hablo de esta historia de perros aulladores y aterrorizados, que se niegan a penetrar en el bosque maldito. Se sabe que fueron organizadas expediciones de caza, pero los perros aulladores y aterrorizados no aparecen en ningún relato contemporáneo a los acontecimientos. La hipótesis del canguro intenta adaptarse a la necesidad urgente de algún animal susceptible de dar saltos gigantescos, ya que algunas huellas fueron halladas en los techos de las casas. Un poco más tarde, la dispersión de las huellas de pasos obligó al rumor público a inventar un segundo canguro, para tomar bien la medida pese a que la línea de las huellas fuera rigurosamente única. Considero que hubieran sido necesarios no menos de mil canguros unípedos, todos herrados con un casco minúsculo, para dejar en la nieve las huellas del Devonshire.

Y he aquí la versión periodística.

«Se señala [510] una considerable sensación en los pueblos de Topsham, Lymphstone, Exmouth, Teignmouth y Dawlish, en el Devonshire, causada por el descubrimiento, el 8 de febrero de 1855, de una increíble cantidad de huellas de formas extrañas y misteriosas». Aquí aparece ya la increíble multiplicidad de las huellas de pasos descubiertas en el enorme espacio limitado por los distintos pueblos. Se encontraron incluso en los lugares más imprevistos: jardines cerrados por altos muros, campo raso y techos de casas. En Lymphstone, no hubo, por así decirlo, un solo jardín que no hubiera recibido esta indescriptible visita.

Hemos citado muy a menudo informes indiferentes, pero ninguno supera en pura negligencia a aquel que atribuye las huellas a un bípedo antes que a un cuadrúpedo bajo el pretexto de que se presenta en una sola línea, como si un bípedo hubiera situado un pie precisamente frente al otro… a menos de haber saltado. Se dice que las huellas «estaban, en general, a veinticinco centímetros unas de otras». «La huella del pie se parece más o menos al casco de un mulo, y mide cuatro centímetros, a veces seis». Se trataba en suma de conos de base truncada, en forma de media luna. Los diámetros citados son los de los cascos de pollinos muy jóvenes: demasiado pequeños para ser comparados razonablemente a los cascos de un mulo. «El domingo pasado el reverendo Musgrave hizo alusión al hecho en su sermón. Sugirió la posibilidad de que se tratase de un canguro, pero esto me parece imposible, visto que las huellas han sido descubiertas a uno y otro lado del Este. Todo lo cual deja una impresión de misterio, y muchos habitantes supersticiosos tienen miedo durante la noche de aventurarse afuera».

El Este es un pequeño lago de tres kilómetros y medio de largo.

[510] London Times, 16 de febrero de 1855.

«El interés suscitado por este fenómeno [511] aún no ha disminuido. Se continúa efectuando encuesta tras encuesta en cuanto al origen de las huellas de pasos que causaron tal consternación en la madrugada del 8 de febrero último. Como adición a las circunstancias mencionadas en el Times, hace algún tiempo, se puede añadir desde ahora que en Dowlish numerosas personas han formado una tropa armada, provista de fusiles y otras armas, con el eventual fin de encontrar y destruir el animal supuesto como responsable de estas huellas. Como podría esperarse, la tropa vuelve siempre con las manos vacías. Se han hecho numerosas especulaciones sobre la naturaleza de las huellas. Algunos han hablado de un canguro, otros han hecho alusión a las huellas de patas dejadas por grandes pájaros empujados a las costas por el mal tiempo. En varias ocasiones se ha hecho circular el rumor de que se había capturado algún animal escapado de una casa de fieras, pero el misterio sigue insoluble».

En el *Illustrated London News* [512], se consagra al prodigio un amplio espacio, reproduciendo principalmente un croquis de las fabulosas huellas: yo las describiría una vez más bajo su aspecto de conos de base truncada, salvo que son algo alargados, como cascos de pollinos. Pero espaciados en línea recta. Las huellas representadas en el croquis estaban espaciadas por distancias de veinticinco centímetros, y esta separación fue revelada como invariable en cada pueblo. Se mencionan otras localidades además de las citadas en el Times. El autor del artículo, que ha vivido mucho tiempo en el Canadá, y está familiarizado con toda clase de huellas, declara no haber visto jamás «huellas tan claramente marcadas en un campo de nieve». Insistiendo en el punto que parece olvidar el profesor Owen añade: «Ningún animal conocido deja un rastro de pasos rectilíneo, y tampoco el hombre». Para concluir, sugiere que estas marcas no eran huellas de pasos. Y el detalle que da en este punto de su exposición puede ser muy bien simplemente crucial.

Sea cual sea el origen de tales huellas, parecían haber levantado la nieve más que haberla comprimido. Ya que, tras ellas, la nieve tenía la apariencia de «haber sido marcada como por un hierro al rojo».

En el *Illustrated London News* [513], el profesor Owen discutiendo el croquis publicado, no renuncia a su convicción: se trata siempre, para él, de huellas en forma de garra dejadas por un tejón. Su carta se ve seguida por una abundante correspondencia. Un corresponsal habla de un «cisne perdido». Musgrave envía a su vez un croquis de cuatro huellas rectilíneas. Ninguna tiene forma de garra.

Pequeño estudio sobre la psicología y génesis de una tentativa de correlación: el señor Musgrave declara: «He juzgado bueno, en un momento dado, el mencionar la palabra “canguro”. No tengo confianza real alguna en esta solución, pero me declaro feliz de que haya habido un canguro en el aire, ya que esta idea se opone a la impresión peligrosa, degradante y falsa de que podía tratarse del diablo. Mi palabra llegó en el momento oportuno y fue sin duda saludable».

[511] London Times, 6 de marzo de 1855.

[512] Illustrated London News, en su número del 24 de febrero de 1855.

[513] Illustrated London News, del 3 de marzo de 1855, p. 214

Jesuita o no, no importa, esta es mi opinión: si bien la controversia me ha puesto a menudo a semejante actitud, soy de la opinión de que toda relación del pasado ha sido considerada en este libro en relación a la Dominante de su época.

Paso rápidamente sobre otros testimonios: la correspondencia del News fue tan importante que el número del 10 de marzo tuvo que contentarse con publicar una selección. Se trataba sucesivamente de una nutria, de una rata y de un chotacabras Alguien emitió incluso la opinión de que una liebre había podido galopar con las patas juntas por pares de modo que dejara un rastro rectilíneo.

Pero por poco que se hojeen los anales del *London Times* se hallará, en la fecha del 14 de marzo de 1840, la mención siguiente. «En las altas montañas del distrito superior en el que están contiguos Glenorchy, Gleyon y Glenochay, se han descubierto varias veces en la nieve, durante el invierno último y el precedente, las huellas de un animal hasta ahora desconocido en toda Escocia. Estas huellas, en todos sus aspectos, eran idénticas a las de un pollino de respetable talla, aunque la planta era ligeramente más larga y tal vez menos redonda. Hasta ahora, nadie ha tenido la buena fortuna de observar, aunque fuera por un solo instante, a esta criatura cuya forma y dimensiones permanecen en el misterio. Solo la profundidad de las huellas en la nieve da a entender que debe de tratarse de una bestia enorme. Se ha observado igualmente que su marcha no se parecía a la de la generalidad de los cuadrúpedos, sino que se parecía a los saltos de un caballo asustado o perseguido. Estas huellas no han sido descubiertas en una sola localidad, sino en un territorio de una veintena de kilómetros».

Finalmente, en el *Illustrated London News* [514], un corresponsal de Heidelberg escribe, «con la autoridad de un médico polaco», que en la frontera de Galitzia, en la Rusia polaca, en la Piashowagora (la colina de arena) se encuentran cada año huellas completamente idénticas en la nieve y a veces en la misma arena de la colina. «Los habitantes —concluye la carta— las atribuyen a influencias sobrenaturales».



Las huellas de Devonshire

[514] Illustrated London News, del 17 de marzo de 1855.

POST SCRIPTUM

LOS SEGUIDORES DE CHARLES FORT

Charles Fort publicó, a lo largo de toda su vida, cuatro libros. A «*El libro de los condenados*» le siguieron: en 1923, *New Lands* (Nuevas Tierras), en el cual llevaba hasta sus últimos extremos las especulaciones astronómicas de «*El libro de los condenados*». En Lo! *y Wild Talents* (Talentos salvajes), aparecidos respectivamente en 1931 y 1932 —este último después de su muerte, ocurrida el 3 de mayo de 1932 en el Royal Hospital del Bronx, en Nueva York— el tema se hace más amplio (y más maldito), y Fort se dedica a hablar de los fenómenos parapsicológicos, de animales que hablan, de alucinaciones colectivas, de apariciones de cocodrilos en las costas de Oxfordshire…

Poco antes de su muerte, y con el fin de continuar la obra iniciada por él, el 26 de enero de 1931 se fundó la «Fortean Society», cuyos propósitos (según los enumera su actual secretario, Tiffany Thayer, en el prólogo a la edición de The Books of Charles Fort, publicada por Henry Holt and Company en Nueva York, bajo encargo de la sociedad forteana, en mayo de 1941, y que en octubre de 1959 había alcanzado ya su séptima edición) eran los siguientes:

1. Poner los libros de Charles Fort al alcance de un mayor número posible de personas, a fin de que pudieran leerlos.

2. Publicar libros y folletos encaminados al debate y a la lectura de los temas forteanos.

3. Combatir cada esfuerzo de individuos o instituciones que intentaran estigmatizar a Charles Fort o su obra, con el apelativo de «visionario» o cualquier otro término derogatorio.

4. Establecer una mención a conferir a la persona que con mayor efectividad difunda los temas forteanos.

5. Preservar las notas, fichas y referencias reunidas por Charles Fort.

6. Continuar el trabajo de reunir los datos de Fort.

7. Ampliar el alcance de los temas forteanos.

8. Forzar a las personalidades más representativas de las distintas ciencias a responder a los cargos formulados en los libros de Charles Fort.

9. Acosar a los estamentos más cualificados de las ciencias para que admitan su incompetencia o que muestren su ridículo con su silencio.

10. Urgir a los autores, editores y usuarios de libros de texto para que adopten la práctica de no enseñar a base de juicios últimos y taxativos.

11. Sostener el punto de vista forteano —el del escepticismo ilustrado— entre la población joven y los niños: implantar la duda razonable y la sospecha hacia todo lo estatuado.

12. Perpetuar la disidencia.

La Sociedad Forteana tiene actualmente sus oficinas en Nueva York, en el Box 192, Gran Central Annex. Publica una revista trimestral llamada *Doubt* (Duda), en donde se recogen todos los «hechos malditos» que se producen o se han producido a lo largo de todos los tiempos, y que les son comunicados por los corresponsales de la sociedad esparcidos por todo el mundo (cincuenta y dos países en total), y cuyo número crece día a día. Pero la labor, reconocen sus miembros, es ingente. Y es por ello por lo que la sociedad Forteana pide la ayuda de todos los colaboradores que quieran unirse a su búsqueda y a su movimiento. Su primera finalidad es completar al máximo el «archivo Fort», compuesto por las notas recopiladas por Charles Fort y las que se le han ido añadiendo posteriormente. Para cumplir esta tarea es necesaria una minuciosa labor de investigación. Hay miles de sitios aún inexplorados y donde pueden hallarse nuevos datos: bibliotecas hemerotecas, colecciones de periódicos y revistas de todas las épocas… Cualquier nueva aportación es bien recibida. Cualquier nuevo dato ayuda a completar la obra de Charles Fort. La Sociedad Forteana confía en la ayuda de todos: cualquier nuevo miembro tiene un lugar en ella.

Para terminar, un detalle curioso con respecto a la Sociedad Forteana, el de regirse por un calendario completamente distinto al actual. La Sociedad Forteana, considerando completamente arbitrario el calendario mundialmente usado, ha adoptado otro cuyo año cero es el de la creación de la Sociedad (1931 «viejo estilo»), y que se indica añadiendo al número correspondiente al año las siglas F. S. (Fortean Society). El calendario forteano está compuesto por trece meses en lugar de los doce habituales del calendario «old style»… y, naturalmente, el treceavo mes es denominado «mes Fort»

¿Sigue activa la Fortean Society original de Nueva York?

La *Fortean Society* original fue fundada en Nueva York en 1931 por Tiffany Thayer y Theodore Dreiser, entre otros, para defender y promover las ideas de Charles

Cuando Tiffany Thayer murió en 1959, la sociedad "entró en declive": la revista dejó de publicarse**.**

Según fuentes como *Encyclopedia.com***,** la labor de la sociedad original fue "superada" (o asumida) por una nueva organización: la *International Fortean*

Por tanto: **no**, la sociedad original de 1931 no está activa como tal.

¿Qué organizaciones "forteanas" existen hoy en día?

Sí, hay otras entidades que mantienen vivo el espíritu de Fort:

International Fortean Organization (INFO)

Es considerada continuadora de la antigua Fortean Society.
Fundada por los hermanos Ron y Paul Willis, a comienzos de los años 60.

Fortean Times

No es una "sociedad" como tal, pero es una *revista británica* muy influyente en lo que respecta a lo "forteano" y los fenómenos inexplicables
Publica artículos actuales sobre ovnis, criptozoología, eventos paranormales, etc.

Sobre presencia en otras partes del mundo

El **Fortean Times**, al ser británico y tener alcance internacional, actúa como una de las principales plataformas globales del pensamiento forteano.

En cuanto a **sociedades estructuradas**, no hay un amplio registro de muchas "capas oficiales" fuertes como tal (más allá de INFO), aunque sí existen comunidades de aficionados, foros y grupos de investigación Forteana en muchos países.

Epílogo:

Las Regiones del Misterio

En las páginas de este libro —tan nutridas de anomalías, paradojas y destellos de lo insólito— asoman, de vez en cuando, nombres que parecen llegados de un atlas que ningún geógrafo ha dibujado. **Supermar de los Sargazos, Génesistrina, Elvera, Románimus**… y, en un estrato más hondo, casi tembloroso, **Melánicus** y **Monstrator**. No son lugares, ni criaturas, ni conceptos científicos: son **poemas disfrazados de cosmología**, puertas que Fort entreabre para que el lector vislumbre la inmensidad de lo aún no explicado.

Fort comprendía que el mundo no se agota en sus mapas ni en sus leyes, que la realidad es un inmenso archipiélago del que solo vemos unas pocas islas iluminadas. Para nombrar lo no nombrado, creó estas **regiones imaginarias**, verdaderos territorios fronterizos entre lo físico y lo imposible.

El **Supermar de los Sargazos** es el gran estanque celeste donde reposan los objetos que caen del cielo como mensajes incomprensibles.

Génesistrina es el taller secreto donde la materia parece inventarse a sí misma en formas que no deberían ser.

Elvera, la región de lo sutil, es un país hecho de reflejos, de luces que huyen al ser observadas.

Románimus es un reino más denso, pétreo, sólido como aquellas piedras que se precipitan a la Tierra sin origen aparente.

Y luego están los **entes**, sombras que se alzan más allá de la metáfora: **Melánicus**, oscuro señor de lo oculto, guardián de las omisiones del mundo; **Monstrator**, su opuesto, el que revela, el dedo luminoso que señala aquello que nadie quiere ver.

No deben tomarse como seres literales, ni como mitos a los que aferrarse, sino como **emblemas**: símbolos del misterio que rodea a los hechos “condenados”, esos sucesos a los que la ciencia da la espalda porque desafían la comodidad del orden establecido. Fort juega con ellos como un alquimista juega con sus símbolos, no para explicar el universo, sino para recordarnos que el universo **no se deja explicar del todo**.

En estas regiones y figuras se manifiesta la verdadera esencia del pensamiento forteano: una invitación a no cerrar las puertas de la duda, a mirar con ojos nuevos lo que cae ante nosotros desde lo alto,a escuchar el rumor de lo extraño sin miedo ni burla.

Porque quizá —como sugiere Fort entre líneas— lo maravilloso no está fuera del mundo, sino en ese territorio intermedio donde la realidad se desnivela y nos permite entrever, por un instante, que habitamos un cosmos más vasto y más librede lo que jamás imaginamos.

Y si algo confirma la vigencia de estas regiones imaginadas por Fort es que, pese al paso de los siglos, **los hechos condenados continúan manifestándose**.

Desde el siglo XVIII hasta nuestros días, los cielos siguen abriéndose para mostrar luces errantes, nubes luminosas, objetos que desafían la física conocida; y los mares, igual de insondables, continúan engendrando presencias que surgen y desaparecen como si obedecieran a leyes que aún ignoramos.

Los documentales contemporáneos sobre fenómenos inexplicables, los informes desclasificados y las filmaciones del propio ejército —tan seguros de sí cuando afirman y tan vacilantes cuando observan— han dado nuevos nombres a viejos misterios. Lo que antes se llamaba “luces extrañas” hoy es catalogado como **OVNI**; lo que Fort intuía como criaturas o artefactos emergiendo del océano, ahora recibe la sigla de **OSNI**.

Las anomalías no se han extinguido: simplemente han cambiado de vocabulario. Como si Melánicus y Monstrator siguieran actuando, recordándonos desde los bordes del cielo y la profundidad del mar que aún no hemos cartografiado la totalidad de nuestro propio mundo

Fin de Los Condenados

BIBLIOTECA SABIDURÍA OLVIDADA

Esta edición se realizó el mes de Noviembre de 2025